
LUCES
DE CIUDAD
Una historia de decadencia, corrupción, lucha y esperanza
Iván Aibar

LUCES DE CIUDAD

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
© IVÁN AIBAR, 2026
Fotografía de portada generada con Canva.
Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito del titular de la propiedad intelectual de la misma.

Esta es una obra de ficción, los lugares reales que aparecen en ella así como sus moradores han sido tratados de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A la ciudad de Zaragoza, a sus tascas, a sus callejuelas, a sus polígonos industriales… A sus luces crepusculares que lo tiñen todo de recuerdos y olvido.

Prólogo

Juan fumaba contemplando la ciudad desde los montes de Torrero, le gustaba ese lugar solitario y alejado de la urbe porque en los días claros se veía Zaragoza con la Sierra de Guara y los impresionantes Pirineos detrás. Estaba nublado, hacía frío, era un día de duro invierno. Dio una calada larga y ansiosa al cigarrillo. Sus recuerdos venían a cada instante a su mente para atormentarle. Estaba completamente atenazado, inundado por el dolor, la ira y la venganza en un lugar profundo y sin salida. Lo sucedido hacía siete años se había llevado todo como un tornado devastador, su vida, su amor, sus ganas de vivir. Echó mano al revolver, lo llevaba en la cartuchera a la altura del corazón. Desenfundó. Barajó la posibilidad de pegarse un tiro en el cielo de la boca. ¿Qué habría después? Daba igual, cualquier cosa sería mejor que lo de ahora. Dentro de todo, en el centro del dolor y la desesperanza había una pequeña luz, apenas imperceptible, su destello era bello pero débil. Juan se agarró a esa luz, sin saber por qué, solo dejándose llevar por su intuición. Enfundó el revólver en la cartuchera. Dio otra calada al cigarrillo, esta vez más larga, más ansiosa. Viviría otro día más. Su mirada se perdió en la ciudad, decadente, industrial, un reducto del desarrollismo del noreste español. Las fábricas papeleras echaban humo gris al frío cielo invernal. Todo era lento y la ciudad parecía estar inmersa en una cadencia hipnótica que atraía a cualquiera que la observase a su corrupta órbita. Estaba empezando a anochecer, por barrios, se veía como el alumbrado iba encendiéndose, iluminando con su luz amarillenta de vapor de sodio las calles, callejuelas y polígonos de la metrópoli. Era sábado: bares, discotecas, luces y gente siguiendo todo aquello en busca de emociones. Del coche llegaba una melodía de jazz negro, «My Old Flame» interpretada al saxofón por *Charlie Parker*. Tiró el cigarrillo colina abajo mientras exhalaba la última bocanada de humo. Se metió en el coche, un Mercedes descapotable, un capricho que podía permitirse. Arrancó y se dirigió a la ciudad. No tenía ni quería planes para el sábado noche, se iría a casa y se pondría una copa de whisky con hielo mientras veía alguna película de los años treinta en la

televisión, la soledad y el alcohol eran las dos únicas cosas que aliviaban su carga. Viviría un poco más, no sabía muy bien por qué, quizá fuera esa luz, esa pequeña luz azul a la que se agarraba, dentro, muy dentro de sus entrañas, rodeada de oscuridad, de rencor y de dolor, casi imperceptible.

Era lo único que le quedaba.

Una mujer llena de melancolía

Juan Sánchez había aprobado las oposiciones a inspector de la Policía Nacional a los treinta y cuatro años y todo hacía pensar que le esperaba una prometedora carrera por delante. Su primer destino en Barcelona acabó convirtiéndose en cinco años dedicados a investigar asuntos de mafias del este de Europa y después, con treinta y nueve años, mujer e hija, pidió destino en la unidad de Homicidios de Zaragoza, una ciudad tranquila del noreste español donde todos se conocen y nada es lo que parece. Lo que iba a ser un lugar apacible para él con posible jubilación a la vista se convirtió en un infierno que acabó a puñetazos con el inspector jefe. El informe en el que se proponía su separación del servicio decía: «Continuas faltas de respeto a los superiores, falta de actitud para el puesto». Tuvieron la suficiente clase para no mencionar los problemas con el alcohol, y tampoco que de vez en cuando visitaba a la mujer del inspector jefe de la comisaría de las Delicias. Lo echaron del Cuerpo de Policía. Claro que todo eso fue después de lo que ocurrió con su hija.

Fuera de la policía solo sabía hacer una cosa, seguir siendo policía, así que fue a una agencia de detectives a ver qué hacía falta para ser detective. Ahí se lo pusieron negro, es imposible, le decían, ya no dan más licencias, es un trabajo duro y difícil, en Zaragoza no hay clientes para todos. Todo muy negro. Los muy rastreros no querían competencia. Solo había que registrarse en un fichero de la policía y a funcionar.

A sus cuarenta y nueve años ya había adquirido cierta fama en la ciudad como sabueso, el sindicato de la policía le pasaba algunos casos difíciles que se habían cerrado en falso o por lo que fuera la policía no había sabido resolver, o no había querido, aunque el grueso de sus ingresos se lo daban los maridos celosos que encargaban seguimientos de sus respectivas mujeres. De eso vivía. No tenía oficina, quedaba en bares y restaurantes discretos con sus clientes. Un local era un gasto que no se quería permitir.

Los rayos de sol entrando por la persiana de lamas lo despertaron. Era junio y el calor en el valle del Ebro empezaba a ser

sofocante. La encimera de la cocina estaba llena de latas de cerveza vacías. Las retiró y las echó de mala gana a la basura. Se preparó un café de cafetera italiana. Los silbidos de la cafetera al hervir el agua le molestaron. Más de cuatro cervezas y ya tenía resaca. Se estaba haciendo mayor. Tomó el café sentado en la mesa de la cocina, sin azúcar y en silencio. Pensando en el pobre cornudo que el día anterior, al recibir las fotos de su mujer liándose con un guaperas de pelazo y BMW deportivo, quiso tirarse por la ventana de su piso, y a poco lo consigue de no ser porque lo agarró al vuelo en el último momento. Hay que ser gilipollas para querer suicidarse por una mujer. Aunque yo vivo de esos gilipollas, pensó, y una sonrisa maquiavélica se le dibujó en la cara sin poder evitarlo.

Alguien llamó a la puerta. Miró el reloj sorprendido, no estaba con nadie, no esperaba a nadie y prácticamente no tenía amigos. La última vez que alguien había llamado a su puerta era para entregar una carta certificada de Hacienda. A los funcionarios no les cuadraban el Mercedes deportivo y el chalet en Peñiscola en un tío que prácticamente no declaraba ingresos. Esos perros se meten en la vida de la gente sin permiso. Se acercó sigilosamente a la puerta y observó por la mirilla. Una mujer mayor estaba al otro lado. Su cara estaba surcada por profundas arrugas que la vida había ido cincelando a lo largo del tiempo. Miraba al suelo en actitud paciente, esperando que abriera la puerta. Lo hizo.

La mujer le miró. Irradiaba una tristeza infinita.

—Disculpe que me presente directamente en su casa sin haber contactado con usted previamente, pero ya no me quedan puertas a las que llamar, la Guardia Civil, la Fiscalía, los jueces, la Policía Nacional, todos me han ignorado. Incluso he escrito una carta al ministro de Justicia, y nada. El sistema no funciona con los poderosos, porque precisamente son ellos los que lo controlan.

Eso era demasiado para alguien que se acababa de levantar y que estaba tomando el primer café del día.

—Disculpe señora, ¿nos conocemos?

—No.

—¿Qué quiere de mí?

—Justicia.

Juan no estaba cómodo. Su domicilio era un sitio que guardaba con celo dado lo peliagudo de su trabajo. A veces hacía seguimientos a traficantes de droga por encargo de sus antiguos compañeros, y a otro tipo de personas peligrosas, violadores, maltratadores, etc.

—¿Quién le ha dado mi dirección? —dijo amenazante.

—Un policía de la comisaría de la Avenida de Valencia, me dijo que quizá usted podría ayudarme.

—Pues se equivoca, no puedo ayudarla.

—Usted es mi última opción.

—No me interesa el trabajo ni usted señora. Le ruego que me deje en paz y no vuelva por aquí.

Juan cerró la puerta, la mujer lanzó su bomba atómica.

—Soy la madre de Itziar Cestero Acón —gritó desde el otro lado de la puerta.

El detective se quedó de piedra.

—No me jodas —dijo apoyando la cabeza en la puerta y dando unos golpecitos en ella—, no me jodas…

Abrió la puerta de nuevo.

—Pase —le dijo secamente.

Le indicó que tomara asiento en la cocina. La mujer observó el desorden imperturbable. Tenía las manos cuidadas, olía bien, su rostro más allá de las arrugas producidas por la pena tenía la luminosidad de las personas que tienen dinero, y hablaba con ese tono bajo y cadencioso con el que habla la gente que ha recibido una buena educación desde la cuna.

—Siento lo que le pasó a su hija.

Juan se encendió un cigarrillo y se sirvió otra taza de café.

—¿Quiere café?

La mujer rehusó cortésmente con la cabeza. Juan se sentó a la mesa frente a ella.

Itziar Cestero Acón, cuarenta y pocos años, hace dos años tuvo la mala suerte de encontrarse en su camino al trabajo con un delincuente de poca monta que volvía a su madriguera después de una noche de beber y drogarse hasta las trancas. Era invierno y aún no había amanecido. La asaltó en la zona de la universidad que da al

Hospital Clínico. No pasaba ni un alma por la calle. Salió en toda la prensa y las televisiones de la ciudad. Primero le robó, y después, al sentirse impune, la arrastró hasta el interior del campus y la violó salvajemente detrás de unos setos. Antes de irse la golpeó hasta matarla. Lo pillaron cruzando la frontera por el túnel de Bielsa. El elemento tenía conexiones con la mafia marsellesa por el tema del narcotráfico. Pensaba irse a los arrabales de Marsella y desaparecer. Pero tuvo la mala suerte de que ese día la Guardia Civil había montado controles en el paso fronterizo de Bielsa. El malnacido no era muy listo, cuando vio a la Guardia Civil no se le ocurrió otra cosa que dar media vuelta y escapar en dirección a Aínsa. Antes de recorrer cinco kilómetros ya lo habían detenido e incluso le pegaron un par de tiros en un brazo. Eso es lo que contaron los periódicos.

—El caso de su hija está cerrado. Cogieron al culpable y lo condenaron a veinticinco años de cárcel. Se hizo justicia.

La mujer entrecruzó las manos sobre la mesa.

—Está oficialmente cerrado, pero no resuelto.

—En la práctica viene a ser lo mismo.

—¿Es usted un hombre que se mueve por dinero señor detective?

Juan guardó silencio.

—Le vuelvo a repetir, ¿qué quiere de mí señora?

—Quiero que me de los nombres y apellidos de los que mataron a mi hija; pero no solo de ellos, sino de los que ordenaron su muerte.

Silencio.

Juan le dio una calada al cigarrillo. El humo empezaba a llenar la minúscula cocina.

—Cuénteme lo que sabe.

—Lo mismo que todo el mundo. Ese hombre se topó con mi hija a las siete de la mañana del nueve de diciembre de mil novecientos noventa y dos. Le robó, la violó y la asesinó. Ese mismo día detuvieron al asesino en los Pirineos. Eso me contó la policía, y esos son los hechos que constan como probados en la sentencia del juez. Pero creo que hay algo más que me han ocultado.

Juan enarcó las cejas en un gesto de incredulidad.

La mujer buscó algo en su bolso, rebuscó unos segundos y sacó un papel.

—Hará cosa de un mes, justo cuando terminó el juicio, alguien dejó esto en mi buzón —depositó sobre la mesa un papel manuscrito.

Juan se colocó el cigarrillo en la comisura de los labios para poder usar sus dos manos. Leyó la carta:

«La ley solo existe para los pobres. Los ricos y los poderosos la desobedecen cuando quieren, y lo hacen sin recibir castigo porque no hay juez en el mundo que no pueda comprarse con dinero».

Marqués de Sade.

—Interesante. —Dijo Juan mirando su reloj de pulsera y bostezando. Estaba empezando a no importarle el ser considerado con aquella mujer—. Si quiere literatura barata tengo unas cuantas novelas de McCarthy y Ellroy en la librería del salón.

La mujer lo miró imperturbable, sabedora de que era su última baza. Tendió un sobre en la mesa que Juan miró de reojo.

—Ahí van quinientas mil pesetas para los gastos derivados de su trabajo cualesquiera que sean. Cuando me dé la lista de los asesinos de mi hija y de los autores intelectuales le daré cinco millones más.

De repente había captado toda su atención. «¿Había dicho cinco millones?».

—Escuche, desde luego usted no aparenta el detective que dicen que es; pero no me queda otra opción. Sé que ese pobre desgraciado no mató a mi hija. Después de condenarlo pidió hablar conmigo, me dijo que él no había sido, que era un cabeza de turco.

—Todos dicen lo mismo, no se crea ni una palabra de los de su calaña.

—También me dijo que lo iban a liquidar, cuatro días después lo encontraron ahorcado en su celda.

Silencio. Un par de caladas y un trago de la taza de café.

—Interesante. ¿Por qué no se lo dijo a su familia?

—¿Familia? Era un chico marroquí que llegó en patera a Almería. Estaba más solo que la una. No le importaba a nadie.

—Así que piensa que alguien incriminó a ese chico, involucró a la Fiscalía, a los jueces y al glorioso Cuerpo Nacional de Policía.

—Y también a la Policía Local, fueron ellos los que encontraron el cuerpo de mi hija.

—Suponiendo que eso pueda hacerse, solo alguien con mucho poder podría hacerlo.

—Volvemos a la nota del marqués de Sade.

—¿Tiene idea de quién ha podido mandarle eso?

—No tengo ni la menor idea.

—Ajá.

Juan se levantó y fue a la fregadero a limpiar la taza. Después apagó el cigarrillo y se encendió otro.

—Necesito que me dé unos datos: el nombre de su hija de nuevo, el del supuesto asesino, la fecha en la que la asesinaron y un número de teléfono para hablar con usted cuando lo necesite.

La mujer le dio presta toda la información.

—Acepto el encargo; pero no se haga ilusiones. Lo más probable en estos casos es que la policía haya pillado al verdadero culpable. Haré unas averiguaciones y la llamaré. Eso es todo.

La mujer se despidió y se dirigió a la puerta.

—Una cosa más, no vuelva a aparecer por mi piso.

La mujer asintió y desapareció.

Pasó la mañana y después la tarde. Los efectos del alcohol se evaporaron y Juan comenzó a sentirse bien. Se asomó a la ventana de su apartamento. Un apartamento de cincuenta metros cuadrados en la agrupación Alférez Rojas que se había comprado hacía diez años por algo menos de trescientas mil pesetas. Viviendas baratas en un barrio barato y alejado del centro. Las Delicias era el barrio de la inmigración por excelencia. A mitad del siglo pasado había emigrado a él gente de los pueblos de Aragón y Soria, y últimamente norteafricanos y algún que otro subsahariano.

Estaba fumando mucho; pero no le importaba. Cuando solo vives el presente no piensas en que el tabaco te puede causar un cáncer de pulmón. Solo fumas y listo.

Un sol rojizo se estaba hundiendo por el oeste. Iluminaba las nubes haciendo que estas adquirieran tonos anaranjados que

contrastaban con el tono negro de la noche que ya se estaba adueñando de la otra parte de la ciudad. Bajó al bar de siempre. Una tasca de toda la vida regentada por un tipo de Fuentes de Ebro. Era experto en fritangas y en whisky barato. Sentía ese lugar como una extensión de su pequeño apartamento. Pidió un bistec de ternera con patatas fritas y rodajas de tomate, y una ración de calamares para cenar. Agarró un Heraldo de Aragón para ojearlo mientras daba tragos a un JB con hielo. Miró el reloj, eran las diez. Ramón, el tabernero, le sacó la cena. Tenía hambre, los días de resaca siempre tenía hambre. Fuera pasó un coche de policía a toda velocidad con las luces y la sirena a todo trapo. Ya era noche cerrada. Los polis estaban teniendo muchos problemas con las bandas de narcotraficantes. La ciudad se estaba ahogando en cocaína. Y eso después de pasar los ochenta ahogándose en heroína. España era el coladero de la droga en Europa, y Zaragoza, como encrucijada de caminos del noreste español, era el punto por donde pasaba todo dios a hacer negocios. Los políticos con mirar para otro lado ya tenían bastante, y eso en el mejor de los casos. Muchos policías también lo hacían. Las líneas que separan lo correcto de lo incorrecto se difuminaban de tal manera en la ciudad que un mismo policía podía ser un héroe por la mañana tras salvar a una niña de un secuestro, y un villano por la noche al soplar a los de la terminal marítima la operación que los de la Agencia Tributaria estaban a punto de hacerles. Así era la vida en esa encrucijada de caminos llena de polígonos industriales y arrabales oscuros.

Se despidió de Ramón. Tenía la costumbre desde que entró en la policía de ir siempre en camisa, a veces se ponía americana, esta noche no, el calor prometía ser agobiante. Vio gente en una terraza. Bebían cerveza y reían. Tipos en pantalón corto con tatuajes en los brazos. Muchos de ellos vivían de los servicios sociales, redondeando su retribución con el menudeo de drogas. Los más afortunados trabajarían en cadenas de producción de las fábricas que poblaban los polígonos industriales que rodeaban la ciudad. El alcohol y el fútbol alienaban a esa gente y salvaban a los poderes fácticos de una revolución en la que a buen seguro les cortarían el cuello. A

Juan le gustaba aquel barrio. Le gustaba vivir entre gente auténtica y sin esperanza.

Tenía el coche, un viejo Mercedes descapotable, aparcado en batería justo al lado de su casa. Ahí todos los vecinos sabían de quién era cada coche. Volvió a mirar su reloj de pulsera, eran casi la once, iba a llegar un poco justo, pero iba a llegar.

—A ver de qué humor lo pillo —dijo justo antes de arrancar el vehículo y perderse en dirección al polígono industrial de Cogullada.

Un púgil ortodoxo

Las luces anaranjadas de las farolas alumbraban el viejo polígono de Cogullada. Un vestigio decadente y melancólico de las políticas desarrollistas de la época franquista que designaron a Zaragoza como polo de desarrollo industrial, incentivando la instalación de multitud de industrias. Veinte años después, en los años ochenta, España entraba en la Comunidad Económica Europea, lo que suponía acabar con las políticas arancelarias y el apoyo con dinero público a la industria. Eso para una industria como la española, poco eficiente y basada en salarios bajos, suponía el fin. Así que el amigo Felipe González tiró por la calle de en medio. Comenzó una política de reconversión industrial al dictado de Europa, que no es que reconvirtiera la industria española en una nueva y moderna, sino que la finiquitó. Muerto el perro se acabó la rabia. Y ahora a especular a base de bien con productos financieros, pisos y demás bienes esenciales. Eso sí, ya estábamos en Europa, fuente inagotable de fondos estructurales que sabe dios a manos de quién iban.

Paró el coche enfrente de la nave número dieciséis. A través de la puerta entreabierta vio que había luz en el interior. Dado lo céntrico del polígono y al haber cada vez menos empresas, otro tipo de actividades se estaban asentando en la zona, además el alquiler de las naves era barato. Cruzó el umbral de la puerta. El ring aún estaba iluminado. Dos chicos jóvenes guateaban sobre él. Llevaban cascos integrales, bocados, vaselina y todo como Dios manda. Se estaban zurrando de lo lindo. En la esquina, Txiki les iba indicando, sube la guardia, bajas demasiado el brazo derecho, entra en la distancia y sal coño no te quedes ahí, etc. Txiki era el mejor entrenador de boxeo que había visto en su vida. Cuando se instaló en Zaragoza estuvo un par de años aprendiendo a boxear con él harto de que delincuentes de medio pelo le hubiesen roto la nariz dos veces. Se dio cuenta de que todo lo que había aprendido en sus largos años haciendo Full Contact y Kick Boxing en gimnasios de barrio por Andalucía y Barcelona no servía para casi nada. Ninguno le había ensañado tan bien la importancia de llevar siempre la

guardia arriba. Bien parapetado siempre, decía Txiki. Se colocó junto a él en la esquina del ring. Los chicos no pasarían de veinte años. Pesos ligeros capaces de pintarle la cara a cualquiera. Se notaba la marca Txiki. Boxeaban respetando la distancia con la guardia arriba, entraban en la distancia, soltaban la combinación y salían de nuevo, estilo olímpico. El chico negro le combinó un uno dos al rostro y después soltó un izquierdazo al hígado haciendo que el chico blanco cayera gritando como un cochinillo al que estuvieran degollando. Txiki saltó al ring a comprobar que el blanco estuviera bien, le quitó el bocado, no cosa se lo tragara, y estuvo a su lado hasta que el dolor remitió. Una izquierda al hígado dolía como si te atravesaran con una lanza.

—Bien, habéis entrenado bien. ¡A la ducha! —les ordenó.

Los chicos obedecieron y se perdieron por el fondo de la nave. Se quedaron en silencio observándolos alejarse.

—Espero que ahora haya agua caliente —dijo Juan encendiéndose un cigarrillo Fortuna.

—Pájaro de mal agüero, cuando vienes o se ha cometido un crimen o se va a cometer. ¿Qué es esta vez?

—Lo primero.

Txiki bajó del ring de un salto. A sus cincuenta y muchos todavía podía subir al ring y guantear con boxeadores amateurs e incluso con profesionales jornaleros. Los jornaleros eran tipos curiosos, entre semana se ganaban la vida con su oficio, electricista, fontanero, o lo que fuera, y el fin de semana boxeaban. Solían ser rivales de promesas que estaban en ascenso, o bien de campeones que por lesión estaban bajos de forma. Los jornaleros solían perder, pero ese no era su negocio, un par o tres de guanteos al mes les servía para cuadrar sus ingresos al margen de su profesión.

—Vamos a mi despacho.

Lo del despacho era un decir. Una tabla de aglomerado de madera de color marrón apoyada en dos caballetes conformaba la mesa. Encima un montón de papeles, en su mayoría recibos de los chicos que habían pagado el mes del gimnasio, y una máquina de escribir vieja. Le gustaba redactar a máquina las notas informativas que poblaban toda la nave. Gilipolleces como «por favor no dejar la

puerta abierta» y cosas así. Detrás una estantería vieja y llena de polvo. Presidiéndola el trofeo de campeón de España del peso pluma de mil novecientos setenta y fotografías con políticos de medio pelo de la época. Lo del peso pluma quedaba ya muy lejos. Ahora era un respetable promotor de boxeo, dueño además de una pequeña ferretería en Torrero cuyo balance era excepcional, gracias en gran parte a la actividad sumergida que desempeñaba con su otra empresa clandestina, dedicada al cobro de deudas y a ajustes de cuentas. Si alguien se tiraba un pedo en los bajos fondos Txiki se enteraba. Antes de empezar a hablar Juan sacó un sobre y lo lanzó en la mesa. Lo de siempre, dijo. Txiki lo contó. Eran cinco mil pesetas. Juan tomó asiento. La grabadora ya estaba grabando dentro de su bolsillo. Dio un par de caladas y soltó el humo por la boca y la nariz.

—Yousef Abdulrahman —el cigarrillo osciló en sus labios a cada sílaba—, dime todo lo que sepas de él.

Silencio. Tkiki comenzó a juguetear con un paquete de tabaco Fortuna. Cogió el vicio en sus últimos años boxeando, junto con el alcohol y las mujeres, aunque realmente este último vicio siempre lo había tenido. E incluso cuando ya frisaba los cincuenta años, en los dos años y medio en que Juan había estado entrenando con él le había conocido dieciocho novias formales, casi una al mes. Ahí es nada. Dicen que el vigor le venía de casta, que su padre ya era un portento. No sé. Cosas que se contaban por el barrio.

—¿Tú ya no estás en la poli no?

Juan pensó durante unos instantes qué responder. En los bajos fondos las palabras se medían mucho, eran la extensión de tu propia persona, lo dicho se había dicho para siempre.

—No.

—Pues entonces son diez mil más.

—Eres un cabronazo.

—Lo sé, pero ya es hora de que saque algo de pasta por largar de Yousef.

—¿Ya te habían preguntado antes?

—Sí.

—¿Polis?

—Sí.

—Interesante.

Juan sacó otros cinco mil y se los entregó.

—¿Qué te preguntaron de él?

—Bueno verás, vinieron un par de inspectores de la Policía Nacional, pero no unos mindundis recién caídos del guindo, vinieron dos hijoputas que parecían más mafiosos que Al Capone. Me preguntaron si el moro tenía familia, pareja, hombre, mujer o lo que fuera. Necesitaban algo con lo que empezar a tirar del hilo para encontrarlo.

—¿Alguien que se preocupara por él?

—Alguien que se preocupara por él, sí.

—¿Y tenía a alguien?

—No. El chico era un poco cabeza loca. Con el rollo del boxeo y de estar cachas pues follaba lo suyo sabes; pero era el típico crío que está más perdido que la hostia. Contaba que vino en patera desde Marruecos.

—¿Sabes de qué lo acusaron?

—Claro joder, salió en toda la prensa de la ciudad y en los telediarios también. Una pena lo de esa chica.

—Y qué opinas.

—No lo sé.

—¿Tú de qué lo conocías?

—Entrenó aquí un tiempo, no era malo, se movía bien. Hizo un par de combates amateur conmigo en su esquina.

—¿Lo contrataste para tu empresa de cobros a morosos?

—No, no contrato a ese tipo de gente.

—¿Ese tipo de gente?

—Sí, el moro traficaba con drogas. A los combates venían a verlo camellos de medio pelo. No quiero ese tipo de personas cubriéndome la espalda en un cobro.

—Ya.

—No se puede poner la mano en el fuego por nadie, y menos por esos chavales, no tienen referencias, solo hambre y ganas de dinero; pero Yousef, no sé, estaba a tope con el boxeo, iba a hacer una velada el día que lo detuvieron, tuvimos que cambiarlo por un

jornalero que cayó a la lona en el tercero. En fin, por lo menos la gente no pidió que le devolviéramos la entrada.

—¿Recuerdas si la víspera del crimen habló contigo de algo, o te llamó la atención algo que hiciera?

Tkiki miró pensativo el techo de su despacho.

—No, solíamos hablar de mujeres y de boxeo, nada especial, siempre hablábamos de lo mismo.

—Interesante.

—¿Fuiste a verlo a la cárcel?

—No. Si tuviera que ir a ver a la cárcel a todos los chicos a los que entreno no tendría tiempo de nada. La vida es así amigo.

—Escucha Txiki, puede que venga en otro momento a hacerte más preguntas.

—¿En qué andas ahora, no te habrás metido a periodista?

—Casi, aquí te dejo mi teléfono, llámame si recuerdas algo más.

—Cuídate.

Juan salió de allí. Anduvo unos pasos hacia el coche. Una prostituta le salió al paso. Las chicas se ganaban la vida como podían por las calles del polígono. Sus clientes eran principalmente camioneros que venían de cualquier parte a descargar a las fábricas, y que después echaban un polvo en la cabina de sus camiones y seguían su rumbo, o hacían noche ahí aparcados. Alguna que otra vez cuando Juan entrenaba, salía a correr alrededor de la nave y al pasar al lado de algún camión aparcado se oían los muelles de la cama crujir.

—¿Dónde vas guapo? —le dijo la chica.

—Miénteme, me gusta que me mientan.

—Y a mí que me follen, después de cobrar claro.

—Lo siento nena esta noche no tengo tiempo para eso.

Las luces de la ciudad pasaban de largo como ensoñaciones, rojas, naranjas y amarillas, parecían alumbrar con su luz mortecina una ciudad moribunda, que apenas se sacudía la violencia de ETA y la crisis económica. Eran hipnóticas, su contemplación atrapaba en una placidez decadente y trágica, trágica por la ausencia de un buen futuro, de una buena vida. Pero era lo que había. Ciertos hombres no lloran, ni se lamentan, solo beben mientras digieren lo que su

sensible corazón no puede aguantar en sobriedad. Esos hombres al final se convierten en estoicos. Es la muerte de la esperanza.

El Ramón estaba cerrado. «*Joder*». Le apetecía recenar un bocadillo de tortilla francesa y queso. Subió a casa. Se bebió dos cervezas y un whisky. El hambre pareció remitir. Se tumbó en la cama y se acordó de la prostituta. Ahora desearía que estuviera allí con él en la cama, tenerla debajo, poseerla, y al día siguiente lamentar su suerte. Afuera una luna llena de color gris roto asomaba por la ventana. Una brisa algo fresca llegaba desde el Moncayo. Una bendición para la tierra recalentada del valle y para el propio Juan, que ya estaba cerrando los ojos. Pensó en el caso, en la pobre chica a la que habían arrebatado la vida, y también pensó en el moro y en su suicidio. Había caso. Hacía mucho que no se metía en algo tan complicado. De repente todo se borró, el sueño pareció venir a por él, y vio a su pequeña hija, y a ese borracho malnacido que la atropelló en un paso de peatones de camino al colegio, y como murió entre sus brazos, ahí tirados, en mitad de la calzada, rogándole a Dios o a lo que quiera que haya que no se la llevara, que se lo llevaran a él. Todo en vano, hasta que al fin el sueño liberador lo desconectó de su desdichada conciencia.

Contactos con la pasma

Ese era el bar donde almorzaban todos los policías de aquella zona de la ciudad. Hacía esquina entre Franco y López y la Avenida de Valencia. Un tugurio con camareros mal encarados y una barra de aluminio que ya estaba allí en los tiempos del dictador donde hacían las mejores patatas bravas de la ciudad. Juan tenía como costumbre dejarse caer por allí de vez en cuando para mantener el contacto con sus viejos compañeros. Sobre todo con uno.

Entró en el bar, uniformes por todos lados, no sabía cómo se atrevían a estar ahí tan tranquilos con la ETA matando a mansalva. En una mesa un hombre solo, sin uniforme, rondando los sesenta, a su alrededor los policías pasaban mostrando respeto y miradas temerosas. Luis Garanto era el jefe de la comisaría del distrito de Delicias, decían que tenía un padrino en Madrid y que era cuestión de tiempo que le dieran la jefatura de toda la policía en Aragón. Juan fue directo hacia él y tomó asiento enfrente. Pidió un whisky y un plato de olivas especiadas. El silencio parecía no incomodar a ninguno de los dos, aunque fue el policía el que lo rompió.

—Juan por el amor de Dios, es hora de desayunar.

—Lo sé, este es mi desayuno —dijo alzando el vaso de whisky.

En la televisión estaban emitiendo las noticias de la mañana, decían que el gobierno Chino había firmado un acuerdo comercial con España que iba a ser muy beneficioso para ambos.

—Con todo el respeto comisario —comenzó a decir Juan, que se retiró el flequillo que le caía por la cara sudorosa, producto del calor, de no dormir y del alcohol que ya llevaba en el cuerpo a las nueve de la mañana—, agradezco los casos que me manda, pero no se le vuelva a ocurrir mandar a nadie a mi puta casa.

El comisario observaba impertérrito las noticias. Tras lo de los chinos hablaron de que la Unión Europea iba a soltar más de cuatro billones de pesetas a varias regiones españolas, rollos de la convergencia económica. El comisario sonrió a Juan.

—Esa mujer vino a la comisaría desesperada, está desecha y es totalmente comprensible. Perder a una hija así es horrible, yo tengo

hijas y no lo quiero ni imaginar. Pero el caso está cerrado, cogieron al culpable.

—Ella tiene sus dudas, dice que el acusado no fue el que cometió el crimen.

—Pues claro, quién en su caso no abrazaría cualquier teoría de la conspiración, esa mujer necesita ser el centro de atención para evadirse del dolor que la atenaza.

—¿Y por qué me la ha mandado?

—Eras un gran policía, y eres un gran detective, sabes tratar a la gente. Pensé en ti para que la tranquilices, investigues el caso y quizá oyéndolo de tu boca esa pobre mujer al fin acepte los hechos y pueda vivir el resto de la vida que le quede de la mejor manera posible.

—Ya.

—Además está forrada, viene de una familia de funcionarios que no han gastado un duro en su vida, puedes sacarle bastante pasta. —El comisario bajó la voz—. Y por supuesto darme mi comisión.

—Como siempre señor comisario. Por otro lado, necesitaré el expediente del caso.

—No hay problema con eso, lo único que no podrás sacarlo de las dependencias policiales, se han puesto estrictos con eso últimamente. Nada puede salir de la sala del archivo. Pásate mañana, el responsable ya estará avisado y te dejará estudiar el expediente.

Salió del bar al trajín del tráfico matutino. Cuadrillas de jóvenes universitarios cruzaban en dirección al campus. Siempre que pasaba por ahí pensaba en cómo hubiera sido su vida si hubiera estudiado la licenciatura de Físicas, como quería su padre. Quizá hubiera alcanzado un buen puesto en alguna fábrica, o mejor aún, tendría su propia industria y estaría nadando en billetes. O a lo mejor la reconversión lo hubiera mandado a la cola del paro. Quién sabe.

Bajó por la Gran Vía dando un paseo. Se echó la americana al hombro, el calor ya empezaba a ser sofocante. Una joven universitaria le lanzó una mirada seductora y risueña. Juan no estaba mal, iba a entrar en la cincuentena pero había hecho mucho ejercicio físico a lo largo de su vida: primero en la Legión y luego por

su cuenta debido a su afición al boxeo y a levantar hierros en gimnasios de barrio. Desde lo de su hija no había vuelto a entrenar en ningún sitio, solo hacía algunas series en casa con unas pesas que había encargado por catálogo, lo justo para mantener los músculos a punto, pero alejado de la musculatura que había lucido cuando estaba en el ejército.

Llegó a la biblioteca pública situada en la calle Doctor Cerrada. Al entrar observó el mostrador tras el que las funcionarias atendían al personal. Quería saber si estaba Susana, la auxiliar administrativa de la Diputación con la que se solía entender. Tanto ir por allí a consultar la hemeroteca cada vez que un caso lo requería había hecho surgir el amor, por llamarlo de alguna manera. Una fina e imperceptible sonrisa se dibujó en su rostro cuando la vio salir de un despacho interior para tomar asiento en su sitio frente al mostrador. El escote que lucía quitaba el hipo, aquello era demasiado para las once de la mañana. Susana también lo vio, y sonrió para sus adentros. Salió del mostrador y se dirigió hacia el servicio de mujeres. Treinta y cinco años, casada y con dos hijos, unas piernas interminables que enseñaba vistiendo una minifalda con desparpajo y sin ningún tipo de recato. Ambos se usaban, él para calmar su atormentada lujuria, ella para sentirse viva. En su paseo hasta el servicio los cuellos de los jóvenes y no tan jóvenes giraron solidariamente hacia ella, incluso Juan se sorprendió a sí mismo contemplando su trasero. Se dio prisa en seguirla. Tras doblar la esquina fue ella quien lo agarró, lo introdujo en el servicio de mujeres y cerró la puerta corriendo el pestillo. Juan se dejó llevar. Se perdió entre sus enormes pechos mientras la besaba. Acabaron echando un polvo sentados en el wáter, el sentado y ella encima. No se había puesto preservativo pero daba igual, ella ya no podía tener hijos y el tema del sida les importaba bien poco. Juan le dio un beso de despedida, hasta la próxima preciosa, le dijo, y la dejó bajándose la falda y colocándose la blusa. Ella le sonrió y le guiñó un ojo a modo de despedida.

Subió a la planta segunda de la biblioteca, ahí estaba la hemeroteca de uno de los dos periódicos más importantes de la ciudad. Todavía con el corazón palpitante por el suceso con su amiga

buscó una fecha, nueve de diciembre de mil novecientos noventa y tres. En el periódico de ese día venía en sucesos el asesinato de Itziar. Una pequeña noticia de un tercio de página, nada llamativo. Leyó con atención. No había nada relevante, no había dado tiempo a investigar nada, seguramente la noticia habría sido incluida a toda prisa en la rotativa matutina ya que encontraron el cuerpo a las siete de la mañana. Una joven zaragozana robada, violada y salvajemente asesinada por un delincuente marroquí. Miró los periódicos de las siguientes fechas. Sacó su libreta y la pluma estilográfica que le regaló su padre cuando entró en el Cuerpo Nacional de Policía, menos mal que aquel hombre bueno y honrado no vio la decadencia de su hijo, ni la muerte de su nieta. Pasó un buen rato leyendo, atento a los detalles, que es donde está el Diablo. Los ojos se le cansaban, se echó hacia atrás para estirarse y relajó un poco la vista mirando por el gran ventanal a la calle Doctor Cerrada. Vuelta a la prensa. La pluma giraba entre sus dedos presta para ser usada. Tras leer unos cuantos artículos más comenzó a hacer un esbozo sobre la víctima. Itziar era una chica formal, había ido a colegio laico de pago, vivía en la Gran Vía, buenas notas desde la EGB hasta el BUP y el COU. Diplomada en Ingeniería Técnica Industrial por la Universidad de Zaragoza y funcionaria del cuerpo de Ingenieros Técnicos Industriales de la Diputación General de Aragón. Por muchos artículos que leía, de Itziar no decían más, se centraban en su asesino, en Yousef. Decían que era un camello con conexiones con los gánsteres de Marsella. Un boxeador violento que había tenido problemas con sus antiguas novias y que se había suicidado en prisión, destrozado por las drogas y abatido ante la perspectiva de pasar treinta años encerrado. Juan anotó en su libreta, suicidio, y lo subrayó con su magnífica pluma. Ahí se quedó, pensativo, hasta que de repente se dio cuenta de que tenía ganas de fumar. Salió afuera. Jóvenes estudiantes estaban sentados en la entrada, algunos fumando, otros charlando. Juan se metió en el bar de enfrente, whisky con hielo y un botellín de agua y un cigarrillo. Por un momento se fijó en un hombre que le miraba desde el otro lado de la barra, aún era guapo; pero los excesos y la mala vida estaban empezando a hacer estragos en él. A los pocos segundos se percató

de que era su reflejo en un engañoso cristal. Maldita vida, pensó. Itziar le vino a la mente. Eso le aliviaba, pensar en hacer algo de justicia por alguien era una catarsis para su desdichado cerebro. Era como hacerle justicia a su pequeña hija. Volvió a la hemeroteca. A las dos semanas del asesinato ya no había ninguna noticia más. Esperaría a ver el expediente policial, seguro que tiempo después, cuando el juicio hubiera empezado, la prensa habría comenzado a darle cobertura de nuevo. No tenía nada que hacer hasta mañana, cuando se dejaría caer por la jefatura de la Policía Nacional para consultar el atestado.

Se fue a una cervecería irlandesa del centro y pidió una pinta de Heineken. Esa cerveza le entraba como el agua. En la pantalla un partido de la liga inglesa, el West Ham contra el Blackburn Roberts. Por mucho que dijeran la liga inglesa era la mejor de Europa de largo. Después un combate de boxeo, un negro inglés contra un blanco irlandés, el campeonato de Europa de algún peso, a esas alturas de la tarde ya le daba igual. Salió de allí manteniendo la compostura. Subió andando hacia su barrio. Por primera vez en dos semanas una brisa fresca de verdad se había levantado. Daba gusto andar por la calle. Unas luces de neón llamarón su atención, eran de un garito que le gustaba en la zona elegante de la ciudad. Iba ahí alguna vez, cuando se cansaba del whisky barato que servían en los antros que solía frecuentar, cuando quería tomar Macallan y sentirse un triunfador mientras observaba a las mujeres de buena familia bailando y desmelenándose. Entró y se sentó en un taburete junto a la barra. Pidió un Macallan con hielo y ojeó al personal. Pijos remangados con pantalón chino, camisa metida por dentro del pantalón y cinturón bien visible. Relojes caros y mujeres que a su lado bailaban irreverentes saltándose las estrictas normas de su clase. Su mirada se paró en una mujer exuberante, morena con el pelo corto a la altura de su esbelto cuello, preciosa, una figura que dejaba sin respiración. Miraba descaradamente a Juan, que se preguntaba cómo era posible que siguiera siendo atractivo para las mujeres a pesar de sus persistentes intentos por autodestruirse. En el fondo lo sabía, sabía lo que les atraía de él a esas mujeres, por muy policía que hubiera sido seguía siendo un tipo duro que venía

de los bajos fondos, y a esas mujeres les ponía estar con un hombre así, querían vivir su pequeña aventura, querían jugar con fuego aunque fuera una sola noche en su vida. Y Juan no dudaba en complacerlas.

La invitó a una copa.

—¿Eres de por aquí hombretón?

—No.

—Tienes pinta de chico malo.

—Quizá no sea solo la pinta.

La mujer lo miró, deseándolo.

—Vámonos a mi casa.

Juan pensó en invitarla a la suya; pero sabía que eso rompería el encanto. Primero salió él, y después, previa coartada con sus amigas, salió ella. Vivía en un piso en la Plaza de los Sitios, la zona más cara de la ciudad. Su marido se había ido de viaje de negocios a Barcelona, él vería, dejar a una mujer así sola era un pecado, y de los gordos.

Hicieron el amor durante buena parte de la noche, quién diga que el alcohol no es un afrodisiaco miente. El dormitorio daba a la plaza, la ventana estaba abierta y entraba la brisa nocturna. La luz de la luna les iluminaba tenuemente alumbrando dos sombras clandestinas derrotadas por la lujuria.

Ella apoyó su cabeza en su pecho, él se encendió un cigarrillo. Miraba al exterior, a las copas de los árboles, y al correr de las nubes empujadas por la brisa. Cuando acabó el cigarrillo se levantó de la cama y se vistió. Era el mismo ritual de siempre.

—¿Te volveré a ver? —le dijo ella desde la cama.

Él se encogió de hombros.

—Cuídate preciosa.

Y se marchó rumbo a su apartamento.

El Gran Jardín y el periodista

El acto lo organizaba todos los años el grupo empresarial que controlaba los medios de comunicación de la ciudad, en él, premiaba a aquellas personas que más habían trabajado por el bien de la urbe. Ahí estaba lo más granado de la sociedad zaragozana, el presidente de la región, el alcalde, los políticos de múltiples colores, el jefe de la Policía Local, los empresarios más fuertes y hasta el secretario del arzobispo. Toda la familia estaba presente. El lugar elegido era fastuoso, la antigua Sala de la Corona de un palacio renacentista. Los políticos y los hombres de negocios se movían entre los corrillos como peces en el agua, entablando relaciones con unos y con otros, hablando de proyectos buenos para todos, negocios que sin duda les llenarían los bolsillos, a cambio de vaciárselo a otros claro. Por el medio, múltiples viejas glorias de la administración, antiguos directores generales que ahora ya jubilados se dedicaban a un lucrativo negocio, eran conseguidores, conseguidores de licencias, autorizaciones y demás. Una cosa era que tu proyecto estuviera el último, y otra que te lo pusieran encima del montón del funcionario de turno. Eso valía dinero. Tenían que aprovechar mientras aún tuvieran amigos dentro de la administración, y vaya si lo hacían.

El presidente del grupo de comunicación inició un pequeño discurso tras lo que cedió la palabra a su periodista estrella y director del periódico más importante de la región, Alfonso Campo. Alfonso tenía treinta y ocho años y se había hecho así mismo, había estudiado periodismo en Madrid tras lo que encontró trabajo cubriendo los sucesos en el periódico que ahora dirigía. Siempre decía a los jóvenes periodistas que nada como los sucesos para curtirse, que esa era la mejor escuela de periodismo que había, aunque eso ya había quedado lejos para él, ahora se dedicaba a establecer la línea editorial del periódico escribiendo artículos de opinión respecto a temas relevantes de la sociedad aragonesa y a representar al grupo ante los poderes vivos de Aragón y de España. O sea, al politiqueo puro y duro y a rascar la espalda a los poderosos.

—Queridos invitados, un año más nos reunimos para honrar a los que de entre nosotros se han destacado por su compromiso con esta tierra y con nuestro país —aplausos y una gran sonrisa por parte del presentador—. Demos la bienvenida a Don Carlos Alcorán Benaque, director ejecutivo de Industrias Extractivas del Ebro.

Más aplausos. Industrias Extractivas del Ebro se dedicaba a desarrollar todo tipo de actividades mineras. Llevaban haciéndolo desde los años cuarenta, los años de la autarquía. El abuelo del hombre que ahora subía al estrado, más listo que nadie y casi analfabeto, aprovechó la coyuntura de aquellos años y untando a todo dios levantó un imperio minero de la nada. Ahora su nieto, con traje y raya a un lado, varios títulos universitarios y máster en negocios por una universidad de renombre americana, daba las gracias a los poderes de la ciudad por el premio que otorgaban a su empresa.

El alcalde y el presidente de Aragón sonreían, henchidos de orgullo, removiéndose en sus butacas preferentes en primera fila.

Cuando el siguiente invitado subió al estrado se hizo un silencio sepulcral en la sala. Daniel Hidalgo era el consejero delegado de una empresa pública formada por el Gobierno de Aragón, el Ayuntamiento y el Estado, a partes iguales, encargada de dirigir la zona franca en el área metropolitana de la ciudad. El tipo tenía cincuenta y muchos años, abogado del estado, había estado en el consejo de administración de la Renfe y de Red Eléctrica, y durante muchos años fue el director de operaciones de una compañía energética multinacional. Había ocupado puestos directivos con gobiernos del partido conservador y del progresista, era un hombre del Estado.

Su discurso fue improvisado y maravilloso, fruto de una experiencia de años atendiendo este tipo de actos, al final anunció los números que estaba proporcionando la zona franca, más de cincuenta empresas de importación y una docena de fábricas se habían establecido en Zaragoza, y lo que es más importante, los chinos tenían intención de seguir abriendo más fábricas. La zona franca era un gran negocio para la industria global china, establecía sus fábricas en ella y así podía importar los materiales y elementos

necesarios para fabricar sin pagar casi impuestos ni aranceles, y luego, una vez fabricado el producto, podía exportarlo desde la zona franca a cualquier lugar del mundo.

Los políticos se levantaron de sus asientos y aplaudieron como si la vida les fuera en ello. Todo era prosperidad y progreso. Después sesión de fotos, unos cuantos corrillos más y la fiesta se acabó.

Un mar de coches oficiales de alta gama llenó la calle próxima al palacio donde los policías habían cortado la calle previamente para que los prohombres de la ciudad pudieran salir cómodamente. Dos de esos coches enfilaron hacia las afueras de la ciudad, a un exclusivo club de campo. Llegaron a la vez y fueron recibidos por el personal del club con una cortesía que rayaba en el servilismo. Un metre elegantemente vestido guio a los dos hombres al interior de una sala reservaba. La estancia estaba amueblada con buen gusto a base de muebles de madera de acacia, oscuros, y había poca luz, apenas la que salía de unas cuantas lámparas verdes de ambiente distribuidas por varias mesitas. El alcalde y el jefe de Policía Local tomaron asiento en unos mullidos sillones de terciopelo verde. La sala estaba reservada completamente para ellos y tenían un camarero a su disposición situado a una distancia prudencial. De fondo sonaba un blues, «The Skye is Crying», de Gary Coleman. El jefe de la Policía Local se encendió un puro. Olía a madera y a brasa. El jefe, así es como lo llamaban los policías locales de la ciudad, se llamaba Marcelo Espino Lucero y había sido Guardia Civil de joven, en un momento de su vida sacó las oposiciones a intendente, y ahora, de la mano de su amigo de la infancia, el señor alcalde, era el número uno de la Policía Local. Su relación con el mandamás de la ciudad había convertido al concejal de la policía en un pelele, en un hombre de paja que los dos amigos movían a su antojo. El camarero se acercó y preguntó si querían lo de siempre, los dos asintieron sonriéndole.

El alcalde dejó con desgana un panfleto antisistema sobre la mesa.

—¿Quién cojones es J. Vidal? —preguntó al jefe de policía mientras su índice daba golpes sobre la portada del panfleto.

—Vaya, nunca imaginé que te pudieran gustar ese tipo de publicaciones antisistema.

—Me interesa todo lo que nos pueda joder, y esto nos puede joder pero bien —dijo bajando el tono de voz.

El jefe cogió el panfleto y tras leer durante un instante lo dobló y lo guardó en su chaqueta.

—Lo investigaré; pero no te preocupes mucho, esto es imposible que llegue masivamente a los votantes.

—Me preocupo lo que me tengo que preocupar, estas cosas son como una bola de nieve, una vez que empieza a rodar puede hacerse enorme, y hoy un concejal del Partido Comunista ha insinuado algo de esto en una interpelación. No lo ha llegado a decir abiertamente; pero lo ha dicho sin decirlo, no sé si me entiendes.

—Nadie se va a atrever a sacar esto, todos tienen asuntos de que preocuparse.

El alcalde se tranquilizó. Dio un trago al Cutty Sark y se recostó sobre el sillón.

—Los chinos van a seguir ampliando sus inversiones aquí, el otro día me reuní con su embajador en Madrid, estuvo presente quién tú sabes, pagarán lo que sea, como ha dicho Daniel Hidalgo, necesitan establecer un punto en Europa donde implantar sus industrias globales, y donde poder importar las materias primas y los elementos que necesitan para fabricar sus productos y equipamientos sin pagar impuestos ni aranceles.

Espino miró de reojo al camarero, estaba tras la barra en la otra punta de la sala.

—Y de lo otro, seguimos como siempre —dijo en tono quedo llevándose la copa a la boca.

El alcalde se contoneó nervioso.

—Sí, todo está bajo control; pero por lo que más quieras, averigua quién es ese maldito J. Vidal.

Papeles en la noche

La tenue luz amarillenta de la lámpara de techo se desperdigaba por el pequeño local entresuelo situado en una callejuela del barrio de la Magdalena. Un paquete de tabaco Fortuna y un viejo ordenador tres ocho seis eran todo lo que necesitaba Lucas para cambiar el mundo, o al menos la ciudad. A Lucas le quedaba una asignatura para acabar la carrera de Filosofía y Letras, pero Problemas Fundamentales de la Filosofía Contemporánea se le había atragantado y además, pensaba que el mayor problema que tenía su entorno más inmediato era la cloaca en que se había convertido el sistema político de su ciudad. Así que ahí estaba un viernes por la noche, dándole a la tecla para terminar el número trimestral de su panfleto antisistema que luego él y sus amigos distribuirían por las facultades de la universidad y por los garitos de la Magdalena, antros frecuentados por punkis y gente próxima al nacionalismo aragonés. Sus fuentes eran funcionarios sindicalistas de comisiones obreras y de la CGT, que tras años en la administración como liberados habían hecho contactos a todos los niveles. Cuando se enteraban de algo, corrían a informar a Lucas de los tejemanejes que se hacían en el ayuntamiento, quizá así limpiaban un poco su conciencia; pero por encima de todos ellos, el joven Lucas tenía una fuente reciente, alguien que le estaba dando una información inquietante.

Eran casi las doce de la noche, se encendió un cigarrillo y le dio una calada tranquila y pausada mientras pensaba que sus amigos estarían en el garito de siempre comiendo vinagres y bebiendo unas cervezas. Decidió acabar el artículo que estaba escribiendo sobre las malas condiciones del personal de la contrata de limpieza del ayuntamiento, e ir a reunirse con sus colegas. Y entonces sonó el timbre de la puerta de entrada. Subió por las escaleras metálicas hasta la planta calle y observó a través de la mirilla, por si acaso, los neonazis estaban muy activos últimamente y no quería sorpresas, hacía poco que un grupo de ligallos, los radicales del Real Zaragoza, habían pegado una paliza a dos amigos suyos y poco faltó para ir de funeral; pero no. Abrió la puerta, frente a él un vagabundo medio

borracho con un sobre en la mano. Siempre lo hacía así, Lucas le dio unos cuantos cigarrillos y una moneda de quinientas pesetas, y ni siquiera se molestó en preguntar. Cada vez venía un vagabundo diferente, a menudo borrachos, a los primeros sí que les preguntó; pero no le dijeron nada más allá de que un hombre encapuchado se había acercado en la noche y tras darles una buena cantidad de dinero les había pedido que le llevaran el sobre.

Lucas miró a ambos lados de la callejuela, no había nadie, despidió al vagabundo y tras cerrar la puerta bajó corriendo a sentarse en su despacho de agitador anónimo. Abrió el sobre, dentro había una carta escrita a máquina que comenzó a leer, la firmaba como siempre J. Vidal, también había otros documentos. Sus ojos se iban abriendo cada vez más.

—Hostia puta… —susurró al ver el último papel, se llevó las manos a la cabeza y se repeinó la cresta punki—, no me jodas…

Sacó papel de fumar, lo llenó de tabaco y lo aderezó con un poco de hachís, necesitaba calmarse. También cogió una cerveza barata que tenía en un minúsculo frigorífico. Dio una calada y se quedó mirando el ventanuco que daba a la acera de la callejuela. El local se lo dejaba la CGT a cambio de que de vez en cuando les echara una mano con sus asuntos y que cuando les interesara algún tema lo incluyera en el panfleto. Él mismo se encargó de adecentar el local y también consiguió el ordenador, el resto de cosas las había comprado de segunda mano, el frigorífico, la lámpara, etc. Lucas estaba bien visto entre los grupos comunistas y anarquistas de la ciudad, era un tipo calmado que defendía los ideales dándole a la tecla en vez de empleando la violencia, y eso gustaba hasta cierto punto. Otra calada y el humo denso comenzó a llenar la estancia. Volvió a revisar los papeles que le había hecho llegar ese extraño personaje al que ya empezaba a llamar para sus adentros Garganta Profunda. Tras releerlos los guardó en uno de los cajones de la mesa, subió las escaleras, apagó la luz y salió a la calle. Cerró la puerta con llave y se dirigió al garito de siempre. Se internó en una zona llena de bares donde jóvenes con estética punki bebían calimocho en la calle. Al fin entró en un garito, las notas de «Buscando una Luna» de Extremoduro le recibieron, y luego la voz

rasgada y decadente de Robe navegando entre los acordes y contando poesías a quien quisiera escucharlo. Vio a sus amigos al final de la barra, bebiendo cerveza y fumando. Sara lo recibió con un beso.

—¿Ya has acabado el número de este trimestre? —le preguntó, pero Lucas estaba serio y ausente—. ¡Nene que te estoy hablando! —dijo dándole un capón cariñoso.

Negó con la cabeza.

—Ven anda —dijo cogiéndola de la mano—, vamos afuera.

El majestuoso bajo de Extremoduro se fue atenuando hasta que fue sustituido por la algarabía del gentío que poblaba la calle en corrillos, bebiendo y fumando, riendo y contando mil historias.

—Te acuerdas de lo que te hablé, del tío que me está dando esa información.

—Claro joder, cómo no me voy a acordar, ese número que escribiste es la comidilla en todas las reuniones del sindicato, desvíos de cientos de millones de pesetas respecto al proyecto original de la zona franca, siempre es lo mismo, politicuchos robando a mansalva.

Lucas sacó un Fortuna y tras encenderlo le dio un calada larga ansiosa, después Sara se lo arrebató y se lo llevó a sus labios.

—Esta vez me ha dejado algo más peliagudo Sara…

Ahora fue Lucas el que le arrebató el cigarrillo.

—Las certificaciones de obra de la última ampliación de la zona franca y la oferta de adjudicación de la obra.

—¿Y?

—Precios modificados sin justificación, al alza por supuesto, números inverosímiles de partidas de obra, cientos de farolas en un ramal de cincuenta metros, cables a precio de oro el metro, etc…

Un par de borrachos se liaron a puñetazos a escasos metros de ellos, que comenzaron a andar calle arriba buscando algo de tranquilidad.

—Si lo publicas ya no será una mera sospecha que flota en el aire, será afirmar que hay pruebas de que alguien se está llevando el dinero público destinado a ampliar la zona franca.

—Si lo publico, removeré el avispero como nunca nadie lo ha hecho en esta ciudad.

—¿Crees que puede ser peligroso?

—Nadie sabe que escribo ese panfleto más que vosotros y alguno en el sindicato, y además, ¿estamos en esto por compromiso no?

Sara asintió. Su pelo corto enmarcaba un rostro agraciado de rasgos marcados, que aún se acentuaban más debido a la sombra de ojos oscura que usaba.

—Por cierto, a los del sindicato les gustaría que les echaras una mano con una circular que están preparando para todos los afiliados, ya sabes, resistir es vencer y todo eso.

Ambos sonrieron.

—Ya les llamaré.

Los jóvenes dieron media vuelta, no querían alejarse demasiado de su zona, los grupos rivales, neonazis y pijos principalmente, de vez en cuando andaban al acecho para cazar a algún antifa despistado y arrearle una buena paliza.

—¿Alguna vez has pensado quién es el que te deja esos papeles?

—Continuamente.

—¿Quién crees que es?

—Obviamente tiene que ser alguien que tenga contacto con los corruptos, o que de alguna manera tenga acceso a esa información, policía tal vez.

—O quizá un político.

—Puede que sea un político, y que nos esté usando para desgastar al partido en el poder.

—¿Vas a publicarlo?

Sara le abrazó, preocupada. Una luna rota y gris apareció entre las cornisas de los viejos edificios de la callejuela, que olía a vino barato y a tabaco. Un poco más lejos dos gatos se perseguían hasta que se metieron por un agujero que había en una puerta de madera de un edificio abandonado. La música de los bares y la algarabía de la multitud les llegaban amortiguadas por la distancia. Lucas sabía algo de la vida, y no solo por lo que había aprendido en las clases de filosofía, las cuales, aunque aún no lo supiese, le habían proporcionado unas sólidas raíces para afrontar su futura vida, sino por lo que había vivido ya a su temprana edad. Su madre murió

cuando él nació, y su padre, un hombre débil y destruido por el alcohol, era tan solo un pelele que andaba por la vida como una sombra indiferente. Lucas vivía solo desde que cumplió los dieciocho en un apartamento en la Magdalena, un apartamento viejo y pequeño de dos habitaciones sin ascensor que daba a un callejón por donde andaban camellos y gente de lo más variopinta. Trabajaba de repartidor para Telepizza, era un buen trabajo, con lo que ganaba podía pagarse el alquiler y la universidad, y aún le quedaba algo para ocio, aunque tampoco gastaba mucho, aparte de salir con Sara y sus amigos pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo o leyendo, y los libros los compraba en librerías de viejo por cuatro duros. Lucas sabía lo dura que podía ser la vida, pero más o menos todo lo que había afrontado hasta entonces lo había hecho bajo el valor que llenaba su vida, la dignidad.

—Creo que la gente honrada de esta ciudad merece saber que les están robando. Voy a publicarlo todo.

Errores

El edificio de la jefatura de la Policía Nacional en Zaragoza era viejo y decadente, como casi todos los edificios de la Policía Nacional en la ciudad. Juan subió la escalinata de acceso y fue directo al policía que había en el mostrador de la entrada.

—¡Cuánto tiempo Juan! —dijo el policía al verlo.

—Mucho.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Jugando a detectives otra vez?

—Vengo a ver el expediente de un caso de asesinato.

—Eso solo puede consultarlo un policía relacionado con el caso, y tú no lo eres.

—Si quieres descuelga el teléfono y llama a Luis Garanto, él te lo contará.

El policía torció el gesto y sacó de mala gana una acreditación de visitante que dejó sobre el mostrador.

—A mí no me has dicho nada, apáñate con los de la Brigada Judicial.

Juan cogió la acreditación y se la colgó al cuello tras lo que se dirigió a las dependencias de la brigada. Cuando entró en la oficina se llevó una grata sorpresa, un policía de paisano se levantó de su mesa y se encaró con él.

—Te veo bien.

—Y yo a ti.

—Algo menos de pelo y algo más de barriga pero no te conservas mal.

—Por tu cara deduzco que seguiste boxeando.

—Incluso llegué a competir en amateur, si volviéramos a pelear te aseguro que el resultado sería distinto al de la última vez.

Ambos se fundieron en un abrazo. El inspector Manuel Boned fue lo único que mantuvo unido a Juan a este mundo cuando su hija falleció y su matrimonio hizo aguas. Compañeros de promoción en Ávila, se separaron cuando Juan fue destinado a Barcelona pero volvieron a encontrarse en Zaragoza, donde salían a menudo juntos con sus mujeres, entrenaban juntos y trabajaban juntos, y después,

cuando le echaron de la policía siguió preocupándose por él, hasta que Juan se separó de todo y de todos.

—¡Me alegro de verte! ¿Qué necesitas? ¿Qué haces por aquí?

—El comisario de Delicias, Luis Garanto, me ha pasado un caso y necesito mirar el expediente.

—¿Qué caso?

Juan se encendió un cigarro y le dio una calada, sintió como el humo le calentaba las entrañas.

—El caso de Itziar Cestero Acón.

—Ese caso se cerró a principios de este año, con juicio mediático y todo.

—Ya lo sé, pero la madre de la chica no está de acuerdo, Garanto tuvo la genial idea de mandarla a mi casa, la mujer no acepta el veredicto del juez, dice que el marroquí al que acusaron es inocente y que todo es un montaje a gran escala, que están implicados los jueces, la policía y todo dios. Garanto me la envió porque lo último que necesita es a la madre de una mujer asesinada hablando de teorías de la conspiración en los medios de comunicación.

—Dicen que lo van a nombrar Jefe Superior de Policía.

—Y esto no le viene nada bien claro.

—Claro, no quiere un circo como lo del Alcácer.

—Pero es raro que te enviara aquí, a la brigada.

Juan lo miró extrañado.

—¿Raro por qué?

—Sígueme.

Bajaron al archivo, ahí se almacenaban perfectamente numerados los expedientes de todos los casos que había llevado el grupo de homicidios de la brigada.

—Ya sabes que la Brigada Judicial investiga todos los temas importantes, homicidios, asesinatos, tráfico de drogas…

—No hace falta que me restriegues que conseguiste destino en la brigada mientras yo no pasé del grupo judicial de un comisaría de distrito.

Manuel sonrió, aunque enseguida adoptó un gesto serio.

—A esa chica la mataron en el noventa y tres y el juicio fue al inicio de este año.

—Toda la ciudad siguió el juicio.

Abrió un armario donde se almacenaban dos grandes cajas llenas de documentación.

—Este es el caso del clan de los Flores —dijo señalando una de ellas—, eran tres hermanos, unos malnacidos que sembraron el caos por las carreteras de Huesca, Navarra y Cataluña durante el año noventa y uno. Secuestraron a una joven en Lérida y luego a una pareja de novios. Al chico lo metieron en el maletero y a las chicas en el coche. Las llevaron a una casa donde las violaron y obligaron a mirar al pobre chico. Luego se vieron involucrados en un tiroteo en Montañana, estaban robando coches cuando llegó un coche patrulla de la Policía Local de Zaragoza, los recibieron a tiros, por poco matan a un agente, como compensación los compañeros de la Local pudieron acabar con uno de ellos. Desarticulamos la banda el día de su funeral, uno de los hermanos acudió y al otro lo pescamos en Andalucía. Ahora están los dos entre rejas.

Manuel señaló la otra caja.

—Y este es el caso de los Zapatos, aparecieron los cuerpos sin vida de dos mujeres jóvenes, con marcas de violencia pero sin signos de agresión sexual. A una de ellas le habían robado los zapatos y a la otra pobre chica se los habían colocado de una forma especial, que nos guardamos de contar para que ese dato sea algo entre nosotros y el asesino. Este es el caso con el que estamos ahora.

—¿Y qué hay del caso de Itziar?

—Veo que no te lo contó Garanto.

—¿Qué me tenía que contar?

—Lo de Itziar lo llevaron desde la comisaría de Delicias.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Un caso de asesinato y violación llevado desde una comisaría de distrito…

—Una comisaría de distrito mandada por Luis Garanto —dijo Manuel bajando la voz y mirando a su alrededor—. Vamos a la calle a dar un paseo anda.

A esas horas el paseo María Agustín hervía de gente, se sentaron en una terraza repleta de funcionarios en su hora del café donde el sol de la mañana aún se podía aguantar. Manuel pidió un cortado, Juan una cerveza y un pincho de tortilla.

—Explícame cómo le quitan un caso de asesinato y violación a la Brigada Judicial.

—Muy fácil, el jefe superior ya tiene su carrera hecha, está viejo y se va a jubilar en un año, Garanto le pidió que le dejara el asunto a sus chicos, quería ganar enteros para su futuro nombramiento, al jefe no le importó, teníamos al clan de los Flores hasta en la sopa y luego aparecieron las dos chicas muertas del crimen de los Zapatos. El jefe dijo que bien, que un problema menos.

Juan se llevó a la boca un trozo de tortilla de patata tras lo que le dio un trago a la cerveza.

—La verdad que Garanto no me dijo nada, y yo supuse que el caso lo habríais llevado vosotros, en fin, iré a su comisaría y listo.

El sol empezaba a ascender en un cielo limpio y azul y sus rayos caían a plomo sobre ambos hombres, que ahora guardaban silencio observando el pasar de la gente, policías de paisano, maestros de un colegio próximo, funcionarios, el mundo transcurría ajeno a las cavilaciones de Juan.

—Vi a Martina hace un año —dijo Manuel.

Esas palabras removieron el interior de Juan, que a duras penas pudo tragar saliva y dejar el tenedor en el plato.

—No la he vuelto a ver desde que firmamos los papeles del divorcio —dijo evitando mirar a los ojos a su antiguo compañero.

Ese fue el momento que el que escenificó el fin de su antigua vida, tras firmar aquellos papeles comenzó su descenso a los infiernos. Su preciosa hija se había ido para siempre. Un conductor borracho circulando al doble de lo permitido, la inquietud de una niña que se soltó de la mano de su padre para echarse a correr hacia el colegio. El agujero que había dejado la pequeña Clara comenzó a hacerse cada vez más grande, hasta que al final se lo acabó tragando todo. La relación con su mujer derivó en una convivencia triste y distante, Martina nunca lo dijo, jamás se atrevió a echárselo en cara; pero Juan sabía que ella lo consideraba

culpable de lo ocurrido. Él la acabó dejando. Luego vendieron el piso nuevo que habían comprado en un tranquilo barrio de clase media en las afueras de Zaragoza. Juan siguió con su caída libre, problemas en el trabajo, líos de faldas con mujeres casadas, y empezó a refugiarse en la botella. Manuel le tapaba todo lo que podía con los jefes; pero al final el tema estalló tras pelearse a puñetazo limpio con el Inspector Jefe de la comisaría de Delicias. Lo acabaron echando de la policía. En unos pocos años su vida había pasado de lo blanco a lo negro, sin grises ni estadios intermedios. Así era la vida.

—La vi bien, tiene una nueva pareja, ha rehecho su vida.

Juan se encendió un cigarro y le dio una calada, tras lo que expiró el humo lentamente.

—Como debe ser, me alegro por ella. Merece tener una buena vida y alguien bueno a su lado.

La terraza donde estaba y su antiguo compañero desaparecieron en una explosión temporal. Todo fue sustituido por una tarde noche de viernes, Clarita había estado jugando con sus amigos en la plaza del barrio, y tras pasar una agradable tarde hablando con el resto de padres entre miradas de cariño a sus hijos, Juan, su mujer y su hija iban a comprar al único supermercado del barrio. Compraban algo rico para cenar, comida mexicana sin picante y cosas así, y después subían a su piso nuevo, leían cuentos y le ponían los dibujos a la pequeña mientras Juan freía los trozos de pechuga de pollo y de pimientos y preparaba la cena. Luego se sentaban los tres a cenar y hablaban de mil cosas. Cuando a Clarita se le empezaban a cerrar los ojos le preparaban un biberón de leche caliente, tras lo que se quedaba fuera de combate. Entonces la llevaban a la cama mientras contemplaban su hermoso rostro y sonreían de pura felicidad. Luego, ya estando los dos a solas, hacían el amor como una pareja de enamorados, amándose de una manera madura y tranquila. El coche pasando por encima de Clarita llenó de repente su pensamiento. Todo lo demás se esfumó. Volvía a estar en la terraza con su antiguo compañero en una calurosa mañana estival.

—Parece que lo de mi hija ocurrió en otra vida, y a la vez lo llevo permanentemente en la cabeza.

Manuel apoyó la mano en su hombro.

—Me ha alegrado verte Juan, cuídate.

Su amigo se fue de vuelta a la comisaría. Él se quedó un rato más sentado en la terraza de aquel bar. Intentó centrarse en su momento actual y dejar atrás su pasado devastador. Pidió otra cerveza a una camarera joven y guapa y cogió un periódico que aleteaba movido por el viento en la mesa de al lado. En las páginas de deportes hablaban de la gran segunda vuelta que había hecho el Real Zaragoza en la Liga y que lo había llevado a quedarse tercero, y sobre todo el triunfo en la Copa del Rey. Al año que viene jugarían la Recopa de Europa y eso ya eran palabras mayores. Había que mantener a los jugadores y a Víctor Fernández a toda costa. En las páginas políticas hablaban del estercolero en el que se habían convertido las Cortes de Aragón, convulsos movimientos entre las élites regionales se estaban fraguando lentamente y quizá ya estaban a punto de explotar. A esta gentuza le venía grande la autonomía.

Juan cerró el periódico y pensó en Itziar, y luego en su madre y en el medio millón de pesetas que le había adelantado. Lo había guardado bajo una baldosa suelta debajo de la alfombra del salón, ahí era donde guardaba el dinero que no declaraba, que era casi todo. Los de Hacienda ya le habían preguntado varias veces, Juan estaba en el límite de lo legal, tenía un pequeño apartamento en Peñíscola y el humilde piso en Zaragoza; pero algún año había declarado demasiados pocos ingresos y los de Hacienda le mandaron una carta recordándole la obligación de declarar todas sus ganancias. Ahora estaba pensando en los cinco millones que la madre de Itziar le había prometido si le daba los nombres de los verdaderos asesinos de su hija. Esa pobre mujer estaba desesperada, no quería creer lo que era un hecho, un desgraciado la había matado y luego se había suicidado en su celda agobiado por ser un violador en prisión. Se juró a si mismo que descubriera lo que descubriera no se aprovecharía de ella.

Aún tenía un trabajo pendiente de acabar que le habían encargado antes de que la madre de Itziar hubiera aparecido en su casa. Miró el reloj, era media mañana. El trabajo era fácil, un

hombre sospechaba de su mujer, veía que se arreglaba más para ir al trabajo, salía más con sus amigas y llegaba tarde a casa entre semana, todo apuntaba a que se la estaba pegando con otro. El marido era un promotor inmobiliario con cierto nombre en la ciudad, tenía dinero y no le importaba gastarlo en espiar a su mujer. Era un trabajo fácil y seguro. Juan se levantó de la mesa y enfiló hacia la calle de Almagro. Ahí estaba el Café de Levante, un sitio con cierta elegancia que era uno de los cafés más antiguos de la ciudad. Tomó asiento y pidió una cerveza, ya llevaba tres y eran las diez de la mañana, lo peor era que ni siquiera estaba mareado. Cuando era boxeador amateur estaba tan en forma que con una cerveza ya estaba prácticamente borracho. Ahora necesitaba un tonel.

El promotor vivía en un piso de la calle de Almagro, en pleno centro, techos altos y obras de arte en las paredes, lo típico de la gente con gusto y dinero. Juan controlaba la puerta del edificio mientras daba tragos cadenciosos a la cerveza. Esa era la peor parte de su trabajo, la espera, lo de entretener las vigilancias leyendo el periódico lo había dejado porque alguna vez se había metido tanto en la lectura que su objetivo se le había escapado, así que ahora solo bebía y vigilaba. En la puerta del café un rey vagabundo le pedía dinero a una mujer bien vestida, Juan pensó que quizá ese hombre era la única persona verdaderamente libre que había visto a lo largo del día, y también pensó en que el dinero solo era un convención social, un engaño que todos aceptábamos como verdadero. Su mente se fue de nuevo a los cinco millones de pesetas que le había prometido la madre de Itziar, y entonces la mujer del promotor salió por la puerta del edificio. Era elegante y voluptuosa, la típica mujer que puede conseguir a cualquier hombre. Juan apuró la cerveza, dejó quinientas pesetas sobre la mesa y se apresuró a seguirla. La mujer fue a un supermercado próximo e hizo la compra, productos de higiene personal, papel de cocina, jamón, dos entrecots finos envasados y una bandejita con sushi además de una botella de vino tinto. Juan la observaba a una distancia prudencial, mientras simulaba estar mirando el contenido en grasas de unas lonchas de jamón de York, desviaba miradas furtivas a la cesta de la compra de la mujer de su cliente. El promotor se había ido de viaje

de negocios a Madrid a mirar unos posibles suelos en los que invertir, y a Juan esa cesta de la compra no le cuadraba, olía a cuernos.

Una vez que terminó la compra regresó a su casa y Juan volvió a tomar asiento en la terraza del Café de Levante. Pidió otra cerveza y esperó. El pájaro estaba en el nido, si le apetecía volar tendría que salir. Ocho horas y varias copas después el pájaro se echó a volar. Juan casi se atraganta cuando la vio salir por la puerta, un vestido negro se ceñía como una segunda piel a su cuerpo, dibujando una silueta espectacular. Su color negro resaltaba aún más su cabello rubio, que caía cuidado y ondulado sobre uno de los lados. Su mirada era rasgada y azul como un lago cristalino y le confería una belleza melancólica y trágica. La siguió. Salió al paseo de Pamplona y se encaminó hacia la plaza de Aragón. Su fragancia le llegaba amortiguada por la distancia, notó que era un perfume caro, de los que todavía se perciben al día siguiente. Se desvió por la calle Doctor Cerrada y ahí entró en un pub. Eran las nueve y media de tarde y el sol ya estaba acercándose al horizonte. El garito estaba lleno de gente, luces de neón blanco azuladas iluminaban las paredes, Juan las observó y negó para sí, con esa iluminación las fotografías no salían bien. La mujer se acercó a la barra y pidió una copa. Juan se posicionó a una distancia prudencial desde donde podía controlarla. Héroes del Silencio comienzan a sonar, y de repente algo capta la atención de la mujer. Juan no sabe muy bien qué es, mira en dirección a la entrada; pero el pub está lleno hasta la bandera, Enrique Bunbury dice que ha oído que «la noche es toda magia», y que «un duende te invita a soñar», también dice que amanece muy pronto y que está solo, Juan piensa que eso también le pasa a él. La mujer sonríe, alguien avanza entre la multitud hacia ella. Juan se apoya en la barra relajadamente, cerca de su presa. La mujer se funde en un abrazo con beso sin fin con un guaperas elegante. Él viste camisa blanca a medida, no está fuerte pero su torso parece fibroso y duro, como el de un torero. Tiene un tupé de escándalo, pelazo denso y castaño, y como no, su sonrisa enseña unos dientes blanquísimos perfectos. El típico guaperas que Juan está acostumbrado a ver trajinándose a mujeres de otros. Bien por

él. Esos tíos le llenan el bolsillo en su furor por conquistar féminas casadas. Pero en este había algo, no sabía muy bien el qué, algo que le resultaba familiar. Juan pidió a la camarera un whisky con hielo, estaba a menos de un metro de ellos, elevó con discreción su minúscula cámara de detective y disparó unas cuantas fotografías. Ya la tenía. El promotor le iba a pagar un montón de dinero por ellas. No le daba lástima, aunque ojeaba a la escultural mujer desde el fondo de su whisky y pensaba que era una de las adúlteras más impresionantes a las que había seguido y que no le importaría compartir una noche de cama con ella. También pensó que no eran muy discretos, cualquier conocido que estuviera en el pub podría verles besándose. No era la primera vez que veía cosas así, sobre todo entre personas cultas de clase alta había notado cierto relajamiento respeto al tema de la fidelidad. Quizá ella no le diera importancia; pero de lo que estaba seguro Juan es que su marido sí, tanto que le había pagado cien mil pesetas por seguirla y obtener pruebas en caso de que se la estuviera pegando con otro. La pareja salió del pub en dirección a la casa de ella. El hombre tenía intrigado a Juan, que estaba seguro de haberlo visto anteriormente en otro lugar, al observarlo lo asaltaba una curiosa familiaridad, tan vaga que al intentar desvelar su origen se deshacía como una bruma arrastrada por su incapacidad de retener nuevos recuerdos. Entraron en el portal y se perdieron escaleras arriba. Juan volvió a ocupar su puesto en la terraza del Café de Levante. Pidió algo de cena, una ración de calamares y una cerveza, y cenó plácidamente vigilando el portal sin saber muy bien si pasarían la noche en el domicilio o les daría por salir de ahí. La noche iba avanzando, y en el cielo una luna de color roto iluminaba la ciudad, de vez en cuando alguna nube gris la cubría y entonces las calles quedaban solo iluminadas por la luz amarillenta del vapor de sodio de las farolas, llenándolo todo de tonos dorados, con la gente yendo y viviendo metida en sus asuntos nocturnos.

Ya eran las doce y media de la madrugada cuando vio al hombre salir del edificio, iba solo. Instintivamente Juan se levantó de la silla y tras dejar algo de dinero sobre la mesa se dispuso a seguirlo. La luz de la luna volvía a estar ahí, blanca y mágica, alumbrando un

jardín inquietante donde todo se mezclaba. Tras diez minutos siguiéndolo llegaron a San Vicente de Paul con el Coso, el hombre siguió andando calle arriba y torció por una callejuela, y entonces hizo algo que dejó a Juan perplejo: se puso un pasamontañas y se acercó a un vagabundo. Juan, que había visto de todo en su vida, se esperó lo peor, quizá un tío adinerado que pega palizas a pobres desgraciados para satisfacer sus instintos sádicos, o vete tú a saber qué. Pero no, el guaperas sacó un sobre y se lo entregó al vagabundo, después le contó algo mientras el vagabundo asentía sin decir ni una palabra, y por último le dio un fajo de billetes. El indigente se levantó y comenzó a andar pesadamente en una dirección, mientras el guaperas, con el pasamontañas aún puesto, se alejaba de todo aquello. Eso planteó un dilema a Juan, o seguía al vagabundo o al guaperas. Decidió que al guaperas lo tenía pillado porque conocía el lugar donde aquella diosa rubia le permitía disfrutar de ella, pensó que seguro que volvería por allí. Así que siguió al vagabundo, que se sumergió en las callejuelas de la Magdalena, su paso era lento y trazaba un zigzag alcohólico con destino incierto, hasta que al fin llegó a la altura de una pequeña puerta de un edificio viejo. Llamó a ella. Juan observaba con suma atención la escena parapetado tras una esquina de la Iglesia de Santa María. La puerta se abrió, del otro lado apareció un joven con estética punki, el cual, cuando el vagabundo se fue, miró hacia ambos lados de la calle comprobando que todo estaba desierto. Después cerró la puerta y eso fue todo. Juan, aunque intrigado, estaba fundamentalmente cansado, y un poco borracho, decidió irse a su casa a descansar. Iría paseando para que se le pasase un poco el efecto del alcohol, además hacía buena noche, menos calurosa que el resto de noches de la semana. Se encendió un cigarro e intentó relajarse, el encuentro con su antiguo compañero y los recuerdos de su otra vida lo habían sacado de la zona de confort de su alienadora vida, llena de sexo esporádico y alcohol, que justo servía para que no acabara pegándose un tiro en la cabeza. Borró todos aquellos pensamientos justo antes de que la noche le brindara una última sorpresa.

En la puerta de un garito de La Zona, un cabeza rapada se relamía las heridas de su última pelea, su cazadora gris marca Alpha Industries tenía manchas de sangre fruto de una escaramuza con un grupo de gitanos en la que se habían visto brillar el filo de las navajas. El neonazi chistó para llamar la atención de sus dos compinches, que estaban trapicheando un poco más alejados de la puerta del antro.

—Mirar este pollo, vamos a desplumarle.

El joven cabeza rapada valoró que era un cincuentón borrachín volviendo a casa, una presa fácil con la que divertirse dándole una paliza y luego robándole.

—¡Eh tú! —le gritó dándole un golpe en el pecho.

Juan se paró en seco, iba con la cabeza gacha perdido en sus cavilaciones y no lo había visto venir; pero cuando miró la profundidad de sus ojos el cabeza rapada fue consciente de que se había equivocado de presa.

El primer derechazo le hizo caer al suelo, intentó levantarse pero la sangre comenzó a salirle por la boca y quedó aturdido sobre la acera. Los dos compinches que quedaban atacaron a la par, tirando una maraña de volados sobre la cabeza de Juan, que hizo una esquiva hacia su izquierda, y tras encajar un par de golpes, descargó otro derechazo directo al mentón del segundo neonazi, que cayó desarbolado al suelo como una gelatina temblorosa, justo cuando retiró su derecha, fintó y soltó un directo de izquierdas al último cabeza rapada. La pelea había terminado en apenas siete segundos. Juan se masajeó los nudillos mientras miraba los cuerpos semiinconscientes de sus jóvenes rivales tirados en el suelo, entre colillas y restos de vómitos y orines. No sabía si alguno podría requerir asistencia médica; pero tampoco le importaba, siguió su camino evitando las cámaras de la sucursal de Ibercaja que hacía esquina en la siguiente manzana, no cosa palmara alguno de esos indeseables y lo buscaran por homicidio o peor aún, por asesinato.

Cuando llegó a su pequeño apartamento en Alférez Rojas se puso ropa cómoda, de andar por casa, y se sirvió una última copa. Puso un disco de vinilo de Philip Harper, interpretando la canción «Autumn Leaves», ese trompetista negro era Dios. Se sentó en su

sillón e intentó dejar flotar su mente. Las notas de Harper flotaban como un bálsamo que relajaba sus devastadores recuerdos, de nuevo su pequeña venía a él, soltándose de su mano, la música pareció atenuarse, comenzó a sudar, sus dedos buscaron nerviosos la copa de brandy, cuando la alcanzó se la llevó a la boca de una forma brusca y nerviosa, como si contuviera el elixir que le haría deshacer todo lo que le atenazaba. Se levantó del sillón y fue a su pequeño estudio, abrió con llave el cajón donde lo guardaba, era un sobre marrón, acolchado, sin remitente ni ningún dato identificativo. Lo miró durante largo rato. Al fin hizo amago de abrirlo, sus manos temblaban ostensiblemente, cuando estuvo a punto de rasgar el papel sus manos se detuvieron y una lágrima cayó sobre su envoltorio. Juan dejó de nuevo el sobre dentro del cajón y lo cerró con llave.

Afuera la madrugada iba avanzando, las luces amarillentas de las farolas se mezclaban con la luz brillante y plateada de la luna, Juan se tumbó en la cama, la ventana estaba abierta, entraba un calor sofocante y silencio, el barrio estaba tranquilo. Por un momento sus ojos se cerraron, el cansancio, el alcohol y la tensión de la pelea acudieron a él de golpe, doblegándolo, él se dejó llevar, estaba exhausto y sudoroso, ni siquiera se molestó en levantarse a encender el viejo ventilador, simplemente se quedó ahí tumbado sobre la cama. Hasta que se quedó dormido.

El atestado policial

Tras tres o cuatro horas de sueño Juan se despertó. Eran las siete y treinta y cinco minutos de la mañana y ya hacía un calor infernal. Se levantó de la cama empapado en sudor y se metió en la ducha. Un poco de champú y de gel, después desodorante, un pantalón beis y una camisa ligera de algodón azul, y colonia de la cara, un capricho que podía permitirse.

De camino a la comisaría de distrito de Delicias paró en un bar, pidió un café solo y ojeó distraídamente la sección de sucesos del periódico, no había ni rastro de los tres pobres desgraciados de la noche anterior. Seguramente se habrían recuperado de los golpes y se habrían marchado a alguno de los antros que solían frecuentar a buscar la protección del resto de sus camaradas.

La comisaría estaba muy cerca del bar. Entró al patio interior y habló con el policía de la garita de entrada. Esta vez no hubo problemas. El policía estaba enterado de que iba a venir y lo guio hasta el archivo, abrió con llave y encendió la luz. Olía a polvo y a papel, las luces fluorescentes llenaban la estancia con luz blanquecina.

—Garanto me pidió que te preparara la documentación, tienes el expediente sobre la mesa, cualquier cosa que necesites Juan, estoy en la garita.

El detective asintió, el policía se fue de allí dejándolo solo. Sobre una mesa un poco mayor que un pupitre de colegial descansaba el atestado policial de Itziar. Justo encima uno de los tubos fluorescentes tintineaba encendiéndose y apagándose. Juan tomó asiento y abrió el expediente. Tanto dolor recogido en unos pocos folios guardados a su vez junto con cientos de expedientes llenos de más sufrimiento.

En la sala solo se oía un zumbido hipnótico que venía del cuarto que alojaba el transformador al otro lado del pasillo. Se concentró en la lectura del atestado:

«ATESTADO POLICIAL Nº 0007/1993 – GRUPO HOMICIDIOS COMISARÍA DISTRITO DELICIAS – POLICÍA NACIONAL

HECHO DENUNCIADO

Posible delito de homicidio con indicios de agresión sexual

FECHA Y HORA DEL HALLAZGO

9 de diciembre de 1993, a las 6:55 AM.

LUGAR DEL HECHO

Campus universitario de Zaragoza, acceso al mismo frente al club deportivo municipal Gran Vía. (Acceso al campus a través de pequeña verja al lado de una casa blanca).

IDENTIFICACIÓN DE LA VICTIMA

Nombre: Itziar Cestero Acón

Edad: 42 años

DNI: 50764321-L

Profesión: Funcionaria de la Diputación General de Aragón, ingeniero técnico industrial.

Domicilio: C/Sin Luz nº 3, 2ºA, Zaragoza.

DESCRIPCIÓN DEL HALLAZGO

Una patrulla de la Policía Local que salía de la comisaría del Centro vio un bolso tirado en una zona ajardinada del campus. Al acercarse vieron los pies de la víctima sobresaliendo tras unos setos. Confirmaron la presencia del cadáver de una mujer y lo comunicaron a la sala del 091 de la Policía Nacional. La dotación Z-0232 se personó en el lugar de los hechos y acto seguido se activó el protocolo de homicidio y agresión sexual desplazándose al escenario del crimen:

- *Grupo de homicidios.*
- *Médico Forense.*
- *Policía Científica.*
- *Juez de guardia.*

INSPECCIÓN OCULAR

Durante la inspección se encuentran los siguientes elementos de interés:

- *Ropa interior de la víctima tirada a varios metros del cuerpo. Huellas en zona embarrada próxima, se toman moldes.*
- *La víctima presenta magulladuras y heridas en piernas y antebrazos, resultado de una posible defensa ante la agresión.*
- *La Policía Científica toma muestras de ADN de debajo de las uñas de la víctima.*
- *El bolso de la víctima se encuentra tirado en una zona ajardinada próxima, está revuelto y no se encuentra dinero en su interior. La Policía Científica toma las huellas dactilares que hay en el mismo.*

INFORME PREELIMINAR DE LA AUTOPSIA

- *Causa de la muerte: asfixia por estrangulación.*
- *Hora estimada de la muerte entre las 6:15 y las 6:30 AM.*
- *Presenta desgarros en la zona vaginal, rotura de mucosas y presencia de semen.*

LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

- *Se cruzan las huellas dactilares encontradas en el bolso de la víctima con las almacenadas en la base de datos de la Policía Nacional, obteniendo una coincidencia con Yousef Abdulrahman, ciudadano marroquí con permiso de residencia en España.*

DETENCIÓN

- *Se obtiene orden judicial para entrar en su domicilio en Camino del Vado nº17, 5ºB. El sospechoso no se encuentra en el domicilio.*
- *Durante el registro se hayan unas zapatillas que coinciden con las huellas dejadas en el barro en la zona del crimen.*
- *El sospechoso es detenido en un control de la Guardia Civil en Bielsa el mismo día del hallazgo del cuerpo de la víctima, muestra fuerte resistencia y recibe dos disparos en su brazo derecho.*
- *Se informa al sospechoso de los derechos contemplados en el artículo 520 de la ley de enjuiciamiento criminal.*

DECLARACIÓN

- *Se niega a declarar.*

PRUEBAS BIOLÓGICAS

- *El ADN extraído bajo las uñas de la víctima así como el extraído del semen encontrado en la vagina de la misma coinciden con el del detenido.*
- *Presenta heridas en antebrazos compatibles con un forcejeo.*

SITUACIÓN PROCESAL

- *El acusado fue puesto a disposición del juzgado de instrucción nº1 de Zaragoza, tras comparecer, la juez decretó el ingreso en prisión provisional comunicada y sin fianza por presuntos delitos de homicidio doloso y violación.*

Zaragoza, a 25 de Diciembre de 1993

Inspector Redactor: nº04445 – Grupo de Homicidios- Comisaría de Distrito Delicias».

Juan cerró el atestado y miró su reloj, aún era buena hora para ir a comer a la tasca de Ramón. El caso no tenía mucho más recorrido, y mientras fotocopiaba los papeles en la vieja fotocopiadora del archivo pensaba en cómo lidiar con la madre de la víctima. Durante su etapa de inspector en la policía lo había visto otras veces, la gente, ante tanto dolor, se aferra a cualquier cosa, a cualquier teoría que siga dejando abierta una puerta que conecte con su ser querido. Es difícil asumir una muerte violenta y pasar página, recordar con dolor y cariño a tu ser querido y seguir con tu vida a duras penas. Es muy difícil. Él sabía lo que era que le arrancaran el corazón, y tenía muy claro desde el primer momento en que aceptó el caso que trataría a esa mujer de la mejor manera posible. Itziar tuvo la maldita suerte de cruzarse con ese malnacido ese fatídico día de camino a su trabajo, estuvo en el momento equivocado en el lugar equivocado. ¿Por qué el mundo funcionaba así? No lo sabía, solo quedaba la opción de afrontarlo.

Salió de la comisaría de Delicias y respiró hondo. Ese sitio le atenazaba, le traía los recuerdos felices de la época en la que era inspector e investigaba casos con su compañero Manuel Boned, en aquella época en la que tenía mujer y su hijita lo era todo para él; pero también le traía los recuerdos de cuando bajó a los infiernos.

Ramón lo recibió sacando la botella de JB junto con un pequeño vaso y colocándola en la barra. «¿Chuleta?». Le preguntó. Juan asintió y tras recoger la botella y el vaso se sentó silencioso en una mesa próxima a la televisión. Estaban emitiendo un programa de cocina, Karlos Arguiñano preparaba un plato de alubias blancas con setas, no muy idóneo para los cuarenta grados Celsius que hacían la vida imposible a todos los habitantes de la ciudad. Cuando acabó el programa de cocina comenzó un informativo regional que emitía las noticias de la comunidad autónoma de Aragón, abrieron el informativo con el mundial de USA'94, donde la selección española de fútbol se jugaba el pase a cuartos de final con Suiza.

Juan se había bebido media botella de whisky antes de que Ramón saliera con la chuleta de ternera, acompañada de una pequeña guarnición de patatas fritas.

Después el presentador cambió el tercio hacia noticias económicas informando de como el capital chino estaba entrando a raudales en España, en la pantalla el embajador chino y el rey Juan Carlos, rodeados de importantes empresarios de ambos países, se saludaban cordialmente justo antes de iniciar una conferencia sobre posibles colaboraciones en el ámbito industrial.

Cuando terminó la comida subió a casa, durmió un poco hasta la hora del partido, después sacó un par de latas frías de cerveza de la nevera y las escanció en una jarra helada de cristal. Las dejó sobre la pequeña mesa del salón dándoles sorbos mientras veía el partido. El último recuerdo que tuvo fue a Fernando Hierro marcar el tres a uno, y después solo sudor y sueños intranquilos.

El día de su cumpleaños

Cuando abrió los ojos y miró a su alrededor no sabía muy bien dónde estaba, a pesar de que despertarse en los sitios más insospechados no era algo ajeno para él. La televisión estaba en marcha, recordó el último gol de España a Suiza y fue tomando conciencia de su entorno. Se fue a la cocina y preparó un café solo, miró el calendario y torció el gesto. Se bebió el café de un trago. Después se metió a la ducha, era como un ritual para él, una suerte de lamentable bautismo que le servía para afrontar el día naciente a duras penas. Una vez finalizada la ducha se tomó un nuevo café, esta vez con leche, y después tomó asiento de nuevo en el sillón y se quedó en silencio mirando fijamente por la ventana sin ver nada, más bien viendo una película que tenía grabada en su cerebro de manera indeleble.

El sol fue cruzando el cielo, y Juan, inerte, fue viendo como la bola de gas ardiente pasaba frente a su ventana. De repente, como si una corriente eléctrica lo hubiera atravesado de lado a lado, se levantó y se vistió. Una camisa azul de algodón, fresca y ligera, y un pantalón de pinzas color ocre. Se miró al espejo, emanaba una belleza viril y decadente, con barba de tres días cubriendo su mandíbula cuadrada, y salió a la calle. Ya era por la tarde y más allá del café no había comido nada; pero no tenía hambre.

Cuando llegó a la zona de la plaza de San Francisco entró a una taberna y pidió una copa. Se la fue bebiendo lentamente, mientras observaba a los universitarios hablando de sus problemas y de sus planes de ocio para el fin de semana. Se fijó particularmente en una pareja, en todo momento estaban haciéndose caricias y regalándose palabras dulces al oído. Juan se preguntó si alguna vez él había sido así, aunque de haberlo sido, le daba la sensación de que habían pasado mil años. Unas cuantas copas más y salió de allí. Giró el cuello hacia ambos lados y después dibujó un círculo completo con la frente, como un boxeador que calienta en su esquina, mientras caminaba con el gesto serio. Apenas dos calles separaban el sector universitario de la zona *heavy*. Concretamente se dirigía a una calle de esa zona, la más conflictiva, un lugar donde los punkis bebían

calimocho y fumaban hachís sentados en los portales de las viviendas, mientras al otro lado de la calle heavies con melena larga los miraban desafiantes. Cuando llegó contempló con cierto agrado que un grupo de punkis estaban fumando junto a la puerta de un garito, pasó tan cerca de ellos que golpeo al más grande de todos con el hombro.

—¿Qué coño haces? —le dijo desafiante el punki, cuya cresta de colores le daba la apariencia de un pavo real de metro ochenta de altura.

En ese momento una sonrisa imperceptible se dibujó en el rostro de Juan, que descargó un derechazo terrible en la mandíbula del punki haciéndolo desplomarse sobre la acera. El alcohol había mermado sus sentidos y no vio venir el botellazo que le dieron en la cabeza, se tambaleó hacia adelante pero rápidamente recuperó el equilibro y se puso en guardia a tiempo para bloquear un puñetazo. Al instante se dio cuenta de que su antebrazo sangraba abundantemente, le habían golpeado con una pulsera de pinchos. Uno de ellos se había quitado el cinturón e intentó golpearle con él. Lo esquivó y le dio un directo de izquierdas que lo hizo retroceder, después golpeó con todas sus fuerzas su nariz, un crujido y luego mucha sangre. Notó otro puñetazo que vino por detrás y golpeó su oído, le hizo perder el equilibrio y a punto estuvo de caer cuando recibió una patada en el rostro; pero se recompuso, dio un paso atrás y levantó la guardia encarándose con ellos de nuevo, «¡*Joder!, ¿de dónde han salido esos dos?*». Cuatro tipos le encaraban, camisetas negras de tirantes, brazos delgados y fibrosos, pendientes, crestas de multitud de colores, miradas de odio. Le lanzaron una patada frontal que pudo esquivar, el punki pasó a su lado y golpeó la persiana metálica de una tienda cerrada, Juan aprovechó la oportunidad y le acertó con un gancho al mentón dejándolo fuera de combate. Los otros tres descargaron contra él una lluvia de patadas y puñetazos, se intentaba cubrir pero los golpes le entraban por todos sitios, y a punto estuvo de perder el conocimiento cuando de repente una marabunta de tipos melenudos cargaron contra los punkis y los hicieron huir. Cogieron a Juan en volandas y lo metieron en el bar Infiernos. Estaba un poco

conmocionado, no sabía muy bien dónde se encontraba, se sentó en un taburete con los melenudos rodeándolo. Una camarera preciosa, morena con los ojos maquillados con sombra negra, le lavó las heridas con una gasa impregnada en whisky, dada su destreza se veía que no era la primera vez que lo hacía. De fondo sonaba «Run to the Hills» de *Iron Maiden*. El garito estaba bastante lleno de gente y se había formado un buen revuelo con la pelea, pero poco a poco la cosa se fue calmando, hasta que Juan quedó a solas con un heavy bebiendo en la barra.

—Peleas bien, te has enfrentado a seis de esos tipejos tú solo. Me llamo Oliver —dijo tendiéndole la mano.

Juan la estrechó y luego cogió una bolsita de plástico con hielo que le tendía la camarera y se la llevó al pómulo derecho, que ya se le empezaba a poner morado. Oliver le contó que trabajaba en una fábrica de depósitos a presión en el polígono de Malpica. Iba de siete de la mañana a tres de la tarde y su cometido era soldar las partes de aquellos depósitos que no podían hacerse de una sola pieza.

—Es un trabajo fino y delicado. Eva guapa, pon otras dos jarras de cerveza —Juan la aceptó con agrado, el efecto analgésico del alcohol ya lo embriagaba por completo, y disipaba también sus ansias de violencia—. Yo no era muy buen estudiante sabes; pero gracias a la insistencia de mi viejo me saqué una formación profesional y gano ciento veinte mil pelas al mes, si no, hubiera sido otro don nadie que se arrastra por las calles de esta ciudad como esos capullos con los que te has zurrado; pero no, lo hice, gracias a él —se besó un dedo y señaló al techo del bar—. Mi viejo murió sabes, los de la puta seguridad social llegaron tarde, murió de un ataque al corazón en el suelo de su dormitorio —hizo un gesto compungido y le dio un trago enorme a la jarra de cerveza.

—¡Oli, deja al pobre hombre, lo último que necesita es que le cuentes tu maldita vida! —Las palabras eran de un tipo de cerca de dos metros que había salido de entre la multitud, llevaba la melena recogida en una coleta y una camiseta de tirantes negra que dejaba ver sus enormes brazos—. Además, el concierto está a punto de empezar. ¡Vamos!

Oliver y él se dirigieron al escenario, donde la batería, la guitarra y el bajo ya estaban dispuestos y preparados para el espectáculo. Juan se acomodó en el taburete para poder ver el concierto. Al momento, y sin ningún tipo de ceremonia previa, un *trash metal* oscuro atronó el bar mientras el público hacía movimientos circulares con sus cabezas haciendo blandir sus melenas. Para Juan eso ya era demasiado. Se despidió de la camarera, que le dedicó una amable sonrisa, y se dirigió a la puerta, cuando notó que alguien le cogía del brazo.

—Espera —era la camarera—, no salgas por la puerta principal, te van a estar esperando seguro. ¡Ven!

La joven lo llevó a la parte de atrás del garito, y abrió una puerta de emergencia que hacía las veces de salida trasera.

—Será mejor que no vuelvas por aquí en mucho tiempo.

Juan asintió y se fue caminando a duras penas en dirección a la avenida de Valencia donde intentó coger un taxi, pero los restos de sangre que tenía en la ropa junto con su apariencia sugerían a los taxistas que pasaran de largo y olvidaran una carrera que quién sabe cómo podría acabar. Acabó llegando a su casa a medianoche, cojeaba y le dolía todo el cuerpo, especialmente la cara y el corte del antebrazo. Recordó que hacía años lo habían vacunado contra el tétanos cuando en una intervención redujeron a unos traficantes de droga en la Almunia de Doña Godina, uno de ellos se revolvió y le clavó una navaja en el bíceps de su brazo izquierdo. No se iba a morir por eso; pero a cada paso que daba sentía los latidos de su corazón por todo su cuerpo.

Subió a su piso, un frenesí repentino pareció adueñarse de él, entró como un huracán en su pequeño despacho, sacó la pequeña llave y abrió el cajón. Dentro estaba el sobre, lo miró y al instante empezó a caminar en círculos entorno a la mesa, hasta que de nuevo volvió a sentarse y lo contempló de nuevo. Se mordió el puño y acabó cerrando el cajón. Golpeó el escritorio violentamente y después se desplomó sobre él llorando. Las manos le temblaban. Se fue al sillón del salón e intentó serenarse. Por la pequeña ventana entraba una brisa fresca, y afuera el silencio ya se había adueñado de las calles. El dolor físico consecuencia de la pelea pareció remitir;

pero solo era un engaño, un espejismo fruto del desierto en el que se había convertido su vida, llena de culpa y desesperación, donde ya nada tenía importancia, donde solo quedaba vagar sin rumbo como una sombra sin nombre.

Abrió su cartera y sacó una vieja fotografía. La alzó y la contempló con una sonrisa que parecía guardar ciertos recuerdos de cariño, de sus ojos brotaron las lágrimas más amargas que se pueden llorar, y justo antes de que el sueño se lo llevara y le otorgara un momentáneo descanso, unas palabras rotas y llenas de dolor salieron de su boca.

—Feliz cumpleaños mi niña.

La velada de boxeo

El ritual matutino se repetía, el agua de la ducha caía sobre él como un bautismo que le daba fuerzas para a duras penas afrontar un nuevo día. Después una taza de café de cafetera italiana. Saboreando su aroma tuvo un fugaz pensamiento acerca de dejar el alcohol, aunque fue consciente de que fue solo una idea pasajera, porque el alcohol le servía para evadirse de su vida y de su dolor. A cambio tenía que pagar el precio de las resacas, que cada vez eran peores, porque dibujaban monstruos imaginarios en su subconsciente que se cernían amenazantes sobre él; pero de momento una cosa compensaba a la otra.

Sacó las copias del atestado y las ojeó de nuevo mientras daba sorbos a la taza de café y caladas a un cigarrillo Marlboro. El informe de la autopsia era concluyente, los restos biológicos extraídos del cuerpo de la víctima coincidían con los de Yousef. Alzó la última página y miró el número del inspector que firmaba el atestado. Descolgó su teléfono y marcó un número, dio varios tonos, no hubo respuesta, colgó. Contempló las fotos de la autopsia, el cuello de la joven presentaba moratones, compatibles con un estrangulamiento, y tenía la nariz rota. Volvió a marcar el mismo número, esta vez al tercer tono alguien contestó.

—Secretaria del comisario Garanto, dígame —dijo una joven voz femenina.

—Hola, soy Juan Sánchez, tengo que hablar con Garanto.

—El comisario está ahora reunido; pero le tomo nota y en cuanto pueda se pondrá en contacto con usted.

—Mira niña, no me toques los cojones con esos trucos, pásame al comisario ahora mismo, dile que soy Juan Sánchez, que estoy con lo de Itziar.

Al otro lado del teléfono silencio.

—¡Juan coño —dijo una voz ronca de hombre al fin—, no me asustes al personal! ¿Qué cojones te pasa?

—Estoy con el maldito caso que usted me envió, he visto el atestado, bastante sólido, y la juez lo mandó a la cárcel a las primeras de cambio. No hay mucho de dónde rascar.

—Ya te lo dije, pero lo último que quiero es a esa mujer dando por saco en los platós de televisión. Acaba tu investigación y habla con ella y sobre todo tranquilízala.

—He visto que el informe lo firma un inspector con número 04445, del grupo de homicidios de la comisaría de Delicias, me gustaría hablar con él y que me cuente de primera mano cómo fue la investigación y las impresiones que tuvo.

—Bueno eso no fue del todo así.

—A qué se refiere con eso.

—Joder Juan, vente al sitio de siempre en una hora.

El comisario colgó el teléfono dejando a Juan escuchando los pitidos mientras observaba detenidamente la tétrica foto de la autopsia.

El bar de siempre estaba abarrotado de policías y de universitarios; pero esta vez se reunieron en una pequeña salita que contaba con una mesa cuadrada y varias sillas. Juan nunca se había visto con Garanto en ella, siempre lo había despachado en la zona común del bar. Era evidente que lo que le iba a contar no era para todos los oídos.

—Te veo bien Juan, ¿aún boxeas?

—Inspector nº04445. ¿Quién es?

—Vas al grano.

—Quiero acabar lo antes posible con esta mierda y seguir dedicándome a los maridos celosos, es lo mío, ya sabe, dinero rápido.

El comisario se encendió un cigarro con un fósforo, y luego lo agitó para apagarlo y tirarlo al suelo del bar.

—Las cosas no son tan fáciles como puedan parecer. Yo quería resolver ese caso.

—Lo sé, tenía tantas ganas de resolverlo que pasó por encima de la Jefatura Superior, es a ellos a quienes les correspondía el asunto.

Una calada profunda y meditabunda.

—Al jefe no le importó que yo lo resolviera —dijo Garanto—, tenía otros casos más importantes y sus hombres estaban hasta arriba de trabajo; pero no todo fue tan fácil, yo también tuve que lidiar con otros.

—¿Con qué otros?

—Con los de la Comisaría General de Policía Judicial de Madrid, no sé por qué coño mandaron a un par de inspectores con órdenes de resolver el caso.

—De Madrid…

—Sí.

—Pero a usted eso no le interesaba.

—Desde luego que no, a ver, a estas alturas de la película no te voy a contar cuentos, el Jefe Superior de Zaragoza se jubila este año y yo tenía que hacer puntos para ocupar su puesto, ese caso me los iba a dar. Así que hablé con los jefes de Madrid, les dije que pondría todos nuestros medios a su disposición; pero esos agentes a todas luces debían actuar como si fueran del grupo de homicidios de mi comisaría de distrito. Aceptaron, luego mandaron a dos inspectores bastante veteranos en comisión de servicios adscritos a mi comisaría.

—Y resolvieron el caso como si fueran inspectores de la comisaría de distrito de Delicias.

—Exacto —Garanto extendió un papel a Juan—. Este es el nombre del inspector que firmó el atestado y su número de teléfono. Ahora está destinado en la Comisaría General de Información. Le he llamado al poco de colgarte el teléfono para avisarle de que querías hablar con él. Le he pedido que te trate bien —el comisario hizo un aspaviento—, ya sabes cómo son los inspectores veteranos, gruñones y esquivos.

—Lo llamaré.

—Por lo que más quieras, tranquiliza a esa pobre mujer.

—Quizá sea lo único que pueda hacer.

***

Txiki le había llamado hacía dos días para decirle que le tenía reservada una silla en primera fila para la velada de combates *amateurs* que llevaba un mes preparando. Juan se puso un pantalón corto y una camisa de algodón fina, sandalias y perfume caro. Aún le dolía el cuerpo de la paliza que le habían dado los punkis; pero

podía andar casi con normalidad. La velada era en el polígono de Cogullada, en la nave donde Txiki tenía su gimnasio. Lo reconvertía totalmente abarrotándolo de sillas de madera plegables que dios sabe de dónde sacaría. Juan cogió su Mercedes descapotable y se dirigió a Cogullada. Conducir sintiendo el aire, aunque fuera caliente, le producía una sensación placentera. Cuando llegó al polígono la calle de entrada a la nave estaba abarrotada. Siempre era más o menos el mismo público, tipos musculados con tatuajes y miradas duras, que cada dos o tres palabras introducían en sus conversaciones la muletilla «*co*», y mujeres voluptuosas remarcando sus atributos femeninos, con pendientes por infinidad de lugares y tintes de todos tipos. Le gustaba ese ambiente y las mujeres de barrio. Él se había criado en ese lugar.

Entró en la nave. El portero ni siquiera le pidió la entrada, ya lo conocía. El humo de los cigarros y de algún que otro puro flotaba como una neblina fantasmal por encima del ring, que estaba alumbrado con un gran foco que caía desde arriba. Alrededor del ring todo eran sillas y la gente ya empezaba a llenar el aforo. En un lateral había una barra donde un par de hombres de edad avanzada y narices rotas de mil combates servían principalmente cerveza en vasos de plástico. Eran viejas glorias del boxeo regional que por cuatro duros entrenaban a algún grupo entre semana y cuando había velada servían cervezas, cobraban entradas o lo que fuera. A parte de cobrar alguna deuda de vez en cuando. Juan cogió una cerveza y miró hacia el ring, justo en el instante en que Txiki bajaba de entre las cuerdas y se dirigía hacia él con una medio sonrisa en los labios.

—No sabía si vendrías.

—Aquí estoy —contestó secamente, tras lo que bebió un trago de cerveza y se limpió la espuma con el reverso de la mano.

Txiki le indicó que le siguiera y le mostró cuál era su asiento.

—Ahora vengo, que voy a hacer un poco de relaciones públicas, hablar con la gente y tal, ya sabes.

—Sí, ya sé.

Txiki se perdió entre la gente, algunos estaban ya sentados, otros de pie, a Txiki le encantaba alternar, aparte de ser un buen

entrenador el tío era un relaciones públicas de primera, por eso su gimnasio estaba siempre abarrotado. Pasados unos minutos se subió al ring y dio la bienvenida a los asistentes, presentó la velada como una oportunidad de ver a grandes boxeadores en ciernes y a su gimnasio como una cantera de campeones. Después presentó al árbitro de la federación que se haría cargo de dirigir los combates y a los miembros de la mesa del jurado. Luego introdujo al primer púgil, un chico de dieciocho años apodado el *Enterrador de Torrero*. Juan se encendió un cigarrillo y le dio un trago a la cerveza justo en el instante en que comenzó a sonar por la maltrecha y desafinada megafonía el «Eye of the Tiger» de *Survivor*, y el púgil salía caminando hacia el ring moviéndose de lado a lado y lanzando puñetazos al aire. El público explotó en aplausos y silbidos hasta que llegó a su esquina y se hizo el silencio. Luego Txiki presentó a su oponente, un chico del barrio de las Fuentes. Eran pesos ligeros, entorno a sesenta quilos. Este también hizo el paseo hasta el ring con otra canción de la película *Rocky*, para variar. Cuando ya estaban los boxeadores en sus esquinas Txiki bajó y se sentó al lado de Juan. Una joven escultural cruzó el ring mostrando el cartel del primer asalto.

—Disfruta de la velada amigo. Va a ir de menos a más —le dijo.

Los chicos se zurraban de lo lindo. Se notaba la marca de Txiki, guardias altas y boxeo olímpico, entrando y saliendo, escuela cubana. Juan se relajó, el cuerpo aún le dolía por varios sitios, bebió y se concentró en el combate. De vez en cuando ojeaba a la fauna que había por ahí. Ese ambiente siempre le había gustado, un submundo lleno de coches maqueados, tatuajes, músculos de gimnasio y trabajos penosos en cadenas de montaje de fábricas, y chicas exuberantes que a los cuarenta no las reconoce ni la madre que las trajo al mundo. Era el mundo de los polígonos y de los barrios alejados del centro.

La velada continuó, en el cuarto combate un contendiente le dio un derechazo a su rival e hizo el único *KO* de la noche hasta el momento. Fue espectacular. Después un combate femenino y otro par de pesos medios. Eran las diez y media cuando le llegaba el turno al combate estelar de la noche. Un chico de veintidós años y

setenta quilos de peso, si el combate de esta noche le salía bien daría el salto a profesional. Txiki lo favorecía todo lo que podía, porque el padre del chaval tenía un par de carnicerías y le iba bien, y estaba empeñado en ver a su hijo dar el salto a profesional. Eso se traducía en financiación a Txiki para que preparara las veladas, siempre que el chico estuviera en el combate estrella claro. Su rival era un *jornalero* que había dado el salto a profesional hacía años, pero que tan pronto peleaba en profesional como en amateur o en la calle cobrando deudas con Txiki. No había ganado aún ni un combate profesional de los nueve que había hecho, y todos habían acabado con él besando la lona. Era un hombre de Txiki, y hacía lo que él le decía. Hoy le tocaba perder.

Cuando el hijo del carnicero salió del vestuario y comenzó a sonar su música la ovación del público fue atronadora. Muchos se habían levantado de sus asientos y le animaban aplaudiendo sin parar. Era la mayor promesa de la ciudad. Txiki sonreía.

El combate comenzó, el hombre de Txiki recibió dos directos de izquierda sin inmutarse, dio un paso atrás y lanzó un directo de derecha sin mucha convicción, más cubriendo su salida que atacando. El carnicero lo acosaba desde el medio del ring, arriba y abajo, directos al rostro y ganchos al hígado. Hizo una finta, se acercó a él, el hombre de Txiki tenía la guardia baja, el carnicero le lanzó un derechazo y Juan no vio nada porque alguien le agarró por detrás, inmovilizándolo, no podía moverse ni girarse, solo mirar al suelo. Dejó de ver lo que estaba pasando en el ring, la gente se levantó de sus butacas aplaudiendo y gritando, «¡Vamos, es tuyo, a por él!». Todo era frenesí a su alrededor, notaba unos brazos no muy grandes pero firmes que le estrangulaban, todo ocurrió muy rápido, y entonces alguien le dijo unas palabras al oído en mitad de todo aquel fragor.

—A Yousef lo mataron en la cárcel.

Después de oír aquello lo liberaron de la llave, Juan se levantó y echó mano a su revólver; pero al girarse solo vio a la multitud, que ya había roto el orden de las sillas, la gente estaba de pie bebiendo y vitoreando al hijo del carnicero. Tuvo la intuición de ir corriendo hacia la puerta de la nave para ver si había escapado por ahí; pero

en cuanto hizo amago de salir corriendo Txiki se puso en medio y lo abrazó. El hijo del carnicero había ganado el combate por KO en el primer asalto.

—¡Has visto amigo, este chico llegará lejos!

Juan enseguida comprendió. Miró a Txiki y asintió lentamente con la cabeza. Txiki se puso serio, su habitual camaradería desapareció de golpe, y sus ojos se tornaron ojos de lobo, peligrosos y duros, como cuando iba a cobrar deudas.

—Ahora ya lo sabes Juan. No vuelvas a hablar de ese tema nunca más conmigo —dijo bajando la voz, tras lo que subió al ring y entregó el título de campeón de boxeo amateur de Aragón al hijo del carnicero.

Líos en la cárcel

La cafetera italiana ya silbaba sobre la vitrocerámica y el olor del café se extendía por el pequeño apartamento mientras afuera el sol se elevaba en lo alto del cielo. Era mediodía, una hora perfecta para visitarles, pensó Juan. Se bebió el café con calma, degustando cada trago, pero solo el recuerdo de sus viejos amigos y del lugar donde vivían le descompuso el estómago. Don Miguel era el patriarca del clan más peligroso y activo de la ciudad, llevaba desde los años ochenta controlando el tráfico de drogas en los barrios de Torrero y la Paz con más de medio centenar de camellos repartidos por pisos, esquinas y chabolas. Traficaban con hachís, cocaína y heroína y la policía les dejaba hacer a cambio de obtener información y de mantener los bajos fondos tranquilos sin inundarlos excesivamente de droga. Cuando la Brigada de Información necesitaba saber algo, uno de los capos a los que preguntaban era a Don Miguel.

En las navidades del ochenta y cinco Juan patrullaba por la ciudad con su compañero Manuel Boned y recibieron un aviso de centralita, se estaba produciendo un tiroteo en la Quinta Julieta, el barrio gitano al sur de Torrero. La Quinta Julieta fue un nefasto intento por parte de las autoridades de acabar con el problema del chabolismo en la ciudad. Hicieron casas nuevas con huertos en una zona apartada y se las alquilaron a precios asequibles a familias gitanas, las cuales fueron trasladadas en su mayoría desde las chabolas de Torrero. El resultado fue un desastre, al poco tiempo las casas estaban destrozadas y el narcotráfico y los tiroteos eran el pan nuestro de cada día. Recibir un aviso en el coche patrulla de la Quinta Julieta era lo peor que a un patrullero le podía pasar; pero el deber era el deber. Juan y su compañero acudieron. Los recibieron a tiros. Al parecer dos clanes se habían enzarzado por un asunto de drogas. Juan salió del coche y persiguió a un hombre joven que les había estado disparando a las ruedas. Vio cómo antes de huir había tirado su pistola. Cuando lo alcanzó le golpeó las piernas y lo hizo caer. Justo en ese instante un rival escondido tras una especie de barricada hecha con trozos de hormigón abandonados se asomó y apuntó con una escopeta al joven gitano. Cuando Juan vio lo que iba

a ocurrir no dudó, se interpuso entre ambos y recibió el tiro de la escopeta. Después Manuel hizo huir al tirador, que se perdió entre las casas de la barriada y no se volvió a saber nada de él. La mala puntería de aquel hombre sumado al chaleco antibalas hizo que Juan salvara la vida, y también había salvado la vida del joven gitano que segundos antes tiroteaba las ruedas de su coche patrulla. Lo detuvieron y le cayeron cuatro años en la cárcel de Torrero. La guerra entre clanes se acabó resolviendo y Don Miguel se convirtió en el jefe de todos los gitanos de la Quinta Julieta. Lo único que le dolía en el alma, es que su hijo pequeño estaría preso durante cuatro años.

Juan recordaba aquello sin saber muy bien qué iba a pasar cuando viera al viejo. Se había dejado el revólver en casa, sabía que en un sitio así no le iba a servir de nada. Al final la Quinta Julieta fue derruida y sus moradores reubicados en barrios consolidados, los dirigentes aprendieron que crear guetos era un mal negocio. Pero Don Miguel se resistió a marcharse de la zona, y edificó tres pequeñas casas en la zona del camino de Miraflores rodeadas de descampados, arbustos y un enorme terraplén que las separaba del barrio de Torrero, muy cerca de donde estuvo el poblado gitano. Daba la sensación de que ahí no llegaba el poder del Estado, o si llegaba, lo hacía bastante amortiguado por las leyes gitanas. Se accedía a las casas por una carretera estrecha que pasaba por su misma puerta. El Mercedes de Juan ya enfilaba ese camino cuando vio un coche cruzado de lado a lado que cortaba el paso. Tras él dos hombres fumaban y lo observaban. Paró el coche y bajó con las manos en alto.

—¡Quiero hablar con Don Miguel! —dijo alzando la voz para que lo oyeran desde la distancia.

Uno de ellos comenzó a caminar hacia las casas, mientras el otro, que empuñaba un revólver, le dijo a Juan que esperara. Cuando vio que Don Miguel salía de la casa y se dirigía hacia él notó una ligera flojera en las piernas y en ese momento se arrepintió de no haber cogido su revólver. Pero era mejor así. Le registraron a fondo y no encontraron nada.

—Está limpio —dijo uno de los hombres a Don Miguel.

—Menudos cojones tienes de venir por aquí —dijo el viejo patriarca mientras se encendía un cigarrillo. Su mano estaba llena de enormes anillos de oro, hasta el propio encendedor parecía de oro—. Menudos cojones tienes después de lo que le hiciste a mi hijo.

Juan miró a los ojos al jefe gitano.

—A su hijo, Don Miguel, le salvé la vida, cuatro años en la cárcel y salió vivo y coleando. Si no es por mí lo único que tendría sería una tumba donde ir a llorar.

Silencio. Juan no sabía cómo se podía tomar aquello el viejo patriarca; pero tenía que mostrarse duro.

—Pregunté por ti, me dijeron que te echaron de la policía, me reí cuando me lo contaron. Dime, ¿vienes a cobrarte la deuda?

—Necesito información.

Don Miguel se echó a reír. Su risa era áspera y sonaba peligrosa y profunda.

—Todos necesitáis información.

—Sé que su familia hace asesinatos en la cárcel por encargo.

—Cuidado con lo que dices payo —los hombres de Don Miguel echaron mano a sus revólveres, pero a un gesto del patriarca se relajaron.

—Yousef Abdulrahman.

El jefe gitano escupió sin dejar de observar a Juan.

—Qué te pasa con ese moro.

—Murió en la cárcel.

—Muchos mueren.

—A este le ayudaron a morir.

—¿Ah sí? No jodas payo.

Por un instante a Juan se le pasó por la cabeza amenazarle, decirle que los tiempos estaban cambiando, que una conversación con el comisario Garanto y toda esa zona se llenaría de policías, todo el barrio quedaría intervenido con lo que eso le supondría para su lucrativo negocio de estupefacientes. Pero respiró hondo y se tranquilizó, porque ese camino podía llevarle a que le metieran dos balas en la cabeza y lo enterraran por algún descampado olvidado. Los ojos negros del patriarca le daban miedo. Don Miguel se echó a

andar, Juan lo siguió y se puso a su lado, mientras los dos esbirros los escoltaban andando por el erial.

—Te voy a contar algo, y después, si vuelves a asomar tu cara por aquí te mato. ¿Te enteras?

Juan asintió.

—Una noche nos llamaron por teléfono, un hombre, nos ofrecía medio millón de pesetas por cepillarnos al moro.

—¿A Yousef?

—Sí coño al moro. Nos dijo cuál era su celda y que tenía que parecer un accidente. Nos iba a pagar trescientas mil por adelantado.

—¿Cómo?

—Dejándonos el dinero en un sitio que él nos indicaría.

—¿Llegasteis a ver a ese hombre?

—No. Le pregunté qué había hecho para merecer morir, y aquel hombre me dijo que no necesitábamos saberlo. Le dije que no aceptábamos el trabajo, que se fuera a tomar por culo. Nosotros tenemos nuestros códigos, no podemos matar a alguien sin saber si lo merece o no. Al poco de aquello el moro apareció colgado en su celda. Ya ves, si no lo hacen unos lo hacen otros; pero nosotros seguimos teniendo honor.

—El hombre que os llamó, ¿cómo era su voz?

—Aterciopelada —dijo el viejo justo antes de estallar en una carcajada tuberculosa que contagió a sus pistoleros—. Era la voz de un hijo de la gran puta, como tú y como yo.

—Tus familiares en la cárcel te dijeron que fue un asesinato.

—No vio ninguno nada, con lo que te he contado ya tienes suficiente. ¿En qué coño andas payo?

—Me he hecho escritor. Estoy escribiendo una historia.

El jefe gitano escupió en el suelo.

—Te deseo que sea larga —le profetizó.

Don Miguel hizo un gesto a sus hombres, que acompañaron revólver en mano a Juan hasta su coche y le indicaron por donde debía marcharse.

Cuando Juan abandonó el camino de Miraflores y entró en la ciudad, con niños andando por las calles y rodeado de gente metida

en su quehacer diario, suspiró. Pensó que la conversación había ido bien, y que más le valía, porque una sola orden de Don Miguel y una docena de asesinos lo buscarían sin descanso. Ahora ya no tenía la protección de la policía como antes.

Llegó a su apartamento, normalmente lo primero que hacía al llegar era beberse una lata fría de cerveza Ambar especial de un par de tragos; pero esta vez no lo hizo, su cabeza estaba en ebullición y no quería adormilarla. Se preparó un café solo y tomó asiento en la butaca de su pequeño despacho, sacó su libreta de trabajo y su vieja pluma y la contempló meditabundo. Estaba claro que Txiki sabía que algo pasó en la cárcel con Yousef, y también estaba claro que no quería verse involucrado en nada, y por eso había montado el numerito del otro día en la velada de boxeo, no te lo digo pero te lo digo, y no quiero volver a hablar de eso. Sin duda Txiki tiene miedo del o de los que lo hicieron, eso está claro. Txiki era más duro que un clavo, a parte del boxeo tenía la empresa de cobro a morosos, se había visto las caras con gente muy peligrosa y nunca había rehuido un enfrentamiento. Si tenía miedo con esto es porque detrás pudiera haber gente muy jodida. Juan escribió en la libreta: Tkiki sabe quién lo mató; pero al instante lo tachó un par de veces mientras su cabeza seguía sopesando posibilidades. Txiki se mueve bien por los bajos fondos, se entera de muchas cosas, puede que alguien le soplara algo y más sabiendo que el moro fue pupilo suyo. A lo mejor sabe que no se suicidó; pero no sabe quién lo hizo. Entonces sus pensamientos se fueron al patriarca gitano del sur de la ciudad, Don Miguel había dicho que la persona que le llamó tenía la voz de un hijo de la gran puta. ¿Qué tipo de hombre podía impresionar al jefe gitano y amedrentar a Txiki?

Juan tachó todo lo que había anotado en la libreta y escribió una frase: A Yousef lo asesinaron en la cárcel. Y la subrayó. Eso era lo único que tenía claro hasta el momento, todo lo demás era humo. Después pensó en ir a ver al comisario Garanto.

***

Garanto observaba pensativo la avenida de Valencia desde la ventana de su despacho.

—Sí eso que dices es cierto —dijo al fin—, aquí hay algo que se nos escapa. Tenemos solo una de las piezas de un puzle sospecho que muy grande.

—A Yousef Abdulrahman lo mataron en la cárcel.

—¿Por qué?

—Aún no lo sé.

—Joder Juan, si lo mataron es porque obviamente sabía algo.

—¿Sobre lo de Itziar?

—Sobre lo de Itziar o sobre lo que fuera, pero a alguien le molestaba. ¿Qué te ha dicho el gitano?

—Nada, solo que le llamaron y le ofrecieron dinero por cargárselo.

—Da auténtico pavor pensar que las mafias pueden llegar al interior de las cárceles de esta manera.

El comisario se encendió un puro y le dio tres o cuatro caladas rápidas hasta que empezó a tirar.

—Este otoño se retira el jefe de todos los policías de Aragón y yo ya me he postulado entre los mandos de Madrid para sustituirle —una calada tranquila al puro y luego exhaló el humo—. Si el caso de Itziar se cerró en falso eso me va a perjudicar, y mucho. Escúchame, no hables de esto con nadie, no le cuentes aún a su madre lo que has averiguado, sigue investigando y a ver a dónde llegas, y cualquier cosa que necesites, escuchas, armas, información o quizá que algunos compañeros te cubran en algún operativo, solo tienes que pedirlo. Se discreto e infórmame, hay que solucionar esto fuera del foco mediático.

—Sí señor comisario.

Antes de abandonar el despacho Juan se detuvo y se volvió hacia Garanto.

—Una cosa más, este tema de Itziar se ha complicado más de lo que pensaba, necesitaré algo más de dinero, ya sabe, por todo lo que estoy dejando de ganar.

—Menudo cabronazo estás hecho, quédate mi parte esta vez; pero no te acostumbres, cuando soluciones esta mierda seguiremos

como siempre.

Juan abandonó el despacho del comisario con una sonrisa en los labios. Quién algo quiere, algo le cuesta, pensó antes de salir por la puerta de la comisaria rumbo a su apartamento.

***

Ya era por la tarde y no le apetecía trabajar. Decidió llamar a Susana, la auxiliar administrativa de la Biblioteca de Aragón con la que se veía de vez en cuando. Era la única relación femenina que había mantenido en el tiempo durante los últimos años. No sabía muy bien por qué, quizá era una promesa de que podría volver a tener una vida normal de la mano de alguien como ella. O quizá solo le gustaba cómo se movía en la cama. La llamó, ella se alegró de oír su voz, le dijo que su marido estaba en Alemania en un viaje de trabajo, Juan también se alegró de oír aquello, y ante la sorpresa de Susana, Juan le propuso ir a ver una película al cine. Vieron una comedia romántica en los cines Palafox, y luego la invitó a ir a su apartamento. Hicieron el amor nada más llegar, después Juan preparó algo de cena, un par de solomillos en salsa con una botella de vino tinto. Charlaron tomando un café, Susana habló de sus anhelos y de sus problemas en la biblioteca, de que una jefa de negociado le estaba haciendo la vida imposible. Juan fumaba y escuchaba atentamente. Ella le recriminó cariñosamente que nunca abría su corazón, que nunca le contaba sus problemas. Juan le sonrió mientras pensaba que toda su existencia era un problema, que estaba desecho por dentro y que era mejor no hablar de esa negrura tan profunda. En cierta manera se relajaba oyendo los problemas banales de su amiga, su familia política tenía una cadena de joyerías, tenían el dinero por castigo, y ella se alteraba porque su jefa le mandaba hacer alguna faena esporádica dentro de su cómodo horario de ocho a tres y media. Ese tipo de problemas podía asumirlos Juan dentro de su inmensa negrura sin inmutarse; pensando en lo relativo que es todo. Juan la besó en el cuello, ella calló y lo estiró para hacerle las cosas más fáciles. Se tumbaron en el sofá e hicieron de nuevo el amor. Después fueron al dormitorio y

se quedaron dormidos abrazados en la cama, como un espejismo de una vida que la gente llamaría normal, y por primera vez en mucho tiempo Juan durmió toda la noche sin sueños que lo atenazaran.

Dinero

El viaje hasta Andorra desde Zaragoza había ido bien. El chófer era un tipo bastante eficiente y el coche oficial, un Opel Omega nuevo, tenía bastantes caballos para hacer breve el trayecto. Además se le había hecho corto al haberse evadido en sus recuerdos. El alcalde fumaba un puro habano y pensaba en cómo había llegado a la cima. Reflexionaba sobre el gran engaño en que se había convertido la política, y se preguntaba si en algún momento la gente se daría cuenta de que todo es un fraude y los políticos unos impostores inútiles, y finalmente darían cuenta de ellos en un gran apocalipsis de cargos públicos a través de un cadalso colocado en la plaza principal de cada ciudad. Pero también pensó, con cierto placer maquiavélico, en que mientras ese momento llegaba él estaba guardando una fortuna a buen recaudo. Dónde si no era en la política un tipo como él hubiera podido ganar tanto dinero. Empezó empresariales en la universidad de Zaragoza, pero no la acabó, aunque eso no fue problema para declarar en todos los foros públicos que era diplomado en ciencias empresariales, total, en la política todo valía. Dirijo los designios de una ciudad de medio millón de habitantes y ni siquiera sabría ganarme la vida fuera de la política, pensaba con una sonrisa nerviosa surcando su rostro. Claro que se había afiliado al partido muy joven, le había dado sus mejores años y ahora se los estaba cobrando, además tenía dos hijos a los que tenía que pagar muchas cosas todavía. Hacía lo que tenía que hacer.

Pasó la aduana sin muchos problemas, con el dinero bien escondido dentro del coche. No obstante era medianamente famoso a nivel nacional, y por supuesto los guardias civiles de la frontera lo conocían. Era un personaje público que se postulaba dentro del partido para dar el salto a la política nacional, bien relacionado y con posibilidad de hacer una llamada que los pusiera firmes. No querían problemas con él. El Opel Omega enfiló la carretera hacia Andorra, cuando llegaron el chófer se alojó en un hotel de tres estrellas, por supuesto recibiría una dieta con cargo al presupuesto público. El alcalde se alojó en un hotel de lujo próximo a un resort con aguas

termales, tuvo la decencia de pagárselo de su bolsillo, no quería tener problemas por minucias.

A escasos cien metros de donde se alojaba estaba la sede del Andorra Bank. Contempló el rígido edificio y sonrió, le encantaba Andorra, un bello y pequeño país emplazado entre montañas que vivía del secreto bancario y de los impuestos bajos. Sus calles estaban limpias y bien organizadas, y se notaba que la gente tenía dinero porque eran amables y sonreían. Pensó que quizá se retiraría allí.

Un conserje le recibió en la puerta del hotel cogiéndole una de las maletas, la otra, una pequeña bolsa de viaje la llevaba bien agarrada y por nada del mundo se la hubiera dejado a nadie. El alcalde le dio una buena propina, y le pidió que llamara al sitio de siempre y le mandaran una chica. Quería compañía, ir a Andorra siempre era como una fiesta para él porque significaba que su cuenta se incrementaba y podía disfrutar de otras mujeres diferentes a su mujer. La habitación era enorme, tenía un salón que acababa en una cristalera gigante con vistas al complejo termal y al banco. Guardó la bolsa en la caja fuerte y después colocó la ropa en el armario. Se sentó en la cama y encendió la televisión, estaban echando un programa de preguntas y respuestas que le encantaba. El timbre de la puerta sonó y fue a abrirla con cierta ansiedad por ver qué chica le habían preparado esta vez. Era una mulata espectacular. El alcalde sonrió y la hizo pasar al salón. Abrió el mueble bar y sirvió dos copas de whisky con hielo. La chica le pidió que le echara Coca-Cola.

—¿De dónde eres guapa?

—De Cuba mi amor.

—Ahhh Cuba, ahí tienen el mejor tabaco del mundo —dijo señalando su caja de habanos de la que sacó uno—. ¿Fumas?

La chica negó con la cabeza y sonrió. Después se quedó en silencio.

—¿No me preguntas nada?

—En este oficio cuanto menos sepamos del cliente mejor.

—Tienes razón —dijo dando una calada al puro.

Se acercó a ella y comenzó a acariciarla. La joven se levantó y se quitó la ropa dejando al descubierto su escultural cuerpo que avivó la lívido del político. Después se fueron a la cama.

A la mañana siguiente los rayos de sol que entraban por la enorme cristalera del salón le despertaron. Estaba solo en la cama. Oyó el ruido del agua caer en la ducha del baño. La chica se estaba duchando. El alcalde se metió en la ducha con ella, que se quedó expectante, a ver si su cliente tenía ganas de más o simplemente quería una diversión más superficial. Fue esto último. Unos besos y el alcalde se concentró en ducharse.

—Hoy iremos al spa, si no tienes bañador pide uno por el teléfono de la habitación al personal de recepción —la chica asintió y le sonrió.

El alcalde gozó en la visita al spa, se relajó con los chorros de agua y disfrutó de la compañía de su amiga cubana cuyo escultural cuerpo llamaba la atención en todos sitios a los que iban. A él le encantaba que la gente le viera con una mujer así, en absoluto era guapo, pero las limpiezas de cara y las cremas que se aplicaba le daban esa luminosidad en el rostro típica de la gente con dinero. Le gustaba que la gente pensara que esa cubana o cualquiera otra por la que pagara estaban con él por su dinero.

***

La sede del Andorra Bank era un edifico moderno construido a mitad de los años ochenta, su fachada era de mármol de Carrara salpicada de ventanas oscuras totalmente opacas. El alcalde entró por la puerta principal, que daba acceso a un hall enorme, donde un guardia de seguridad le indicó que depositara sus pertenencias y su bolsa en una bandeja para ser examinada por rayos X, mientras él mismo pasaba por el arco de seguridad. El guardia no se extrañó al ver a través de la aplicación el contenido de la bolsa. El alcalde imaginó que ese hombre debía de ver muchas bolsas como aquella. Después le indicó el despacho al que debía dirigirse.

Un hombre de unos cuarenta años pulcramente vestido con traje y corbata y pelo corto como el de un soldado lo recibió

amablemente, le estrechó la mano y le indicó que por favor tomara asiento. Al alcalde le encantaban esas formas europeas y refinadas, típicas de sitios como ese donde fluía el dinero a espuertas. Por un fugaz momento pensó que debería convertir Zaragoza en un lugar como ese, bajar los impuestos tanto como las opresivas leyes españolas lo permitieran y atraer fortunas de toda España y de parte del sur de Francia. Pero fue solo eso, un momento fugaz, porque enseguida comprendió que su ciudad seguiría siendo muchos años un agujero gris controlado por una docena de familias industriales poderosas, que habían colonizado la política regional, los medios de comunicación y habían creado una red de alianzas y favores recíprocos donde movían sus intereses a voluntad. Dueños de fábricas de varios miles de trabajadores, de medios de comunicación, de redes sanitarias privadas, empresas mineras, turismo de nieve, industria agroalimentaria, etc… Esa gente no iba a permitir que nadie se sumara a su fiesta, y menos que otros desde Madrid o Barcelona comieran parte de su pastel. Por eso en el fondo el alcalde pensaba que estaba haciendo bien, no estaba seguro que su partido siguiera apostando por él pasada la legislatura, así que tenía que asegurarse su futuro.

El empleado de banca le pidió la documentación para identificarle, tras lo que tecleó algo en el ordenador y sonrió a su cliente.

—Encantado de atenderle señor Juan Antonio Artajona Humeral, estoy a su disposición.

Era como un cajero de un banco español pero con estilo y despacho propio. El alcalde comenzó a sacar los fajos de billetes y a colocarlos sobre la mesa, el empleado de banca, rápido y profesional, les iba quitando las gomas e introduciéndolos en una máquina contadora de dinero, y luego los volvía a depositar ordenadamente y engomados sobre la mesa. Tras un rato así al fin concluyeron la tarea.

—En total son setenta millones de pesetas —dijo colocando el último fajo sobre la mesa.

—Quiero ingresarlos en mi cuenta.

—Por supuesto señor —el empleado comenzó a meter los fajos en varios tubos de plástico duro transparentes. Después presionó un botón y los metió en una especie de tubería donde desaparecieron a toda velocidad en dirección a las entrañas del banco—. Su dinero ya está ingresado.

Le entregó un certificado de saldo de su cuenta: doscientos setenta millones de pesetas. No estaba nada mal.

—Ahora quisiera hacer tres transferencias.

El empleado revisó el histórico de transferencias y la agenda de cuentas.

—¿A las cuentas de siempre señor? —le preguntó.

El alcalde sacó un papel donde tenía anotados un número del propio Andorra Bank y dos números de cuenta del Credite Suisse Bank en Zúrich, no quería fallar.

—Ingrese quince millones a cada una de estas cuentas por favor.

—Por supuesto señor.

El sonido de las teclas del ordenador de aquel empleado era como el eco de una magia oscura y arcana que movía el dinero sucio a voluntad por siniestros despachos europeos, ocupados por gente elegantemente vestida y con exquisita educación.

—Ya están hechas señor.

Volvió a expedirle un certificado con el nuevo saldo de su cuenta y tres documentos que acreditaban las transferencias realizadas.

—Ha sido usted muy amable, reciba esto como compensación a sus excelentes servicios —dijo entregándole un fajo de billetes que había dejado en la bolsa. El alcalde sabía que las cosas engrasadas siempre funcionaban mejor, y una buena propina al tipo que le gestionaba su dinero era importante.

Salió del banco. Se sentía muy bien. Era un día soleado en Andorra. Había quedado con la chica de compañía para cenar y después seguramente se la volvería a llevar a la cama. Era sábado por la tarde. Al día siguiente por la mañana su chófer iría a buscarlos a la puerta del hotel y lo llevaría de vuelta a Zaragoza, a tiempo para ir a la inauguración de un nuevo vial en unos de los barrios de la ciudad. Ahí estarían los medios de comunicación, hablaría de lo mucho que están trabajando por los ciudadanos, atacaría a la

oposición acusándoles de que solo ponen palos en las ruedas del progreso, y después se iría a pasar la tarde al club de campo junto con su maravillosa mujer y sus hijos. Una familia perfecta. Todo le sonreía, era un triunfador. La vida era bella.

Un espejo frente al dolor

En el vinilo sonaba la canción «I'am a Fool to Want You» de Phil Harper, su trompeta destilaba elegancia y melancolía a partes iguales. Juan puso dos hielos en un vaso y lo llenó de whisky, después se sentó en el sillón y se dejó llevar por esos acordes negros. Se encendió un cigarrillo y pensó en todo lo que sabía hasta la fecha sobre el caso de Itziar: Yousef la había asesinado vilmente, y después alguien lo había matado en la cárcel por encargo de un hombre cuya voz era tenebrosa. ¿Quizá lo de Yousef fue una venganza? ¿En ese caso estuvo la madre de Itziar implicada? Y si es así, ¿lo estaba utilizando?

Juan negó para sí y se masajeó la cabeza, el caso estaba muy verde todavía. Tenía que llamar a la madre de Itziar y hablar con ella, lo que le había dicho Garanto respecto a lo de no contarle nada de la investigación le parecía muy bien, pero ¡que le dieran al viejo comisario! Él seguía sus propias normas. Descolgó el teléfono y la llamó, al segundo tono la voz triste y bien modulada de aquella elegante mujer se oyó al otro lado de la línea. Quedaron en verse en su casa, Juan quería contarle cómo iba la investigación.

***

El piso estaba bien situado, en plena Gran Vía al lado del río Huerva, de techos altos y amueblado exquisitamente, fruto de las nóminas seguras de varias generaciones de funcionarios del Estado primero y de la Comunidad Autónoma después.

—Mi madre ya era funcionaria de la Agencia Tributaria, y antes de ella mi abuelo lo era del Ministerio de Fomento, concedía las licencias de cualquier obra que se hiciera al lado de un carretera nacional —la mujer expulsó el humo del cigarrillo que sostenía de una manera sofisticada. Sus piernas estaban cruzadas con los brazos apoyados en ellas—. Pero basta de cháchara, cuénteme lo que ha averiguado.

Juan la escuchaba en silencio, contemplando su belleza decadente, pensó que de joven habría sido guapa, y que incluso aún ahora era atractiva.

—Realmente no he avanzado mucho, pero he descubierto algo. Al asesino de su hija lo mataron en la cárcel.

La mujer dio una calada larga al cigarrillo y se quedó mirando fijamente a su invitado. Detrás de ella una estantería atestada de libros antiguos recibía los rojizos rayos de sol del atardecer.

—¿Eso es todo lo que ha averiguado hasta ahora detective? —la mujer hizo un gesto de desdén—. Eso se lo dije yo el primer día que nos encontramos en su domicilio, el chico me dijo que él no había sido, que era un cabeza de turco y que lo iban a liquidar.

Juan se encendió un cigarro.

—Bueno cuando usted me habló de ello —echó el humo hacia el techo, que subió lentamente para luego quedarse flotando en torno a una magnífica lámpara de época—, era solo eso, una habladuría. Pero ahora lo he comprobado. Al asesino de su hija lo liquidaron en la cárcel.

—Dice usted que es el asesino de mi hija, ¿acaso también tiene pruebas de ello?

—Todavía no; pero deme tiempo.

—El tiempo es como una condena para mí, cada segundo una eternidad llena de dolor por el recuerdo, por el dolor que me produce saber que mi hija se fue de este mundo con violencia.

—El atestado es sólido, es muy probable que Yousef fuera el asesino.

—¿Y entonces por qué lo mataron?

—No lo sé; pero lo averiguaré. Necesito más tiempo.

—Lo tiene. Usted descubra lo que le pasó a mi hija y cumpliré lo prometido: cinco millones de pesetas.

Juan se recostó hacia atrás en el sillón inglés de tapicería verde, era realmente cómodo.

—Disculpe mis malos modales —dijo la señora—. ¿Quiere algo de beber?

—Un whisky con hielo.

La mujer abrió un mueble de madera oscura, dentro había bebidas alcohólicas y un pequeño congelador con hielo. Preparó dos vasos y sirvió el whisky, después pulsó un botón de su cadena musical y comenzó a sonar de fondo música clásica. Juan no solía

escuchar a los clásicos; pero sabía apreciar la buena música, y esta lo era.

—La música me ayuda a relajarme, es como un analgésico contra el dolor. El alcohol también me ayuda —dijo levantando la copa—, pero todo lo que me da un día me lo quita al siguiente. Usted también ha sufrido ¿verdad?, me lo dicen sus ojos de hombre duro, tiene algo triste en la mirada. ¿Qué le pasó?

—No he venido aquí a hablar de mí.

—Lo entiendo. Discúlpeme, me he excedido, nuestra relación es tan solo profesional.

El aroma de aquella mujer llegó hasta Juan, embriagándolo, aquella presencia melancólica era hipnótica, su cuerpo, frágil y elegante. Juan dio un trago al vaso de whisky.

—Por cierto, he recibido otro anónimo —la mujer notó el desconcierto en la cara del detective—. Ya veo que no recuerda mucho de nuestra primera conversación. En aquel momento usted no me tomaba en serio.

En efecto, Juan no recordaba ese detalle.

—Disculpe, ¿puede enseñarme los anónimos que ha recibido?

La mujer se levantó del sillón y fue hasta una estantería, dentro de un libro, *El Conde de Montecristo*, extrajo dos pequeñas cuartillas de papel.

—Este me lo dejaron en el buzón de mi casa justo cuando terminó el juicio:

«La ley solo existe para los pobres. Los ricos y los poderosos la desobedecen cuando quieren, y lo hacen sin recibir castigo porque no hay juez en el mundo que no pueda comprarse con dinero».

Marqués de Sade.

»Y hace cosa de unos días me dejaron otro, estaba esperando a que usted contactara conmigo para decírselo. Mire —dijo extendiéndole otra cuartilla con un texto manuscrito—:

«Todos para uno, y uno para todos».

Alejandro Dumas.

—Sorprendente… —balbuceó Juan.

—Sin duda está claro lo que quieren o quiere decir con el primer escrito, que hay alguien poderoso detrás, pero esta frase de los mosqueteros, no sé…

—Usted sigue pensando que alguien pasó por encima de todo el sistema, pero eso es prácticamente imposible.

—Estoy convencida de ello.

Juan se acabó la copa y se incorporó.

—De momento solo he averiguado que al asesino de su hija se lo cargaron, cuando sepa algo más volveré a contactar con usted.

—Ya sabe dónde vivo.

La mujer alargó su mano. Juan la estrechó sintiendo su fragilidad y guardándose su tacto en lo más profundo de su mente.

—Adiós.

Y se marchó.

***

Salió al exterior, la luminosidad de la Gran Vía contrastaba con el interior del piso de su clienta, afuera el mundo seguía girando ajeno al dolor de ambos, bello, caótico y deslumbrante. Algo que había visto había removido sus recuerdos. Cuando la mujer había ido a servir las copas se había fijado en una vieja fotografía: un apuesto hombre vestido de legionario, detrás de él el viejo acuartelamiento del tercio de la Legión en El Aaiún, con la bandera española izada en lo alto. Juan había morado ocasionalmente en ese cuartel, aunque él había estado emplazado en la otra punta del Sáhara Español, en Villa Cisneros. Fue uno de los últimos legionarios que abandonó la ciudad tras arriarse la bandera española el once de enero de mil novecientos setenta y seis. El hombre de la foto debía de ser el marido de su clienta, era unos quince años mayor que él. Esos pensamientos le trajeron los recuerdos de la arena y el sol del Sáhara, de las marchas legionarias por el desierto, de las escaramuzas contra el Polisario, del orgullo de ser legionario y de formar parte de una hermandad. Cuando arriaron la bandera abandonaron para siempre ese bello y misterioso lugar y los

acuartelaron en Fuerteventura. Esos tiempos en el Sáhara le venían como remembranzas de otro mundo y de otra época. Una época feliz. Ingresó en la Legión cuando cumplió los dieciocho años en contra de la opinión de sus padres. Sus padres habían venido del pueblo a Zaragoza a buscarse la vida en los años cuarenta. Su padre enseguida encontró trabajo en un almacén de material eléctrico por la zona del polígono de Cogullada. Acabó jubilándose ahí. Su madre se dedicó a cuidarlos a los dos. Les recordaba con cariño, le habían dado una infancia feliz: su padre venía de trabajar tarde, se cambiaba y tras preguntarle a su mujer si Juan había hecho los deberes encendía la televisión para ver «*el parte*», mientras tanto su madre acababa de hacer la cena cuyo aroma llegaba a todos los rincones del pequeño piso en el barrio obrero de La Jota. Juan tenía grabado el sonido de la cabecera de aquel telediario y el olor de los guisos de su madre. Su madre lo iba a buscar al colegio, y después se sentaba con él para hacer los deberes. Estaba claro que querían que su único hijo tuviera una vida mejor que la suya. Eran buenas personas que deseaban lo mejor para él. Cuando con dieciocho años les dijo que se iba a alistar en la Legión el mundo se les cayó encima. Ellos querían que estudiara una carrera, y después que encontrara trabajo en un banco o algo así, un trabajo cómodo de esos en los que se trabaja sentado; pero Juan tenía otros planes para sí mismo. Se alistó en el tercio y lo mandaron al Sáhara español. Su madre le suplicaba que lo dejara, que se buscara otra cosa, trabajo en la policía quizá. Estudió Relaciones Laborales y después se presentó a las pruebas. Cuando aprobó las oposiciones para agente de la Policía Nacional sus padres estaban henchidos de orgullo, su hijo lo había conseguido, su padre hasta le regaló una pluma chapada en oro como recuerdo. Juan agradecía a Dios que sus padres se hubieran ido a tiempo para no ver su caída, su perdición, su tragedia.

De repente cayó en la cuenta de algo, tenía que considerar a la persona que le estaba dejando esos mensajes a la madre de Itziar. Pensó que el que lo estuviera haciendo sería una persona normal; porque para que te pillen no hay nada como dejar los mensajes siempre en el mismo sitio. Fue a su apartamento, cogió una de sus

cámaras, algo de cable y herramientas. Bajó en coche hasta la Gran Vía y lo aparcó en la acera, las multas no le preocupaban, un telefonazo a su contacto de la Local y todo arreglado. Llamó al portero automático haciéndose pasar por el cartero. Una vez dentro colocó la cámara dentro de la lámpara situada en la parte superior de los buzones y la conectó al propio circuito de alumbrado. Tendría grabación ininterrumpida, solo tendría que preocuparse de revisar el disquete incorporado cada tres o cuatro días a ver si había algo y volver a borrarlo. Si alguien le dejaba un nuevo mensaje la cámara lo recogería. Pasó un chico joven con su perro hacía el interior del inmueble, Juan le sonrió y el chico le ignoró, un simple electricista arreglando la lámpara del patio. Cuando Juan terminó el trabajo se marchó de ahí.

Tipos lejanos con acentos extraños

Esta vez la borrachera había sido de aúpa, y la resaca prometía ser generosa. Se miró los nudillos, bien, no tenía heridas, y parecía que no le dolía nada, eso le consoló, al menos no se había peleado, aunque el asunto empeoró ostensiblemente cuando al girarse vio a una mujer con melena rubia durmiendo en su cama. No recordaba absolutamente nada. Se maldijo a sí mismo y se levantó, su ropa estaba tirada por el suelo mezclada con la de su invitada. Se asomó a la ventana y miró el reloj de pulsera, eran casi las dos de la tarde de un jueves. ¿Qué clase de mujer duerme hasta las dos de la tarde de un jueves en casa de un hombre al que acaba de conocer? Debía de ser una mujer casada, y su marido estaría de viaje de negocios o algo así. La observó, no estaba nada mal. Se preguntó cómo podía seguir atrayendo a mujeres hermosas. En fin, ellas verían. Apagó el cigarrillo en un cenicero de la cocina y puso una cafetera a hervir. Después se metió en la ducha. Cuando salió la mujer todavía dormía. Fue a la cocina al oír silbar la cafetera y se sirvió una taza de café solo, únicamente acompañado de otro cigarrillo rubio. Al segundo sorbo su mente estaba repasando el atestado de Itziar, aunque acosado por los efectos del alcohol, el estar concentrado en algo le mantenía en una zona de relativa tranquilidad y confort. Fue a su pequeño despacho a coger el atestado y volvió de nuevo a la cocina. Tras leerlo un par de veces se fijó en el nombre y el teléfono que Garanto le había dado. Eran del inspector de Madrid que llevó el caso. Tenía que llamarlo, pero en ese momento se asomó por la puerta la mujer con la que se había acostado, se estaba poniendo los zapatos atropelladamente. Estaba más buena de lo que había pensado.

—Perdona yo… —balbuceó.

Y sin decir nada más abrió la puerta y desapareció. Juan se alegró de que los acontecimientos hubieran transcurrido así, una cosa es que estuviera buena, y otra que tuviera que hablar con ella media mañana hasta que se marchara. Centró de nuevo su atención en el papel con los datos del inspector, y mientras sujetaba el

cigarrillo en sus labios descolgó el teléfono y marcó el número que Garanto le había apuntado. Al segundo tono contestó una voz dura.

—¿Diga?

—Me ha dado este teléfono el comisario Garanto, estoy investigando por indicación suya el caso de Itziar Cestero Acón. ¿Eres el inspector Vicente Vela?

—Ah sí, Garanto me dijo que llamarías.

—El atestado es sólido.

—Fue un caso rápido y además tuvimos suerte de que el asesino intentara escapar por la frontera de Bielsa. Si llega a meterse en alguna madriguera de las Delicias o de San Pablo aún lo estaríamos buscando.

—¿Por qué os mandaron a vosotros? Según me dijo Garanto sois dos inspectores de la Comisaría Central de Policía Judicial de Madrid.

El inspector se echó a reír.

—¿No te lo ha contado el cabrón de Garanto?

Juan guardó silencio.

—Garanto es el protegido de alguien importante aquí en Madrid, lo van a poner de Jefe Superior de Policía en Zaragoza en cuanto se jubile el viejo; así que no podían dejar que hiciera el ridículo con este caso. No podían permitir que no lo resolviera, así que nos mandaron a nosotros. Pensaron que podía ser un asesino en serie, y allí estaban con lo del clan de los Flores y el asesino de los zapatos, en Madrid pensaron que quizá esto les superaba.

—Y vosotros qué sois, ¿una especie de Colombos infalibles?

—Bueno no sé si tanto; pero nos manejamos bien, piensa que en Madrid tenemos homicidios para aburrirnos.

—¿Cómo fue la investigación?

—Dejamos trabajar a la científica, encontramos un bolso, tenía huellas, las cruzaron con la base de datos y coincidieron con las de Yousef. Estaba fichado por varios temas de drogas. Luego las pruebas de ADN y las huellas que encontramos en el barro. Fuimos a detenerle a su casa pero ya había escapado, como te he dicho suerte que se fue hacia el norte, la Guardia Civil lo estaba esperando.

—Y luego se ahorcó en la cárcel.

—Se ahorcó o lo mataron, el tío debía tener enemigos dentro, otros narcotraficantes y tal; pero sinceramente, un hijo de puta menos. Oye, ¿por qué estás con esta mierda ahora?

—A vuestro amigo Garanto no se le ocurrió otra cosa que mandarme a la madre de la víctima, quiere que la tranquilice de alguna manera. Su nombramiento como jefe ya sabes.

—Sí, ya sé, a ver si lo nombran pronto y se hace cargo de una puta vez de esa mierda de ciudad.

Juan dio una calada profunda al cigarrillo, que se consumió soltando chispas anaranjadas.

—Háblame de la cronología de los hechos.

—El cuerpo de la chica fue descubierto sobre las seis y media de la mañana por una patrulla de la Policía Local, después avisaron a la centralita de la Policía Nacional. Aún recuerdo la llamada, nos ordenaron ir a Barajas y coger un chárter a Zaragoza. Los jefazos de la central estaban ansiosos de que llegáramos cuanto antes, lo dicho, no se fiaban mucho de las capacidades locales. Antes de que llegara el juez de guardia al lugar de los hechos llegamos nosotros, la zona ya estaba acordonada, después ocurrió todo lo que narra el atestado.

—Entonces la encontraron el nueve de diciembre.

—Exacto.

—Bien. Me gustaría poder llamarte por si me surge algo.

—Claro, lo que necesites, si eres amigo de Garanto es lo que hay.

—Gracias.

Y colgó.

¿Un mundo mejor?

El despertador comenzó a sonar, ruidoso e inoportuno, Lucas tanteó a ciegas la mesilla en su busca hasta que al fin pudo apagarlo. Bostezó y observó divertido a su compañera, Sara seguía completamente dormida a su lado, con ese gesto en los labios que le hacía tanta gracia. Se levantó y se asomó al balcón, la callejuela estaba tranquila, sin borrachos ni peleas. Bajó a comprar algo para desayunar, quería obsequiar a Sara con algo rico, las madalenas del obrador de debajo de casa le encantaban. Después preparó café, cuyo aroma pareció despertarla. Risueña le saludó con un beso. Desayunaron compartiendo miradas cómplices y sonrisas. Luego fueron al salón.

—Aquí están —dijo Lucas—. Preparados para ser distribuidos por la zona de la Magdalena y por la universidad.

—Sabes que si nos pillan repartiendo esto se nos va a caer el pelo.

—Lo sé.

—O si a los de los bares se les ocurre chivarse…

—No se van a chivar, los vamos a repartir en los bares que nos apoyan, nunca harían eso…

El panfleto recopilaba toda la información que el misterioso J. Vidal le hacía llegar a Lucas a su pequeño estudio a través de vagabundos. Certificaciones de obra hinchadas por parte de la dirección facultativa, la cual era llevada a cabo por una de las ingenierías más prestigiosas de la ciudad. Certificaban importes mayores a los realmente ejecutados, aprobaban modificaciones y ampliaciones y en definitiva, justificaban el tránsito de dinero desde la administración a la empresa constructora encargada de ejecutar la ampliación de la zona franca. Estaban robando a manos llenas el dinero público.

Los dos jóvenes recorrieron el barrio entrando en los garitos de su cuerda, nacionalismo aragonés e ideas extremistas de izquierda. Dejaron papeles en al menos una docena de bares y después pusieron rumbo a la zona de la universidad. Ahí había varios cafés donde de vez en cuando se hacían debates políticos, Lucas se

llevaba bien con los dueños de varios de ellos. No tuvo ningún problema en dejar ahí sus panfletos.

Después ambos jóvenes fueron al campus universitario dejando por todas las facultades escritos y ya al final se tumbaron en el césped y Sara comenzó a liar un cigarrillo mientras echaba miradas furtivas a su compañero.

—¿Qué te pasa Lucas? ¿No estás contento con lo que hemos hecho?

—Sí y no, si la gente apolítica, la gente normal, ve mi escrito, por el tipo de lugares donde lo hemos dejado, y quizá también por mi estilo agresivo, pensará que es un panfleto político que solo quiere difamar al ayuntamiento y al gobierno autonómico. Será como una idea aceptada en el ámbito de nuestros amigos y de nuestro entorno; pero no va a saltar al gran público, y como consecuencia, no vamos a conseguir que nadie investigue toda esta putrefacción.

—Desde luego es mejor hacer algo que no hacer nada.

—Ya, pero es frustrante, si con esto no conseguimos que algún medio de comunicación potente se haga eco del asunto, ya no sabré qué hacer.

—Pues harás lo que has intentado hacer siempre, luchar por conseguir que el mundo sea un lugar mejor.

—Con que dejen de robarnos me conformo…

—¿Y si pusiéramos una denuncia?

—Necesitaríamos abogado, dinero, y eso nos pondría en el centro de la diana.

—Quizá el sindicato nos apoyaría, tienen un abogado.

—El sindicato hace lo que le dice el partido, y sé que ellos saben todo esto; pero no quieren meterse. El juego político es una puta mierda.

Sara dio una larga calada al cigarrillo, después se lo pasó a Lucas. Se besaron y durante un instante parecieron olvidar sus férreas convicciones, quizá fanáticas, que les hacían tomar parte en un puzle tan grande y peligroso como ni siquiera podían imaginar.

Sombras en la noche

Juan conducía por el centro de la ciudad, era sábado noche. Los adolescentes regresaban a casa mientras los mayores copaban el Paseo de la Independencia y las zonas de bares del centro de la ciudad. Los adultos se quedarían por la zona del Tubo y luego irían a bailar a los garitos de *puretas* de las zonas próximas a Independencia y el Casco Viejo, y los jóvenes se desparramarían por Doctor Cerrada, León XIII y la zona de Moncasi y Zumalacárregui.

Se internó por el Coso y cruzó el puente de Hierro, el Ebro pasaba rápido y silencioso bajo sus arcadas, y enfrente se mostró ante él el Barrio de Jesús. Echó mano a su cartuchera para asegurarse de que llevaba el revólver, había memorizado la dirección que ponía en el atestado: Camino del Vado nº 17, 5ºB. En esa zona había un par de clanes activos; pero nada serio, salían a cometer pequeños hurtos por el centro y a robar lo que podían por los polígonos, cobre y cosas así. También trapicheaban con droga; pero poca cosa, lo que les dejaba Don Miguel. Esperaba no tener problemas. Aparcó el coche en una zona alejada, y después se encendió un cigarrillo y fue a apostarse dentro de un bar desde el que se veía el inmueble. Pidió un Bitter Kas al camarero, no quería beber alcohol por si había problemas, mejor estar despierto. Estuvo observando la entrada al edificio, todo gente humilde e inmigrantes magrebíes, los gitanos ocupaban la zona más próxima al río. Fue hasta el portal, en ese momento salía una mujer, le sonrió y agarró el pomo de la puerta antes de que se cerrara. Revisó los buzones, el del 5ºB no tenía nombre ni ningún dato identificativo. El edificio no tenía ascensor. Subió por unas escaleras antiguas y bastante pequeñas hasta el primer piso, ahí comprobó dónde caía la letra B, en la parte izquierda del edificio. Salió de nuevo y volvió al bar, esta vez pidió un cortado y tomó de nuevo asiento frente al ventanal.

La noche ya estaba cayendo, y las luces se iban encendiendo en los pequeños salones salpicando el edificio con un puñado de ventanas amarillentas desde donde el aroma de las cenas impregnaba el ambiente del barrio. Juan dio un pequeño sorbo al cortado, y entonces vio algo que lo dejó helado: se había encendido

una luz en el 5ºB. Las cortinas tapaban la visión del interior; pero pudo ver una sombra cruzando tras ellas. Abajo en el portal comenzó a haber movimiento, a lo largo de un rato salieron un par de parejas, una mujer sola y un par de hombres. Siguió atento, observándolo todo, y dejó que avanzara un poco más la noche. Miró su reloj, eran cerca de las once. Dentro del bar había unos cuantos parroquianos bebiendo cerveza y hablando de fútbol, de que España lo iba a tener crudo en cuartos de final del mundial con la Italia de los hermanos Baggio. Juan volvió a salir del bar y se dirigió al inmueble, la puerta era vieja y estaba destartalada, comprobó con agrado que no cerraba bien. Entró y comenzó a subir las escaleras hacia el quinto piso. Le quitó el papel de celofán a la cajetilla de tabaco y lo recortó con las manos dejando una fina tira. Según subía sus pasos eran más silenciosos, hasta que casi fueron imperceptibles. Llegó al último piso. Se aproximó a la puerta, dentro se oía una televisión encendida. Con sumo cuidado introdujo el celofán en la ranura entre el marco y la puerta, a media altura, y salió del edificio. Esta vez cambió su lugar de espera, en la otra esquina había un pequeño bar, pidió una Coca-Cola y se sentó a observar pacientemente. Desde ese lado veía la fachada del edificio pero no veía bien la puerta de salida. Ya era tarde, casi las doce de la noche, en el bar no había nadie excepto un par de hombres riendo bromas etílicas. El camarero le trajo la bebida y a lo que volvió a otear la ventana del 5ºB la luz se había apagado. Medio minuto después le pareció ver salir a alguien por el portal del edificio. Salió del bar rápidamente. La calle estaba desierta. Subió de nuevo sigilosamente los cinco pisos. Escuchó a través de la puerta, no se oía nada. Sacó una pequeña linterna del bolsillo de su pantalón y alumbró al pie de la puerta, el papel de celofán estaba en el suelo, lo que indicaba que la puerta había sido abierta. El morador había salido. Juan pensó que podría haber más gente dentro; pero asumió el riesgo, tenía que examinar el piso donde había vivido Yousef en busca de indicios, de alguna pista que le indicara por qué lo habían liquidado. Sacó una ganzúa que introdujo por el orificio de la cerradura, con mano maestra tocó los engranajes necesarios y la puerta se abrió produciendo un crujido. Entró. Todo estaba a

oscuras. Se movía alumbrando sus pasos con la pequeña linterna que emitía un rayo de luz muy focalizado, no encendió la luz de la vivienda por si había alguien dentro. El apartamento era viejo, con paredes estucadas y pintado en tono pastel. Había zonas de las paredes sucias, el que viviera ahí no se preocupaba mucho del mantenimiento de la casa. Una primera puerta se abría a la izquierda, entró. Era un dormitorio, la cama estaba sin hacer, había una consola de videojuegos y una pequeña televisión, también ropa desparramada por todos los sitios, se fijó en un mono de trabajo de color azul con alguna mancha de grasa, la talla era de una persona adulta aunque delgada. Miró en busca de fotografías, nada. En el suelo varios pares de zapatillas tirados sin ningún orden, calzaba un cuarenta. El inquilino posiblemente fuera un hombre joven.

Salió del dormitorio y siguió andando por el pasillo, otra puerta se abría a la derecha. Entró. Era otro dormitorio. En este todo estaba impecablemente recogido, el contraste entre ambas habitaciones llamó la atención a Juan. Enfocó con la linterna las estanterías y ahí estaba, una fotografía de Yousef subido a un ring con los guantes de boxeo y en guardia. Más fotografías, trofeos, unos guantes de boxeo colgados de la pared, y en una esquina un saco de entrenamiento colgado del techo. Era el cuarto de Yousef. Lo revisó a conciencia buscando documentos, drogas, armas, ropa de mujer, cualquier cosa que se saliera de lo normal; pero nada, todo estaba en orden. El resto de la casa no tenía mucho interés, una pequeña cocina con viejos electrodomésticos, un baño y un salón cuya ventana daba a la calle. Decidió salir de allí, se dirigió a la puerta de entrada, abrió lentamente sin hacer ningún ruido, y entonces vio a un chico que subió el último escalón y se quedó congelado en el rellano mirándolo, fue una fracción de segundo; pero ambos se quedaron mirándose el uno al otro. De repente el chico echó a correr escaleras abajo, era rápido, Juan bajó tras él a toda velocidad. Salieron a la calle, el chico le sacaba unos diez metros de ventaja y en aumento, corría como una gacela, Juan tampoco aflojaba.

—¡Detente! —le gritó.

El chico volaba, cruzó el erial que separaba el colegio de los franciscanos del barrio de La Jota, no se encontraron a mucha gente

dada la hora que era; pero a la altura del puente de las Fuentes un coche estuvo a punto de llevarse a Juan por delante. Cada vez el chaval le metía más metros pero Juan no se rendía. Enfiló hacia Cogullada, y Juan tuvo un presentimiento. Cruzó la avenida Cataluña como una flecha sin mirar si venía algún vehículo, Juan detrás; pero ya le sacaba unos cincuenta metros de ventaja. Las chicas que hacían las calles del polígono se sobresaltaron al verlos; pero luego siguieron a lo suyo, estaban acostumbradas a ver cosas raras por ahí. A Juan se le heló la sangre cuando vio que el chico se metía en una nave concreta. «No me jodas». Susurró, y sacó su revólver. Le pegó dos tiros a la cerradura y la puerta se abrió produciendo un chirrido escalofriante, dentro solo oscuridad, cuando dio el primer paso en la nave notó un golpe en el mentón que lo envió directo al suelo, el revólver cayó de sus manos y una sombra se abalanzó sobre él. Los golpes eran duros y secos, estuvo a punto de perder el conocimiento pero reunió todas sus fuerzas y se libró de su atacante. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra del interior de la nave y pudo recuperar el revólver, lo empuñó y apuntó a la sombra.

—Si te mueves te pego un tiro —le dijo.

La sombra pareció temblar.

—No dispares —contestó una voz familiar, tras lo que alargó un brazo y encendió la luz directamente desde el cuadro eléctrico.

Los focos se encendieron dejando al descubierto a su oponente.

—No me jodas Txiki —dijo Juan sin dejar de apuntarle.

—Joder Juan, menudo susto nos has dado.

—No os mováis —justo detrás del viejo entrenador apareció el chico que escapaba—. Ahora mismo vamos a tu despacho y me contáis qué cojones está pasando aquí, y te lo advierto Txiki, como me intentes joder te meto una bala en la cabeza.

Entraron en la destartalada oficina, Juan estaba tenso y alerta, con el arma en alto. Txiki se sentó en su sillón, a su lado el chico, muerto de miedo.

—Por favor Juan, baja el arma.

—¿Después del recibimiento que me has dado?

—No sabía que eras tú joder.

Juan bajó el arma lentamente; pero no la enfundó. Miró al joven y luego de nuevo a Txiki.

—¡Habla!

—¿Sin ningún aliciente?

—Esta vez no Txiki, con que no te vuele los sesos tendrás suficiente.

Txiki sonrió peligrosamente, parecía un depredador acorralado.

—El chico me dijo que alguien había entrado en su casa, que alguien le perseguía, joder la última persona en el mundo que me podría haber imaginado eras tú.

—¿Qué hacía ese chico en casa del asesino de Itziar?

—Voy a sacar una cajetilla de tabaco del cajón de mi mesa —dijo Txiki alzando las palmas de las manos ante Juan en señal de rendición.

Se encendió un cigarrillo Marlboro, y le dio una calada larga.

—Mira Juan, no tienes ni puta idea de dónde te estás metiendo, es mejor que no sepas ni una palabra de lo que está pasando aquí.

—Eso déjame decidirlo a mí, habla.

—¿No te bastó con el numerito del otro día?

—¿Fue él? —dijo señalando al chico con el revólver.

—Sí; pero por el amor de Dios Juan guarda el arma.

—Aun siendo mi amigo eres un tipo peligroso, como intentes jugármela te vas a arrepentir —al fin guardó el arma—. Habla, ¿quién es este chico y qué hacía en casa de Yousef?

—He intentado protegerte Juan, pero bueno, sarna con gusto no pica, yo ya te he avisado. Este chico se llama Ahmed y es el hermano de Yousef.

Juan asimiló en silencio aquellas palabras. En el exterior de la nave se oía aullar a un perro solitario. La madrugada iba avanzando sobre la ciudad.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Desde que mataron a su hermano en la cárcel yo soy lo único que tiene, vino aquí buscando protección, en este lugar se siente seguro.

—Yo no quiero volver a pasar por aquello —dijo el joven con marcado acento rifeño—. No quiero mala gente.

El chico se echó a llorar.

—¿De qué mala gente habla? —preguntó Juan buscando la mirada de Txiki.

—Cuéntaselo Ahmed, Juan no te va a hacer daño.

El chico parecía una gacela asustada.

—Una noche de madrugada, justo antes de que le pasara todo eso a mi hermano, vinieron dos hombres a mi casa, estuvieron hablando con él. Mi hermano me mandó que me escondiera, porque yo estoy ilegal en España y no quería que me metiera en problemas. Discutieron, parecía que mi hermano no estaba de acuerdo con lo que le estaban diciendo.

—¿Qué le dijeron?

—No lo sé, ya le digo que yo estaba escondido, pero veía que mi hermano recibía sus palabras negando con la cabeza, en algún momento me dio la impresión de que hablaban de drogas.

—¿Qué más?

—Esa misma noche mi hermano me mandó aquí con Txiki y se fue. Lo demás es de todos conocido. Lo pilló la Guardia Civil intentando escapar a Marsella por el paso de Bielsa.

—¿Marsella?

—Mi hermano traficaba con drogas —el joven no se sentía muy orgulloso de eso; pero tampoco quería ocultarlo—. Tenía contactos con la mafia marsellesa porque había hecho algún trabajo de poca importancia para ellos. Yo era pequeño y no trabajaba, y tenía que sacarme adelante, no le reprocho nada de lo que hizo.

—¿Cómo eran esos dos hombres?

—Mala gente, mi hermano estaba nervioso frente a ellos, eso sí que lo noté, y sobre todo en cómo me habló una vez que se fueron, tenía miedo por mí y por él. Eran gente peligrosa.

—¿Los llegaste a ver?

—No, yo… estaba escondido bajo la cama —dijo avergonzado.

—No tienes que avergonzarte Ahmed —le arengó Txiki—, eres un chico muy valiente.

—O sea que cuidas de él, no sabía que tenías aquí una especie de orfanato.

—Vete a tomar por culo Juan, al chico le conseguí trabajo en una carpintería de aluminio en el polígono de Malpica, y le regalé una chatarra rodante con la que puede ir a trabajar. Algún día viene a entrenar por aquí.

—Txiki el benefactor.

—Que te jodan, tira la pistola y súbete al ring conmigo si tienes cojones.

—¿Crees que estoy loco?

Juan se sentó, el joven magrebí pareció relajarse, hasta Txiki dio una calada tranquila al cigarro viendo que la sangre no iba a llegar al río.

—¿Recuerdas algún detalle significativo sobre ellos? —le preguntó al chico.

—Sus voces, eran duras y no daban pie a contradecirles.

—Escucha chaval —comenzó a decir Txiki a Ahmed—, vete a casa y duerme tranquilo, reza, bébete unas cervezas, queda con alguna tía o haz lo que te dé la gana; pero olvídate ya de esto, ¿de acuerdo?

—Sí Txiki —dijo el chaval. Los chicos del gimnasio lo reverenciaban, para muchos era como una especie de padre que llenaba el hueco de sus familias ausentes.

—Vamos, ve.

Ahmed abandonó la nave camino de su piso.

—Siento haberte destrozado la puerta —se disculpó Juan.

—No pasa nada, eso es algo que se arregla con dinero.

Juan se levantó dispuesto a marcharse.

—¿Te acuerdas cuando me preguntaste que por qué no llevaba a Yousef a los cobros de morosos?

La pregunta captó la atención de Juan, que se giró hacia su viejo y peligroso amigo.

—Sí, me dijiste que no querías meter en ese negocio a tipos que estuvieran metidos en el narcotráfico.

Afuera se oyó una sirena lejana, alguna ambulancia llevándose a alguien al saturado Cascajo, su ocupante quizá ya no vería otro amanecer.

—No sé lo que le pasó a Yousef en la cárcel, ni si violó y asesinó a aquella pobre chica; pero te aseguro que estoy protegiendo a Ahmed de gente peligrosa, de gente muy peligrosa.

—¿Qué tipo de gente Txiki? ¡Dímelo de una puta vez!

El viejo entrenador sacó otro cigarrillo y lo encendió con un mechero chapado en oro digno de un patriarca gitano. Miró las fotos de sus éxitos, del campeonato de España que consiguió en los años sesenta, de sus chicos, que habían conseguido varios campeonatos amateurs, y pareció llenarse de fuerza para poder pronunciar las palabras que le había estado ocultando a su amigo desde que llegó preguntando por el caso de Itziar:

—Yousef era un confidente de la policía.

Y en la mente de Juan, de un plumazo, una pieza significativa del puzle se colocó en su lugar.

Amigos

—Demos la bienvenida a nuestro alcalde el señor Juan Antonio Artajona.

Los aplausos sonaron por la explanada de la comisaría de la Policía Local de Domingo Miral. Varias docenas de novatos uniformados estaban firmes frente al alcalde y al jefe de la Policía Local.

—Es un orgullo contemplar el gran trabajo de los instructores de nuestra querida y profesional policía, y quiero trasmitirles nuestro agradecimiento por comenzar a formar parte de esta gran familia. Con su trabajo honrarán a nuestra ciudad y a ustedes mismos, y espero que en todo momento velen por la seguridad de nuestros paisanos. Se encontrarán con retos; pero estoy seguro de que los superarán y con ello irán creciendo no solo como agentes, sino también como personas. Gracias y tengan cuidado ahí fuera.

Un aplauso de los agentes cerró la vacía intervención del alcalde. Ninguno de los nuevos policías tenía edad para darse cuenta del plagio al sargento *Esterhause* de la serie televisiva *Canción Triste de Hill Street*. El alcalde sonrió satisfecho de que ya no tuviera ni que preparar sus discursos, le salían solos, palabras enlazadas en estructuras fácilmente compresibles que quedaban bien a los oídos de la gente y que no significaban nada para él, estaba preparado para en unos años dar el salto a la política nacional, quizá de ministro, solo necesitaba un poco más de fuerza dentro de su partido. Los agentes rompieron filas y fueron con sus familias a celebrar su flamante ingreso en el cuerpo. Juan Antonio Artajona y Marcelo Espino, el jefe de la Policía Local, se quedaron a solas paseando por el recinto.

—Con lo de las licencias seguimos igual —dijo el jefe de Policía.

—Bien —respondió el alcalde. Se encendió un cigarrillo—. Quería hablarte de lo otro.

—¿De lo de los panfletos?

—Sí.

—He mandado policías a bares de la zona de la Magdalena con la excusa de revisar historias de las licencias de actividad y en

bastantes de ellos estaban sobre las mesas, la gente los cogía y los leía, lo comentaban y luego seguían bebiendo. No pudimos sacarle a ninguno de los propietarios quién los había llevado allí.

—De eso quería hablarte. Creo que nos da igual quién lo esté haciendo.

—No te sigo.

—No tiene recorrido, el que lo hace no pasa de escribirlo y llevarlo a esos sitios donde gente sin importancia los lee, quizá se indignen un poco; pero enseguida su indignación queda ahogada en calimocho o en alcohol barato. No nos va a afectar.

—Pero el que le esté pasando la información…

—Ese es uno de los nuestros que está teniendo problemas con su pequeña conciencia amigo. Pero es uno de los nuestros, por eso no tiene cojones a llevarlo al ABC o a El País o al Heraldo de Aragón, porque sabe que publicar esto es el fin para todos, y eso si se lo publican.

—¿Estás seguro?

—Sí. Los grupos de izquierda lo saben, es evidente, pero saben que eso no lo tienen que remover.

—Hoy por ti mañana por mí.

—Exacto, todos estamos en el mismo barco. Ahora están removiendo a sus bases a través de sus organizaciones subvencionadas para hacer una gran manifestación en contra de la utilización americana de la base aérea, ya ves —dijo sonriendo—. Saben jugar el juego.

—Todo un problemón para la gente lo de la base aérea —el viejo policía se echó a reír.

—Amigo, son esos los problemas que hay que remover, cosas inocuas, utopías, esas cosas a los borregos de la izquierda les encantan y salen con las banderitas a la calle.

—Y mientras nosotros nos forramos.

—Y a ellos ya les tocará. Hoy por ti mañana por mí.

El alcalde miró la hora.

—Quedamos en el club para comer. Vendrá nuestro amigo. Tenemos que hablar. Tú ve con tu coche que yo iré con el mío.

—De acuerdo.

***

El metre les dejó la carta sobre la mesa de madera con mantel de lino. De primero unas raciones a compartir de cigalas y ostras y de segundo chuletón de vaca del Pirineo o rodaballo con patatas a la panadera. En cuanto a los vinos se decantaron por una garnacha tinta de La Rioja.

—Me encanta este lugar —dijo Juan Antonio, el alcalde, sonriendo a sus dos amigos que se acomodaban en torno a una tranquila y discreta mesa en un reservado del club.

Espino dio un pequeño trago a su copa de vino y se recreó degustando el magnífico caldo. A su lado el tercer amigo en discordia: Daniel Hidalgo, el presidente de ZOFAZASA, iniciales de la empresa pública Zona Franca de Zaragoza Sociedad Anónima, la empresa pública participada por el Ayuntamiento de la ciudad, el Gobierno de Aragón y el Estado para el desarrollo de la zona franca de la ciudad. Hidalgo se recostó en la silla.

—Sois unos hijos de puta —dijo sonriente—, me estáis costando un ojo de la cara.

—Ves, tanto estudiar —comenzó a decir Artajona cínicamente—, que si Abogado del Estado, que si consejero de la Renfe, que si Red Eléctrica, que si esto, que si lo otro, total, que nos repartimos el dinero a partes iguales.

—Sin duda eras el mejor de la clase —dijo Espino—, ya apuntabas que serías un jodido empollón.

—Sin embargo vosotros erais unos cabronazos cuyos padres os pagaban el mejor colegio de la ciudad para ver si conseguían que fuerais unas personas decentes —se defendió Hidalgo.

—Desde luego con eso se equivocaron los pobres —dijo Artajona.

Espino rellenó su copa de vino y sonrió. El metre sacó las cigalas y una bandeja con seis ostras que olían a mar. Los tres amigos dieron buena cuenta de las viandas mientras escanciaban sin parar. Después sacaron un chuletón para el alcalde y rodaballos para los otros dos. Pidieron más vino. Pasada una hora ya estaban con los postres. Después unos cafés cortados y las copas. El consejero

delegado de ZOFAZASA sacó unos puros habanos que repartió entre sus amigos.

—La empresa contratista me pide más tiempo para cobrar la última certificación —dijo bajando la voz, casi en susurros—. Les cuesta encontrar tanto dinero en efectivo.

—Pues más vale que lo encuentren pronto —dijo el alcalde en tono quedo—, si no ya saben lo que hay.

—Lo saben —Daniel Hidalgo soltó una bocanada de humo denso que flotó lentamente en el ambiente—. Pero les es difícil encontrar tantos millones en efectivo, dales tiempo.

—¿Cuánto queda por ejecutar de la segunda fase de la ampliación?

—La mitad del presupuesto aproximadamente —contestó Hidalgo.

—¿Qué hacéis con tanto efectivo? —preguntó Espino, el jefe de la Policía Local.

—¿No has oído hablar de los paraísos fiscales? —dijo el alcalde sonriente.

—No me jodas que te lo estás guardando todo en casa —preguntó Hidalgo a Espino.

—Bueno yo…

—Como te entren a robar en casa al ladrón le va a tocar el gordo.

El alcalde se echó a reír, y tras unos instantes su rictus cambió, se puso serio.

—La última vez que subí a Andorra —dijo susurrando—, les hice el ingreso a nuestros tres amigos.

Los otros asintieron, serios, circunspectos.

—Como debe ser —dijo Hidalgo—. Hay mucho dinero en juego, los chinos están apostando por la zona franca.

—Hay noticias respecto a eso —anunció el alcalde—, es posible que las próximas semanas anunciemos la instalación de varias giga fábricas chinas en ella. Los de Madrid están trabajando muy bien el tema de las exenciones fiscales. A los chinos les interesa, importan todos los componentes que necesitan para la producción sin pagar

impuestos, y luego desde aquí tienen la salida fácil para exportar a toda España y a Europa.

—Pues si siguen instalando más fábricas eso implicará más obras —dijo Espino.

—Y más comisiones —zanjó el alcalde—. Oye Daniel, ¿quién está haciendo las certificaciones de obra?

—Las está haciendo un ingeniero contratado por mí, es de mi total confianza y también se lleva lo suyo. Las que me dan un poco de miedo son las intervenciones del Estado y de la Diputación.

—De eso olvídate, ambas administraciones transfieren los fondos al Ayuntamiento y es la Intervención municipal la que autoriza los pagos a ZOFAZASA. La Intervención autoriza los pagos según tus certificaciones, y además, la interventora jefe es la mujer de nuestro querido amigo Espino.

El jefe de Policía sonrió.

—Gracias a mi mujer, sino de qué me ibais a estar untando, que sois unos cabrones.

Los tres amigos se echaron a reír. La canícula parecía estar dando un descanso y la noche llegó fresca y azotada por una ligera brisa que traía los olores de la ribera del Ebro. Salieron al jardín a tomar la última copa. El césped estaba húmedo. Daniel Hidalgo se quitó sus carísimos zapatos mocasines para sentir la hierba mojada. El camarero trajo dos copas de ron con Coca-Cola y una ginebra con tónica.

—Ya rondamos los cincuenta y pico amigos, pensad que esto es nuestro plan de jubilación —dijo risueño el jefe de Policía.

—Yo a veces me pongo pesimista, pienso en que nos pueden pillar, y si nos caen diez años de cárcel a estas alturas… pues nos plantamos en la cárcel con sesenta y pico.

El alcalde dejó escapar una sonrisa ladina, como la de un lobo escondido que ve acercarse a su presa.

—No nos van a pillar, y aunque nos pillaran no podrían hacer nada contra nosotros, ya sabéis quién está metido en esto, y creo que ya estoy hablando de más.

Silencio. Unos cuantos tragos a las respectivas copas. Hidalgo cerró los ojos para sentir mejor la brisa nocturna.

—Si nos pillan a nosotros le pillan a él, y si le pillán a él todo quedaría en entredicho, el sistema se desmoronaría como un castillo de cartas.

—Ya basta de hablar de esto chicos —dijo el alcalde levantando su copa e invitando a sus dos amigos a brindar—. Por los chinos, porque sigan trayendo sus maravillosas fábricas aquí y porque tengamos que seguir ampliando nuestra querida zona franca.

Los tres amigos brindaron. La noche iba avanzando, la ciudad nocturna y canalla ya había despertado. La gente salía de sus casas camino del centro para pasarlo bien, ir al cine, beber algo, bailar, quizá conocer a alguien interesante.

La gente es ajena a las intrigas y corruptelas de una pequeña élite que juega con el dinero público. Lejos de ahí, en un garito algo elegante de la zona centro donde suena jazz negro, un detective con el alma rota bebe alcohol y mira la barra como si su mente estuviera a miles de kilómetros de allí. La música, triste y decadente, parece amortiguar el dolor agudo de sus recuerdos. Sus acordes flotan hasta la otra punta de la ciudad, donde un joven a punto de acabar sus estudios de Filosofía fuma tumbado en su viejo y barato sofá un cigarro con algo de hachís, mientras lee un ensayo de un pensador oriental que trata sobre que la Humanidad se resetea cada tres o cuatro generaciones, y que da igual lo que aprendamos o las advertencias que dejemos escritas, porque todo vuelve a suceder. La música sigue su camino hasta llegar a una casa elegante en el centro de la ciudad, y envuelven a una mujer triste, que está sola sentada en su sillón, con una mano sujeta un cigarrillo y con la otra un vaso de whisky. Su mirada, llena de lágrimas, contempla una pequeña fotografía de una mujer joven y sonriente.

La ciudad los envuelve a todos con su halo indiferente y milenario, y sus destinos, sin ellos saberlo, quedan unidos para siempre bajo las luces melancólicas de una urbe moribunda.

Algo malo por dentro

—Si era un confidente nuestro estamos bien jodidos —dijo Garanto mientras se llevaba una copa de ginebra a la boca—.¡Cómo lo sabes!

—Las fuentes nunca se revelan jefe, ya lo sabe.

—¡Hijos de puta! —dijo el comisario negando para sí—. Habla con el inspector de Madrid, al que enviaron a solucionar el caso, ¿cómo te dije que se llamaba?

—Vicente Vela.

—Cítalo aquí en Zaragoza, que venga lo antes que pueda y que se traiga al otro inspector con el que vino a llevar el caso, dile que quiero hablar con ellos con urgencia; pero no les digas nada de esto.

Era la primera vez que se veía con Garanto en un sitio con estilo. Era un club del centro con sillones de cuero negro y camareros vestidos de uniforme que atendían a una clientela selecta.

—Puede que liquidaran a Yousef en la cárcel porque se enteraron de que era un soplón —dijo el comisario.

Juan decidió guardar silencio, el caso estaba complicado y no quería entrar en un sinfín de elucubraciones con Garanto.

—Todo lo que necesites me lo pides, escuchas, vigilancias o incluso mandar a policías para sacarle información a alguien, lo que sea. ¿Me oyes?

—Gracias comisario, de momento me apaño yo solo; pero lo tendré en cuenta.

Garanto tenía infinidad de problemas, se comentaba que había surgido un nuevo candidato a ocupar la Jefatura Superior de Policía en Aragón, un tapado que había sabido esperar paciente y jugar bien sus cartas: el comisario provincial de Huesca. Había hecho su carrera en un lugar tranquilo y trabajando bien los despachos de la Delegación y la Subdelegación del Gobierno. Buenas relaciones con los políticos. Garanto echaba humo. Juan entendió que lo último que necesitaba su antiguo superior era que se descubriera que el caso de Itziar se había cerrado en falso, eso sería como un torpedo directo a su línea de flotación justo en el momento crítico en la lucha por la jefatura. Garanto suspiró.

—Sigue investigando el asunto y ándate con pies de plomo; ni se te ocurra hablar con la prensa o te despellejo vivo. Y a la madre de Itziar lo justo. ¿Estamos?

—Estamos jefe.

Ambos quedaron en silencio, bebiendo sus copas con parsimonia.

—Escucha, creo que los políticos de aquí me quieren hacer la cama, no les gusto ni ellos me gustan a mí. Hay una guerra entre dos facciones, por un lado los jefes de la policía en Madrid y por otra el poder político regional, unos me apoyan a mí y los otros tienen su propio candidato. Si descubres algo escabroso y lo das a conocer mi carrera se acabó, quizá me hagan adjunto o me manden a una comisaría provincial en el interior. Cuéntame todo lo que averigües y ya decidiremos qué hacer con la madre de Itziar.

Garanto miró fijamente a Juan, que estoico le sostuvo la mirada.

—Pensaba que quería que descubriera la verdad.

—Y quiero que la descubras; pero dame esa información solo a mí, yo veré cómo emplearla. Ayúdame con esto y te cubriré de dinero y de más casos.

Juan asintió lentamente. Bebió su copa y se despidió de Garanto, que se quedó embelesado fumándose un cigarro solo en una mesa discreta del magnífico club.

***

A Juan le entraron unas ganas horribles de beber hasta perder el conocimiento; pero consiguió controlarse. Se fue paseando hasta la Jefatura de Policía, donde estaba emplazada la Brigada Judicial. Era tarde pero el horario para un inspector de la judicial era algo ilusorio. El agente del mostrador sin decir palabra tiró sobre la mesa una acreditación. Juan la cogió pero no se la colgó del cuello. Las formalidades le ponían enfermo. Cuando entró en las dependencias de la brigada vio a su antiguo compañero Manuel Boned. Estaba revisando con interés unos papeles, cuando vio acercarse a Juan levantó la cabeza y torció el gesto.

—Eres pájaro de mal agüero.

—¿Tienes media hora para hablar? Necesito saber cosas.

La cafetería de la comisaría no era el lugar idóneo para hablar de ciertos asuntos así que salieron a dar un paseo.

—¿Qué cojones le pasa a Garanto?

Manuel sonrió.

—Está metido en plena guerra por la sucesión del viejo, ¿te parece poco?, mucha presión, mucho estrés. ¿Te está presionando con lo de Itziar?

—Algo así —dijo Juan encendiéndose un cigarrillo.

—A Garanto le apoya alguien poderoso de Madrid, por eso enviaron a esos dos súper inspectores para resolverle el caso Itziar, querían que ganase puntos para la sucesión del viejo; pero claro, donde hay unos siempre hay otros, hay una camarilla de políticos de aquí que apoyan al candidato de Huesca, los encabeza el Delegado del Gobierno y el Subdelegado en la provincia de Huesca. El candidato no es mal policía, se jugó el cuello en el País Vasco en los ochenta, aunque lleva muchos años jugando al juego del politiqueo, le ha salido bien. Parece que no está claro quién va a sentarse en el sillón del viejo.

—Ya… —dijo Juan mirando a un vagabundo sentado en un portal abrir una lata de lentejas y comenzar a comérselas—. Todo politiqueo.

—¿Has descubierto algo del caso Itziar?

Juan miró a su viejo amigo, tiró el cigarrillo y lo pisó. Después exhaló el humo y afirmó con la cabeza.

—Necesito que me ayudes con eso, necesito varias cosas; pero me urge que compruebes la salida desde Barajas o desde Torrejón de Ardoz de un vuelo chárter con dos inspectores de policía a bordo, necesito que me digas qué día y a qué hora salieron de Madrid y cuándo llegaron a Zaragoza. Busca en la semana del nueve de diciembre del año pasado. Estos son los datos de los inspectores —dijo dándole un papel manuscrito.

—¿Algo gordo?

—Solo intuiciones. Garanto teme que el caso de Itziar se cerrara en falso.

—Eso acabaría con su carrera.

—Y él lo sabe.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguiré investigando, y le ayudaré claro. Creo que se lo debo por todo lo que ha hecho por mí.

—Y ¿qué pasa con la madre?

—No lo sé. Veremos hasta dónde llego. ¡Tú búscame eso!

—Oye, hoy he quedado con los chicos para ver al Madrid —después del trabajo y cuando había fútbol los chicos de la brigada tenían la excusa perfecta para juntarse y beber unas cervezas—. Estoy seguro de que les gustaría que vinieras.

—Te lo agradezco; pero tengo cosas que hacer.

Los dos viejos amigos se despidieron. De camino a casa paró en varios bares. Cuando llegó a su piso ya había bebido varias copas y tres o cuatro cervezas. Abrió el mueble bar y sacó una botella de Cutty Sark, sin vaso ni nada, bebiendo directamente de ella. Sentado en su sillón, encendió la televisión, pensó en la programación pero no sabía muy bien qué día de la semana era, daba igual, miraba la pantalla sin verla, porque pensaba en ella, en Martina, su preciosa exmujer, en cómo la perdió, en cómo se empeñó en alejarse de ella porque se sentía culpable de lo que había pasado. Una niña soltándose de su mano corriendo hacía un paso de cebra. Después de eso no pudo a volver a mirarla a la cara con dignidad. La culpabilidad lo devoró. Se fue alejando de ella, y al final la dejó porque no era capaz de estar con ella sin sentirse culpable. Pudo salvar la relación con aquella maravillosa chica; pero prefirió dejarlo todo atrás. Pasar página como si todo aquello hubiera sido otra vida. Fue un maldito cobarde.

Se quedó dormido. Cuando despertó no sabía si había dormido unas horas o un día entero. Salió de casa y se metió en el coche. Sabía su dirección porque había consultado la base de datos del padrón, instrumentos con los que contaba la asociación de detectives privados. Cuando llegó detuvo el coche. Era un barrio bonito, de clase media, lleno de familias. Muy parecido al barrio dónde ellos se habían mudado cuando llegaron a Zaragoza con su pequeña. Se quedó aparcado cerca del portal. No sabía muy bien por qué estaba haciendo eso, quizá solo quería machacarse a sí mismo. No tuvo que esperar mucho para verla. Salió del portal con

un niño pequeño y un hombre joven. Estaba preciosa, su melena morena le caía por uno de los hombros, había cogido algún kilo que la hacía más mujer. Cuando pasó la mano por la cintura de su pareja Juan sintió como si lo acabaran de vaciar del todo. Tan solo era ya un recuerdo negro en la mente de aquella hermosa mujer. Derrotado volvió a coger el coche y regresó a su casa.

Una mujer en la noche

Durmió durante un día entero. Cuando se despertó estaba desorientado, pero enseguida reconoció su apartamento. Puso una cafetera y se metió en la ducha, el ritual de siempre. Pensó en su exmujer, en lo buena persona que era y en lo bien que lo había tratado siempre; pero lo que les había sucedido fue demasiado. No estaba seguro de que ella le culpara por lo de Clarita; pero no podía estar a solas con ella sin sentirse culpable. La relación tuvo que morir, igual que Clara.

Se miró en el espejo, estaba echando barriga, normal dada su afición por el alcohol, lo raro es que aún se mantuviera más o menos en forma. Buscó en su armario, debía de estar por algún sitio, al fin lo encontró: un pantalón corto de deporte. Encima se puso una camiseta arrugada y bajó a la calle. Empezó a correr, bajó por Vía Hispanidad hasta los Enlaces y subió de nuevo, apenas un par de kilómetros. Para ser el primer día no estaba mal. Subió a casa, al entrar el teléfono estaba sonando; pero cuando lo cogió ya habían colgado. Tomó su café mirando por la ventana, era media mañana y solo se veían amas de casa y jubilados por la calle, los hombres ya estaban trabajando en los polígonos de la periferia. El teléfono volvió a sonar. Corrió a cogerlo. Al principio solo estática, luego sonó una voz melancólica y familiar.

—Juan, soy la madre de Itziar, venga a verme, han dejado un nuevo anónimo en mi buzón.

Y colgó.

***

El ejercicio físico le había sentado bien, y en cierta manera le trajo los recuerdos de aquella época en la que entrenaba con Txiki y estaba en forma, y llegaba a casa a cenar junto con Martina y Clarita lleno de endorfinas. Eran recuerdos felices y tristes.

Bajó dando un paseo hasta la casa de su clienta. Le abrió la puerta. La casa olía a perfume caro y a hogar confortable. «Pase». Le indicó. Juan tomó asiento en un mullido sillón verde, de estilo inglés. La madre de Itziar vestía unos pantalones vaqueros anchos y

una blusa que caía sobre su delgado cuerpo marcando sus clavículas entre la tela. Fumaba a través de una boquilla para no atufarse los dedos con la nicotina y el humo. A Juan, hundido en el confortable sillón y bajo los efectos de las endorfinas generadas con el ejercicio de la mañana, le asaltó una sensación placentera de adormilamiento.

—Esta vez ha dejado algo más original —dijo la madre de Itziar ofreciéndole un papel—. Parece un escrito izquierdista de denuncia social.

Juan lo cogió y lo elevó para observarlo a la luz de la lámpara del elegante salón. En él se narraban diversas quejas contra el Ayuntamiento: condiciones de trabajo de varias contratas municipales, basuras, mantenimiento eléctrico… y también se hablaba de unas obras en las que supuestamente se estaban esquilmando fondos públicos en certificaciones fantasma.

—J. Vidal… —leyó Juan—. ¿Quién es J. Vidal?

—No tengo ni la menor idea.

Juan siguió contemplando el panfleto, era del tamaño de una cuartilla y únicamente tenía una hoja de papel recio, duro, con cierto tacto plástico.

—Perdone detective, no le he ofrecido nada de beber.

—Un café por favor.

La mujer salió del salón y se perdió tras la puerta de la cocina. La mente de Juan se perdía en teorías que intentaran conectar ese panfleto con la muerte de Itziar; pero todo eran lagunas. La señora regresó al salón con un café y un whisky con hielo. Cuando Juan vio ambas bebidas se arrepintió de su elección.

—¿A qué se dedicaba su hija?

La mujer cruzó el salón, su andar era hipnótico, y tomó asiento en el sofá, donde el enorme gato naranja que parecía dormir sobre él se levantó y se acostó a su lado.

—Era funcionaria. Trabajaba en la Diputación General de Aragón, en la Dirección General de Energía; aunque sé que previamente concursó a varios puestos, y reconozco, no sin vergüenza, que no sé dónde estuvo destinada anteriormente. Yo he sido funcionaria también sabe, y no hay nada que le guste más a un funcionario que

hablar de las relaciones de puestos de trabajo, de los concursos de traslados y de los niveles. Cuando mi hija comenzaba a hablar de esas cosas mi mente, aun sin quererlo, desconectaba, era incapaz de prestarle atención.

Juan asintió, comprendiendo en cierta manera lo que decía. En la policía las cosas eran parecidas.

—Comprendo —dijo dando un sorbo a la taza de café—. ¿Cómo sabe que esto tiene relación con la persona que le está dejando anónimos y no es fruto de un buzoneo de gente reivindicativa?

La mujer le alargó otro papel.

—Porque también dejó esto:

«Uno para todos y todos para uno».

—De nuevo Dumas.

—Así es.

Juan alzó el papel, estaba escrito a ordenador y con letras mayúsculas:

«EL AYUNTAMIENTO NOS MIENTE UNA VEZ MÁS, ¿PARA CUÁNDO LA CONVOCATORIA DE LA OPOSICIÓN DE PERSONAL LABORAL? CON MÁS DE UN CINCUENTA POR CIENTO DE PERSONAL LABORAL TEMPORAL, EL AYUNTAMIENTO NO CREE NECESARIO SACAR UNA OFERTA DE EMPLEO PÚBLICO. Y PUEDE QUE ESTÉ EN LO CIERTO, PORQUE SU ESTRATEGIA ES ***PRIVATIZAR TODOS LOS SERVICIOS PÚBLICOS****, REPARTIR LAS FAENAS DEL AYUNTAMIENTO ENTRE LAS EMPRESAS PRIVADAS GESTIONADAS POR SUS AMIGOS. PENSADLO CIUDADANOS, ES UN NEGOCIO REDONDO, REDONDO PARA LOS BOLSILLOS DE NUESTROS NEFASTOS GOBERNANTES.*

Y AHORA CAMBIEMOS DE ASUNTO, NUEVAS INFORMACIONES DE NUESTRO GARGANTA PROFUNDA J. VIDAL RESPECTO A LAS OBRAS DE LA ZONA FRANCA. SI YA OS VENÍAMOS ADVIRTIENDO QUE AQUELLO NO OLÍA MUY BIEN, NUESTRO CONFIDENTE NOS HA HECHO LLEGAR VARIAS CERTIFICACIONES DE OBRA QUE POR DECIR ALGO SON INVEROSÍMILES, ¿ALGUIEN PUEDE CREERSE QUE EN UN VIAL DE CINCUENTA METROS QUEPAN MÁS DE CIEN FAROLAS? PARTIDAS DE HORMIGÓN DESPROPORCIONADAS,

CONDUCTORES ELÉCTRICOS, TUBERÍAS, MOVIMIENTOS DE TIERRAS QUE MÁS PARECERÍAN PROPIOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN PANTANO, Y TODO A COSTE DEL CONTRIBUYENTE OIGA. ESTO HUELE A DESFALCO DE DINERO PÚBLICO DE BASTANTES MILLONES DE PESETAS. ¿QUIÉN SERÁ EL LISTO QUE SE LO ESTÁ LLEVANDO CALENTITO? SE ADMITEN APUESTAS».

Juan se entretuvo leyendo las certificaciones de obra que venían en la parte inferior del documento.

—Puede traerme por favor los anteriores anónimos.

La mujer se los mostró. Eran dos, el primero hablaba acerca de que la ley solo se aplicaba a los pobres, y el segundo la misma temática que el tercero, las palabras de Dumas. La caligrafía coincidía, los había escrito la misma persona.

—¿Le importa si me los guardo? Necesitaré analizarlos.

—Haga lo que tenga que hacer, lo único que me importa es que me diga quién mató a mi hija y por qué, ya sabe, cinco millones de pesetas le esperan.

Juan lo recordó, por supuesto el dinero era algo importante para él, pero cada vez menos, sus eficientes servicios pasaban de boca en boca entre maridos celosos y cornudos y el negocio le iba bien. Calló que este caso lo resolvería solo por él, porque por algún motivo sabía que el hacerle justicia a esa pobre chica quizá le ayudaría a liberar parte de sus demonios.

—¿Dónde le dejó el panfleto y el papel?

—En el buzón, al igual que los anteriores.

También guardó silencio acerca de la cámara oculta que había instalado apuntando al buzón de correos.

—La llamaré pronto, debo hacer unas indagaciones.

Juan se despidió de ella y bajó las viejas y señoriales escaleras hasta el rellano. El suelo era de mármol, un gran espejo ocupaba una de las paredes y la parte de los buzones era un recio armario de madera noble. La cámara estaba instalada en la lámpara. No tenía ganas de irse hasta su casa a por una escalera y volver, así que sacó su llave maestra, le había costado veinte mil pesetas pagadas a un cerrajero disoluto, y abrió el cuarto de contadores. Según la

legislación eléctrica en ese sitio no podía haber nada más que los contadores de la luz; pero en todas las comunidades era igual, lo usaban de trastero. En un rincón vio un taburete, le serviría para llegar hasta la lámpara. Extrajo con facilidad la cámara y el disco duro. Dejó el taburete en su sitio, cerró la puerta y salió del edificio.

Llegó a casa y dejó la cámara sobre la mesa de su despacho. Después bajó al «Ramón», un par de chupitos de JB en la barra mientras le preparaba el menú del día. Luego tomó asiento en su mesa, cerca de la televisión y un poco retirada de las demás. Comió pasta y un filete de ternera con media botella de vino tinto. En la televisión estaban emitiendo el telediario, en los deportes hablaban del partido que por la tarde enfrentaría a España con Italia en los cuartos de final del mundial de USA. Juan pensó que vería el partido, necesitaba un poco de calma, emocional y física. Subió al apartamento y se sentó en su despacho. Puso algo de música, Ella Fitzgerald cantando «Summertime», diciendo que en verano la vida es fácil. Su cadenciosa voz le relajó. Se encendió un cigarrillo. Sobre la mesa estaba la cámara con el pequeño disco duro. Tenía capacidad para cuatro días de grabación. Una joya que compró a una empresa estadounidense con la ayuda de Manuel Boned y sus contactos en la central de compras de la Policía Nacional. Lo usaba de vez en cuando en casos de líos de faldas. Lo introdujo en su ordenador cuatro ocho seis y abrió la aplicación de video. Eso era lo más pesado, visionar todo el material, aunque lo avanzó a triple velocidad. Se sirvió un whisky con hielo y dejó la botella en la mesa, podía tirarse horas ahí. El disco de Ella seguía avanzando mientras la botella de whisky iba descendiendo. Había visionado más de medio día entero y nadie había echado nada en el buzón de la madre de Itziar. Miró el reloj, casi era la hora del partido. Juan apuntó en su libreta el minuto y hora en el que se había quedado y se fue a su pequeño salón. Encendió la televisión y se acomodó en el sillón. Estaban con la previa. Desconectaron para hacer un mini informativo antes de que empezara el partido.

Un par de minutos después comenzó el partido. España se jugaba pasar a semifinales de un mundial por primera vez en su historia. En el minuto veintiséis de la primera parte un misil de Dino

Baggio dejó clavado a Zubizarreta poniendo el uno a cero en el marcador. Juan se ciscó en la madre del italiano; pero su mente no estaba en el partido. Tenía que seguir la pista de ese panfleto filocomunista. Tenía un contacto en el ayuntamiento que quizá supiera algo. Un responsable de la contrata de basuras. Cincuenta y pocos años, había intentado sacarse la plaza de funcionario media docena de veces pero no lo había conseguido. Trabajaba como interino. El tipo se enteraba de todos los tejemanejes que había en las contratas municipales. Vería qué le podría sacar. En el minuto cincuenta y nueve Caminero recibe un pase en la frontal y marca un golazo, uno a uno, todavía hay esperanza. Juan busca su número, le llama, la conversación es corta, él también está viendo el partido, quedan en verse por la noche, a las once en un bar del centro. En el minuto ochenta y ocho Roberto Baggio acaba con el sueño de España. Los hermanos Baggio nos han echado del mundial.

Juan mira el reloj, aún tiene tiempo hasta las diez, así que vuelve a su despacho. Más trabajo tedioso. Le da al botón de reproducción del programa de video y sigue observando los buzones. Afuera la tarde va avanzando, es sábado, la gente está en sus casas arreglándose para salir por ahí, para dejarse llevar por las luces en busca de sensaciones. El video llama su atención, la calidad no es muy buena; pero ahí está, parece una mujer joven, viste un vestido negro y una chaqueta, y lleva el cabello recogido en un moño. Se ve claramente como mete algo en el buzón de la madre de Itziar.

Paró el video. «*Te tengo*». Pero realmente no tenía nada. La mujer solo se veía de espaldas. Era imposible reconocerla. La observó, su mano llevaba un anillo, la cámara no captaba sus pies, era delgada, de espaldas hubiera apostado que era atractiva; pero en ningún momento se le veía la cara. Juan se encendió un cigarro, le dio un par de caladas y se llevó las manos a la cara. Ese camino le llevaba a un callejón sin salida, aunque al menos ahora sabía que los anónimos los estaba dejando esa mujer. Cogió el teléfono y llamó a la madre de Itziar. «Necesito que vea algo, venga lo antes posible». Y colgó. La mujer llegó en menos de media hora. Sonó el timbre de la puerta. Abrió y la llevó hasta su despacho. La mujer observó el desorden.

—Creo que necesita un poco de orden en su vida —señaló.

—Tengo la esperanza de que usted reconozca a esta persona.

La madre de Itziar miró con sorpresa la pantalla del ordenador.

—Puse un cámara oculta en su patio.

—Ya veo.

Le mostró el momento preciso en que aquella mujer introducía algo en el buzón, y miró con un atisbo de esperanza a su clienta.

—No tengo ni la menor idea de quién es esa chica.

El detective suspiró.

—Está bien —dijo desanimando—. ¿Quiere tomar algo? Tengo un rato libre hasta las once. Hay otra pista que debo seguir.

—Póngame algo fuerte.

Juan la guio hasta el salón y la invitó a tomar asiento en el sillón. Al poco tiempo apareció con un par de coñacs con hielo.

—Con el dinero que gana, ¿no le da para instalarse en un sitio mejor?

Juan sonrió.

—No necesito más para vivir —dijo dando un trago al coñac.

La fragancia de aquella mujer llenó el salón.

—Es curioso, llevo días investigando el caso de su hija y aún no sé su nombre.

La mujer dejó entrever un gesto enigmático. Encendió un cigarro e inhaló el humo con actitud relajada.

—¿Está usted coqueteando conmigo?

—Nada más lejos de mi intención.

La mujer sonrió. Dio otra calada.

—Me llamo Matilda Isabel, pero puede llamarme Matilda.

—Matilda… sencillo y bonito.

—Va a conseguir que me ruborice.

—¿Su hija tenía alguna relación sentimental con alguien?

—Mi hija era lo más parecido a una monja de clausura que usted haya visto en su vida.

Juan asintió en silencio, las mujeres que él acostumbraba a tratar estaban en las antípodas de ser monjas de clausura.

—Yo estudié y disfruté de la vida. Me saqué Económicas con veintitrés años, curso por curso y con matrícula de honor. El número

de las matrículas que conseguía iba a la par que el número de hombres a los que conquistaba.

Juan dio un sorbo a su coñac.

—Tenía usted una mentalidad adelantada a su tiempo.

—No se crea, en mi época había muchas como yo en el ámbito universitario. Solo queríamos disfrutar de la vida. Pero mi hija era diferente, tuvo un novio cuando estudió el bachillerato —Juan hizo amago de coger su libreta—, no se moleste, su familia se mudó a China, tenían empresas textiles, el noviazgo con mi pequeña solo duró un año. No se volvieron a ver. Mi hija se centró en sus estudios, estudió Ingeniería Técnica Industrial, ya ve, una carrera con las aulas llenas de chicos; pues mi hija iba a clase y volvía a casa a estudiar, sin distracciones. Nunca ha sido de salir. Se sacó la carrera en tres años y medio, proyecto de fin de carrera incluido, y después, imagino que alentada por una familia de tres generaciones de funcionarios, se preparó oposiciones para el cuerpo de Ingenieros Técnicos Industriales de la Diputación General de Aragón. Creo que en un año ya tenía todo el temario en la cabeza, la oposición tardó en salir dos años, sacaron dos plazas, se quedó la primera con bastante diferencia respecto al segundo.

Matilda dio una calada al cigarro, y se quedó por unos instantes mirando el vaso de coñac ensimismada.

—Mi hija no tenía enemigos detective —dijo levantando la mirada hacia Juan y agitando suavemente el vaso de coñac—. Era una niña muy buena y cariñosa —sus ojos se humedecieron—, no me cabe en la cabeza que le pudiera pasar lo que le pasó, y eso no me deja vivir, me destroza.

Juan le tendió su pañuelo de seda. Matilda se secó las lágrimas.

—Si no recuerdo mal, en la última conversación que tuvimos en su casa me dijo que Itziar trabajaba en la Dirección General de Energía del Gobierno de Aragón —Juan consultó su libreta—. Y que anteriormente estuvo en otros puestos…

—Así es, pero ya le dije que no sé exactamente dónde trabajó, cada dos por tres hay concursos de méritos, recuerdo que me dijo hará cosa de tres años o así que quería concursar y cambiar de puesto. Y lo hizo. Itziar nunca me contaba mucho de su trabajo. Y

yo tampoco le preguntaba. Nuestro trabajo, al contrario que el suyo, es profundamente aburrido.

Matilda comenzó a sudar, se tocó el pecho e inmediatamente sacó una pastilla de una pequeña caja que portaba en el bolsillo, se la metió en la boca y bebió un sorbo de coñac.

—Disculpe, es solinitrina, arrastro problemas cardiacos desde hace muchos años.

Juan asintió con cierto nerviosismo, lo último que quería es que su clienta muriera sentada en el sillón de su salón. Matilda se serenó, su rostro volvió a ser el de una mujer madura e interesante.

—Solo sé una cosa detective, el chico al que incriminaron no mató a mi hija. Estaba muerto de miedo cuando me entrevisté con él.

De momento Juan tenía a un soplón de la policía que había sido declarado culpable de matar a una joven alejada de cualquier vicio, y después, alguien ordenó matar al soplón en la cárcel. Eso era todo lo que había averiguado. No era mucho. No quería que su clienta pensara que era un inútil. Guardó silencio.

Matilda se levantó del sillón y se acercó a la librería que llenaba todo un lado del salón, muy cerca de Juan, que sintió su aroma y su presencia tan cerca que le provocó un cosquilleo en la cabeza, Matilda acarició una fotografía, Juan observó su gesto elegante y femenino, y para su sorpresa, sintió la tentación de retirar el cabello de aquella mujer madura y besar su delicado cuello.

—Era mi hija —dijo venciendo el hechizo—. Murió cuando tenía tres años. La atropelló un borracho cuando íbamos al colegio.

—Lo siento. Ahora entiendo lo que hay en su mirada, su alma está rota, como la mía.

Juan se levantó. Sus caras estaban próximas, tanto que casi podía sentir su tacto, tanto que por un instante su mente se quedó en blanco.

—Será mejor que se vaya. La llamaré.

Matilda recogió su bolso y se dirigió a la puerta de salida.

—Esperaré impaciente su llamada. Busque al asesino de mi hija.

***

Juan cerró la puerta y respiró como si se estuviera ahogando. Se sentó en el sillón, que aún guardaba el perfume de su clienta. Se serenó. Miró el reloj, eran las ocho de la tarde, a las once había quedado con el responsable de la contrata de basuras. Jacinto era un tipo peculiar. Juan a menudo se preguntaba cómo alguien así podía haberse licenciado en la universidad. O bien se hacía el tonto, o bien se había vuelto tonto con el paso del tiempo. A saber. El tipo era soltero, divertido y feo como una mona. Le gustaba gastarse la abultada nómina que le pagaba el ayuntamiento en prostitutas y fiestas. No le juzgaba, cada uno vivía como quería, o como podía. La segunda semana del mes ya solía andar tieso como un cirio. Y claro, las tentaciones eran jugosas. Las contratas le soltaban dinero por hacer la vista gorda con el número de camiones que realmente tenían disponibles, con el número de empleados y cosas así. Ellos cobraban por cincuenta pero tenían treinta, y la diferencia se la metían al bolsillo. Aunque los sobres tampoco le duraban mucho, le gustaban las mujeres caras. Juan sabía que para sacarle algo tendría que llevárselo de putas y subvencionarle la droga y la borrachera de esa noche. Suspiró. Cada vez aguantaba menos a ciertos personajes; pero la pena por Itziar aún flotaba en su pequeño salón. Apretó los dientes y pensó que luchar por eso era algo auténtico entre tanta basura. Jacinto se enteraba de todo, porque no hacía su trabajo y se pasaba el tiempo intrigando con unos y con otros, jefes, sindicalistas, todos lo conocían, era como una encrucijada de caminos donde todos acudían para llegar a algún sitio. Y él lo sabía y se aprovechaba de ello. En alguna ocasión Juan ya había recurrido a él para conseguir información de los sindicatos más representativos entre el personal municipal, sus clientes en esos casos siempre eran ejecutivos de alguna contrata que querían saber de antemano las cartas que tenían sus rivales en la partida.

Sus pensamientos volvieron de nuevo a Matilda, pensó en qué mujer habría sido en sus años universitarios, en la tristeza infinita que irradiaba, y en cómo había sabido leer su propia alma rota. El dolor era agudo y amargo, sintió ganas de coger el revólver y terminar de una vez con esa espiral de sufrimiento que recorría continuamente, pero por primera vez desde que murió su hija fue

consciente de que tenía algo importante por hacer. El caso de Itziar no era como los otros casos. Tenía que hacerle justicia.

Se puso su chupa de cuero, vaqueros y camiseta negra ceñida. Se miró al espejo, metió tripa, no estaba mal para cuarenta y nueve años. Salió a la noche, la chupa la llevaba por coquetería más que por otra cosa; aunque el calor estaba remitiendo. Habían quedado en el bar «Litros», en la Zona. Cuando llegó, Jacinto ya llevaba un rato ahí, estaba en la barra hablando con una camarera, ella sonreía a lo que le decía, había que reconocer que el tipo tenía labia, su nariz ganchuda subía y bajaba según se reía mientras deslizaba palabras en el oído de la joven en un intento de seducirla. Al final la joven se fue al otro lado de la barra a atender a un cliente. Juan llegó a la altura de Jacinto. Pidió dos whiskys con hielo y pagó con un billete de mil pesetas. Aún no había mucha gente en el garito y se podía hablar más o menos bien. Sonaba una canción de Michael Jackson, «Man in the Mirror». Michael decía que todo empezaba así, con un hombre mirándose al espejo. Juan sacó el panfleto filocomunista y lo puso sobre la barra.

—¿Qué sabes de esto? —dijo Juan.

—¡Qué rápido vas, si la noche acaba de empezar!

Jacinto se hizo el tonto, se encendió un cigarrillo y se puso a bailar con un grupo de universitarias que al instante empezaron a lanzarse miradas de extrañeza entre ellas. «*El cabrón tiene ganas de fiesta*», pensó Juan, que se apoyó en la barra y se dedicó a beber su whisky mientras veía como el funcionario recorría todos los grupos de mujeres del bar haciendo el ridículo. Dos whiskys después miró el reloj, eran las doce, no tenía ganas de pasar toda la noche con ese tipo, así que pensó en algo. Jacinto regresó a la barra y pidió otro whisky, y se quedó mirando con cara de imbécil a Juan, que de mala gana lanzó otro billete de mil sobre la barra.

—Qué te parece si vamos a ver luces de neón —le tentó Juan deseando acabar lo antes posible con aquello.

Jacinto sonrió mostrando sus mal cuidados dientes.

—Me encantan las luces de neón.

Salieron del bar. A un par de manzanas había un club de alterne. Unas pequeñas luces rosas parpadeaban en la fachada. Entraron.

Una barra a la derecha y bancos a la izquierda. El barman con camisa y americana blancas. Pidieron dos copas. Al fondo un joven con gafas y pintas de empollón marginado hablaba con una chica colombiana. Dos tipos con aspecto de pueblo se entretenían con otras dos chicas del este de Europa. Poco más. Juan sintió miradas sobre él. Jacinto estaba pletórico, valorando con qué chica se subiría a la habitación. Se acercó a una chica negra que fumaba distraída sentada en un taburete próximo a la barra pensando en sus cosas. Le sonrió. La chica era guapa, delgada pero comenzaba a desarrollarse en ella cierta voluptuosidad. Jacinto se volvió hacia Juan con ínfulas, como un niño malcriado que le pide a su padre que le compre un capricho. Juan le alargó a la prostituta un billete de cinco mil pesetas.

—Esto si subo contigo, si tengo que subir con tu amigo cinco mil más.

Juan se había olvidado de lo astutas que eran.

—Tendrás que apañarte con él preciosa —le contestó entregándole otro billete rojo, de dos mil pesetas.

—Una pena —dijo la chica mirándole de arriba abajo.

Jacinto y la prostituta subieron a la zona de las habitaciones. Juan tomó asiento en la barra. Estaba cansado y no le apetecía beber más, tan solo sacarle la información al funcionario y marcharse a casa, ponerse alguna tertulia deportiva en la radio y caer dormido hasta el día siguiente. El pájaro tardó quince minutos escasos en bajar. La chica se sentó indiferente en el mismo taburete donde estaba previamente, mientras Jacinto se acercó a Juan con una sonrisa de oreja a oreja. Se encendió un cigarrillo.

—Ha estado genial, se movía como una amazona.

Juan, asqueado, cortó la conversación poniendo de nuevo el panfleto sobre la barra.

—Dime qué sabes sobre esto.

Jacinto aproximó su nariz aguileña al escrito y exhaló una bocanada de humo.

—Bueno, creo que ya nos hemos divertido bastante por esta noche. Mira —dijo señalando el panfleto—, esto son filtraciones de algún sindicato a gente del entorno de la extrema izquierda, y no

solo de sindicatos sino también de partidos de izquierda. Meten ahí cosas turbias que no tienen cojones a sacar ellos a la luz.

—¿Con qué fin?

—Limpiar sus conciencias, yo qué cojones sé. Imagino que buscaran debilitar a sus rivales, ponerlos nerviosos, les mandan el mensaje de que saben lo que están haciendo, eso debilita al poder y se abren a negociar ciertas cosas con ellos. En definitiva, ganan poder en otras negociaciones, repartos de cargos en la diputaciones provinciales, empresas públicas, etc…

—Necesito saber quién escribe esto.

Jacinto observó el papel en silencio.

—Alguna vez he oído hablar de este panfleto entre sindicalistas de la Central General de Trabajadores, amenazas veladas, te vamos a publicar tal y cual. No sé quién lo escribe; pero si tuviera que apostar creo que sería por alguien vinculado a ese sindicato. Busca por el entorno del barrio de la Magdalena.

—Gracias —dijo Juan guardándose el escrito y marchándose de aquel sitio.

Cogió un taxi para llegar a casa. Se dio una ducha y cenó un sándwich. Después se metió en la cama y encendió la radio. José María García hablaba de un problema de concesión de licencias de radio otorgadas por el ministerio. Poco a poco le fue venciendo el sueño. Su último pensamiento fue cómo iba a buscar al escritor entre toda la gente pintoresca que poblaba el barrio de la Magdalena. Quizá empezaría por los bares… principio y fin de todo en esa condenada ciudad.

Los bares

Bares, qué lugares, ya lo decía Jaime Urrutia en la canción. En la plaza de la Magdalena gente de lo más variopinta transitaba en busca de algo, unos de droga que vendían los camellos en la parte más pegada al parque Bruil, otros de incautos a los que atracar, y no pocos entrando y saliendo de los garitos buscando alcohol y diversión. Juan observó uno de los bares que se abrían a la plaza: dos vagabundos, con sus mochilas, bebían un cartón de vino en la terraza; dentro, gente mayor con caras surcadas por arrugas y aspecto peligroso, se apoyaba en la barra de aluminio, con un palillo en la boca y una caña bien tirada delante. Nunca se había movido por esa zona y no conocía su idiosincrasia; pero imaginó que ese no era el tipo de bar en el que la gente se sentaba a leer escritos de denuncia social. Vestía unos vaqueros viejos y una camiseta de rayas horizontales para intentar mimetizarse en el ambiente. Se perdió por las callejuelas dejando atrás la iglesia que daba nombre al barrio, contempló el ábside mudéjar, una auténtica joya entre borrachos y yonkis. Sábado, la noche estaba cayendo, cada vez más gente atestando las calles y callejuelas. Según se acercaba a la zona de San Vicente de Paul comenzaba a ver algo que le podía encajar más con su búsqueda: jóvenes que se sentaban en torno a una mesa bebiendo y hablando de política. Crestas, chancletas, pantalones cortos y camisetas del Che Guevara y similares. Juan tomó asiento en la barra, cerca de ellos, pidió una cerveza y encendió un cigarro. Los chicos estaban hablando de hacer una huelga estudiantil como protesta por el uso de la base aérea de la ciudad por parte de las tropas estadounidenses. Una de las chicas llamó la atención de Juan, sobre veinticinco años, atractiva, hablaba apasionadamente esgrimiendo distintos argumentos en contra del imperialismo estadounidense. Vestía una camiseta vieja de tirantes y un pantalón corto que dejaba entrever unas piernas sin fin. El pitido de su busca lo sacó de su ensoñación. «He visto tu mensaje en el teléfono de mi despacho, perdona, estaba de viaje, nos vemos cuando quieras, llámame para quedar 5551211». Era el promotor que le había encargado seguir a su mujer. Juan suspiró, nunca era fácil decirle a

un hombre que era un cornudo, y enseñarle además las fotos que lo demostraban; y si además ese hombre era poderoso y estaba acostumbrado a que todo girara en torno a él el jaleo estaba servido. En fin, le había pagado una buena cantidad de dinero y tenía que acabar el trabajo. Le vino a la mente el guaperas que estaba con su mujer y su extraña interacción con aquel vagabundo. Mientras estaba inmerso en esas cavilaciones, la chica guapa se levantó para pedir una cerveza justo a su lado. Se sonrieron.

—No te he visto nunca por aquí —le dijo la chica.

—No, hace apenas un mes que estoy en la ciudad —contestó Juan—. Vivía en Logroño y recientemente he conseguido trabajo en la contrata de limpieza del ayuntamiento —dijo echando el humo y suavizando sus ademanes en un intento de mostrarse amigable—. Pero estoy viendo cosas ahí dentro que… en fin…

La chica se interesó por él.

—Oye si quieres puedes sentarte con nosotros.

—No quiero molestaros.

—No es molestia.

Notó que le gustaba. Era una joven de izquierdas a la que no le importaban mucho las convenciones sociales, y con carácter suficiente para tener una relación con un hombre veinticinco años mayor que ella. Se sentaron a la mesa con el resto del grupo. El bar estaba lleno de gente en torno a mesas charlando y bebiendo. Incluso había algún perro sentado a los pies de su amo. La clientela era mayoritariamente jóvenes de izquierdas próximos al nacionalismo aragonés.

—Me llamo Marcos, un placer —se presentó Juan.

El grupo lo componían dos chicos y una chica más, todos estudiantes de carreras de letras, Filología, Trabajo Social y cosas así.

—Yo me llamo Pilar —dijo la chica atractiva con la que había entablado conversación en la barra.

El grupo se fue presentando.

—Marcos es nuevo en la ciudad, ha conseguido trabajo en la contrata de limpieza del ayuntamiento —introdujo Pilar.

Los presentes asintieron.

—¿Y qué es eso que decías acerca de lo que estás viendo dentro de la contrata?

«*Son receptivos a las denuncias sociales*», pensó Juan.

—Cosas extrañas, no sé si me entendéis…

Los chicos se miraron entre ellos. Decidió lanzar el anzuelo.

—Esto no es algo que se pueda decir por ahí, pero bueno, es sábado, estoy sólo, y llevo ya unas cuantas cervezas —dijo levantando su cerveza y sonriendo al grupo—. Estoy separado de mi mujer, dejé Logroño y vine aquí para empezar una nueva vida, vi la oferta en el periódico y me pareció un buen trabajo, joder, una contrata del ayuntamiento, me pareció un trabajo cojonudo. Y al principio así fue; pero llevo un mes y he empezado a ver cosas extrañas, no sé, a mí no me gustan esos asuntos. El otro día vino un supervisor municipal, su cometido es el de comprobar que tenemos los coches, camiones y demás equipo que nos hemos comprometido a tener, ya sabéis, yo me metí a la oficina porque ahí está el único wáter que tenemos y al salir vi algo que no debería haber visto, mi jefe entregando un sobre al supervisor y este metiéndoselo rápida y rutinariamente en el bolsillo, además era el jefe de mi jefe, o sea, un mandamás de la contrata sobornando al empleado municipal que debe velar por que cumplamos con los pliegos.

—Entonces cobráis por tener tres camiones de basura, por ejemplo, cuando realmente tenéis dos, o cobráis por tener mil personas cuando en realidad estáis setecientos —dijo Pilar.

—Exacto, excepto lo de cobráis, cobra la empresa no los empleados.

—Y sobornan a los funcionarios que deben velar por que cumpláis con el contrato. El ayuntamiento paga con dinero público una gran cantidad que va a parar a la empresa, la cual destina menos medios de los que se ha comprometido a emplear en la limpieza de la ciudad.

—Engordando su margen. Eso es.

Habían picado el anzuelo. Juan dio un trago a su cerveza y se encendió un cigarro. Observó a Pilar, tenía un rostro agraciado, enmarcado por un flequillo cortado sobre sus ojos. Era hora de retirar la caña.

—Me gustaría hacer algo chicos, denunciarlo en algún sitio; pero me da miedo que los del sindicato estén metidos en el ajo, no quiero perder el trabajo. Quizá una denuncia anónima…

Los chicos se miraron.

—Conocemos a alguien —dijo al fin Pilar—, un compañero que podría ayudarte.

—Pero tiene que ser algo anónimo.

—Tu nombre no saldrá en ningún sitio. Puedo arreglarte una cita con él.

—Eso me ayudaría bastante, lo que está pasando me está empezando a afectar.

—Dame tu teléfono y te llamaré.

Juan lo escribió en un papel que la joven guardó. Sus manos se tocaron durante un pequeño instante. A Juan le gustó su tacto. Ella aproximó su mano y la apoyó sobre la mesa, cerca de él. Después los chicos siguieron hablando de sus cosas: preparativos para la manifestación antiestadounidense, acciones del colectivo en el campus de San Francisco, y temas políticos que a Juan le aburrían profundamente. Pero lo habían aceptado como a uno más, así que no dejaba de asentir y sonreír a lo que decían. Fumaban tabaco con hachís y trasegaban cervezas y calimocho sin parar. Ya entrada la noche el grupo decidió irse a otro garito. Invitaron a Juan a ir con ellos y este, claro, aceptó.

Llegaron rápido, todos los bares de la zona estaban próximos. El ambiente era más animado que en el anterior, no había mesas, solo gente bailando. Los mexicanos Molotov sonaban a todo volumen en los altavoces, decían que «hay que arrancar los problemas de raíz, cambiar al gobierno de nuestro país, y que si le das más poder al poder, más duro te van a venir a coger*», y que* «viva México cabrones*».* Pidieron algo de beber. Juan se quedó apoyado en la barra. Pilar se quedó con él. El resto se perdieron entre la gente para juntarse con otro grupo de amigos. Pilar comenzó a bailar. Tenía un cuerpazo que quitaba el hipo. Veintitantos años y las ideas claras, estaba acabando Filología Hispánica y quería sacarse una plaza como profesora de literatura porque así tendría tiempo para dedicarse a lo que realmente amaba: escribir. Se acercó a Juan,

bailando, seduciéndolo, eso era demasiado para él. La besó, ella le agarró el pelo por detrás de la cabeza y le devolvió el beso. A Juan por un instante se le olvidó todo, la investigación, la farsa que estaba representando para llegar al tipo que escribía los panfletos, todo. Acarició su cuerpo, era firme y joven, ella le habló al oído, Juan asintió. La chica se despidió de sus amigos. Juan se quedó esperándola, sobre la barra algo llamó su atención. Cuando comprendió de qué se trataba sonrió para sus adentros. Cogió uno, era el panfleto de denuncia. Pilar regresó y lo encontró leyéndolo, concentrado.

—Algo así es lo que necesito —le dijo.

Pilar le cogió la mano y lo sacó del bar.

—El chico que te presentaré mañana es el que hace esos escritos.

Lo tenía, estaba en la pista, esos círculos eran pequeños y todos se conocían, y la persona que escribía de esos asuntos y se molestaba en editarlo y distribuirlo a buen seguro que sería alguien conocido en ese ambiente tan reivindicativo. Seguiría con la farsa y cuando la tuviera enfrente le preguntaría por Itziar, qué sabes de ella, qué conexión hay entre lo que escribes y su muerte.

La casa de Pilar no estaba lejos, era un piso de estudiantes de tres habitaciones. Había venido de un pueblo a estudiar a Zaragoza. Sus padres, ahora jubilados, habían regentado una granja de vacas lecheras y les había ido bien; pero su padre no la veía acarreando los sacos de paja y limpiando el estiércol, así que dada su afición por leer y las buenas notas en el instituto le propusieron ir a Zaragoza a estudiar.

El piso estaba limpio, se notaba que lo compartía con otras dos chicas. Había muchos libros y papeles. El salón era pequeño, una mesa de comedor en una esquina, un sofá no muy grande y la televisión en una librería antigua. Era el típico piso que alquilaba un hijo cuando su madre moría y se lo dejaba en herencia, con los muebles de la abuela y todo. Pilar desnudó a Juan y lo empujó sobre la cama, luego se desnudó lentamente.

—¿Y tus compañeras, no te importa que nos oigan?

—Yo les he oído bastantes veces, ahora les toca a ellas —dijo justo antes de tumbarse sobre él, recreándose, jugando, besándole.

Hicieron el amor despacio. Por la pequeña ventana que daba al Coso Bajo entraba la brisa nocturna acariciando sus cuerpos desnudos, y llenaba la estancia de la fragancia de lo nocturno y lo prohibido. Contempló su cuerpo, macizo y duro, la acarició, era hermosa por dentro y por fuera. «*Podría enamorarme de ella*», pensó. Estaban en silencio, observándose. Su *busca* volvió a sonar esfumando la magia del momento. Lo encontró junto a la ropa tirada al lado de la cama. «Por favor, llámeme lo antes posible, no aguanto más». Era el promotor. Qué leches le pasaría ahora.

—¿Tienes un busca? —preguntó la joven admirando el pequeño aparato.

—Sí, nos lo dio la empresa, estoy en el retén del fin de semana y si hay algo urgente nos llaman.

—¿Ha pasado algo?

—Un camión ha tenido un accidente y ha desparramado su carga por la calzada, lo siento, tengo que irme; pero si te parece bien podemos volver a vernos.

—Mañana llamaré al chico que lleva los escritos de denuncia y quedaré con él. Te aviso y vamos juntos a verle, así te lo presento y le cuentas lo que nos relataste a nosotros, quizá acceda a publicarlo.

—Te lo agradecería, creo que no sería honesto conmigo mismo si no hiciera nada al respecto.

—Te entiendo.

Se despidieron con un beso.

***

—¡Quiero muerto a ese hijo de puta! —rugió el promotor pasándose ambas manos por su cuidado cabello peinado hacia atrás. Estaba descompuesto, varias venas palpitando con frenesí cruzaban su cara roja a punto de explotar. Las fotos de su mujer intimando en un pub con un apuesto hombre estaban sobre la mesa.

—Disculpe pero yo no puedo hacer eso. Soy un detective y aporto pruebas fehacientes de que su mujer está liada con otro

hombre. Para eso me contrató; pero no puedo pasar de ahí, es más, si usted cometiera la tremenda estupidez de hacerle algo a ese hombre me vería en la obligación de comunicarlo a la policía.

El promotor pareció calmarse. Estaban en un apartamento en la plaza de los Sitios, lujo, obras de arte colgadas de las paredes, vistas a la plaza, un lugar ideal donde Juan imaginó que su cliente se llevaría a sus conquistas para deslumbrarlas. Una cristalera separaba la cocina del salón. El promotor fue hacia ella y trajo dos whiskys con hielo.

—Disculpe mi comportamiento —dijo dejando las bebidas sobre la mesa—. Es evidente que no voy a hacer semejante estupidez. No voy a matar a nadie. Pero sí quiero arruinarle la vida. Le doy dos millones de pesetas más si me da información de ese hombre, a qué se dedica, qué desayuna por la mañana, si le gusta hurgarse en la nariz o usa pañuelo, qué hace con su vida, aparte de follarse a mi mujer claro. En definitiva, quiero saberlo todo sobre ese cabronazo.

Juan se recostó sobre el sillón. Otros dos millones de pesetas.

—Si le doy esa información, ¿qué le hará?

—Le juro que no lo mataré, usaré mis contactos en esta ciudad para convertirlo en un paria, si trabaja en un bufete de abogados me encargaré de que lo despidan y que ningún despacho vuelva a contratarlo, si es dentista conseguiré que el ayuntamiento le cierre su consulta por algún problema de licencias.

—¿Y si fuera alguien más poderoso que usted y estuviera mejor relacionado?

El promotor dejó escapar una sonrisa de suficiencia.

—En esta ciudad todo se compra con dinero y yo soy el que más tiene.

Juan acabó el whisky de un trago y se incorporó. No iba a entrar en discusiones sobre qué familia tenía más dinero en la ciudad con un promotor arribista sin escrúpulos. Antes de aceptar los encargos conseguía información sobre quién se los encargaba para asegurarse de que fueran buenos pagadores, y la verdad que el promotor estaba forrado, tenía pisos y locales por casi todos los barrios de la ciudad, además poseía suelos en zonas que tarde o temprano recalificarían para que la ciudad siguiera creciendo. Y no solo eso,

sino que el dinero ya le venía de cuna, su abuelo había sido un rico terrateniente de Soria con cientos de hectáreas de cereal, que llegado un punto comenzó a comprar suelos en Zaragoza que posteriormente recalificaron y se metió en el negocio de la construcción de edificios de viviendas. Los grandes ingresos y la disponibilidad de capital hicieron que la familia se metiera también en negocios de restauración e incluso fundaron una distribuidora eléctrica. La familia de ese hombre herido y vengativo que tenía enfrente era una de las más ricas de la ciudad. Su apellido, aunque discreto, era conocido en los salones nobles de la ciudad, y temido, era gente que solucionaba sus problemas de una manera u otra. Con ellos no se jugaba.

—Tendrá noticias mías —se despidió.

***

Juan se fue a casa. La madrugada ya estaba avanzada. Se puso ropa cómoda y se metió en la cama. En la radio sonaba un programa al que la gente llamaba solo para hablar, solo para contar sus cosas y desahogarse. Juan estaba exhausto. Pensó en su alter ego Marcos, y en que la vida que se había inventado no estaba tan mal. También pensó en Pilar. Se había dejado llevar por ella y había cometido un error, no había conseguido su número de teléfono. Ella había conseguido el suyo, pero si no llamaba volvería estar en el punto de salida otra vez. Y ellas no siempre llamaban, lo sabía bastante bien. Su pensamiento se marchó a cosas extrañas, inverosímiles, y justo en el preciso instante en que se dio cuenta que estaba soñando, su consciencia se desconectó y al fin se quedó dormido.

Noticias clandestinas

Suena el teléfono. Al otro lado una voz juvenil y alegre preguntando por Marcos. Es Pilar.

—Hola Pilar soy yo, ¡qué sorpresa!

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Tuvimos bastante trabajo con lo del camión, cortamos el tráfico durante un par de horas hasta que limpiamos bien toda la carga desparramada por el suelo.

—¿Hoy tienes descanso?

—Hoy también estoy de retén, pero puedo hacer vida libre mientras no me llamen para algo. ¿Te apetece que nos veamos?

—Claro, por eso te llamaba, además he quedado con la persona que te podría ayudar con el asunto que me comentaste.

—Estupendo, nos vemos a las seis en el bar donde nos conocimos.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgaron. Se preparó un café y encendió un cigarrillo. Cabía la posibilidad de que el autor del libelo no tuviera ni la más remota idea de la conexión entre su trabajo y la muerte de Itziar. En el panfleto había dos noticias, privatización de servicios públicos y la ampliación de la zona franca. ¡Qué diablos tenían que ver esos asuntos con la hija de Matilda! El promotor y sus modales imperativos le vinieron a la mente, no se acababa de fiar de él, si le daba los datos del guaperas intuía que acabaría flotando en el Ebro. Se terminó el café, miró el reloj, eran las diez de la mañana del domingo. Sentía una ligera resaca por lo poco que había bebido la noche anterior, estaba a punto de cumplir medio siglo y se notaba. Se puso sus pantalones cortos, rebuscó en su armario una camiseta decente y salió a correr. Esta vez corrió durante diez manzanas en dirección a las Delicias. Ida y vuelta, unos cinco kilómetros. Subió a casa satisfecho. Después frente al espejo un poco de sombra pugilística, directos, fintas, esquivas, ganchos, un par de asaltos de tres minutos y fin del entrenamiento. La ducha le sentó bien. Bajó al bar de Ramón y comió una chuleta de vaca con patatas de guarnición, y una botella

de garnacha tinta de Calatayud. Mientras comía pensaba en el guaperas que estaba liado con la mujer del promotor. Su rostro le había transmitido una cierta familiaridad; pero no acababa de ubicarlo en ningún ámbito de su vida, si hacía el trabajo las cosas se iban a poner feas para él.

A pesar de ser verano y contar con una luminosidad espléndida Juan veía la ciudad como un tugurio egoísta y decadente. Sus negros pensamientos moldeaban su ánimo como arcilla fresca, y sin duda modificaban la realidad pintando un escenario lúgubre y sin esperanza. *«¿Podré algún día superar lo de mi hija? ¿O tendré tarde o temprano que recurrir a una bala para hacerlo?».* Se preguntaba atormentado mientras andaba camino del bar donde había quedado con Pilar. Esos pensamientos le atacaban una y otra vez, apareciendo repentinamente y enturbiándolo todo. Su mente se había quedado en ese momento, con su hija en ese paso de cebra, para siempre, y no era capaz de salir de allí. Como si ese momento se hubiera quedado varado para la eternidad en un espacio tiempo arrastrado por la inmensa gravedad de una estrella moribunda. La culpa y la pena le atenazaban en una especie de castigo griego sin fin. Juró seguir adelante, al menos hasta que descubriera qué le había pasado a Itziar. A veces fantaseaba con un tiro en la cabeza, una liberación instantánea; pero no lo hacía porque esa era la salida fácil, la de los cobardes, y él no era un cobarde, él había luchado toda su maldita vida, primero por salir adelante en un barrio obrero lleno de delincuentes sin esperanza, después en el ejército, y luego en el Cuerpo Nacional de Policía, hasta que ocurrió lo de Clarita.

—¡Marcos! —le sobresaltó una voz a sus espaldas.

Era Pilar, venía sonriente y radiante. Era como un rayo de luz atravesando la tenebrosa oscuridad que lo rodeaba. Le abrazó y le dio un beso en la mejilla. Entraron al bar y se sentaron en una mesa. Era el mismo donde se conocieron. Pidieron un par de cafés con leche.

—Este chico está comprometido con mejorar las cosas, pero en esta ciudad hay tanto fango que incluso es difícil decidir por dónde empezar.

—Solo quiero contarle lo que vi, que alguien se haga eco de lo que pasa.

De repente un joven entró en el bar y se acercó a ellos. Juan se quedó estupefacto al verlo. Pilar lo saludó. Juan le estrechó la mano en silencio.

—Él es Lucas, es el amigo del que te hablé —le presentó Pilar.— Y él es Marcos, es un amigo que tiene algunas cosas que contarte.

Los tres tomaron asiento. La mente de Juan valoraba a toda velocidad las opciones que tenía, y al fin decidió arriesgarse.

—Escucha Lucas —comenzó a decir—, tu rostro me es conocido.

El joven hizo un gesto de extrañeza.

—Creo que no nos hemos visto en la vida—dijo.

Juan sacó un cigarrillo y ofreció a ambos, que aceptaron gustosamente. Un par de caladas y de nuevo en la conversación.

—Una noche que salí de bares por la zona de la Magdalena vi algo muy raro, un hombre con aspecto elegante se enfundó un pasamontañas y se acercó a un indigente. La calle estaba desierta, yo me parapeté en un soportal, no estaba muy seguro de lo que iba a contemplar: vi como el hombre elegante le entregaba un sobre al vagabundo, y después le dio dinero. Luego el vagabundo se dirigió a una callejuela, llamó a una puerta vieja y salió alguien. Tú eras la persona que vi salir de allí, tú recibiste el sobre.

Lucas titubeó.

—¿Seguiste al vagabundo? —dijo con extrañeza—. Una persona normal no sigue a un vagabundo en mitad de la noche.

—No soy una persona normal.

—Pilar a quién cojones me has traído.

—No sé, yo… es de fiar, lo conozco…

Juan puso sobre la mesa el pasquín.

—Sé que tú escribes esto —dijo señalándolo—. Ese tipo elegante le dio algo al vagabundo para que te lo hiciera llegar. Es la información con la que elaboras estos panfletos, ¿verdad?

Lucas dio una calada al cigarro, pensativo, tocándose la barba. Echó el humo y sonrió.

—Así es como lo hace, siempre usa vagabundos para hacerme llegar los sobres. ¿Quién diablos eres?

Pilar se levantó de la silla, estaba agitada y nerviosa.

—Me has engañado, no trabajas en la contrata del ayuntamiento, eres un jodido mentiroso, ni siquiera te llamas Marcos ¿no?

Juan intentó calmarla pero fue en vano. Ella y Lucas se dirigieron a la salida.

—Estoy investigando la muerte de Itziar Cestero Acón, y hay algún tipo de conexión entre tu panfleto y lo que le pasó.

Lucas se paró en seco. Dio media vuelta y volvió a sentarse. Pilar se quedó plantada en la puerta.

—¿Eres policía? —le preguntó Lucas.

—No, soy un detective privado, me contrató la madre de Itziar. Solo busco respuestas chicos, nada más, no quiero perjudicaros ni que nada de lo que hablemos trascienda.

—Me has engañado —los ojos de Pilar brillaban—, y yo te he permitido…

Pilar salió del bar apresurada y se perdió por las callejuelas del barrio.

—Siento lo de Pilar; pero tenía que llegar a ti de alguna manera y sois círculos bastante cerrados.

—¿Qué tiene que ver lo que yo escribo con lo que le pasó a esa chica?

—¿Sabes lo que le pasó?

—Toda la ciudad se enteró de la salvajada que le hicieron.

—Sé que hay algún tipo de conexión. En tu escrito tratas dos asuntos, la privatización de servicios públicos por parte del ayuntamiento y la ampliación de la zona franca de la ciudad. ¿De dónde sacas la información?

—Bueno pues en eso estás tú más enterado que yo.

—¿Qué había en el sobre?

Lucas miró al camarero y pidió una cerveza. Silencio.

—¿Tú quieres cambiar las cosas no? Para eso escribes esto y lo distribuyes por ahí. Pues créeme que colaborando conmigo puede que cambies las cosas más de lo que imaginas.

—En el sobre había copias de las certificaciones de la zona franca junto con una carta firmada por un tal J. Vidal. Lleva tiempo

haciéndome llegar esos sobres explicando el desfalco que se está produciendo.

—¿Y el tema de la privatización de servicios?

—De eso no te puedo revelar mis fuentes.

—Ya.

El camarero vino con una cerveza. Juan le pidió otra.

—¿Nunca has hablado con ese hombre?

—Jamás, siempre vienen vagabundos a traerme los sobres, no tengo ni la menor idea de quién es y porqué hace lo que hace. Yo no tengo repercusión ninguna. Ya ves, leen mis panfletos en bares alternativos, la gente se indigna y luego se olvidan del asunto.

—Por eso te da la información.

—¿Por qué?

—Porque no tienes repercusión. Te están usando chaval.

—No lo entiendo, además tampoco sabemos si a ese hombre se los da otro hombre.

—Eso es cierto; pero volviendo al asunto, ¿alguna vez ese tal J. Vidal ha dado nombres en sus escritos?

—No, solo aporta certificaciones de las obras y las analiza, explicando que claramente se está desviando dinero público en ellas.

Juan le entregó un sobre al chico.

—Te voy a dar dos cosas, una es ese sobre con dinero, no quiero comprarte ni mucho menos, solo quiero agradecer que te hayas sentado conmigo a la mesa y pedirte que si ese tal J. Vidal vuelve a hacerte llegar algo que me llames —dijo dándole un trozo de papel con su número.

—¿Y la otra cosa?

—Un consejo, deja de publicar esa información inmediatamente —dijo levantándose y abandonando el bar dejando a un Lucas confundido.

Salió a las calles del barrio. Buscar a Pilar iba a ser algo complicado así que decidió ir a casa, miró la lista de llamadas y anotó el último número que le había llamado, era el de Pilar. Ya la llamaría más adelante para disculparse. Se sirvió un whisky y se acomodó en su sillón. Por un lado tenía a la mujer que dejaba notas a la madre de Itziar, por otro tenía al guaperas que estaba liado con

la mujer del promotor. Luego estaba lo de Yousef, un chivato de la policía culpable de asesinato y violación asesinado en la cárcel. Juan nunca había sacado las mejores notas en el acceso al Cuerpo Nacional de Policía y tampoco luego dentro de la academia; pero sabía que de algo iba sobrado, tenía el mejor olfato de toda la policía de la ciudad, y el caso de Itziar le estaba empezando a oler a podrido. Apuntó en su libreta: «investigar al guaperas», y al hacerlo no podía dejar de pensar en que conocía a ese hombre de algo. Cerró la libreta y se sirvió otro whisky. Puso algo de música en su vinilo, «Soulful Sin» de Phil Harper, ese tipo estaba bendecido por los dioses. Después otro whisky. Los recuerdos de su hija comenzaban a colarse en su cabeza sin permiso, pensamientos invasivos que se adueñaban de su mente. Cogió el revólver, abrió el tambor y vio que había tres balas. Lo giró, lo cerró y se apuntó a la cabeza. Apretó el gatillo. Oyó un clic que le permitiría seguir viviendo un poco más. Dejó el revólver sobre la mesilla. No era la primera vez que lo hacía. Se echó a llorar. La adrenalina le corría por las venas. Se levantó del sillón, excitado, y fue a su despacho. Introdujo la llave en el cajón prohibido y sacó el sobre que llevaba varios años guardando sin atreverse a abrir. Lo puso sobre la mesa. No podía seguir viviendo así, tenía que solucionar el asunto que le destrozaba el alma. Las manos le temblaban cuando al fin se decidió a abrirlo, rasgó uno de los extremos y sacó un documento que leyó con lágrimas en los ojos:

«Se llama Antonio González Casas, trabaja en una fábrica de prefabricados de hormigón en Malpica, vive en la Avenida de Valencia con Escosura nº5, 6ºB. No tiene mujer ni hijos.

Después de esto estamos en paz.

La venganza no te devolverá a Clara».

Ese documento se lo había dado su antiguo compañero Manuel Boned justo antes de que a Juan lo expulsaran de la policía. Juan lo presionó para que obtuviera esa información y se la diera, y le recordó las dos veces que le había salvado la vida mientras fueron

compañeros, antes de ascender a inspectores, cuando patrullaban las calles. Una fue en una operación antidroga en el barrio Oliver, Juan le salvó de recibir un disparo en la cabeza que lo hubiera mandado al otro barrio. Le pegó un tiro en la mano al agresor, que dejó caer la pistola al suelo. Después le dieron una paliza y se lo llevaron a comisaría, donde siguieron la fiesta. La otra fue al entrar a un piso en el barrio de las Fuentes. Habían recibido el aviso de la central. Al parecer varios vecinos habían contado a la teleoperadora que una mujer gritaba desgarradamente y pedía socorro. Era un edificio viejo. Los gritos se oían desde el portal. Los dos subieron a la carrera, Manuel delante y Juan detrás. La puerta era de aglomerado. Manuel cargó contra ella con su hombro y la tiró abajo. De la inercia de la carga se metió en el interior de la vivienda. Un hombre gigantesco de más de dos metros y que casi no cabía por el pasillo vino hacia él con un cuchillo de cocina en la mano. La primera puñalada casi le rebana el cuello. No hubo una segunda. Juan le pegó dos tiros en la cabeza. Luego llegaron los refuerzos y el inspector al mando de esa noche. Lo arreglaron todo, pusieron una pistola del mercado negro en manos del muerto, pegaron un par de tiros a la puerta y después consolaron a la viuda, que estaba desecha del palizón que le había pegado aquel monstruo. La mujer casi se muere. Abandonó la UCI a los siete meses. Cuando salió tenía la pensión de su marido y toda su vida por vivir sin semejante bestia al lado. No denunció.

—Ahora ya estamos en paz amigo —susurró.

Después abrió el cajón de la munición y cargó el tambor de su revólver. Seis balas. A fuera comenzaba a caer una suave lluvia estival. Se montó en su Mercedes y encendió el motor. Durante un rato estuvo mirando fijamente al frente, ausente. Lo que estaba a punto de hacer lo cambiaría todo y esperaba fervientemente que sacara el dolor de su cabeza. Pisó el acelerador y salió del barrio. Un sol rojizo se veía entre los nubarrones. El Mercedes volaba por la carretera. «*La venganza no me devolverá a Clarita… ¿Qué sabrás tú?*», pensó. Todo lo que había vivido pasó por delante de sus ojos. Su vida feliz en aquel barrio obrero, con su padre llegando de trabajar tras un turno de doce horas en la fábrica y jugando con él a

los Masters del Universo hasta que su madre los llamaba a cenar. Sus padres sentados a la pequeña mesa de la cocina diciéndole que tenían dinero ahorrado para que pudiese estudiar lo que quisiera. La noche que conoció a Martina en La Casa del Loco, y el cómo sintió que estaría con ella para siempre. Sus viajes juntos disfrutando de la vida. Pasó por sus ojos el día en que les dijo a sus padres que había aprobado las oposiciones a policía nacional, y cómo su padre se había emocionado. El entierro de su padre y el día que le detectaron a su madre ese maldito cáncer que se la acabó llevando. Recordó el día que Martina le dijo que estaba embarazada y el día que Clarita vino al mundo. Y también el día en el que lo abandonó. Lágrimas. La venganza no me va a devolver a mi pequeña, susurró. Giró el Mercedes y cambió de sentido. Condujo durante diez minutos más. Aparcó. El portal estaba abierto, subió las escaleras y llamó a la puerta. Alguien abrió. Al otro lado estaba su exmujer, Martina, su cara de sorpresa al ver a Juan mudó rápido hacia la comprensión.

—Pasa anda —le dijo acariciando su hombro—. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Juan no había estado tan nervioso en su vida. Martina había sido siempre un ángel protector para él, un ángel del que acabó alejándose. Juan se sentó en el sofá mientras ella fue a la cocina a preparar el café. La casa era preciosa. Se parecía a la que ambos habían compartido en su otra vida. Martina vino con el café.

—Verás yo… —las palabras le pesaban—. Quería pedirte perdón.

—No hay nada que perdonar Juan.

—Sí que lo hay. Me comporté como un egoísta, podía haber luchado por ti; pero no podía, no podía…

Una lágrima corrió por su rostro. Martina se sentó a su lado y le abrazó.

—Clarita siempre estará con nosotros, en nuestra mente y en nuestro corazón, no concibo la vida sin su recuerdo; pero Juan, cariño, tienes que rehacer tu vida.

—Si al menos hubiera luchado por ti.

—Eso ya no importa, es el pasado.

—Solo quería decirte que no pude, el dolor me destruía, mirarte a la cara me destrozaba, me sentía culpable por lo que pasó.

Martina lo cogió de los hombros.

—Escúchame bien, porque lo que te voy a decir es importante: tú no fuiste el culpable de lo que pasó, solo aquel maldito borracho lo fue.

—Y el destino.

—Y el destino…

Una sonrisa melancólica en el rostro de Juan.

—Veo que te va bien —dijo mirando el elegante salón.

—Ya sabes que me casé, y tengo un niño, Lucas, él lo es todo para mí.

—Él te ayuda a seguir.

—Sí, es el motor de mi vida.

Un sorbo al café y Martina hizo la pregunta que necesitaba hacer.

—¿Y tú cómo estás?

Juan pensó en contarle que navegaba por la vida sin rumbo, perdido entre alcohol, relaciones esporádicas y mujeres que solo eran un espejismo de lo que tuvo, distrayéndose con su trabajo fácil que le daba buenas sumas de dinero; pero prefirió ser algo más optimista.

—Estoy con un caso especial, creo que por primera vez en mucho tiempo puedo hacer algo verdaderamente importante.

—Como cuando eras policía.

—Sí, más o menos.

Juan se levantó, Martina lo imitó. Se abrazaron.

—Gracias —se despidió Juan—, gracias por todo.

—Eres un gran hombre Juan. Debes volver a darle sentido a tu existencia: aférrate a aquello que te importa y sigue adelante con tu vida.

Juan la miró justo antes de abandonar la casa. Martina era un ángel que lo había salvado en el pasado, del que se había alejado y el que aún ahora, irrumpiendo en su casa, le daba la clave para no hundirse aún más en la oscuridad: aférrate a algo con sentido y lucha por ello.

—Lo haré. Gracias por salvarme de nuevo. Adiós.

Métodos clandestinos

Manuel Boned había tenido una mala noche. A uno de sus chicos, infiltrado en una red de narcotraficantes, lo habían descubierto. Ingresó en las urgencias del Miguel Servet con varias puñaladas y un brazo roto. Acudió a una reunión con uno de los jefes de la banda, le iban a dar droga para distribuir, pero la cosa se torció cuando uno de los matones del jefe lo reconoció: lo había detenido en una ocasión hacía cinco años en el Paseo de Cuéllar por trapichear con hachís. Sin mediar palabra el jefe le asestó dos cuchilladas, y después una lluvia de golpes que a poco lo mandan al otro barrio de no ser porque sacó el arma reglamentaria y pegó dos tiros sin mirar. Cuando pudo levantar la mirada y serenarse ya no quedaba nadie en la habitación. No sabía si había alcanzado a alguien, solo sabía que seguía vivo. Después llamó a emergencias y se desmayó.

—Menuda putada llevo encima —la camarera sacó un taza de café humeante que depositó sobre la mesa—. Una operación de casi un año, teníamos los pisos, los nombres, todo, solo nos faltaba el enlace con Sudamérica —Manuel aceptó el cigarrillo que le tendía su amigo—. Pues esta noche se ha ido todo a tomar por culo.

—Cosas que pasan —le consoló.

—Ya. Pero jode.

—¿Cómo está el compañero?

—Sobrevivirá, es joven, casi recién ingresado, un tipo duro al que le gusta la marcha.

—Bien. ¿Qué hay de lo mío?

—Vas al grano.

—Lo intento.

—Voy despacio, lo estoy haciendo por medios no oficiales, no sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente y creo que es mejor así. No dejes rastro de las diligencias que realices. Ya no me fio de nadie. Sobretodo sé discreto, las dos personas que cogieron el avión eran compañeros, inspectores de la Policía Nacional.

—Lo del chárter desde Torrejón de Ardoz lo comprobé con un contacto del ejército del aire, me dijo que no salió ningún vuelo con

esos dos pasajeros en la semana del seis al doce de diciembre. Lo de Barajas aún no te lo puedo confirmar, me lo está gestionando un compañero de promoción, Cucalón, ¿te acuerdas de él?

—Sí.

—Me debe un favor de los gordos, y tiene amigos en la comisaría del aeropuerto, lo que pasa que en Barajas hay mucho tránsito y le va a costar más, pero en cuanto me pase la información te aviso.

—¿No te han hecho preguntas?

—Aunque me las hicieran no podría contestárselas. Yo no te hice ninguna a ti.

—Cierto. De momento es mejor que no sepas nada, llegado el momento, si tengo que hacerlo, te lo contaré todo. Dile a Cucalón que se ande con pies de plomo, como se enteren de que alguien los está investigando podríamos tener complicaciones, complicaciones de las jodidas.

Un par de cigarros, un poco de café, miradas relajadas a la gente que transitaba la calle. El calor seguía azotando el valle y la ciudad empezaba a vaciarse debido a las vacaciones estivales. La clase media zaragozana escapaba en masa hacia Salou, Cambrills o Peñíscola. Daba igual, cualquier destino era mejor que quedarse en la capital del Ebro.

—Abrí el sobre que me diste cuando murió Clarita.

Manuel guardó silencio, inquieto, invitando a continuar a su amigo, consciente de que parte de lo que hubiera hecho era responsabilidad suya.

—Me metí en el coche dispuesto a matarlo, a vengar la muerte de mi hija, y quizá luego suicidarme.

—Un plan redondo.

—Tenías razón, la venganza no me devolverá a Clarita.

—Tienes que seguir adelante amigo.

—Estuve viendo a Martina. Sin duda ella es más fuerte que yo, guarda el recuerdo de nuestra hija con amor y respeto, pero ha rehecho su vida, un nuevo marido, un precioso hijo… Me dio fuerzas para seguir, me enseñó el camino para salir de la mierda de vida que tengo.

—Me alegro de que fueras a verla.

—Le pedí perdón, por todo…

El busca de Manuel comenzó a sonar.

—Esta noche nos juntamos en el Brasil, ven a tomarte algo con tus antiguos compañeros. Tengo que irme.

—Nos vemos, cuídate.

Cuando se quedó a solas buscó su agenda. Nombres de clientes celosos escritos con tintas de diferentes colores. El promotor estaba ahí, en las últimas páginas. Apenas a veinte metros una cabina de teléfono. Se levantó y entró dentro del bar dispuesto a pagar lo que habían consumido. La camarera estaba limpiando una de las mesas, así que esperó paciente junto a la barra. Centró su atención en el programa que estaban emitiendo en la televisión, un grupo de tertulianos y periodistas hablaban sobre el pujante desarrollo económico que estaba atravesando Aragón, y entonces lo vio, el cigarrillo a poco se le cae de la boca, sin ninguna duda era él, Alfonso Campo, eso decía el subtítulo que introducían bajo su imagen las primeras veces que intervino en el debate. Periodista y director de uno de los periódicos más importantes de la ciudad. Era un habitual de los programas de política regionales e incluso durante un tiempo llegó a presentar el informativo local de la televisión. Ese hombre era el que estaba liado con la mujer del promotor y el que entregó esos papeles al vagabundo para hacérselos llegar al escritor de los panfletos. La familiaridad que le asaltaba cada vez que lo había visto quedaba al fin aclarada, era un tipo más o menos famoso. Ahí estaba, participando en el debate, hablaba con aire de suficiencia y sonreía de una manera seductora y elegante. Era la viva imagen del triunfo. «No sé qué grado de relación tienes con el caso de Itziar; pero pronto lo voy a averiguar». Se dijo para sí mismo mirando la pantalla. Dejó quinientas pesetas sobre la barra y salió apresuradamente de allí. Por unos momentos pensó en que el mundo se le iba a caer encima al guaperas, quizá estuviera casado. Había conocido a tres tipos de hombres infieles durante sus años de detective, en función de cómo reaccionaban cuando sus mujeres se enteraban de sus engaños: los llorones que reconocían todo a las primeras de cambio y suplicaban a su mujer el perdón entre sollozos, los tipos a los que aparentemente les daba igual haber sido

descubiertos; pero que conforme avanzaba la discusión con su mujer, empezaban a ponerse nerviosos al darse cuenta de que iban a quedarse con sus hijos y sobretodo los iban a desplumar, y por último estaban a los que les daba realmente igual. Alfonso Campo podría encajar en las dos últimas categorías y concretamente en la tercera; pero Juan sabía cómo apretarle las tuercas.

La sede del periódico estaba situada en un edifico de rancio abolengo de la ciudad, llevaba ahí desde el siglo diecinueve, cuando un hombre decimonónico lo fundó con el único objetivo de mantener a la gente informada más allá de ideologías y doctrinas políticas. Por supuesto los ideales de su fundador quedaron atrás hace mucho, y ahora era otro medio de comunicación más que jugaba sus cartas para acaparar poder y dinero. Una dependienta espectacular le sonrió desde un mostrador que Juan solo había visto en las películas de Hollywood.

—¿Qué desea señor?

—Alfonso Campo, es urgente, entréguele esto —le dijo dándole un sobre—, y dígale que le espero aquí en el hall.

—Pero señor, yo no puedo entregarle un sobre así como así.

—Entiendo que tenga sus reservas con la ETA mandando cartas bomba a diestro y siniestro, pero mire —le arrebató el sobre, lo abrió y le mostró que dentro solo había un papel—. Solo hay un papel en su interior, y créame que es un asunto de la mayor gravedad.

La joven soltó una risita nerviosa.

—Espere aquí —le dijo.

A los pocos minutos un Alfonso Campo con la cara desencajada bajaba por las escaleras del hall barriendo con su mirada a todos los allí presentes. Juan le salió al paso.

—Vamos a dar un paseo.

—Yo no voy con usted a ningún sitio, dígame quién es y qué es lo que quiere.

Juan sacó la cajetilla de tabaco y se encendió un cigarrillo. Un par de caladas tranquilas. La chica guapa volvía a estar detrás del mostrador y observaba la escena con cara de preocupación. Afuera la ciudad parecía haberse tomado un descanso, era una mañana

calurosa de julio, la gente caminaba relajada, era la hora del parón, del café y del pincho de tortilla antes de volver a la oficina.

—¿Quiere chantajearme? ¿Es eso lo que quiere? ¿Quiere dinero? Escúcheme, no va a sacar ni un duro de mí.

Juan lo observó, cara impoluta fruto de interminables sesiones en salones de belleza, pelo impecablemente peinado, barba rasurada, en vestimenta llevaría varios cientos de miles de pesetas encima.

—Escúcheme guaperas, la mujer que se está tirando es la señora de Martínez Alonso, e imagino que siendo periodista como es, no hace falta que le cuente como se las gasta su familia. Aunque imagino que eso usted ya lo sabía, dígame, ¿se ponía más cachondo cuando se la tiraba sabiendo quién era su marido? O más bien os reías los dos juntos del pobre cornudo.

El periodista tragó saliva. Juan se percató de ello y dedujo que conocía el carácter del marido de su amiga.

—No le culpo por lo que hizo, la mujer merece el riesgo sin duda, ¡Dios mío!, es lo mejor que he visto en años —Juan le regaló una sonrisa ladina, mientras se rascaba la comisura de los labios con su dedo pulgar, sujetando el cigarrillo.

Alfonso Campo barajó sus posibilidades, indicó a la recepcionista que todo estaba en orden, agachó la cabeza y acompañó a Juan a dar un paseo. El sol ya estaba en lo alto del cielo, la luminosidad de la calle los envolvía con los colores vivos de todo lo que los rodeaba, coches, gente, edificios, todos ajenos al asunto que ambos hombres se traían entre manos, o más bien al asunto que Juan le había endosado al director del periódico.

—Bueno, quiere usted hablar de algo o solo quiere pasear conmigo —le dijo el periodista con cierto desconcierto.

Juan señaló una cafetería próxima. Entraron. Un camarero mal encarado tras la barra y un par de oficinistas con traje tomando café. De fondo suena una cadena de la radio, emite canciones y de vez en cuando anuncios locales.

—Pídame un café con leche —dijo Juan tomando asiento en una mesa cercana a la barra.

El periodista pidió dos cafés con leche, los pagó y tomó asiento frente a Juan.

—¿Quiere chantajearme no?

Silencio, Juan sorbió el café y miró fijamente a su interlocutor.

—¡Hable de una vez por lo que más quiera!

Los oficinistas bajaron el tono de su conversación y lanzaron miradas curiosas al periodista, incluso el camarero se interesó por él.

—Creo que debería tranquilizarse, créame que es mejor que nadie se entere de lo que vamos a hablar aquí, sobre todo para usted.

El periodista intentó serenarse, suspiró y se agarró a la taza de café como si fuera un salvavidas.

—Martínez Alonso, el marido de su amiga, quiere conocerle —Juan se encendió un cigarro, dio un par de caladas rápidas y guardó la cajetilla de tabaco en el bolsillo del pantalón—. Me ha pedido que le de sus datos, nombre, apellidos, profesión, dirección, en fin, todo lo que necesita para destruirle.

Alfonso Campo aguantó el primer golpe bastante bien. Juan lo observó, el tío ni se había inmutado, estaba acostumbrado a jugar el juego del poder con gente poderosa.

—Es posible que normalmente se relacione con gente más poderosa que él, gente inteligente que controla los resortes del Estado a su antojo; pero quizá no se haya percatado de una cosa, y es que Martínez Alonso está completamente loco por su mujer y tiene dinero para enterrar esta ciudad. A ese hombre le da igual contratar unos sicarios colombianos para asesinarle y que luego le pillen, su mundo se rige por otros códigos y otros valores, transmitidos por su padre y antes por su abuelo, un tipo que salió de Soria y que araba sus miserables campos con un arado atado a un burro. No sé si lo pilla.

—¿Cuánto dinero quiere por cerrar la boca?, y sobretodo, ¿cómo sé que no volverá a chantajearme?

—No quiero dinero.

Alfonso Campo enarcó una ceja.

—¿Acaso quiere que le favorezcamos de alguna forma desde el periódico?

—La tarde del uno de julio usted fue a un garito de la zona de Doctor Cerrada, ahí estuvo un par de horas aproximadamente

bailando y bebiendo con su amiga para después marcharse juntos a casa de ella, o bueno, más bien a casa de Martínez Alonso en la calle Almagro.

El periodista fue consciente de que aquello iba en serio.

—Aproximadamente a las doce y media de la noche salió del piso de su amiga y se dirigió al barrio de la Magdalena.

El periodista se removió nervioso en su asiento.

—Se puso un pasamontañas y entregó un sobre con documentación y otro con dinero a un vagabundo.

Alfonso Campo miró en derredor, los dos oficinistas estaban concentrados en su charla y el camarero parecía haberse ido al almacén.

—No tiene usted ni puta idea de dónde se está metiendo.

—En el sobre había certificaciones de obra de la ampliación de la zona franca, a parte de un escrito firmado por un tal J. Vidal explicando que se estaban certificando importes muy superiores a la ejecución real de las obras. J. Vidal es su pseudónimo. La pregunta es, ¿por qué el director del periódico y del grupo de comunicación más importante de la ciudad, le entrega esa información a un pobre e idealista joven cuyas publicaciones no tienen prácticamente ninguna repercusión?

—¿Está seguro que no prefiere pedirme dinero? —dijo sonriendo cínicamente.

—Yo le responderé: porque están usando a ese chico para sus juegos políticos.

Esta vez fue Alfonso Campo el que se encendió un cigarro. El humo comenzó a envolverlos, creando una neblina que los dotó de una cierta intimidad.

—Lo que quiero saber es quién le está dando esa información.

—Aunque quisiera decírselo no podría.

—Explíquese.

—Antes de contarle nada quiero que me dé garantías de que no va a darle a Martínez Alonso ni un solo dato sobre mí.

—Escuche amigo, lo primero que tiene que hacer es dejar de ver a esa diosa porque si no le pillo yo le pillará otro seguramente peor que yo. Y lo segundo, tiene mi palabra de que no le diré quién es

siempre y cuando proteja la identidad de la persona a la que le estaba haciendo llegar la información.

El directivo digirió todo lo que el detective le había dicho, estaba protegido, si el detective se la jugaba él pondría los focos en el joven que publicaba los panfletos. Dio una calada y asintió. Después comenzó a hablar.

—Hará cosa de un año una chica vino a verme a la sede del periódico, me dijo que tenía información de primera mano acerca de un escándalo mayúsculo de malversación de caudales públicos. Yo he sido periodista de sucesos y en mi ADN quedó grabado que nunca hay que desaprovechar una oportunidad de obtener información, y menos aún si viene caída del cielo como era el caso. La chica iba con una gorra y unas gafas de sol enormes, era evidente que no quería que le viera la cara. Parecía de mediana edad, culta, no me dijo su nombre, ni su profesión, ni nada. Recuerdo que estaba muy nerviosa. Me llevó, como usted, a una cafetería, y entonces me tendió unas certificaciones de obra de la ampliación de la zona franca y me dijo que la empresa pública que llevaba la dirección de obra estaba hinchándolas. Vino varias veces más, siempre me daba fotocopias de las certificaciones de obra de meses en los que el desfalco era más que evidente. Después, no sé cómo coño lo hizo, las copias de las certificaciones aparecían en el buzón de mi domicilio particular. Le aseguro que guardo con celo el lugar donde resido, intento mantener un perfil bajo.

—¿Ya no la ha vuelto a ver?

—No.

—Siga, ya sé que ahora viene lo incómodo para usted; pero cuéntemelo. ¿Qué empresa pública es la encargada de la dirección de obra?

—Zona Franca de Zaragoza Sociedad Anónima, cuyo acrónimo es ZOFAZASA, dirigida por uno de los tipos con más contactos de la ciudad, Daniel Hidalgo, un prohombre con todas las letras que ha sido Abogado del Estado y miembro del consejo de administración de Red Eléctrica y de Renfe.

—La información que le proporciona esa chica le puso la jugada en bandeja.

—Nosotros tenemos intereses con el partido progresista, eso no es un secreto para nadie.

—No, no lo es.

—Daniel Hidalgo mantiene unas buenísimas relaciones con el partido conservador, y justo ahora el gobierno autonómico está inmerso en la creación de una gran empresa pública que aglutine todos los servicios medioambientales de la comunidad, limpieza de bosques, extinción de incendios, protección civil, ya sabes.

—Una forma de controlar el mundo rural.

—La posibilidad de meter arbitrariamente a gentes de los pueblos en las brigadas de trabajo, eso es asegurarse sus votos, si aseguras sus votos aseguras la obtención de concejales y de alcaldes, y si obtienes a los concejales y alcaldes tienes a las diputaciones provinciales, que es donde está el dinero.

—Pero claro, todos quieren ese pastel, ¿no?

—El partido conservador quería el control total de la empresa y eso no lo podíamos consentir.

—Y entonces llegó la desconocida con esas certificaciones infladas.

—Correcto.

—Pero usted no las iba a publicar en su medio de comunicación hegemónico ¿verdad?

Alfonso Campo se echó a reír.

—Por supuesto que no, el juego político es así, en los partidos siempre hay gente corrupta, en todos, cuando tienes el conocimiento de que eso ocurre, cuando tienes esa baza, entonces es cuando tienes que saber jugarla en tu propio beneficio. Sospechamos que detrás de Daniel Hidalgo hay gente importante del partido conservador.

Juan captó que cuando dijo «sospechamos», realmente estaba diciendo «sabemos con certeza».

—Y fue a decirles la carta que tenía a los jefes del partido progresista, y ellos le explicaron el asunto que les tenía ahora entretenidos, el tema de controlar la nueva empresa pública.

Alfonso Campo dio un sorbo al café, después una calada larga al cigarrillo que sostenía en alto. Su silencio confirmaba lo que Juan

había supuesto.

—Y decidieron mover esta información a pequeña escala, entre idealistas de extrema izquierda que piensan que pueden cambiar el mundo.

De nuevo un silencio confirmatorio.

—Es un aviso a navegantes —dijo al fin el periodista—. O comparten el poder de la nueva empresa, o vamos con esto en la primera página y en *prime time* de todos los medios de comunicación del grupo.

—¿Y cómo va el asunto?

—De momento sabemos que están incómodos con esto y se preguntan de dónde viene esta información, estamos dejando que se pongan nerviosos, luego una pequeña insinuación al nivel político adecuado y sabrán claramente lo que hay.

—¿Y si no aceptan compartir el control de la empresa pública?

—Lo harán, hoy por ti mañana por mí. El juego es así.

Juan sentía repugnancia de ver cómo funcionaba el sistema. Un medio de comunicación vendido a un partido a cambio de publicidad millonaria, y una cuadrilla de buitres que solo buscaban asegurarse dinero y poder para seguir con sus chanchullos. Así eran las cosas, la inmensa mayoría de la sociedad no lo sabía; pero él sí, y eso hacía que cada vez creyera menos en nada. Aunque a veces pensaba que ya en la antigua Roma había senadores corruptos, que el ser humano es así y que quizá el sistema, aún lejos de ser perfecto, no estuviera tan mal. Se relajó jugueteando con su cajetilla de fósforos. Tenía que poner el terremoto sobre la mesa.

—¿Qué sabe de Itziar Cestero Acón?

Alfonso Campo lo miró confundido.

—¿La chica a la que asesinaron?

—Sí.

—Pues sé todo lo que salió en prensa naturalmente, pero no entiendo por qué me pregunta esto, ni qué relación tiene con todos los asuntos de los que hemos hablado.

Juan le miró a los ojos, en ellos había confusión, su instinto le decía que aquel hombre no sabía nada de la relación entre Itziar y la información que le estaban dando a Lucas.

—Puede irse, pero como se le ocurra hablar con alguien de este encuentro, o joder al pobre chico al que le está haciendo llegar la información, le aseguro que Martínez Alonso sabrá hasta la talla de sus calzoncillos.

Alfonso Campo se levantó, digno, peligroso, y miró a Juan como un patrón de velero mira alejarse una gran tormenta que más o menos le ha dejado ileso.

—Espero no volver a verle jamás —se despidió.

—Una cosa más —dijo Juan, y sus ojos brillaban de indiferencia —. Puede que un día le vuelva a llamar, esté atento, no le contaré nada, ni si quiera hablaré con usted, tan solo pronunciaré el nombre de Itziar. Si eso ocurre, usted ya sabrá lo que tiene que hacer. Si no coge el teléfono un brutal promotor tendrá todos sus datos en menos de cinco minutos. ¿Lo ha entendido?

Alfonso Campo asintió lentamente, tras lo que salió de allí como alma que lleva el diablo.

Nuestra Señora del Pilar

A la quinta al fin le cogió el teléfono. Quedaron en una cafetería del centro. Ella estaba preciosa. Llevaba el pelo recogido en un moño y vestía una camiseta de tirantes que dejaba al aire su precioso cuello, enmarcado por unos hombros firmes fruto del ejercicio físico. Sus grandes ojos le miraban esperando una explicación.

—Me llamo Juan, era inspector de la Policía Nacional hasta que un borracho atropelló a mi hija Clara yendo al colegio tras soltarse de mi mano. A partí de allí dejé a mi hermosa mujer, me echaron del Cuerpo Nacional de Policía y bajé a los infiernos. Me gano la vida como detective privado resolviendo principalmente casos de maridos celosos y esposas infieles. Soy un pobre diablo que circula por la ciudad preguntándose todos los días qué me impulsa a seguir con vida. Hace cosa de unas semanas una mujer vino a mi piso y me encargó un caso diferente. Era la madre de Itziar Cestero Acón, una joven cuyo mediático caso llenó todos los medios de la ciudad hace menos de un año. Está convencida de que el caso no se resolvió, que los culpables andan en libertad, y me encargó que lo investigara. Es lo más importante que he hecho desde que murió mi hija, y no sé el porqué, pero creo que llegar al fondo de este caso es una redención para mí. Creo que hacerle justicia a esa chica aliviará mi carga por la muerte de mi hija. Un día a la madre de Itziar le dejaron en su buzón el panfleto que edita tu amigo, y seguí su pista hasta que te encontré en aquel bar. El resto ya lo sabes.

Pilar echó la cabeza hacia atrás, buscando aire, asimilando todo aquello.

—Si esto es mentira creo que deberías buscar trabajo como guionista de cine en vez de como detective.

Juan sonrió.

—Perdóname por haberte engañado, no debí hacerlo.

—¿Te acostaste conmigo para conseguir el contacto de Lucas?

—Me acerqué a ti para llegar a Lucas, no lo negaré. Pero desde el primer momento noté que podría enamorarme fácilmente de ti. Como así ha ocurrido.

Silencio.

—Te perdono —dijo Pilar.

—Entiendo que no quieras volver a verme, es más, lo mejor que podrías hacer es no verme más, eras una chica joven, inteligente, tienes luz propia y un futuro prometedor, alguien como yo no te conviene. Yo sería el agujero negro que se tragaría esa luz. Tienes que vivir muchas cosas que no podrías con alguien como yo a tu lado. En fin —Juan se levantó de la mesa y le dio un beso en la frente—. Siento mucho si te hice sentir mal. Te deseo lo mejor, de verdad. Cuídate. —Y se marchó de la cafetería cabizbajo y ausente.

Enseguida su pensamiento volvió al caso. Tendría que darle largas a Martínez Alonso, o mentirle, decirle que el guaperas con el que se la pegaba su mujer se había ido de la ciudad huyendo de las posibles consecuencias. Ya vería. También tenía que llamar a Vicente Vela, uno de los dos inspectores que mandaron de Madrid para resolverle el caso al comisario Garanto. Ese tema era peliagudo. Olía a que habían incriminado a Yousef para salvarle el culo a Garanto, y claro, habían usado a un confidente de la policía fichado por narcotráfico, le habrían prometido esto o lo otro, y quizá luego lo habían liquidado en la cárcel para no dejar cabos sueltos. Toda esa porquería se la dejaría al comisario Garanto, lo suyo era encontrar a los verdaderos asesinos de Itziar.

La tarde caía sobre una ciudad casi desierta, el sopor se estaba adueñando de él. Fue al bar de Ramón y se sentó en un taburete en la barra. «Ponme de cenar lo que quieras, lo que te haya sobrado del día». Le dijo a Ramón. A su lado dos hombres jóvenes de unos treinta y pico años, trabajaban en una fábrica del área metropolitana en la que hacían piezas de lavavajillas, hablaban de que iban a despedir a la mitad de la plantilla, cosas de la crisis les habían dicho. Miraban la televisión con la mirada perdida y de vez en cuando daban sorbos al cubata. Los soniditos de la máquina tragaperras eran la música de fondo del bar. Un hombre de avanzada edad pulsaba las teclas de la máquina con una mano mientras con la otra trajinaba un tubo de cerveza. De vez en cuando caían algunas monedas produciendo un pequeño estrépito. Ramón le sacó un JB con hielo mientras le apañaba una cena decente. Juan se relajó.

Dejó su mente en blanco y dio unos cuantos sorbos al whisky. El ambiente arrabalero parecía cubrirlo como un manto protector. Era donde alguien como él se sentía cómodo y seguro. Al rato Ramón le puso sobre la barra una ración de calamares y un plato con un par de croquetas y unas rebanadas de pan. «Su cena marqués, que aproveche». Le dijo. Juan cenó despacio, los calamares estaban algo blandos pero se podían comer, las croquetas estaban bastante ricas. Pensó en Pilar, esa chica sin duda se merecía alguien mejor que él, y de su edad. Acabó la cena y aún se quedó ahí un rato más, sin hacer nada en especial, solo viendo como sus vecinos se relacionaban entre sí, reían y se contaban sus penas. Ya de noche subió a su apartamento. El teléfono estaba sonando. Descolgó. «Juan, han dejado un nuevo anónimo, es mejor que venga». La voz de Matilda al otro lado del teléfono le estremeció. «Voy para allá». Le contestó. Bajó a la calle, dos jóvenes estaban trapicheando al lado de su coche. Cuando lo vieron se alejaron. El motor del Mercedes rugió. Condujo sin percances hasta la vivienda de su clienta. Aparcó por la zona del Huerva y subió a su piso. «Pase». Matilda le franqueó la puerta. De nuevo el aroma a fragancia cara y ese ambiente melancólico y elegante que lo envolvía todo en aquella casa. Lo precedió hasta el salón, ahí cogió una carta de un estante de la hermosa librería y se la tendió:

«Todos para uno y uno para todos.
Las respuestas que está buscando se encuentran en el pasillo de los recuerdos del colegio Nuestra Señora del Pilar».

Ambos guardaron silencio. «Colegio de Nuestra Señora del Pilar». Susurró Juan.

—¿Qué es el pasillo de los recuerdos? —preguntó.

—Usted es el detective —le respondió Matilda—. No lo sé, lo que sí que sé es que es un colegio privado donde la élite de la ciudad suele mandar a estudiar a sus vástagos.

Juan asintió en silencio.

—¿Quién cree que nos está dejando todas estas pistas? —preguntó Matilda—. Y sobre todo, ¿por qué?

—Todavía no tengo una opinión al respecto, ni tan siquiera sé si lo que nos dice es fiable; pero es casi lo único que tenemos.

—¿Casi lo único?

—El otro rastro está en Yousef y su entorno, hay ciertas cosas que averiguar aún sobre lo que ocurrió antes de su detención a manos de la Guardia Civil por la zona de Bielsa.

Tras escuchar atentamente al detective, Matilda pareció replegarse sobre sí misma, ensimismada, con sus ojos clavados en la fotografía de Itziar, fumando, distante. Juan, respetuoso, se despidió de ella, tenía trabajo que hacer y pistas que seguir.

***

Un día entre semana por la mañana. El colegio se encontraba en la zona sur de la ciudad, bajo una colina y rodeado de bosque. Quedaba fuera de la red de autobuses públicos urbanos, ahí solo se podía llegar en coche o con los autobuses privados del propio colegio. Juan lo observaba desde la carretera que discurría bajo la colina, campos de fútbol, de baloncesto, pabellón deportivo y dos grandes edificios construidos en los años ochenta. Fue en aquellos años cuando la orden religiosa de turno había vendido los suelos que poseían en el centro de la ciudad, y teniendo visión de futuro se había instalado en ese nuevo lugar. Se metió en el Mercedes y condujo hasta la entrada del colegio. Había una puerta enrejada enorme y otra más pequeña de acceso peatonal. Justo al lado había un portero automático. Llamó. «¿Qué desea?». Dijo una voz femenina sin un atisbo de empatía. «Vengo de la editorial Libertad, traigo los listados de libros para el año que viene». La puerta se abrió. Cruzó los campos de futbol y se metió en el edificio que tenía el aspecto de ser el preferente, llegó a recepción y volvió a contar el cuento de la editorial, el conserje le dijo que esperara, que iba a buscar al secretario o a alguien que le pudiera atender.

—Disculpe, me han hablado de que aquí hay un lugar al que llaman el pasillo de los recuerdos…

El conserje le interrumpió con una espontánea risotada.

—Ese es el nombre que dan los exalumnos al pasillo donde están las orlas, ahí a mano derecha —dijo señalándole el camino.

El conserje desapareció en busca de algún responsable que pudiera atender al representante de la editorial. Juan se dirigió hacia el pasillo, entró en él, era bastante largo, a ambos lados se abrían puertas de despachos, también había bancos verdes acolchados y papeleras con cenicero en la parte superior. Contempló todo y se preguntó qué de todo aquello le podía proporcionar algo de información. «Las respuestas que está buscando se encuentran en el pasillo de los recuerdos del colegio Nuestra Señora del Pilar*».* Susurró. Y entonces cayó en la cuenta, ahí estaban, las tenía delante: las orlas con las fotografías de todos los alumnos que habían pasado por el colegio ordenadas por promociones. Paseó entre ellas, eran docenas y docenas. Pensó en qué información tenía hasta el momento referente al caso Itziar, la mujer anónima había dejado primero los versos del marqués de Sade, después eso de «*todos para uno y uno para todos*», acompañado del panfleto de Lucas, y por último el aviso de que las respuestas que estaban buscando se hallaban en aquel lugar. ¿Qué había en común entre las tres pistas? Tuvo una intuición muy fuerte y la siguió. Comenzó a mirar las orlas de la década de los años cuarenta y después siguió por los años cincuenta. Buscaba por la letra hache orla tras orla. En la zona de la recepción ya se oían ruidos. Siguió buscando a toda velocidad sabedor de que el tiempo se le agotaba. Nombres, nombres y más nombres hasta que al fin, ahí estaba el que buscaba: Daniel Hidalgo. El prohombre que esquilmaba el dinero público destinado a la ampliación de la zona franca de la ciudad, era un jovenzuelo imberbe de mirada ingenua y acné rebelde poblando su aniñado rostro. Juan sacó su pequeña cámara fotográfica Polaroid y echó varias fotos a la orla. Justo cuando se la metió de nuevo en el bolsillo apareció el secretario del centro.

—Disculpe, ¿es usted el representante de la editorial?

—¿Yo? No, no, se equivoca, yo salgo de una tutoría, hasta luego —dijo caminando dignamente hacia el exterior del colegio.

Salió al exterior y se metió en su vehículo. Condujo hasta su casa, aparcó y se metió en la tasca de Ramón. Un JB con hielo y un

bocadillo de calamares para comer. Después subió a casa y se encerró en su pequeño despacho. Sacó las fotografías obtenidas con su Polaroid, había hecho varias fotos a la misma orla para poder ver los nombres con claridad. Comenzó a recorrer, uno por uno, a todos los compañeros de Daniel Hidalgo, la mayoría hijos de familias con dinero, los apellidos de aquella orla eran los apellidos que llenaban los telediarios y los periódicos de la ciudad. Entonces vino el terremoto. Vio un apellido que lo removió por dentro. Se quedó asumiendo las posibles implicaciones durante unos instantes, y siguió repasando apellidos. Enrique Tremollez, un abogado penalista de primer nivel, y Juan Velardo, un empresario y director de la caja de ahorros de la ciudad. Después dio con uno de los peces más gordos del acuario, el querido alcalde de la ciudad: Juan Antonio Artajona Humeral. «Esto se pone interesante, menuda cuadrilla de hijos de puta que se juntaron en aquella clase». Las piernas aún le temblaban tras la lectura de uno de los apellidos. Se obligó a levantarse. Sacó su vieja pizarra, que apoyada en un rincón había visto tiempos mejores, la colocó junto a la mesa y comenzó a hacer un mapa conceptual de todo lo que sabía hasta la fecha.

«*Yousef era un traficante y un confidente de la policía, o al menos eso dice el chico al que protege Txiki. El atestado policial es bastante sólido contra él. Seguramente lo mataron en la cárcel, no fue un suicidio, la pregunta es quién lo mató y por qué. Hay varios cabos sueltos que tengo que atar por este extremo.*

Por otro lado tenemos los anónimos. ¿Quién es esa mujer que los está dejando y qué le mueve a hacerlo? Esa mujer es conocedora de lo que está haciendo Daniel Hidalgo a la cabeza de ZOFAZASA, aprobar certificaciones de obra hinchadas para que luego ZOFAZASA pague con dinero público esos importes, dinero que evidentemente retornará a los corruptos a través de pagos realizados por la constructora contratista en efectivo o por otros medios. Alfonso Campo, el director ejecutivo del periódico más potente de la ciudad, es solo un secundario de lujo, listo y ladino, que aprovecha la información que la mujer misteriosa le entrega para presionar al partido conservador usando a su vez al joven Lucas, un fumeta idealista. Si la mujer misteriosa conoce de verdad todo el asunto,

hay una conexión obvia entre las certificaciones hinchadas y Daniel Hidalgo, y a su vez hay una conexión con el asesinato de Itziar».

Juan escribió en una parte central del esquema el nombre de Daniel Hidalgo, y lo subrayó. «Amigo, eres el próximo al que voy a conocer».

Pero antes tenía otros asuntos que atender. Por la tarde quedó con Martínez Alonso, el promotor celoso que quería despellejar a Alfonso Campo. Juan se reunió con él en una cafetería de la calle Almagro, cercana a su domicilio y a las oficinas de su promotora. Le contó que tenía todos los datos del amante de su mujer; pero que no se los iba a dar, y que no solo eso, le indicó que si algún otro investigador se los proporcionaba se aseguraría de que la Policía Nacional investigara a ambos por asesinato. Antes de que Martínez Alonso estallara de ira lo apaciguó diciéndole que no obstante si el tipo volvía a frecuentar a su mujer le daría hasta la talla de sus pantalones. El promotor hubiera preferido otra cosa, pero entendió que no podía excederse, o más bien que si lo hacía debería recurrir a matones y no a un detective. Calló y tomó nota para la próxima vez.

Se dirigió al polígono de Cogullada. Dejó el coche aparcado al lado de un tráiler y pisó el calenturiento asfalto. Los humos de la industria papelera subían hasta el cielo anaranjado del atardecer, mientras los obreros y oficinistas salían de las viejas naves dispuestos a gastar su poco tiempo libre, en bares, en gimnasios o en sus pequeños pisos arrabaleros viendo la tele o leyendo novelas del Círculo de Lectores. El aire olía a azufre y a grasa industrial. Juan entró en la nave de Txiki. Un grupo de chicos estaban entrenando con él, novatos a los que estaba enseñando a andar con la guardia subida. El hermano de Yousef entrenaba sólo en un rincón, estaba haciendo sombra delante de un espejo. Se quedó viéndolos plácidamente, recordando los buenos tiempos, cuando él entrenaba con Txiki y los miércoles tocaba guanteo en el ring. Subía a guantear con tipos bastante duros que golpeaban como si llevaran una piedra en el puño; pero se peleaba bien, con casco, vaselina, y con Txiki haciendo de árbitro y parando el combate cuando a alguno le entraba algún golpe que lo dejaba un poco traspuesto. Txiki lo miró desde su posición y torció el gesto. Se acercó hasta él.

—Parece que barruntabas que te iba a llamar —le dijo Txiki—. Anda, vamos a dar una vuelta por el polígono. Ambos salieron al exterior, andando por las maltrechas aceras llenas de suciedad.

—¿Para qué has venido?

—¿Para qué me ibas a llamar?

—Tú eres el que has venido a mí, contesta primero —sentenció Txiki.

—Necesito a uno de tus chicos para un trabajo, nada de violencia, solo vigilar y hacer un seguimiento. Quiero que sea el chico en el que más confíes, alguien inteligente, por supuesto le pagaré bien.

—Y a mí también me pagarás bien.

—Claro, ¡cómo no!

—Está bien —Txiki se encendió un habano, después sacó un trozo de papel y escribió un número de teléfono—. Se llama Marcos, dile que vas de mi parte, estará avisado.

Silencio. Ambos hombres siguieron paseando. Un tráiler cargado de perfiles de aluminio pasó rugiendo junto a ellos, aminoró la marcha según se acercaba a la esquina donde una prostituta hacía su trabajo. Tras una breve negociación la chica subió al tráiler, y al poco rato los muelles de la cama de la cabina comenzaron a rechinar. Txiki dio un par de caladas al habano, consumiéndolo y haciendo saltar chispillas anaranjadas.

—Te iba a llamar por un tema relacionado con el hermano de Yousef.

—¿Por Ahmed? ¿Le ha pasado algo?

—No, no, el chico está bien; pero me ha contado algo que pasó la noche que aquellos dos hombres fueron a hablar con su hermano.

Juan buscó en su cartera unos cuantos billetes para refrescarle la memoria.

—No hace falta que me des nada.

—¿Y esa novedad?

—Esto lo hago por el chico, no quiero que le pase nada malo.

—Habla.

Siguieron andado. Las farolas ya comenzaban a encenderse desparramando su luz amarillenta de vapor de sodio sobre las calles

de Cogullada. El polígono estaba casi vacío, preparado para recibir las tinieblas, y solo quedaba cierta actividad en alguna gran fábrica con turno de noche.

—Ahmed contó que dos hombres fueron la víspera del asesinato de Itziar a hablar con su hermano; pero que no se enteró de lo que hablaron porque estaba escondido debajo de la cama de su cuarto y no les escuchó.

—Eso es lo que anoté en mi cuaderno de notas.

—Pues sí que los escuchó.

—La madre que lo parió. ¿Por qué lo ocultó cuando hablamos la otra vez?

—Tú qué crees, estaba asustado, viniste persiguiéndolo desde su casa, no te iba a contar su vida así de primeras.

—¿Y a ti?

—A mí en su momento me contó que dos tipos muy jodidos habían ido a hablar con su hermano de madrugada; pero yo no hago tantas preguntas como tú amigo. Lo dejé estar.

—¿Qué le dijeron a Yousef?

—Fueron a avisarle de que iban a hacer una operación antidroga y que lo iban a detener. Que cogiera todo lo que tuviera y que escapara inmediatamente. Hablaron de Marsella, le dijeron que se escondiera allí con sus amigos de la mafia. También le dijeron que la policía iba a hacer controles en la carretera de Barcelona.

—O sea que lo enfilaron hacia Francia por el Pirineo, donde lo estaban esperando.

—Le tendieron una trampa.

—Si eso es verdad, Yousef era inocente.

—Yo no sé nada Juan, ni quiero saberlo, solo quería contarte esto por si puedes joder a esos cabrones; pero tú a mí no me conoces, ni te he contado nada, y ni se te ocurra hablar de Ahmed a nadie, ni de mí, ni de este gimnasio. Yo y mi mundo no existimos.

—Lo entiendo.

Txiki lo acompañó hasta el coche.

—No quiero volver a verte por aquí a no ser que vengas a entrenar —dijo sonriendo con el puro entre los dientes.

—Puede que lo haga —un sonrisa fugaz cruzó su rostro—. ¿Te acuerdas cuando entrenaba contigo?

—Los viejos tiempos.

—Los buenos tiempos.

—El tiempo ha pasado para todos —se lamentó Txiki—. El muy cabrón no respeta a nadie.

Silencio. Varias caladas y humo a la noche.

—Txiki.

—Qué.

—Gracias.

—Cuídate. Y ten cuidado.

El motor del Mercedes rugió. Por el retrovisor iban quedando atrás las calles del viejo polígono industrial, y también el reflejo de su amigo, quieto, observando cómo se alejaba, como un vestigio antiguo del barrio, condenado a quedarse donde todo empezó, siendo fiel a los códigos de siempre, a lo que es y a lo que será. Las viejas fábricas parecieron fundirse en una masa informe y gris, y dejó atrás la seguridad de las peligrosas calles de su viejo barrio para adentrarse en la zona centro de la ciudad. Sintonizó en la radio la emisora de José María García. Hablaba de que cómo era posible que Javier Clemente hubiera llevado siete defensas al mundial, que se había equivocado tácticamente y que los cambios que había realizado no eran los más adecuados. Después de darle un repaso al seleccionador español pasó a criticar a José Ramón de la Morena, su antítesis como locutor. Le acusaba de haber realizado un escaso seguimiento de la copa del mundo. Juan se relajaba con la voz medida, entrecortada y soberbia del prócer periodístico. Cuando llegó a su apartamento se desnudó, quedándose en ropa interior, y se tumbó en la cama. Por la ventana del dormitorio entraba la luz blanquecina de una luna mentirosa y creciente. Se quedó ahí un rato, mirando por la ventana la ciudad, sus luces, su gente. Había algo gordo en el caso de Itziar, alguien había incriminado a ese pobre desgraciado de Yousef, un moro que no le importaba a nadie. Había algo turbio tras la muerte de Itziar e iba a llegar hasta el fondo de todo aquello. Se lo debía.

Lo haría por ellas, por ellas, por ellas, por Itziar y por Clara, por Clara…

Una mujer en la noche

Conversación telefónica, suenan los tonos, alguien descuelga, al principio solo se oye estática.

—¿¡Diga!? —contesta una voz dura.

—¿Vicente Vela?

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Juan Sánchez, el detective privado amigo del comisario Garanto.

—Hombre, ¿cómo está el comisario?

—Quiere veros a ti y al otro inspector que vino contigo, lo antes posible.

—¿Qué le pasa, hay complicaciones con algo?

—Lo hablaremos en persona, es por el caso Itziar.

—Joder, lo suponía.

—Venid lo antes posible.

—Podemos estar ahí la semana que viene, si os va bien.

—Cuando vengáis avisarme a mí o a Garanto, ¿ok?

—Ok.

Colgó el teléfono. Vuelve a marcar un número. Varios tonos. Nadie lo coge. Juan cuelga y juguetea unos instantes con el cable. Vuelve a intentarlo.

—¿Sí?

—Comisario, soy Juan, he hablado con uno de los inspectores que llevó el caso, el tal Vicente Vela, vendrá la semana que viene junto con el otro inspector con el que resolvió lo de Itziar.

—Bien, bien. ¿Has averiguado algo nuevo?

—A Yousef le cargaron el mochuelo.

—Ni una puta palabra de esto a nadie, ¿me oyes?

—Lo que usted diga jefe.

—Cuando vengan los de Madrid hablaremos. Estos hijos de puta se van a cargar mi carrera. Mantenme informado de todo lo que averigües—. Y colgó.

Tercera llamada, dos tonos y contesta una voz joven y desafiante.

—¿Sí?

—Soy Juan, el amigo de Txiki, tengo un trabajo para ti, dónde podemos vernos.

—Txiki me dijo que llamarías, podemos vernos en Avenida América con Tierno Galván en una hora.

—De acuerdo.

Colgaron. El chico estaba muy lejos de su zona, a saber lo que estaría haciendo allí, quizá trapichear con los gitanos de Torrero. Le había dicho a Txiki que le dejara a uno de sus hombres más inteligentes. En fin, ya se vería si lo era. Cuando llegó a la zona aparcó el coche en un sitio discreto y observó. Justo en la intersección había un joven de aspecto atlético, intimidante y con cara de duro. Su nariz estaba bastante castigada. Tenía que ser el hombre de Tkiki. Salió del automóvil y se acercó hasta él. El chico lo encaró.

—Soy Juan, el amigo de Txiki, tengo un trabajo para ti, es fácil y bien pagado. Solo pido profesionalidad y que no hagas preguntas. ¿Aceptas?

—Sí —dijo escuetamente el matón.

—Vamos a dar un paseo.

Ambos hombres pasearon por la orilla del canal, los patos nadaban por sus calmadas aguas plácidamente en busca de pedacitos de pan que la gente les arrojaba aquí y allá. Juan se apoyó en la valla y los observó.

—Tienes que vigilar un portal, Gran Vía número veintisiete, durante todas las noches de los próximos siete días. Es posible que esta mujer —le tendió una fotografía impresa en papel de la mujer que grabó de espaldas dejando un anónimo en la casa de Matilda—, entre a ese portal y deje algo en el buzón del segundo izquierda. Tu cometido será seguirla con discreción e informarme de a dónde va. No hables con ella, no la interceptes, solo síguela e infórmame. Toma —le tendió un sobre lleno de dinero que, al abrirlo, lo dejó un tanto anonadado—, esto es para ti, y te daré el doble cuando acabes el trabajo. Puedes dar con ella esta noche, o puedes dar con ella dentro de un mes, eso no te lo puedo asegurar. Solo te digo una cosa, si me dejas colgado te joderé vivo por muy boxeador que seas. ¿Lo tienes todo claro?

—Todo claro.

El chico vigilaría por el día y Juan por la noche. Ideó hacerse pasar por un vagabundo, dormiría arropado por la calurosa noche zaragozana en un portal cercano al de Matilda, y desde allí lo controlaría. Un vagabundo era prácticamente invisible, la gente los miraba pero no los veía. Por el día el chico vigilaría desde algún rincón discreto de la calle. Quería descubrir qué había tras la muerte de esa pobre chica, quería hacerle justicia, o quizá era un egoísta que solo buscaba aplacar su culpa haciendo algo bueno por aquella joven.

Pasaron varios días. Juan iba al anochecer a hablar con Marcos. El chico le contaba si había visto algo durante la guardia y se despedían hasta el día siguiente. En seguida comprobó que era de fiar. Txiki le había echado una mano de verdad. Después, Juan, que se vestía como un auténtico pordiosero, se colocaba en el portal de al lado con una caja de vino barato a la vista y observaba durante toda la noche el trajín de la gente que entraba. Así llevaban cinco días. Juan pensó que quizá no la pillarían nunca. Hacía quince días que Matilda había ido a verle para encargarle el caso y en ese tiempo la desconocida había dejado dos anónimos en su buzón. Más o menos uno a la semana. Pero Juan tenía dudas. ¿Y si ya no contactaba más? En ese caso su pista se perdería y tendría que indagar otros rastros. Eran las tres de la mañana de una noche anodina entre semana, ni un alma por la calle. El calor insoportable del día se disipaba con la brisa nocturna que soplaba del Moncayo. Juan miró el cartón de vino, nunca le había gustado el vino, ni siquiera el caro. Por un instante se imaginó la terrible resaca que ese caldo barato lleno de sulfitos le produciría y un escalofrío le recorrió. Y entonces la vio. Era una mujer joven, de unos treinta y muchos años, caminaba sola como una sombra anónima avanzando de portal en portal inquieta y temerosa. De vez en cuando paraba y observaba a su alrededor, como queriendo captar con sus sentidos algo que desentonara en aquella noche sin luna. Juan estaba recostado y se hizo el dormido. La mujer se detuvo a escasos veinte metros de él. Pareció meterse dentro de un portal, como una sombra furtiva. Juan le lanzó una mirada disimulada, con los ojos entornados y por un

instante juró que ella también lo estaba mirando. La mujer se removió, y de repente salió corriendo en sentido contrario cruzando la noche como una flecha. Juan se levantó, tiró el cartón de vino y corrió tras ella a toda velocidad.

La mujer corría como una gacela, por un momento Juan temió perderla en la oscuridad de la noche; pero no, ahí estaba, le sacaba unos treinta metros. Cruzó una calle justo en el momento en el que pasaba un coche que estuvo a punto de atropellarla, pero en el último instante lo esquivó y siguió su carrera. Eso le hizo perder tiempo. Juan corría con todas sus fuerzas y sentía como le estaba acortando distancia. Entraron en Fernando el Católico a la carrera, la chica corría como un demonio. En Fernando el Católico con Corona de Aragón tropezó con un bordillo y cayó al suelo. Juan hizo un último esfuerzo y dándole alcance se lanzó sobre ella. Intentó inmovilizarla, ella se resistió como una leona atrapada. De repente un brillo metálico en la noche, Juan vio el cuchillo justo a tiempo de esquivarlo, aun así notó como le desgarraba la carne a la altura del bíceps. Ambos estaban en el suelo, Juan la desarmó antes de recibir otra cuchillada.

—¡Cálmate, no voy a hacerte daño!

La chica seguía revolviéndose y comenzó a gritar pidiendo auxilio Sus alaridos desgarraban la quietud de la madrugada.

—¡Estoy de tu parte, quiero descubrir quién asesinó a Itziar, trabajo para su madre Matilda! —dijo Juan rápidamente para intentar calmarla.

La mujer dejó de forcejear y Juan la soltó. Se levantó como una gacela asustada.

—¿No me vas a hacer daño entonces?

—No, no, soy un detective privado contratado por Matilda, la madre de Itziar, para investigar el caso de su hija. Sin duda usted también quiere que se descubra quién la asesinó.

La mujer era bastante atractiva, pelo corto moreno en media melena, y un cuerpo fibroso fruto sin duda de hacer deporte. Sus ojos marrones se clavaban en Juan sin saber muy bien a qué atenerse.

—¿Cómo sé que no trabaja para ellos?

Esas palabras resonaron en su mente.

—¿Quién son ellos?

La chica negó con la cabeza.

—No le voy a decir ni una palabra hasta que no demuestre quién es usted.

—De acuerdo, tengo una idea, sígame, andaremos por la calle, guarde una distancia prudencial respecto a mí si así está más tranquila, la llevaré a hablar con una persona que sin duda le dejará claro de qué lado estoy.

Anduvieron una tras el otro, desandando el camino.

—Es aquí —dijo Juan, y llamó al portero automático varias veces.

La voz somnolienta de Matilda contestó.

—¿Quién llama a estas horas?

—Matilda, soy Juan, tengo a mi lado a la persona que le ha estado dejando los anónimos.

Silencio.

—Subid —dijo al fin.

Matilda abrió la puerta de entrada, estaba en pijama. Miró calmadamente a Juan y después observó a su invitada.

Les indicó que pasaran al salón donde tomaron asiento en los sillones. La luz amarillenta de una mesita alumbraba tenuemente la confortable estancia. Matilda estaba tensa, pensando que tenía enfrente a la única esperanza de encontrar la causa de la muerte de su hija, pensando también que quizá esa mujer fuera un fraude, alguien que solo estaba jugando con su dolor.

—Bien, explíquese —rogó Matilda.

La mujer miró a ambos, dudó, titubeó y después habló.

—A usted la conozco pero a este hombre no lo he visto en mi vida.

—Este hombre se llama Juan Sánchez, y es un detective privado a quien he contratado para que me ayude a encontrar a los asesinos de Itziar.

—Mire —Juan sacó su documento de identidad y se lo mostró—. No tiene nada que temer.

La mujer observó el documento, comprobó que el de la foto era él, después se levantó y paseó lentamente hasta que llegó a la foto

de una Itziar risueña y radiante.

—Era mi amiga, mi mejor amiga, coincidimos estudiando la carrera de Ingeniería Técnica Industrial en la Universidad de Zaragoza. Las dos estudiábamos la rama de Química. Cuando acabamos la carrera intentamos buscar un buen trabajo en alguna de las fábricas de la ciudad, pero nos dimos cuenta que la industria no era lo nuestro. Horarios larguísimos, jefes duros… en fin.

—Espera un momento… —Matilda se incorporó y encendió la luz de la hermosa araña que colgaba del techo, se acercó a la mujer y se llevó las manos a la boca—. Dios mío —dijo entrecortada—, Dios mío, eres Martita…

La mujer asintió y se incorporó, ambas se fundieron en un abrazo, llorando, refugiándose la una en la otra.

—Has cambiado mucho cariño, déjame que te vea bien —cogió con las manos su rostro— estás preciosa.

—No se preocupe Matilda, es normal que no me reconociera, la verdad que no me parezco mucho a la joven que fui. Llevo haciendo ejercicio más de veinte años, casi tantos como los kilos que he perdido.

Ambas mujeres compartieron un silencio cómplice, recordando viejos tiempos, cuando Martita iba a buscar a Itziar a casa para ir juntas hasta la universidad, y también aquellas sobremesas cuando las dos jóvenes bajaban a comer a su casa porque tenían alguna práctica de laboratorio por la tarde, y preferían la comida casera de Matilda a las comidas del comedor de la universidad.

—Doy fe de que está en forma —apuntó Juan.

—Martita, eras tú la que me dejaba los anónimos —volvieron a abrazarse—, ¿pero por qué?

—Déjeme seguir con mi relato y lo entenderá.

—Por supuesto, disculpa cariño, continúa.

—Al ver el panorama que nos esperaba en las fábricas de la ciudad, decidimos opositar a la joven Diputación General de Aragón. Habíamos oído hablar de que aunque se cobraba menos que en el sector privado las condiciones de trabajo eran mejores. Así que ahí que fuimos, nos apuntamos a una academia donde nos preparamos la oposición. Al año nos presentamos, Itziar aprobó a la primera, a

mí me costó más; pero también conseguí entrar. Pasamos años en nuestros primeros destinos y después llegó para Itziar la oportunidad envenenada. Le ofrecieron un puesto en una empresa pública, muy buen sueldo, pero mucha responsabilidad ya que la empresa se creó para gestionar un gran proyecto político. La empresa se llamaba ZOFAZASA y su fin era gestionar la creación de la Zona Franca de la ciudad.

—ZOFAZASA —susurró Juan pensativo—. Disculpe, continúe por favor.

—Itziar y yo ya no éramos inseparables como en los tiempos de la universidad, nos veíamos menos, pero seguíamos siendo amigas íntimas. Al principio todo iba bien, la pusieron al frente de la oficina técnica encargada de la supervisión de los proyectos. Cuando todo estuvo diseñado, ella fue la encargada de dar el visto bueno a los diferentes proyectos técnicos que definían la gran obra que se iba a ejecutar, y lo hizo. Las obras comenzaron, toda la maquinaria comenzó a funcionar, y conforme las obras avanzaban el carácter de Itziar cambió. Solíamos quedar a comer un par de veces al mes, y noté como su carácter risueño se iba evaporando. Yo le contaba mis problemas y ella asentía en silencio, estaba ausente. Después durante varios meses me dijo que andaba muy liada y que no podía quedar. Me extrañó, me sonó a mala excusa, ¿cómo no iba a poder comer una vez al mes conmigo? Un día fui a buscarla al trabajo, cuando me vio me sonrió, tomamos un café y hablamos un rato. Le pregunté que qué le pasaba. Ahora ya no estaba ausente, sino nerviosa y concentrada en algo, se lo noté. Me dijo de quedar ese día a cenar, le dije que sí, claro. Nos encontramos en una hamburguesería por la zona de la universidad donde solíamos ir cuando estudiábamos. Llegó demacrada, nunca la había visto así, tengo que contarte algo, me dijo, y se echó a llorar. Yo la consolé, la abracé, pareció tranquilizarse un poco. Y entonces comenzó a contarme lo que la estaba destrozando por dentro. Una vez acabada la ejecución de proyectos e iniciadas las obras de la zona franca, le habían encargado la dirección de las obras. Iba a campo y comprobaba la ejecución, que todo se hiciera correctamente según los reglamentos y normativas, resolvía dudas de ejecución, y bueno,

cosas de ingenieros, ya os podéis imaginar. Y al final de mes llegaba la parte más peliaguda de su trabajo: controlar y firmar las certificaciones de obra. Son los documentos que certifican lo que se ha ejecutado, previos a la emisión de la factura por parte de la constructora. Un día fue a comprobar lo realizado durante el primer mes de obras, hizo mediciones y llegó a la oficina un tanto confusa: los números no le cuadraban. La certificación que había pasado la constructora era casi el doble a lo realmente ejecutado. Volvió a campo a realizar de nuevo las mediciones y no había duda, la constructora se había equivocado.

»Itziar solo tenía dos jefes, su superior directo, un ingeniero industrial que ya frisaba los sesenta años, y el propio presidente de la empresa pública, que no solía relacionarse directamente con los técnicos ya que tenía un perfil totalmente político. Habló con su inmediato superior, el ingeniero industrial, un hombre con poca sangre que entre titubeos le dijo que ya lo revisaría. Pero no lo revisó, y al día siguiente le dijo que la certificación que había enviado la empresa constructora era correcta, que firmara y que se olvidara. Itziar se negó en redondo. No iba a firmar algo que evidentemente no era cierto y que además constituía un delito penado con cárcel. Las obras continuaron y pasó otro mes. La primera certificación seguía sin aprobarse y la constructora envió la segunda. Itziar repitió el proceso, fue a obra a medir los metros de cable instalado, las farolas colocadas, las canalizaciones de saneamiento y gas, midió todo, y de nuevo los números no cuadraban. La constructora pasaba casi el doble en todas las partidas. Se volvió a negar a firmar la certificación. Y entonces es cuando asomaron la patita. Una tarde en la que no quedaba nadie en la oficina, Itziar se había quedado para cuadrar horas y poder salir el resto del mes un poco antes, estaba acabando de revisar el proyecto de una nave industrial que iban a levantar en la Zona Franca, cuando el mismísimo presidente de la empresa se plantó junto a su mesa. Le dijo sin ambages que si no firmaba las certificaciones la iban a separar del servicio. Eso para ella era el fin del mundo, es prácticamente lo peor que le pueden hacer a un funcionario respecto a su trabajo.

—Dios mío, pobre hija mía —dijo Matilda con lágrimas en los ojos —. Nunca me habló de nada de eso.

—No, no quería preocuparla, ella pensaba que podría lidiar con el asunto ella sola. Si no hubiera sido por mi insistencia ni siquiera yo me hubiera enterado de nada.

—Al menos estuviste con ella y la apoyaste…

—Sí, en todo lo que pude.

Matilda asintió con tristeza, pensando en lo que había sufrido su hija a sus espaldas.

—Pero la amenaza de despido no la amedrentó, al revés, decidió plantarles cara. Fue a hablar con la interventora jefe del Ayuntamiento de Zaragoza, Rocío Lasala Amez, que era la persona que debía autorizar el gasto tras recibir las certificaciones de obra por parte de ZOFAZASA. La atendió muy amablemente y le dijo que, por supuesto, que no firmara si no estaba de acuerdo con las mediciones.

»Cuando al día siguiente volvió a su puesto recibió una llamada del presidente de la empresa, Daniel Hidalgo, citándola a una reunión en su despacho. Al entrar en la sala de reuniones se dio cuenta que eso parecía más bien un juicio sumario. A parte de Hidalgo, estaban presentes su jefe directo, la jefa de Recursos Humanos de la empresa y el alcalde de la ciudad, el excelentísimo señor Juan Antonio Artajona Humeral, como representante de la parte de la propiedad de la empresa que correspondía al Ayuntamiento de Zaragoza. Todo un sanedrín dispuesto a amedrentarla.

Juan tomaba notas en su libreta, nombres, cargos, etc…

—Pero Itziar era Itziar, y lejos de asustarse les plantó cara. Ellos no esperaban una reacción así. Los llamó mafiosos y ladrones, y les dijo que si pensaban que la iban a intimidar lo llevaban claro. Ellos alegaron una docena de fichajes fuera de hora para proponer su separación del servicio al consejo en pleno del Gobierno de Aragón. Tenían que hacerlo así ya que Itziar era funcionaria de la Diputación General de Aragón. Y entonces les dijo que iba a llevar el asunto a los medios de comunicación.

—Firmó su sentencia de muerte —apuntó Matilda llevándose las manos a la cara.

—Creo firmemente que eso está íntimamente relacionado con su muerte.

—¿Por eso comenzaste a dejar los anónimos? —preguntó Matilda.

—Le dejé anónimos a usted porque no quería que se tragara la farsa que montaron. Estoy convencida de que esos malnacidos que dirigían ZOFAZASA encargaron la muerte de mi amiga. Pero yo estaba muy asustada —dijo mirando el suelo—. Viendo lo que habían hecho con ella no quería exponerme. Le dejé anónimos a usted intentando proteger mi identidad a toda costa, hasta que este señor me ha descubierto —dijo señalando a Juan—. También le di toda la información a Alfonso Campo, el director del principal periódico de la ciudad, le di todo, certificaciones, nombres, cargos; pero no hizo absolutamente nada.

—Interrogué a Alfonso Campo, lo tengo por un asunto de cuernos, cantó todo que tenía que cantar. Me dijo que una mujer le daba la información y el muy cretino se la daba a un anarquista de la Magdalena, que escribe un panfleto reivindicativo que leen cuatro gatos. Alfonso Campo es próximo al partido progresista y te estuvo usando para poner nerviosos a los conservadores que estén metidos en este asunto, aireándolo a pequeña escala pero sin intención de ir a mayores. Es un juego perverso donde ninguno de los dos partidos políticos pierde nunca.

—Me la estuve jugando para nada, peor aún, me la he jugado para que ellos puedan seguir con sus malditas intrigas.

—Eso no es cierto —dijo Juan—. Tus anónimos me han abierto varias vías de investigación. Los relacioné con la información acerca de las certificaciones de la Zona Franca, y eso me llevó a Alfonso Campo. Tengo a ese tío agarrado por las pelotas y podremos usarlo.

—¿En qué sentido? —preguntó Marta.

—Todo a su debido tiempo.

—¿Fue al colegio de Nuestra Señora del Pilar?

El rictus de Juan se endureció y su corazón se aceleró.

—Sí. Vi las orlas colgadas en el pasillo de los recuerdos. Daniel Hidalgo y Artajona son amigos de la infancia.

—¡Malditos malnacidos hijos de perra! —gritó Matilda abandonando sus exquisitos modales y sorprendiendo a los presentes. Intentó serenarse encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa. Un par de caladas profundas y un silencio pesaroso—. Disculpad mi comportamiento.

—No hay nada que disculpar —dijo Juan.

Matilda suspiró.

—Esa gente miserable ha matado a mi niña solo para poder robar… Son unos vulgares ladrones…

—No creo que sean unos vulgares ladrones —la contradijo Juan.

—Ya sabemos quiénes son.

—Aún faltan cosas por averiguar, no todo es tan fácil como parece.

—Escuche detective, le prometí cinco millones de pesetas si me daba los nombres de los asesinos de mi hija —Matilda miraba intensamente a Juan—. Ayer vendí una casa que poseía en Santander, un viejo vestigio de la época dorada de mi familia, cuando vivíamos como burgueses y mis ancestros ocupaban cargos de relevancia en la administración del Estado. Todo eso quedó ya en el pasado. Me han pagado veinte millones de pesetas por ella. —Silencio. Juan aguantaba la mirada de Matilda. En otro tiempo y en otro lugar quizá la hubiera seducido, o a lo mejor ella le habría seducido a él—. Le pagaré veinticinco millones de pesetas si les hace pagar por lo que le hicieron a mi hija. Quiero que no vuelvan a ver otro amanecer.

Juan sacó algo de su cartera, y comenzó a escribir con un bolígrafo encima. Cuando terminó se levantó y tendió el papel a Matilda.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es un cheque por valor de medio millón de pesetas, el dinero que usted me dio cuando vino a mi apartamento a encargarme el caso. Voy a hacer esto gratis. Le juro por mi hija que haré que los culpables paguen.

Juan se dirigió a la puerta.

—Una cosa más, de ahora en adelante olvídense de esto, no hablen con nadie del asunto, ni si quiera lo piensen. Y olvídense de mí. Seguramente ya no me volverán a ver.

—¿Cómo sé que cumplirá su palabra y hará que esos malditos paguen? —preguntó Matilda.

—Lo sabrá —dijo Juan, tras lo que se marchó de allí, y se perdió como una sombra en mitad de la madrugada.

Un descanso

Llegó a casa. Afuera una oscuridad apenas rota por la débil luz de las farolas llenaba todos los rincones de la urbe. Una sirena de policía se oía en la lejanía mientras la ciudad dormía un sueño de decadencia y corrupción. La cortina aleteaba mecida por la brisa nocturna. Un cigarrillo rubio y una copa de whisky. Se asomó a la ventana y contempló Zaragoza, ahí, quieto, en la penumbra. Esos hijos de puta habían matado a Itziar. La habían matado para que no se descubriera su trama. La pobre Itziar no sabía que el sistema está montado para que estos asuntos no lleguen a la opinión pública. Marta ya lo había aprendido. Lo aprendió cuando el director del periódico, en vez de publicar la información en sus medios de comunicación, se limitó a dársela a un pobre chico que pensaba que podía cambiar el mundo. El humo ascendía hasta el techo como una serpiente fantasmal mientras el cigarrillo se consumía entre sus dedos. Un par de caladas rápidas y un trago apurando el whisky. Se desnudó y se metió en la cama. Encendió el transistor. Sonaba un jazz triste, una trompeta quejumbrosa acompañada de un piano, un paréntesis en el programa de radio. La gente llamaba contando sus problemas. La locutora dio paso a una anciana, estaba y se sentía sola, pero no siempre había sido así. Contó la historia de su familia desde el inicio, desde que a finales del siglo diecinueve su abuelo había muerto en la última epidemia de cólera en España, después habían llamado al hermano del mismo que vivía en la Argentina para que viniera a hacerse cargo de la viuda. Luego tuvieron más hijos. Vidas de subsistencia en un pueblo de montaña, trabajando de jornaleros por cuatro duros, o de peones de albañil o de lo que fuera. Su madre se quedó viuda y uno de sus tíos le robó media cosecha el mismo año que enviudó. Un día el tío echó a uno de sus hermanos de la casa familiar y consiguió quedársela entera para él. El tío exiliado erró por media provincia hasta que recaló en una pensión de mala muerte en la calle de San Pablo. Trabajó en la ciudad en los años cincuenta como peón de albañil. Murió con cincuenta y un años dejando todas sus pertenencias dentro de una maleta con cerradura en su miserable habitación. Sin descendencia y

sin nadie que se preocupara por él. Su hermano, el mismo que le había echado de la casa familiar, se acordó de él y con un destornillador abrió la maleta para quedarse el dinero que había ahorrado a lo largo de su vida. Juan pensó que el ser humano siempre había sido miserable, que había algo dentro de nosotros que nos conducía irremediablemente hacia el mal y que daban igual las épocas o cómo fuera el futuro. Esa esencia siempre se mantendría. Ese fue su último pensamiento antes de quedarse dormido.

Se levantó temprano y salió a hacer un poco de ejercicio. Un par de kilómetros de ida y otro par de vuelta. No estaba mal. Después un café y una ducha. Sonó el teléfono. Dudó si cogerlo, necesitaba concentrarse para lo que iba a hacer. Al final descolgó.

—Dígame —dijo secamente.

—Juan soy yo, Pilar —su voz joven y optimista le produjo un escalofrío, ilusionado como si volviera a ser un adolescente hablando con su novia del instituto—. ¿Cómo estás?

—Qué alegría oírte —dijo cerrando los ojos y apretando el teléfono contra su rostro—. Pensaba, pensaba que…

—Que no te volvería a llamar.

—Sí.

—He estado a punto de pasar de ti, pero te voy a dar una oportunidad.

—¿Quieres venir a casa? Podría preparar algo bueno para cenar.

—¿A tu casa?

—Ven y verás quién soy, ya no tengo nada que ocultarte.

—De acuerdo, ¿a las siete?

—A las siete.

Tras colgar bajó al supermercado. Hacía mucho tiempo que no cocinaba algo medianamente elaborado en su apartamento y no tenía mucha comida en casa. Compró un par de pimientos rojos, pechugas de pollo envasadas, un sobre con sazonador, puerro y tortitas de trigo. Para comer hizo espaguetis. Comió en la mesita del salón viendo un documental acerca de la transformación de la economía española, de cómo se estaba transformando en una economía de servicios tras desmantelar su industria. Un anciano, antiguo ingeniero mecánico en una fundición del norte producto del

mastodóntico Instituto Nacional de Industria, hablaba de que fiar la producción industrial a otros países era un grave error. También decía que el capital internacional no tenía leyes ni fronteras, y que cuando este se fuera, en los polígonos solo quedarían las fábricas de los industriales nacidos en la zona. Después salió un tipo muy bien vestido con gafas y aires de autosuficiencia hablando con condescendencia de las opiniones vertidas por el anciano, indicando que los tiempos de la autarquía ya se habían acabado hacía muchos años, y que la globalización era imparable.

Pensó en el dinero chino, en cómo estaba entrando a raudales en la ciudad implantando fábricas en la Zona Franca, y en el tinglado que el alcalde y el presidente de ZOFAZASA habían montado para saquear las arcas públicas sin que nadie se enterase. Itziar venía a su mente una y otra vez, una inocente que había pagado con su vida el atreverse a parar a esos malnacidos sin escrúpulos. Sin darse cuenta había apretado los puños, canalizando su rabia hacia ninguna parte. Se calmó con un whisky y una siesta. Cuando despertó recogió y limpió un poco la casa, era pequeña y lo hizo rápido. Se vistió. Un pantalón beis y una camisa blanca. Un poco de colonia cara. Pilar tenía algo que había visto alguna otra vez en un puñado de personas. Parecía un alma vieja, a pesar de tener veinticuatro años conocía el juego de la vida como si hubiera vivido dos vidas seguidas. El timbre de la puerta sonó a las siete y diez. Pilar estaba radiante, vestía un pantalón vaquero ceñido y una camiseta de tirantes blanca. Su sencillez era su belleza. La recibió con un beso en la mejilla y la invitó a pasar. Su carácter risueño enseguida se adueñó de todo. Juan se relajó. Pilar se fijó en una foto, un hermosa niña con una sonrisa radiante.

—Es mi hija —dijo Juan—. Murió cuando la llevaba al colegio atropellada por un conductor bebido. Eso me destrozó, lo perdí todo y a todos. Y así hasta este momento. Creo que ya te lo conté cuando te pedí que me perdonases por lo que te había hecho.

Pilar lo arropó con su silencio. Pasó un brazo por sus hombros y le besó tiernamente en la mejilla.

—Has pasado de engañarme a abrirme tu corazón.

Se besaron. Despacio. Juan la sentía. Se había enamorado de ella. Separaron sus labios. Se sonrieron. Un par de cervezas. Charla cariñosa y cercana. Ella acarició su rostro.

—¿Por qué te dedicas a esto?

—Como decía el detective Areta, conozco esta ciudad y tengo una libreta de contactos.

—¿Areta? ¿Quién es ese?

—Olvídalo —dijo sonriendo—. Te voy a hacer una cena que te vas a chupar los dedos.

Pilar hizo un gesto de incredulidad.

—No tienes mucha pinta de cocinar —dijo risueña.

Fueron a la cocina. Juan sacó las pechugas de pollo, el puerro y el pimiento. Comenzó a trocearlos sobre una superficie de madera. Colocó sobre la vitrocerámica una sartén con aceite de oliva virgen extra y cuando el aceite comenzó a rugir echó la mezcla y la cocinó a fuego lento. El olor de la fritura llenó rápidamente la estancia. Pilar estaba sentada en una banqueta, dando pequeños tragos a su vaso de cerveza y mirando como Juan se movía entre sartenes y platos.

—Antes era policía —dijo mientras removía con un cucharón de madera la fritura—. Pero cuando murió mi hija todo se fue a la mierda. Empecé a tener problemas, bebía, me peleaba con mis superiores, dejé a mi mujer… Al final me echaron del cuerpo, no les culpo. Después no sé si porque se sentían culpables o qué pero me empezaron a derivar algunos trabajos, seguimientos de sospechosos y cosas así. Aunque el grueso de los casos que tengo son maridos celosos.

Pilar se echó a reír. Se acercó a él y le abrazó por detrás.

—O sea que lo voy a tener difícil si quiero engañarte…

—¿Eres de esas? —Juan se giró y le besó en la nariz.

—Una bohemia que estudia Filosofía y Letras, ¿tú qué crees?

—Creo que la cena ya está lista —dijo guiñándole un ojo.

Calentaron las tortitas de trigo en el microondas, después Juan puso papel de cocina sobre un plato y echó encima la fritura. Cenaron en la pequeña mesita de madera de la cocina, rellenando el pan de trigo con el pollo, el pimiento y el puerro. Sobre la mesa otro par de cervezas frías. Cenaron despacio, charlando sobre los

estudios de Filosofía de Pilar. «El mundo es una puta locura». Le decía Juan. «Por mucho que estudies lo que decían los sabios nunca lo vas a entender, ¿sabes por qué?, porque nadie tiene ni idea de qué va esto». Después se fueron al salón. Juan se puso una copa de whisky con hielo.

—¿No crees en ninguna Verdad?

Miró el suelo pensativo, sentado sobre el sillón, remangado y con los músculos de sus brazos marcados bajo la camisa, parecía un guerrero cansado que había regresado de una batalla funesta.

—Antes vivía cada día como si fuera el último, sin rumbo ni objetivo. Todo eso cambió cuando la madre de Itziar llamó a mi puerta.

—Itziar, por ella empezó todo esto. Si estás investigando es porque hay algo detrás que no se llegó a saber. ¿No?

Juan negó con la cabeza.

—Es mejor que no sepas nada del asunto.

—¿Itziar es tu Verdad?

—Sabes, yo no he sido una buena persona, he hecho cosas malas, la vida que me ha tocado vivir me ha llevado a situaciones difíciles, situaciones donde era o yo o el otro; pero creo que hay algo que todos llevamos en nuestro interior, es como una especie de luz cálida que te abriga por dentro cuando estás muy jodido. Una pequeña luz azul que alumbra el camino correcto. Le puedes hacer caso o no, allá tú con lo que hagas, pero esa luz destruye cualquier atisbo de relativismo, ese fuego azul te dice lo que está bien. En esa luz está todo lo bueno, creo que ella estaba allí, mi pequeña —dio un trago al whisky y después lo agitó mientras observaba el hielo moverse en círculos—. Lo peor de todo es que alrededor de esa luz solo hay oscuridad, una densa y eterna oscuridad donde está todo lo malo de uno mismo y quizá también el mal del mundo. La única verdad es lo que alumbra esa luz. Nada más.

Pilar lo acarició.

—Has sufrido mucho —le dijo.

—Todos sufrimos, este mundo es una mierda.

Ella le besó. La luz del salón era tenue y la cortina aleteaba movida por la brisa de la noche. Todo era lento e hipnótico.

Siguieron charlando en tono quedo, solo como dos amantes pueden hacerlo, de las razones que llevaron a Pilar a estudiar Filosofía y Letras. Quería estructurar en su cabeza la historia del conocimiento, y sobretodo saber qué pensaron los gigantes de nuestra especie, a qué conclusiones llegaron, a qué se agarraban para vivir y seguir adelante. Pilar le habló de cómo el alma puede elevarse al leer las ideas de Platón sobre el amor y la vida, o tras leer como Homero reflejó la condición humana al detalle en la Odisea. Literatura, Filosofía, al final todo es lo mismo, una búsqueda de sentido y de belleza, y si no encuentras lo que buscas, al menos es un dulce refugio respecto al mundo negro e indiferente que alguna deidad creó para nosotros. ¿Y si esa deidad es malvada? Alguien que ha creado un atardecer tuvo antes que concebirlo en su pensamiento, y alguien que ha concebido la belleza del sol cayendo por el horizonte llenando con su luz rojiza las nubes de un cielo de primavera, no puede ser enteramente malvado. Es imposible que lo sea.

Decidieron ver una película. En un lado del salón había una estantería llena de vídeos VHS, Pilar los recorrió lentamente quitándoles el polvo con su dedo índice.

—¿Alguna recomendación? —preguntó.

Juan la miró y sonrió, se acercó a la estantería y sacó una vieja funda carcomida por el tiempo y los recuerdos.

—Esta —dijo entregándosela.

La portada no se veía muy bien ya que estaba medio borrada, pero se distinguía a un hombre levantando el puño hacía arriba vestido con ropa deportiva.

—Rocky —leyó Pilar lentamente. Torció el gesto—. No estoy muy segura de que una película de boxeo me guste.

—Tú me has hablado de literatura, deja que yo te hable de cine. No es una película de boxeo, es una película sobre la vida. El boxeo solo es el marco donde transcurre la historia. Es una historia de perdedores, de cómo la vida es la que más duro golpea; pero hay que levantarse y seguir.

Pilar introdujo el VHS en el vídeo y ambos se apretujaron en el sofá. La vida del paria de Rocky fue desfilando ante sus ojos hasta la escena final.

—Pierde el combate… —dijo Pilar sorprendida y emocionada.

—Te dije que era una historia de perdedores. Como casi todas las historias de verdad.

Las notas melancólicas de Bill Conti llegaban a sus oídos cómo un bálsamo, suavizando el dolor de la dureza de vivir que asalta a aquellas personas que son demasiado conscientes de la vida. Se besaron mecidos por aquellas acordes tristes. Dos almas que se buscan para saber que no caminan solas en la oscuridad.

—Mañana tengo un examen en la facultad…

—Te llevo a casa.

El deportivo cruzó la ciudad, desierta y noctámbula, hasta llegar a la Magdalena. Ahí se despidieron.

—¿Te volveré a ver? —preguntó él, temeroso por primera vez en mucho tiempo.

—Creo que sí —respondió ella. Y le dio un beso en la mejilla—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Arrancó el motor del coche y se dirigió a casa. Se encendió un cigarrillo. La sola presencia de esa chica borraba todos sus malos pensamientos. Había pasado una noche increíble e iba a intentar formar parte de su vida. Ella decidiría sí quería o no.

Cuando llegó al pequeño apartamento se tumbó en la cama vestido, cerró los ojos e intentó relajarse. La gente que formaba parte del caso Itziar comenzó a revolotear en su mente, Matilda, Manuel Boned, Garanto, el alcalde… Parecían estar sentados en torno a una mesa bebiendo y riendo, todos juntos, celebrando algo. Todo era muy extraño, Matilda estaba seria y callada con la mirada fija en el suelo, luego levantó la mirada y sonriéndole salió volando por un ventanal antiguo y tenebroso. Juan, fascinado, se dio cuenta de que estaba soñando justo en el momento en que se quedó dormido.

Solo

Era un bar tranquilo. Servían hamburguesas y emitían los partidos de fútbol del Zaragoza y normalmente también los del Madrid. Estaba situado en un barrio de la periferia poblado por gente de clase media acomodada. Ahí se reunían los polis a ver los partidos, cenar y beber cerveza. Después se iban en coche a sus casas sin ningún temor de que sus compañeros de la Local los pillaran en un control de alcoholemia. Les gustaba reunirse ahí, lo llamaban el bar del fin del mundo. A cincuenta metros de su puerta la ciudad acababa y todo eran descampados hasta donde llegaba la vista. Estaban los del Grupo de Homicidios y varios de Seguridad Ciudadana. Un par jugaban a los dardos, Juan y Manuel estaban en la barra y el resto veían el partido sentados a la mesa mientras esperaban a que sacaran las hamburguesas y el par de raciones de patatas fritas que habían pedido para cenar. Manuel fumaba un cigarrillo rubio. El camarero sacó dos cervezas frías y espumosas. Juan le sonrió.

—Me alegro de que vuelvas a relacionarte con nosotros. Siempre serás uno de los nuestros —dijo Manuel.

Juan asintió y se encendió un cigarro.

—Por cierto, tengo la información que me pediste.

—¿Lo del chárter de Vicente Vela y su compañero?

—Sí, los detectives de Madrid de los que querías saber el día en que cogieron el avión con destino a Zaragoza.

Manuel sacó un pequeño papel que llevaba doblado en su cartera y se lo entregó. Juan lo leyó.

—Cogieron un chárter en Barajas el día seis de diciembre de mil novecientos noventa y tres, lunes — cuando acabó de leer miró a los ojos a su antiguo compañero.

—Eso es lo que me ha dicho mi fuente, ya sabes quién es, es de fiar, está destinado en la comisaría del aeropuerto de Barajas.

Silencio. Juan se bebió la cerveza con ansia. Algo le subió del estómago hasta la boca. Retuvo las ganas de vomitar. Se recompuso.

—Amigo, de ahora en adelante no me llames, yo te contactaré, no hables de este asunto con nadie —dijo rompiendo el papelito en mil pedazos y esparciéndolos dentro del vaso donde la poca cerveza que había en el fondo los impregnó y destruyó—. No hables de esto con nadie Manuel, ¿entendido?

Manuel asintió, lentamente, sabedor de que esa información significaba algo importante.

—Cuídate amigo—. Le dijo.

—Lo intentaré. Quizá te pida un par de favores más. Adiós.

Dejó algo de dinero para pagar la cena, que no iba a probar, y se marchó de allí. Salió del bar y avanzó hasta el descampado donde al fin vomitó. Los nervios parecieron remitir pero aún le temblaban las piernas.

Se metió en el Mercedes y fue a casa. Preparó una maleta con ropa. Después entró en su despacho y abrió el cajón donde guardaba el revólver y la munición, y tras comprobar que llevaba el seguro echado la guardó en la maleta. También metió la pequeña pistola que se ceñía a una cartuchera que llevaba oculta cerca del tobillo en su pierna derecha. Repasó lo que había sobre la mesa, las fotografías que tomó a la orla en el colegio de Nuestra Señora del Pilar y su cuaderno de notas. Metió ambas en su maleta. Antes de irse fue al teléfono, marcó un número privado, tras un par de tonos sonó la voz de Garanto al otro lado de la línea.

—Comisario, los inspectores de Madrid no son trigo limpio, tenga cuidado. Quedé con Vicente Vela que le llamarían a usted o a mí para quedar, lo harán dentro de una semana. No se fíe.

—Joder Juan, al que contacten primero que avise al otro. Esto ahora me viene como una patada en los cojones. El comisario provincial de Huesca me está ganando la partida por la sucesión del viejo, los políticos de aquí le apoyan. A mí me apoyan los de Madrid; pero recientemente los de aquí han transigido con el nombramiento del presidente de la Confederación Hidrográfica, han puesto a un tío que les interesaba a los de Madrid. Adivina ahora que les van a pedir los políticos de aquí.

—El politiqueo me viene grande.

—Pues les van a pedir que nombren Jefe Superior de Policía al comisario de Huesca. Uno más uno son dos. Estoy en la picota, y lo que hacía falta ahora es que saltara a la opinión pública que el caso de Itziar se cerró en falso. Adiós a mi carrera.

—Todo dependerá de las explicaciones que den; pero habrá que andarse con ojo.

Colgaron. Bajó a la calle, se metió en el coche y respiró hondo. Paró junto al edificio de apartamentos de Matilda y llamó al portero automático indicándole que, por favor, bajase al portal a hablar con él.

—Escuche, es muy posible que haya micrófonos en su casa, quizá también tenga pinchado el teléfono. Tenga cuidado con lo que dice. Como ya le advertí, actúe como si lo de su hija nunca hubiera sucedido, no hable del tema con nadie, ni siquiera piense en alto. Creo que si tiene algún familiar fuera de la ciudad con el que pueda irse a vivir una temporada debería hacerlo. Y avise también a Marta, la amiga de su hija.

—No se preocupe por Marta. Tras la noche en la que estuvimos hablando cogió un tren y se marchó de la ciudad. Es valiente, pero está muy asustada por lo que pueda hacer esa gentuza.

—Hay que estar asustado para poder ser valiente. Cuídese.

—Y usted también. No sé lo que va a hacer, pero tenga cuidado.

Ya eran las once de la noche cuando Juan enfilaba con su coche hacia el barrio de Torrero. Las casas fueron desapareciendo para dar paso a descampados y casas aisladas. Juan conocía bien aquel paraje que de noche aún era más terrorífico que a la luz del día.

Un coche cruzado en el camino, dos hombres le salieron al paso, uno a cada lado del coche. Ambos llevaban escopetas recortadas, patillas, barba, colgantes de oro y miradas duras como el demonio. Juan paró el vehículo.

—¿Dónde crees que vas payo? —le dijo uno de ellos.

—Quiero ver a Don Miguel.

—Baja del coche.

Obedeció. Le cachearon.

—Está limpio —dijo uno de ellos al otro.

—¿Para qué quieres verle?

—Soy Juan, el ex poli, él ya sabe quién soy. Tengo que hablar con él.

Uno de los hombres hizo un gesto con la cabeza al otro, indicando que fuera a buscar al Don. Al rato volvió.

—Ven conmigo —le dijo.

El otro hombre se quedó con la recortada en la mano y el coche cruzado en el camino, cuidando la entrada a la propiedad. Juan caminó hasta la casa. En realidad eran tres construcciones de ladrillo caravista hechas a finales de los años ochenta. Don Miguel tenía dinero para enterrar a todo el barrio de Torrero, pero el quedarse ahí era una declaración de principios. Era su territorio ancestral, donde su padre y sus abuelos habían vivido antes que él.

Las tres casas formaban una especie de urbanización cerrada. En la puerta un gitano gigantesco con cazadora de cuero y la cara cortada les franqueó la entrada, y los guio hasta un salón enorme. Don Miguel estaba jugando cariñosamente con su nieto al guiñote, dos mujeres bellísimas sentadas en un sofá negro estaban haciendo ganchillo distraídas mientras un chico de unos doce años parecía estar concentrado en sus deberes sobre una gran mesa de madera de roble. Presidiendo todo había un gran hogar donde, en invierno, ardería a buen seguro una gran cantidad de troncos de madera de carrasca. Una televisión emitía una película de Al Pacino, a la que nadie prestaba mucha atención. Había una temperatura agradable en la estancia gracias al aire acondicionado. Juan se quedó de pie en la entrada, sin saber muy bien qué hacer o decir. El nieto de menor edad, con el que Don Miguel jugaba al guiñote, se percató de su presencia.

—¿Quién es este señor abuelo? —preguntó el pequeñín.

Don Miguel sonrió a su nieto sin mirar a Juan.

—Este señor le salvó la vida a tu padre malandrín —le contestó cariñosamente el patriarca a su nieto.

—¿Y a qué ha venido abuelo?

—Ha venido a cobrarse la deuda. Porque a pesar de que le dije que no volviera por aquí y que la deuda estaba saldada con la información que le di, tanto él como yo sabemos que recibir un tiro en las tripas no se paga con unas palabras que se las lleva el viento.

¿Verdad, payo? —dijo el jefe gitano volviéndose por primera vez hacia Juan.

—Verdad, Don Miguel —dijo Juan con voz ronca.

Se levantó y acarició el cabello de su nieto mayor.

—¿Cómo van esos deberes?

—Bien abuelo.

—Quiere ser abogado —dijo Don Miguel dirigiéndose a Juan—. La verdad que necesito más abogados que otra cosa.

El patriarca emitió una sonora carcajada. Hizo un gesto a Juan para que lo siguiera. Atravesaron el salón y salieron a una plazuela cerrada delimitada por las tres casas. En medio había una fuente rodeada de olivos y cerezos, los rayos de luna deslizaban brillos en el agua, cuyo sonido se extendía por aquella quietud como una remembranza de los patios del sur de España, origen ancestral de la familia de Don Miguel. El patriarca gitano observó los olivos y acarició una rama valorando si iba a dar buena cosecha o no.

—Dime de una puta vez que es lo que quieres para irte y no volver por aquí.

—Necesito que me dé acceso a un lugar seguro. Un sitio donde pueda ir y nadie me moleste, ni vea lo que estoy haciendo. Algo como esto, aislado y protegido.

El patriarca se encendió un cigarro y dio una calada larga y profunda.

—¿Va a haber sangre? —preguntó.

—No estoy seguro.

El viejo caminó hacia un cerezo.

—Una casa en Santa Fe, aislada, rodeada de descampados, tiene luz y agua y el acceso es a través de un camino de tierra que cruza una zona de colinas. Te pondré dos hombres en el acceso. Lo que hagas en la casa es cosa tuya. Solo te advierto de una cosa payo —dijo el Patriarca señalándole con el dedo índice—, si por algún motivo alguien descubre lo que vas a hacer allí, tú te cargarás el mochuelo, tú solito, ¿estamos? De lo contrario te daré matarile.

—Estamos, Don Miguel. Necesitaré también algunas cosillas que su gente podrá conseguir sin ningún problema, pagaré por ellas.

—¡Ramón! —llamó Don Miguel. El tipo enorme de la puerta apareció en la plazuela—. Llévalo a lo de Santa Fe, y consíguele lo que te pida, le cobras el doble de lo que valga, ¿estamos?

—Estamos, Don Miguel.

—Da la deuda por saldada Juanito. Y ándate con ojo, que yo no sé lo que vas a hacer, pero por las preguntas que haces y lo que pides te estás metiendo en tierra peligrosa y esta ciudad es muy jodida y muy puta. Tú verás. Y ahora largo de aquí.

Juan salió de allí acompañado del tal Ramón. Lo miró a la cara, era un asesino peligroso.

—Te sigo —le dijo.

El hombre de Don Miguel arrancó un Opel Kadett y enfiló por el camino de Miraflores con Juan siguiéndolo a poca distancia. En unos minutos ya estaban en la Carretera de Valencia, donde por la ventanilla desfilaban viejas naves de ladrillo débilmente alumbradas por la luz amarilla de las farolas. Empresas dedicadas a la exposición de muebles, colchones y talleres. Juan las miraba ensimismado, asaltado por una sensación de melancólica decadencia mientras avanzaba hacia Santa Fe. El hombre de Don Miguel aminoró la marcha y se metió en el pueblo. Zigzagueó por sus calles hasta que llegaron a una pista de tierra y se internaron por ella. Colinas, desierto y oscuridad total. Llegaron a la casa. Ambos hombres bajaron del coche. Juan pensó que ese era el último lugar de la Tierra en el que quería estar con ese tipo. Entraron. El lugar era lúgubre; pero tenía todo lo necesario para vivir: cocina, un baño, salón y un pequeño dormitorio con una ventana enrejada que daba a la oscuridad del desierto. Lo debían usar para esconderse cuando había guerras con otros clanes, pero de eso hacía tiempo, porque ahora el único clan que mandaba era el de Don Miguel. Juan escribió un listado de cosas en su libreta, arrancó la página y se la tendió al matón, que cuando la leyó miró a Juan y sonrió siniestramente.

—Me parece que quieres usar este lugar para lo mismo que lo usamos nosotros —le dijo con una voz que parecía salida de las profundidades del infierno.

Juan le sostuvo la mirada.

—Me voy a traerte la furgoneta y el resto de las cosas que quieres. Después pondré dos hombres con un coche al inicio de la pista.

—¿Qué pasa si viene la policía?

—La policía no pasará. Saben que esto es de Don Miguel y le dejan hacer.

El matón tenía razón. La Policía Nacional no molestaba a Don Miguel, y a cambio este les daba cierta información y les aseguraba que la venta de drogas no se desmadraba, siempre y cuando no hubiera sangre de por medio. Don Miguel era listo, el negocio le iba bien y no iba a arruinarlo. Amén de que siempre había sabido limpiar la sangre para no dejar rastro.

—¿Y si vienen otros?

—Aquí no viene nadie payo, porque todo el mundo sabe que el que venga aquí va a recibir plomo del bueno.

El hombre del patriarca se fue. Juan vio alejarse los faros traseros, dos pequeñas luces rojas perdiéndose en la noche. Soplaba un aire cálido y húmedo procedente del río Huerva, que traía los olores a tomillo y romero del desierto. Volvió a entrar en la casa. La electricidad venía desde el pueblo a través de un cable trenzado apoyado en postes de madera. No había teléfono. Fue al dormitorio y abrió la maleta. Sacó su libro de notas y toda la documentación relativa al caso. También las armas. En el salón había una vieja mesa de madera, distribuyó sobre ella las fotografías que hizo a la orla del colegio Santa María del Pilar. Una lámpara alumbrando y un cenicero desgastado. Encendió un cigarrillo rubio y se sentó en la silla. Por un momento sintió una cierta relajación, toda la que podía estando en un tugurio propiedad de un jefe mafioso. Sintió de repente cierto desasosiego al caer en la cuenta de que Don Miguel y sus hombres eran los únicos que conocían su paradero, para bien o para mal. Se recostó sobre la silla. Otra calada y expulsó el humo. Comenzó a examinar las fotos. Daniel Hidalgo lo observaba desde esa imagen tomada hacía más de treinta años, siendo un joven imberbe e ingenuo. Anotó en la libreta los diecinueve nombres de los compañeros de Hidalgo, todos menos el nombre del alcalde ya que ese, por lo que había relatado Marta en casa de Matilda, estaba

implicado claramente en el asunto. Tenía que investigar al resto para ver las posibles conexiones con el caso. Miró el reloj. Era la una de la madrugada. Estaba cansado pero tenía que esperar al hombre de Don Miguel. Volvió a mirar dentro de la nevera a ver si por casualidad no habría una lata de cerveza olvidada. Negativo. Después fue al baño y comprobó que había una vieja toalla. Afuera se oía a un perro ladrar en la lejanía, estaría atado en algún corral de Santa Fe y habría ladrado al ver a un extraño acercarse, ya que no había perros salvajes por el desierto. Estudió su cuaderno de notas, fechas, encuentros, declaraciones de todas las personas con la que había hablado del caso. Llevaba ya cerca de dos horas imbuido en las notas cuando oyó motores acercándose. Apagó las luces, sacó su revólver y se apostó tras una ventana para observar quién se acercaba. Venía el coche del hombre de Don Miguel junto con una furgoneta blanca. Juan encendió la luz del porche, enfundó el revólver y salió a recibirlos.

—Aquí tienes la furgoneta que pediste payo —le dijo el hombre de Don Miguel—. El resto del material está dentro. Te vas a pegar una buena fiesta eh.

Juan se acercó a la furgoneta y abrió la puerta trasera. Era amplia. Ahí estaba todo el material que les había pedido: mordazas, cuerda, un taladro con batería, un bote de cloroformo, munición del calibre treinta y ocho para su revólver…

—Son trescientas mil pesetas… —le dijo el matón.

Juan sin inmutarse sacó un fajo de billetes de su cartera y se lo entregó.

—Un placer payo, con esto pagas la furgoneta, el material y la protección de Don Miguel. Habrá dos hombres a la entrada del camino a medio kilómetro de aquí. Te dejarán hacer, ir y venir. Tú solo avísales si te encuentras en peligro.

Los hombres del clan ya se metían en el coche para marcharse cuando un ocupante bajó la ventanilla de atrás del vehículo. Los oscuros y profundos ojos de Don Miguel miraban a Juan, serios, duros como el cemento armado.

—Ahora ya me entiendes Juanillo. Antes cuando eras poli y me perseguías no, pero ahora sí. Tipos con traje y corbata que salen en

los telediarios hablando con palabras finas de lo bien que va España y lo mucho que hacen por ella —el gitano escupió sobre la tierra—. Todo mentira y engaño. Ellos quieren quedarse con todo. Pero nosotros —dijo golpeándose el pecho—, no vamos a dejar que se queden con lo nuestro, no vamos a dejar que decidan sobre nuestros asuntos, porque el destino de nuestros negocios y la vida de nuestros hijos es cosa nuestra. ¿Lo entiendes Juanillo? Cosa nuestra y de nadie más.

El patriarca gitano hizo un gestó a su guardaespaldas para que arrancara el coche.

—Espero que le hagas pagar al que le hizo esa barbaridad a aquella chiquilla. Y también espero que no acabes con dos tiros en la cabeza. Adiós payo.

El coche se alejó en dirección a Santa Fe. Juan se quedó solo, de pie, rodeado de oscuridad, con las palabras de Don Miguel atronando su cabeza. Todo era un jodido teatro, y unos actores que se creían los protagonistas de la historia habían machacado a una pobre chica hasta matarla. Esa era la realidad detrás de todo el entramado.

Sintió la brisa del desierto en su rostro, reavivando las ascuas de la ira, que comenzaban a prender el fuego de la venganza en su pecho.

«Es tiempo de pagar por las deudas».

Por ella

Madrugó. Había dormido vestido sobre la cama y no tomó su habitual ducha matutina ya que no quería hacer más de lo imprescindible en ese lugar. A saber quién se habría duchado allí. Tampoco usó el fuego de butano de la cocinilla. Se arregló frente al espejo. Agua y jabón en las axilas, colonia cara en el cuello. Se abrochó la camisa y salió al exterior. El Mercedes brillaba bajó los primeros rayos de sol de la mañana. Miró en derredor y vio que todo eran colinas y vegetación desértica y que por en medio de ellas, como una culebrilla, serpenteaba el camino de tierra que llegaba hasta la urbanización Santa Fe. Salió a la nacional y al cabo de cinco minutos ya estaba dentro de la ciudad, parado en un semáforo. Se encendió un cigarro y echó una ojeada a sus notas: diecinueve nombres eran muchos nombres. Pasó las páginas del cuaderno hacia atrás, al día que pilló a Marta acechando el piso de Matilda, tenía escrita la dirección de Daniel Hidalgo. Marta la había conseguido a través de los compañeros de Hacienda, les explicó que de vez en cuando les consultaban direcciones para notificarles vías de apremio. El tipo vivía en la urbanización Fuentes Profundas, una urbanización de lujo en el sur de la ciudad. El semáforo se puso en verde. Arrancó. No había ni una sola nube en un cielo de color azul intenso. Un sol de fuego comenzaba su ascensión en lo que prometía que iba a ser un duro día de verano zaragozano.

Pensó en que la primera vez que tuvo un objetivo claro en la vida fue cuando estaba criando a su hija Clara. Estar con ella, acompañarla en su crecimiento y cuidarla, estaba sin duda por encima de los demás quehaceres. Y cuando un hombre tiene claro cuál es su objetivo en la vida es feliz, o al menos su vida cobra un cierto sentido. Ahora sentía algo parecido, tenía un fin, hacer justicia a Itziar, y de nuevo este hecho dotaba de significado a su vida. Aunque no se podía decir que fuera un hombre feliz. Giró a la altura del Hospital Militar y se dirigió al sur de la ciudad. Llegó a la urbanización Fuentes Profundas y torció el gesto al comprobar que tenía un muro perimetral coronado por concertinas, y además había un conserje en una garita desde la que se dominaban todos los

accesos a la urbanización. «*Aquí no puedo atraparlo sin armar un follón considerable*».

Dirigió su Mercedes al centro. Aparcó en la Calle Isaac Peral con Joaquín Costa, muy cerca del Gran Hotel. Anduvo unos metros, ahí estaba la sede de ZOFAZASA. Marta le había dado la dirección; pero tenía un problema. La única imagen que tenía de Daniel Hidalgo era la foto de su orla, tomada hacía más de treinta y cinco años. En tanto tiempo una persona puede cambiar mucho. Se le ocurrió algo. Fue dando un paseo a la Biblioteca de Aragón. En la puerta había varios estudiantes con el examen de selectividad pendiente para septiembre, sentados en el suelo, fumando y remoloneando antes de entrar para pasar la mañana estudiando. Juan franqueó la puerta y sus ojos se clavaron en ella. Susana atendía sus labores administrativas sin ser consciente de ser el punto donde se reunían las miradas de media biblioteca. Cuando levantó la cabeza y vio a Juan sonrió.

—Hoy estoy liada —le dijo, y una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—No he venido a eso cielo —Juan le sonrió—. Necesito que me ayudes con algo.

Ambos salieron a la calle.

—Es mi rato del café, tengo media hora. ¿Qué te pasa?

—¿Conoces la empresa pública ZOFAZASA?

—Sí, la conozco. Tiene plazas abiertas a funcionarios, alguna vez me he planteado concursar ahí. Pagan bastante bien.

—¿Tienes alguna amiga allí?

—Déjame pensar… sí, sí, una compañera de la academia trabaja allí. ¿Por qué?

—¿Tienes la suficiente confianza con ella como para ir a verla?

—Supongo que sí. Solemos quedar de vez en cuando a tomar café.

—Vamos —le apremió Juan—, simplemente irás a verla y yo te acompañaré, una vez ahí olvídate de mí y actúa normalmente con tu amiga. Llévatela a tomar café o haz lo que mejor te parezca.

—¿Rollos de detectives? —preguntó.

—Rollos de detectives —contestó Juan.

A Susana todo eso le sonó extraño, pero sentía un cariño antiguo por él. Cuando llegaron saludaron al guarda de seguridad con una sonrisa y subieron a la planta tercera del edificio donde estaban las oficinas de la empresa. Susana enseguida vio a su amiga. Su puesto de trabajo estaba al lado de una cristalera que daba a la calle Joaquín Costa. Toda la planta era diáfana, con los diferentes puestos de trabajo repartidos con un orden fruto de la jerarquía imaginaria que rige en la Administración. Al fondo el único despacho de toda la empresa. Juan enfiló hacia él, recorrió la planta a paso ligero en apenas unos segundos, según se acercaba a la puerta del despacho oyó una voz que le preguntaba que a dónde iba y si deseaba algo, imaginó que sería de una secretaria, pero pasó de largo, agarró el pomo de la puerta del despacho y entró. La mirada de aquel joven imberbe e ingenuo se levantó de la mesa del despacho hacia el intruso que había interrumpido su trabajo. Solo que ahora ya no era una mirada ingenua y joven, si no vieja y ladina.

—¡Vaya! Me he equivocado, disculpe —dijo Juan grabándose a fuego en su memoria el rostro de Daniel Hidalgo, que ni siquiera contestó.

Juan cerró de nuevo la puerta, se despidió de Susana y salió de las oficinas. Ya conocía a su presa, ahora solo tenía que cazarla. Ya en el exterior observó la zona, estaba llena de bares, se metió en uno de ellos, pidió un carajillo de whisky y se sentó al lado de una cristalera desde donde se controlaba el portal de entrada a ZOFAZASA. Y esperó. Sobre las dos de la tarde Daniel Hidalgo salió por la puerta principal, cruzó dos calles y se metió en un pub elegante donde tomó un par de copas sentado en un sillón. Después volvió a la oficina, donde estuvo hasta las seis de la tarde, momento en que un chófer vino a buscarlo y lo llevó a casa. Esa fue la rutina que Juan vislumbró durante una semana de observación. Un día no vino el chófer. En lugar de eso salió caminando, cogió un autobús urbano y se fue. Eso pilló desprevenido a Juan, que no pudo seguirle. Pasaron un par de días y volvió a hacerlo, pero esta vez Juan estuvo atento y subió tras varias personas al mismo autobús. Daniel Hidalgo bajó en una parada del barrio de San José, en la zona próxima a las Fuentes. Juan bajó con él y lo siguió discretamente a

cierta distancia. Hidalgo llamó al portero automático de un viejo bloque de viviendas de ladrillo marrón. Juan se fue al otro extremo de la calle y esperó. Aproximadamente una hora después Hidalgo salía de nuevo del portal, su piel estaba ligeramente perlada por el sudor y su pelo había perdido la fijación de su sempiterna gomina. Juan alzó la vista y contempló el edificio. «Así que te ponen las chicas de barrio». Dijo para sí.

Juan comía por los bares de la zona, no solía cenar, y ya por la noche volvía a la casa de Santa Fe. Así días tras día. Por la mañana, nada más amanecer, salía a correr por los senderos que discurrían tras la casa y que se perdían entre las áridas colinas que se extendían hasta donde llegaba la vista. Después, sin pensar mucho en los usos previos que le habrían dado a la ducha, se duchaba y se iba al centro a vigilar la rutina de Hidalgo, que un par de veces a la semana cogía el autobús de la línea treinta y uno y se iba al barrio de San José para verse con su amante. Siempre lo hacía por la tarde y solía salir del piso sobre las siete. La calle no era muy transitada. La mayoría de los negocios tenían las persianas bajadas y llenas de grafitis. Los edificios eran de cinco alturas y la calle no era muy grande. De vez en cuando salía algún vecino a pasear a su perro y no había bares. «*Este es el sitio*». Pensó Juan.

Ese día cenó en un bar del barrio de San José, de los que le gustaban a él, donde los clientes y el dueño se llamaban por sus nombres. Una hamburguesa con patatas fritas y un par de cervezas Ambar. Después de cenar se quedó sentado observando a los parroquianos relacionarse entre sí. Uno jugaba a la tragaperras mientras fumaba, y entrecerraba los ojos de una manera cómica para protegerse del humo del cigarrillo. Estar entre aquella gente le relajaba, le recordaba sus orígenes. Le recordaba a su padre. Salió de allí y buscó una cabina telefónica. Marcó el número de un contacto en la Seguridad Social. Al tercer tono alguien contestó.

—Diga.

—Tenemos que vernos. Donde siempre en media hora.

Y colgó. Se dirigió a la zona del parque Grande. Todo estaba tranquilo y desierto a esas horas. Vislumbró a su viejo contacto. Vestía una gabardina y cubría su cabeza con un sombrero de fieltro

clásico. Fumaba alejado de la luz de las farolas, en un punto exacto donde las sombras bañaban su rostro. Juan se acercó a él y le tendió un papel manuscrito y plegado.

—Dieciséis nombres y apellidos. Lo de siempre, patrimonio, trabajos que desempeñan y lo mismo de sus parejas si es que tienen.

Su contacto cogió el papel y se lo guardó en un bolsillo de la gabardina, tras lo que se quedó inmóvil fumando con parsimonia. Juan volvió a alargar su mano, esta vez para entregarle un fajo de billetes. El contacto guardó el dinero en otro bolsillo de la gabardina y se fue de allí a paso ligero.

Subió de nuevo a su coche y condujo sin rumbo, perdiéndose primero por las callejuelas de las barriadas y después por los polígonos industriales de la metrópoli. Una vez empezara ya no habría vuelta atrás. Sintió que todo lo que le había pasado en la vida había ocurrido por un motivo, prepararlo para lo que iba a suceder: su entrenamiento en el ejército, su trabajo como policía, la muerte de su pequeña hija…

Paró en un alto de la zona sur de la ciudad, con los Pinares de Venecia a sus espaldas, y contempló la urbe. Pensó que iba a sacudir y hacer saltar parte de sus miserias por los aires, y eso le hizo gracia. Sonriendo se encendió un cigarrillo. En la radio del coche sonaba un casete de Johnny Dodds. Sus rápidos y divertidos golpes de trompeta sonaban como aldabonazos advirtiendo a la ciudad de lo que estaba a punto de ocurrir. Por un segundo su cerebro se llenó del recuerdo del amor que llenaba su vida cuando su mujer y su hija estaban en su vida, y se sintió abrigado por él, como si Dios le hubiera concedido el privilegio de vivir por una fracción de segundo en el pasado, para luego, de golpe, ser consciente de que su hija ya no estaba y su mujer había rehecho su vida con otra persona. Todo era descarnado, duro y desnudo sin el amor de ambas, todo era superficial y aparentemente placentero. Quizá el amor de esa joven que acababa de conocer pudiera prender de nuevo las ascuas que le calentaban el alma en los días pasados. Los hombres que lo han perdido todo son los más peligrosos.

Un último vistazo a la ciudad, sus luces eran hipnóticas. No dejó de sonreír mientras se metía en su coche y ponía rumbo a su escondrijo en Santa Fe.

***

Paró el coche en el desvío que llevaba a la casa. Los dos hombres de Don Miguel estaban ahí, dentro de un coche viejo parado al inicio de la pista de tierra. Juan no sabía hasta qué punto lo estaban protegiendo o vigilando, o ambas cosas a la vez. Se acercó a ellos y les dijo que no necesitaba su protección, que se marcharan. Después sacó un fajo de billetes y se lo entregó al que iba sentado en el asiento del copiloto. No dijeron ni una palabra, simplemente arrancaron el coche y se fueron de allí. Seguramente a informar a Don Miguel.

Juan se internó por la pista de tierra y aparcó el Mercedes junto a la puerta de la casa. Entró y se sentó frente a la pequeña mesa del salón, donde tenía todo su material desplegado. Bajo la tenue luz amarillenta del flexo repasó las notas que había apuntado sobre el caso: todo lo que le había contado Txiki, la fecha que le dio su antiguo compañero Boned acerca del día que cogieron el avión los dos inspectores de Madrid, y también lo que le había contado Ahmed, el hermano de Yousef, aquella noche en que le persiguió a la carrera hasta el gimnasio de Txiki en Cogullada. Repasó fechas, lugares, personas. Todo eso conformaba una parte del tablero. Por la otra parte tenía todo lo que había anotado aquella noche en que Marta, la joven que dejaba los anónimos a la madre de Itziar, relató cómo Daniel Hidalgo y el propio el propio alcalde de la ciudad, Juan Antonio Artajona Humeral, habían presionado a Itziar para que firmara las certificaciones de obra y así ponerla de cortafuegos ante posibles investigaciones judiciales. Juan se encendió un cigarrillo, le dio varias caladas y lo dejó sobre un cenicero enorme que había en un extremo de la mesa. Itziar se negó y les amenazó con llevar el asunto a los medios de comunicación. Ahí es cuando esos tipos se pusieron nerviosos, no obstante, Juan tenía dudas de que hubieran sido capaces de ordenar la muerte de Itziar. Dio una calada

meditabunda al cigarro y se masajeó la cara con las manos. Después, recapacitó sobre todos los datos con la mirada perdida en la negrura del desierto que se alcanzaba a ver a través de la ventana del salón, mientras daba caladas al cigarrillo Marlboro. Para encargar la muerte de alguien hay que ser muy despiadado, no todo el mundo es capaz de hacer algo así. Volvió a pensar en el tema de Yousef y los dos inspectores de Madrid que habían resuelto el caso. Alguien estaba protegiendo a Garanto desde Madrid, él mismo había reconocido en alguna conversación que estaba implicado en la lucha por la sucesión del viejo jefe superior de policía, y que a él le apoyaban altos mandos en Madrid. Ese tema también estaba sobre el tablero.

Se levantó de la silla y salió al exterior. La oscuridad era profunda. La brisa calenturienta le traía el canto de los grillos y en la lejanía se oía el murmullo del discurrir del río Huerva, cuyo cauce se situaba a unos tres kilómetros de la casa. Respiró hondo y volvió al interior. Se desnudó, comprobó que el revólver estaba cargado, puso el seguro y lo metió debajo de la almohada. Después se tumbó y esperó a que el sueño trajera algo de paz a su desdichada mente, mientras pensaba que lo que iba a hacer sería la jugada que clarificara de una vez por todas el intrincado tablero donde se estaba jugando una lúgubre partida de ajedrez.

***

Se levantó temprano e hizo un poco de sombra pugilística frente a un viejo espejo, un par de asaltos de dos minutos. Después se limpió el sudor con agua del lavabo y se vistió. Pantalones vaqueros y una camisa blanca de algodón bastante arrugada. Se miró al espejo y por un segundo pareció estar mirando a otra persona distinta, como si su conciencia se hubiera ido y hubiera dejado ese cascarón vacío que se miraba al espejo sin reconocerse. Fue hasta Cuarte de Huerva y una vez allí buscó una cabina de teléfono. Varios tonos.

—¿Sí?

Esa voz era todo cuanto quería. Todo cuando necesitaba. Era un mar en calma donde quería zambullirse y no salir nunca más a la superficie.

—Hola Pilar, soy Juan.

—¡Juan! Te he llamado a casa, llevo dos días sin saber nada de ti y pensaba que te había pasado algo. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, perdona, tenía que haberte llamado antes.

—¿Todo esto es por el caso de Itziar no?

—Sí.

—Lo entiendo. —Silencio—. Quiero que tengas mucho cuidado. ¿Me oyes?

—Sí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Y también te prometo que después de esto solo aceptaré casos de maridos celosos.

El sonido de una risa llegó desde el otro lado de la línea.

—Ahora que estoy empezando a quererte no quiero que desaparezcas de mi vida —susurró la joven.

Un escalofrío recorrió a Juan de punta a punta.

—No voy a desaparecer de tu vida. Creo que me he enamorado de ti.

Silencio.

—Te prometo que me mantendré con vida.

Colgó el teléfono. Introdujo una moneda de veinticinco pesetas y marcó otro número.

—¿Diga?

—Necesito la información ya.

—La tengo. Nos vemos en un hora donde siempre.

Su contacto en la Seguridad Social era un tipo de cincuenta y muchos años que redondeaba su exigua nómina del Estado vendiendo información recién sacada de los archivos del ente público. Siempre quedaban en el Parque Grande, en una zona sombría cubierta por grandes pinos piñoneros situada cerca de la estatua de Alfonso el Batallador. Un sitio discreto por donde casi no transitaba nadie. Caminaron el uno hacia el otro, no se saludaron ni se dijeron una sola palabra. Cuando se cruzaron el funcionario le

entregó un sobre a Juan, que lo guardó en silencio y prosiguió andando hasta llegar de nuevo a su coche. Tuvo la tentación de ir a ver a Pilar y pasar el día con ella, fortalecerse con su mirada, con su tacto, verla moverse por la habitación con ese desparpajo propio de la juventud… Pero pensó que si hacía eso podría ponerla en peligro. Miró en torno suyo. Nadie le pareció sospechoso; pero no quiso jugársela. Se metió en el Mercedes y puso rumbo a su escondrijo. Una vez que llegó a Santa Fe esperó un rato en el desvío de la pista de tierra para ver si le seguían. No se veía a nadie hasta donde alcanzaba la vista. Al fin se dirigió hacia la casa.

***

Un sol rojizo se hundía ya sobre el horizonte despidiéndose tras un día abrasador. La tierra recalentada recibía la primera brisa de aire fresco que traía la humedad del Río Huerva. Juan estudiaba detenidamente el informe de su contacto. Le había dado dieciséis nombres, y este le había devuelto información de esos dieciséis más las de sus respectivas parejas sentimentales. Su contacto indicaba la profesión, la empresa para la que trabajaban, ciudad de residencia, sus cotizaciones sociales e incluso si padecía alguna enfermedad. La mayoría no llamaron su atención, tenían profesiones como médicos o profesores de universidad, había un par de catedráticos y un doctor en Física. Algunos ni siquiera vivían en Zaragoza y un par residían en los Estados Unidos. Uno era el jefe de la Policía Local de Zaragoza, eso llamó su atención. Subrayó su nombre. Comenzó a leer la información de sus parejas. La mayoría eran amas de casa, solo había una que ejercía de cirujana y otra que era funcionaria del Ayuntamiento de Zaragoza. Leyó atentamente acerca de esta última y comprobó que era la Interventora General del Ayuntamiento de Zaragoza, su nombre: Rocío Lasala Amez. Una alarma sonó en la cabeza de Juan que rápidamente abrió su libreta y buscó las notas que había tomado la noche en que Marta les contó todo lo que sabía.

—Rocío Lasala Amez —susurró leyendo su libreta—. Fue la interventora a la que Itziar le contó lo que estaba pasando en

ZOFAZASA…

Volvió al informe y miró quién era su pareja: Marcelo Espino Lucero, jefe de la Policía Local de Zaragoza. Juan miró al infinito, había dado con algo. Esa mujer era la que aprobaba en última instancia el gasto, previa certificación de lo realizado en obra por parte de Itziar. Y esa mujer era la pareja de un amigo de la infancia del presidente de ZOFAZASA y del alcalde de la ciudad, cuyas fotos de niñatos imberbes corroboraban su relación colgando de las paredes del pasillo de los recuerdos del colegio de Nuestra Señora del Pilar. El círculo se había cerrado. Daniel Hidalgo, presidente de ZOFAZASA, Juan Antonio Artajona Humeral, alcalde de la ciudad, y Marcelo Espino Lucero, jefe de la Policía Local y marido de Rocío Lasala Amez, Interventora General del Ayuntamiento de Zaragoza, constituían un círculo de viejas amistades en puestos relevantes de la Administración de la Comunidad Autónoma y de la ciudad, puestos que aprovechaban para lucrarse ilícitamente. Hasta que toparon con la pobre Itziar. Juan rebuscó en su libreta las anotaciones que había hecho del atestado policial. Se decía que el cuerpo de Itziar lo había encontrado una patrulla de la Policía Local. Un calor intenso fruto de una ira incontrolada comenzó a subirle del pecho a la cabeza. Empezaba a creer que esos hijos de puta realmente habían sido capaces de asesinar a la muchacha. Después, los dos inspectores corruptos e inútiles que habían mandado de Madrid para salvarle el culo a Garanto, llegaron a la ciudad y al ver el tinglado que habían montado tiraron por la calle de en medio. Inculparon a Yousef, un confidente suyo con antecedentes por narcotráfico al que no les fue difícil cargar el mochuelo. Cumplieron sus órdenes, le presentaron el caso cerrado a su señoría la jueza y volvieron a Madrid a cobrar sus sobresueldos. Todos contentos. Todos menos Matilda, rota de dolor y frustración.

Esa noche no pudo dormir pensando en lo que iba a hacer al día siguiente, cruzaría una frontera que no tenía marcha atrás. Iba a poner su vida en peligro; pero no le importaba, no hay nada más peligroso que un hombre desengañado de la vida y sin nexos de unión con el mundo. Si le pasaba algo nadie le lloraría, o al menos no mucho. Quizá Pilar lo sintiera durante unas semanas, pero luego

seguiría a delante con su vida de joven de veinticuatro años. Su exmujer Martina también derramaría alguna lágrima, pero desde la distancia que da tener una nueva familia.

Una luna enorme y roja se erguía en la negrura de la noche. Juan la miraba desde el lecho a través de la ventana del dormitorio. Se levantó de la cama. Había quitado las sábanas y le había dado la vuelta al colchón, dormía directamente sobre él. Qué habrían hecho en esa cama dentro de aquella casa de hampones y narcotraficantes. Prefería no saberlo. Revisó el material que tenía preparado para el día siguiente: bridas, cinta americana, varios pañuelos, cloroformo, un taladro, brocas… Se encendió un cigarro y dio unas cuantas caladas que parecieron abrigarle las entrañas. Sintió que una paz repentina le embargaba. Aprovechó esa sensación para tumbarse sobre el colchón de nuevo e intentar descansar, lo suficiente al menos para que su cuerpo estuviera preparado para lo que estaba por venir.

La pista del dinero

Dejó la furgoneta aparcada cerca de la entrada al edificio donde vivía la amante de Hidalgo. Desde ese punto controlaba la calle con comodidad. Eran las cinco y media de la tarde de un jueves. No sabía si aparecería, no al menos ese día, de lo que si estaba convencido era de que acabaría apareciendo un día u otro. La lujuria es un gigante difícil de batir y a Hidalgo lo tenía consumido hasta el tuétano. Esa tarde no acudió a ver a su amante, ni tampoco al día siguiente. Después llegó el fin de semana. Juan no salió de su escondrijo hasta el lunes. Volvió a apostarse en aquella callejuela, atento a que apareciera su presa. Lo vio venir andando a toda prisa, azuzado por sus impulsos sexuales, dobló la esquina y tras llamar al portero automático entró en el edificio y se perdió escaleras arriba como un gorrino en celo. A Juan se le dibujó una medio sonrisa en la boca. La calle estaba desierta y el sol caía sin piedad recalentando el asfalto lleno de socavones. El silencio de la desoladora escena solo era roto por el motor de algún vehículo que pasaba por la calle muy de vez en cuando. Sabía que no tardaría mucho, una hora como mucho. Satisfaría sus deseos y después se iría a su espléndido chalet a vivir su vida de ensueño junto a su probable familia modélica. Solo que ese día no iba a llegar a casa. Juan tenía otros planes para él. Lo vio salir del portal. Juan se puso un pasamontañas. Hidalgo avanzaba a paso ligero hacia un extremo de la calle, en unos segundos pasaría junto a la furgoneta. Juan salió por el lado del conductor, rodeó la furgoneta y se plantó justo delante de Hidalgo, que lo miró sorprendido al principio, pero después, cuando comprendió lo que estaba a punto de suceder, abrió mucho los ojos e hizo amago de salir corriendo. Juan le aplicó una llave de judo que lo inmovilizó y le apretó un pañuelo empapado en cloroformo contra la nariz, en unos pocos segundos Hidalgo cayó dormido sobre sus brazos. Después lo cargó en la parte trasera del furgón, cerró la puerta y tras amordazarlo le ató pies y manos con bridas. Lo acabó de atar con cuerda a la estructura interior del chasis. Saltó al asiento del conductor y puso rumbo a Santa Fe.

***

El tipo se despertó del sueño inducido por el cloroformo y miró alrededor. Estaba atado a una silla en mitad de una estancia. Una bombilla en el techo, un grifo goteando agua en una cocina sucia y vieja, por la ventana solo negrura y un calor insoportable. Cuando comprendió el terrorífico lugar en el que se encontraba y lo que eso significaba para su futuro más inmediato se orinó encima. Después empezó a pedir ayuda; pero debido a la mordaza, de su boca solo salieron balbuceos que apenas se oían en el interior de la casa. Juan lo observaba todo a unos metros de distancia, vigilando las espaldas de Hidalgo. Cuando vio que la orina comenzaba a hacer un reguero por el suelo, se le dibujó en el rostro esa medio sonrisa de hijo de puta que se le ponía cuando descubría las debilidades ajenas. Se levantó y comenzó a caminar hacia él. Hidalgo, al oír pasos a sus espaldas, se echó a llorar como un chiquillo.

—Escúchame hijo de puta —su voz todavía sonaba más dura de lo habitual al filtrarse por la tela del pasamontañas—, te voy a quitar la mordaza, pero como se te ocurra gritar te vas a arrepentir.

Le retiró la mordaza. Hidalgo comenzó a boquear entre sollozos como si fuera un pez fuera del agua.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? —dijo aterrorizado.

—Quién soy yo no es importante.

—No me haga daño por favor, tengo dos hijos adolescentes…

—Eso solo depende de ti.

Juan cogió la silla donde había estado sentado y se colocó justo enfrente de Hidalgo.

—Usted es Daniel Hidalgo, presidente de la empresa pública Zona Franca de Zaragoza SA.

—No, no, se ha equivocado de persona, yo no soy ese que usted…

Ni siquiera vio venir el puñetazo que le rompió la nariz. Empezó a sangrar y su camisa se tiñó de rojo por momentos.

—Si vuelves a mentirme será mucho peor.

Hidalgo gritaba de dolor y sus ojos estaban totalmente llenos de lágrimas.

—Tienes la nariz rota y aún no hemos empezado a hablar.

Juan volvió a sentarse en la silla y guardó silencio, dando tiempo a que Hidalgo se acostumbrara al dolor y pudiera escuchar sus palabras.

—Bien, ahora que ya conoces las consecuencias de mentir, espero que ambos hablemos francamente.

—Sí, sí… —balbuceó.

—Usted es Daniel Hidalgo, presidente de ZOFAZASA.

—Sí, lo soy, por favor no me haga daño…

El tipo olía a una mezcla de colonia cara y orina y su pelo engominado estaba perdiendo la consistencia debido al sudor que ya le corría por todo el rostro. Pronto el tupé le caería sobre los ojos.

—¿Por qué crees que estás aquí?

Hidalgo miró a su captor aterrorizado.

—Por lo de la Zona Franca… —dijo entre gimoteos como un niño al que han pillado haciendo algo malo.

Juan lo contempló detenidamente. «*Este tipo es un mierda*». Pensó.

—Bien, es un buen comienzo. Pero concrétame el motivo por el que tú piensas que estás aquí.

—Por las comisiones de las obras…

—Caliente, caliente…

—¿Le ha contratado la constructora verdad? ¿Harta de lo que le estamos haciendo, no? Déjeme marchar y yo le daré el doble de lo que le estén pagando.

—Vaya, esto empieza a animarse; pero no, no hago esto por dinero. Cuéntame todo acerca de lo que estáis haciendo con las obras de la Zona Franca.

—Mire, yo soy solo un pobre imbécil, un peón al que gente poderosa ha ido poniendo a su antojo en puestos decisivos para favorecerles en sus asuntos.

—Habla.

Hidalgo valoró la situación, una confesión era mejor que acabar con un tiro en la cabeza, tenía que intentar sobrevivir aunque eso supusiera delatar a gente importante.

—Les dije que nos pillarían, que esto no podía salir bien...

Silencio. La sangre le caía al suelo goteando desde la nariz. Negó para sí.

—Todo era un fraude para quedarnos con dinero de las arcas públicas, inflábamos las certificaciones de obra que nos presentaba la constructora contratista de las obras. Estábamos compinchados claro, les decíamos cuánto tenían que poner de más; después nosotros les dábamos el visto bueno a esas certificaciones y el dinero salía de las arcas públicas hacia la constructora. Luego ellos nos pagaban un porcentaje en metálico.

—Dinero negro.

—Sí, nos pagaban en dinero negro. A la constructora le venía de perlas el tinglado, porque así lavaba el dinero en «B» que les entraba por otros negocios.

—¿Otros negocios?

—Negocios en América Latina, yo en eso no me meto.

—No te metes, solo recoges el dinero.

—¿Usted nunca ha cometido ningún delito? —dijo alzando el rostro hacia Juan.

—Muchos, pero lo que a ti te interesa es que esta noche no cometa ninguno más.

Esas palabras borraron la poca dignidad que le quedaba a Hidalgo y le recordaron cuál era su sitio en aquel lugar.

—Prosigue.

—Yo quedaba con un directivo de la constructora y él me entregaba el dinero en una bolsa de deporte. Después lo repartía.

Hidalgo miró a Juan con la vana esperanza de que no le hiciera seguir hablando.

—¿Quién más está metido en el asunto?

—Gente muy poderosa.

—¿De esta ciudad?

—Sí.

—Quiero nombres.

—Por favor…

—Nombres o te saco los ojos.

Un llanto amargo. Un hombre rico de mediana edad empapado en orines y doblándose sobre sí mismo suplicando al demonio.

—Juan Antonio Artajona Humeral.

—El puto alcalde.

—Sí, él era el que organizaba todo, un peso pesado dentro del partido progresista. Él me colocó en este puesto desde el que poder favorecerle a él y a sus amigos.

—Más nombres.

—Marcelo Espino Lucero, jefe de la Policía Local de Zaragoza —Hidalgo valoró la posibilidad de callar lo que estaba a punto de decir, pero en el último momento pensó que ya que caían, iban a caer todos—, y su mujer, Rocío Lasala Amez, interventora jefe del Ayuntamiento de Zaragoza.

—¿Qué papel jugaba cada uno?

—El alcalde era el jefe, él nos había puesto en nuestros respectivos puestos, como ya le he dicho, con el único fin de cumplir con sus órdenes, fueran las que fueran. Me ayudó a alcanzar otros cargos con anterioridad moviendo los hilos en el partido progresista. Todo lo que he conseguido se lo debo a él. No pude negarme cuando me propuso el negocio de la zona franca, además si me hubiera negado me habría echado a un lado y habría puesto a otro en mi lugar, y a mí me gusta el dinero. Mi pecado es la avaricia.

—Y el mío la impaciencia. Háblame del jefe de policía y de su mujer.

—El jefe de la Policía Local es amigo de la infancia del alcalde, al igual que yo, los tres estudiamos en el mismo colegio. Marcelo y el alcalde son íntimos; pero la pieza clave en el juego es la mujer de Marcelo: Rocío Lasala. Ella era la que en última instancia autorizaba las salidas de dinero de la caja de la tesorería hacia la constructora.

—¿Cómo os repartíais el dinero?

—Lo dividíamos en ocho partes, una para mí, otra para Rocío y Marcelo, y las otras seis restantes se las llevaba Juan Antonio Artajona Humeral.

—¿El alcalde se llevaba el triple que tú y los otros dos juntos?

—Así es.

—¿No hay más gente implicada?

—Que yo sepa no.

—¿Qué tú sepas?

—Verá, el alcalde era el que movía todo, alguna vez insinuó que tenía a gente detrás y es posible que así fuera ya que obtenía información fiable sobre las intenciones de los chinos y sus inversiones en la ciudad. Ya sabe, conexiones a alto nivel.

—¿Qué hacíais con el dinero?

—Cada uno lo que quería o podía. Yo lo blanqueaba con negocios de lavanderías y un par de bocaterías que tengo por el centro. Espino y su mujer creo que, por algún comentario que les oí alguna vez, lo guardaban en algún sitio, ya ve, eran poco imaginativos.

—¿Qué hacía el alcalde con el dinero que tú le entregabas?

—Lo ingresaba en un paraíso fiscal.

—¿En cuál?

—En el Andorra Bank.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguna vez hablábamos de las posibilidades que teníamos, ya sabe.

—No, no sé.

—Hablábamos de las diversas maneras de lavar el dinero o de evadirlo del fisco.

Juan se colocó detrás de Hidalgo, se quitó el pasamontañas y se encendió un cigarrillo. Fumó tranquilo, mirándose los nudillos enrojecidos de su mano derecha. Cuando terminó tiró la colilla al suelo, se colocó de nuevo el pasamontañas y encaró a Hidalgo.

—¿Cómo aprobabais las certificaciones de obra?

Hidalgo lo miró sorprendido.

—No entiendo muy bien a qué se refiere.

El bofetón le pilló desprevenido. No volvió a dudar.

—Las certificaciones las hacía personal de la empresa pública ZOFAZASA, lo revestíamos todo de legalidad para no levantar sospechas. La sociedad que tenía como misión promover la Zona Franca estaba formada a partes iguales por el Estado, la Diputación General de Aragón y el Ayuntamiento de Zaragoza, y el presidente del Consejo de Administración era el alcalde. Él tapaba todo para no levantar sospechas en el resto del consejo, o a lo mejor todos estaban metidos en el ajo, eso no lo sé, ya le he dicho que puede que haya otras personas metidas en esto a tenor de la cantidad de

dinero que se llevaba Artajona. Lo que sí que le puedo decir es que la empresa que yo presido, ZOFAZASA, era la encargada de llevar a cabo la dirección de obra de todo lo que se hiciera en la Zona Franca, y luego la intervención era llevada a cabo por Rocío.

—¿Los miembros del Consejo de Administración de la Zona Franca podrían enterarse del desfalco?

—Claro, tienen potestad para fiscalizar las certificaciones, pero no me extrañaría que no lo hubieran hecho. En mis años en la Administración he visto de todo, y muchas veces esos puestos en los consejos de administración son premios que se dan a acólitos de los partidos políticos. Acuden a las reuniones y ni siquiera se molestan en aparentar interés por los temas a tratar. Suerte si no se quedan dormidos.

—O eso o estaban untados.

—No lo sé, pero no lo descarto.

—¿Quién firmaba las certificaciones?

—Ya le he dicho que personal de ZOFAZASA.

—¿Por amor al arte?

Hidalgo bajó la mirada al suelo, rememorando el último bofetón recibido.

—Les presionábamos para hacerlo —dijo al fin.

—¿Hasta dónde erais capaces de presionarlos? —Juan se acercó a Hidalgo, intimidándolo aún más.

—Recuerdo a una ingeniera, fue la primera que se encargó del tema de las certificaciones de obra, se negó a firmarlas y la amenazamos con separarla del servicio.

—¿Cómo se llamaba?

—Itziar Cestero Acón.

—Ese nombre es lúgubremente conocido en la ciudad.

—Sí, tuvo mala suerte.

Silencio. Afuera la noche ya era cerrada y traía el solitario e hipnótico canto de las cigarras. Dentro de la casa el tiempo parecía haberse detenido. La sangre en la nariz de Hidalgo ya estaba seca y sus orines evaporados por el calor. Juan se quitó el pasamontañas mostrando su rostro. Hidalgo al verlo se echó a llorar y cerró los ojos.

—Por favor, no he visto su rostro, por favor…

—Itiziar Cestero Acón fue asesinada.

—Por favor, por favor, si me ha mostrado su cara es porque no tiene miedo de que la vea, y si no tiene miedo de que vea su rostro es porque me va a matar.

Juan fue al dormitorio y rebuscó en la bolsa que contenía el material que le habían conseguido los hombres de Don Miguel. De repente le vino a la mente un viejo amigo suyo del ejército que fue desplegado en Mostar en misión de la ONU en el noventa y dos. Su amigo le contaba historias de aquel lugar, una vez le relató que pasó una noche de borrachera con un militar croata. Cuando ya se habían bebido una botella de vodka el tipo comenzó a hablar de su cometido en el ejército croata durante la guerra. «Los tontos nunca hablan, ya puedes cortarles los dedos uno a uno que se mantendrán fieles y no abrirán la boca. Te lo digo por experiencia. Al final los tontos siempre mueren». Le decía. «Sin embargo los listos hablan a la primera, con solo insinuarles el sufrimiento que puedes causarles te cantan La Traviata». Entre cigarrillos, vodka y testosterona el croata le reveló que había interrogado a docenas de prisioneros durante la guerra. Y alzando el vaso certificaba su verdad hallada en los horrores de sótanos inmundos. «Los inteligentes siempre hablan». Pronto lo comprobaría, Juan regresó al salón donde Hidalgo seguía llorando. Cuando vio el taladro en su mano comenzó a gritar. Juan volvió a sentarse frente a él, muy cerca, mirándole a los ojos.

—Puedes gritar todo lo que quieras, aquí no te va a oír nadie.

Dejó el taladro en el suelo. Era un taladro sin batería, de los que se conectan directamente a un enchufe.

—Dime todo lo que sepas sobre lo que le pasó a Itziar Cestero Acón o comenzaré a taladrarte las rodillas.

—Yo no le hice nada, se lo juro, solo la amenacé con separarla del servicio, pero eso es una cosa, y otra muy distinta lo que está usted insinuando.

—Yo no insinúo nada. Habla.

—Le juro y le perjuro que yo no tuve nada que ver con lo que le pasó, y es más, tampoco tengo ningún conocimiento de que lo que le ocurrió estuviera relacionado con el asunto de la Zona Franca.

—Sé que estás protegiendo a alguien.

—Por favor —su tono era agudo y apagado por el llanto continuo —, yo no he hecho nada por favor, solo soy un abogado del Estado que cobraba comisiones por una obra; pero soy incapaz de matar a nadie, por favor créame…

—Me estás mintiendo.

—Se lo juro, le he contado todo lo que sé, siga la pista del alcalde, si hay alguien más implicado estoy seguro de que él realizaba los pagos de alguna manera, puede que vía paraísos fiscales. Se lo juro —Juan encendió el motor del taladro y su sonido se tragó las palabras de Hidalgo, que miraba con ojos de terror como la broca daba vueltas sobre sí misma indiferente a lo que estaba ocurriendo en aquella habitación—. ¡Por favor! ¡Por favor! —Rogó desesperado. La broca se iba acercando cada vez más a su rótula—. ¡Le he contado todo lo que sé! ¡Lo siento, lo siento! Siento lo que le pasó a esa chica! ¡Pero yo no tuve nada que ver!

El taladro contactó con la piel de Hidalgo y en ese preciso instante un olor nauseabundo inundó la habitación. Juan apagó el taladro y negó para sí, al comprender que Hidalgo había contado todo lo que sabía, había llegado a su punto de rotura y se había cagado encima.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —dijo lastimosamente.

—Dejarte libre. Pero te voy a hacer una recomendación, métete en un agujero profundo, lo más profundo que puedas y mantén la boca cerrada. Ni se te ocurra avisar a tu amigo el alcalde. Deja tu trabajo y búscate otro que te permita tener un perfil bajo. Todo esto va a salir en la prensa y en los telediarios. Tu carrera está acabada. Seguramente pasarás años en la cárcel; pero solo eres un mero peón y pasarás menos tiempo preso que el resto de los que orquestaron el asesinato de Itziar. Te acusarán de malversación, falsedad documental, fraude a la Administración Pública, prevaricación, cohecho y organización criminal, te caerán unos quince años de prisión, por buena conducta podrás salir de la cárcel cuando tengas sesenta y cinco años, a tiempo para disfrutar de la jubilación, una vez que hayas devuelto todo el dinero robado. Pero te advierto de que si intentas joderme —dijo arrastrando las

palabras—, lo que te he hecho hoy te va a parecer una fiesta de cumpleaños.

Lo desató, lo metió en el furgón y lo llevó a su chalet en la urbanización Fuentes Profundas.

—La Policía Nacional y la Guardia Civil ya tienen tus datos —mintió—. Por si se te ocurre escapar del país.

Lo dejó tambaleante caminando hacia su casa de lujo. Totalmente destruido por dentro. Daniel Hidalgo era un funcionario corrupto que había recibido una educación de élite desde la cuna. Bien relacionado y respaldado, había ido ocupando puestos de responsabilidad en la Administración del Estado y en empresas públicas. La experiencia que acababa de vivir y la promesa segura de unos cuantos años en la cárcel habían borrado para siempre su personalidad y cualquier atisbo de tomar la iniciativa respecto al caso Itziar. No obstante, Juan no tenía tiempo que perder. Fue a una cabina telefónica y marcó un número de teléfono.

—¿Diga? —era Manuel Boned.

—Soy Juan, tenemos que vernos lo antes posible en un sitio discreto.

—En el bar de Miralbueno en una hora.

Colgaron el teléfono. Condujo hasta allí a través del tercer cinturón. Cuando llegó buscó la mesa más discreta del bar y tomó asiento. Una simpática camarera de unos cincuenta años le preguntó qué quería. Juan se quedó mirándola en silencio, valorando las implicaciones que tenía esa pregunta. Acabó pidiendo una cerveza que estuviese lo más fría posible y un bocadillo de tortilla francesa con queso. Boned llegó a la media hora. Iba de paisano, pidió otra cerveza y se sentó junto a Juan. El calor era agobiante.

—Tú dirás —le inquirió con un atisbo de preocupación en el rostro, sabedor de que su viejo amigo andaba por tierras pantanosas.

Juan sacó un sobre bastante abultado y lo dejó sobre la mesa.

—He destapado una organización criminal cuyo fin es defraudar dinero público a costa de las obras que se están llevando a cabo en la Zona Franca de la ciudad. Esto es para ti —dijo señalando el sobre —, contiene toda la información acerca de lo que están haciendo:

certificaciones de obra fotocopiadas por gente de dentro, nombres de los implicados, cargos, responsabilidad de cada uno en la trama, relaciones entre ellos, nombre del responsable de la contrata que se relaciona con ellos, todo.

—Joder Juan —dijo Boned mirando desconfiado al resto de clientes del bar—. ¿Tiene algo que ver con la muerte de Itziar Cestero?

—No puedo asegurarlo, pero tampoco puedo descartarlo. Itziar pidió destino en la empresa pública que gestiona las obras, ZOFAZASA, que es dependiente de la Comunidad Autónoma, de la Administración del Estado y del Ayuntamiento a partes iguales. En seguida se dio cuenta de que estaban inflando las certificaciones de obra y se negó a firmarlas. Ahí empezó su calvario. Comenzaron a hacerle la vida imposible día tras día, hasta que la encontraron muerta en la zona del campus universitario.

Boned había sacado una pequeña libreta y tomaba nota de todo lo que decía su viejo compañero.

—¿Cómo has averiguado todo esto?

—Eso no importa, tú tienes la información ahora y tienes los medios de la Policía Nacional.

Boned asintió.

—Esto va a ser algo gordo —le dijo.

—Necesitaré que me ayudes con una última cosa que yo no tengo capacidad para hacer. Por todo lo que he averiguado, Juan Antonio Artajona Humeral era el que lideraba la trama aquí, controlaba a Daniel Hidalgo, al jefe de la Policía Local y a su mujer, esta última era una de las piezas claves porque como interventora daba el visto bueno al pago de dinero por parte de la Administración. Ese dinero se pagaba a la empresa contratista que a su vez les entregaba grandes cantidades de dinero en efectivo a los implicados. La mayor parte se la quedaba el alcalde y según he averiguado lo ingresaba en el Andorra Bank.

—Quieres que utilice el poder de la policía para destapar esa cuenta.

—No solo eso, sospecho que desde esa cuenta el alcalde ha podido estar haciendo transferencias a otras personas. Puede haber

gente más poderosa detrás.

—Entiendo, tramitaré una comisión rogatoria, pero me llevará tiempo.

Manuel sacó un cigarrillo y ofreció otro a su antiguo compañero, que lo aceptó de buena gana.

—¿Tú qué harás ahora?

—Seguiré investigando la muerte de Itziar, en breve me entrevistaré con Vicente Vela, el inspector de Madrid que resolvió el caso. El atestado es sólido; pero hay algo en la muerte de Yousef que no me cuadra.

—¿Piensas que no fue él el asesino?

—De momento prefiero no hablar de esto viejo amigo.

—Lo entiendo.

—Tienes mi busca, cualquier cosa que averigües sobre el destino del dinero dímelo cuanto antes.

—Tendré que mover hilos en Madrid para requerir al Andorra Bank, me llevará un tiempo.

—Haz lo que puedas pero tiempo es lo que menos tengo.

Boned recogió el sobre y se levantó de la mesa.

—Me pongo a trabajar. Tienes mi busca, cualquier cosa estaré allí. Ten cuidado.

Juan deambuló por las calles de la ciudad montado en su Mercedes, sin rumbo. No tenía a dónde ir. No le había contado todo lo que sabía a su compañero pero era mejor así. Tampoco podía volver a su casa. Encendió la radio, sonaba *summer of 69*, rock con la esencia pura de los años ochenta. Un rockero con la voz rasgada y melancólica hablaba del mejor verano de su vida, de cuando era joven, de cuando todo era posible. Decía que al echar la vista atrás ese verano pareció durar para siempre, tocando una guitarra nueva, intentando montar una banda de rock, y saliendo con su novia de la juventud. Esos fueron los mejores días de su vida, y también decía que si tuviera opción querría estar ahí para siempre. Juan pensó en su juventud y en que el rockero puede que tuviera razón, que aquellos veranos parecían durar para siempre porque se vivían al máximo. Pero después, según maduras, todo se precipita. «Hasta

llevar una vida carente de sentido». Dijo a la vez que exhalaba el humo del cigarrillo.

El coche enfiló hacia las afueras de la ciudad, a una zona residencial y tranquila donde nadie le molestara. Aparcó y reclinó el asiento hacia atrás. La luz amarillenta de las farolas se colaba por las lunas del vehículo y la noche ya caía sobre la ciudad. Por primera vez en semanas se sintió realmente cansado, eso le ayudaría a dormir un poco. Se recostó en el asiento. El busca sonó. Lo cogió torpemente, era el comisario Garanto. «Llámame, inspectores Madrid llegan mañana». Metió el busca en la guantera. Lo llamaría por la mañana a primera hora. Pensó en rezar, hacía mucho que no lo hacía. Hacía mucho que se había olvidado de Dios.

Un último y desolador pensamiento cruzó su mente antes de dormirse:

«Puede que Dios se haya olvidado de mí; pero lo peor de todo es que no me importa».

Una foto antigua y la negación

Una vieja cabina de teléfono llena de grafitis y una moneda de veinticinco pesetas. Dos tonos.

—¿Diga?

—Garanto, soy Juan Sánchez.

—Esperaba tu llamada, los inspectores vienen hoy. Hemos quedado a comer. Vente a mi casa y hablamos antes de que vengan.

—¿A su casa?

—He movido hilos. Los inspectores de Madrid no son trigo limpio. Tenían sus propios intereses cuando resolvieron el caso.

—Hay más cosas que debe saber comisario.

—Todo a su tiempo. Ven a mi casa de campo en Garrapinillos, Paseo del Canal sin número, una casa con los tejados de pizarra azul al estilo francés dirección a la base aérea.

—Voy para allá.

Colgaron. El Mercedes voló por la parte sur de la ciudad. Calles desiertas y un sol de justicia en un domingo de julio. Era el día diecisiete, a las doce y media del mediodía comenzaría la final del mundial de Estados Unidos que enfrentaría a las selecciones de Italia y Brasil. Juan cruzó el canal y siguió paralelo al mismo por una pista de tierra en dirección a Garrapinillos. Iba despacio para no dañar los bajos de su deportivo, aunque la pista estaba bien cuidada y no había muchas piedras. La urbe quedó atrás y comenzaron a verse casas que salpicaban el paisaje aquí y allá. También se veían huertos y alguna zona de matorral salvaje. Estuvo a punto de atropellar a un par de conejos que cruzaron temerariamente la pista. Juan miraba pensativo aquellas casas, algunas de ellas habían sido en su origen antiguas torres, granjas o huertas con una pequeña casita. Pero otras eran auténticas mansiones con piscinas cubiertas y protegidas por altos muros en una zona que no es que fuera discreta, es que la gente de la calle ni siquiera conocía su existencia. La casa de campo de Garanto era de estas últimas. Vio un techo de pizarra desde la lejanía. Según se acercó los altos muros impedían la visión del interior. Paró junto al portón corredizo y metálico de la entrada, bajó del coche y pulsó el botón del portero automático. Una pequeña

puerta peatonal se abrió. Al otro lado estaba Garanto. Vestía un traje gris con camisa blanca sin corbata y su cara era pura preocupación.

—Pasa.

—Lleva usted mala cara.

—Deja de tratarme de usted coño.

—El escalafón es el escalafón.

—Ya no estás en el escalafón, eres un jodido detective privado.

Garanto precedió a su invitado a través de un jardín con piscina cubierta. Pasaron junto a un limonero enorme que daba sombra a un par de butacas de exterior. El calor era asfixiante. Un rottweiler de más de cuarenta kilos estaba atado a una farola. El animal, echado en el césped, miró a los dos hombres pasar a una distancia prudencial.

—Vamos dentro de casa.

En el interior el aire acondicionado rebajaba la temperatura a unos agradables veinte grados centígrados. Entraron en un salón enorme, con un gran sofá enfrente de una televisión. En la pared había colgados trofeos de caza, jabalís, ciervos e incluso la cabeza de un león que Juan imaginó que lo habría cazado en algún safari por África. Esa casa era ideal para organizar comidas y fiestas con amigos lejos de los ojos indiscretos de la gente y de los periodistas. Tomaron asiento. Garanto encendió un cigarrillo y ofreció de su cajetilla otro a Juan, que aceptó de buen agrado.

—En una hora hemos quedado para comer con Vicente Vela y su compañero en un restaurante de la carretera del aeropuerto, un sitio bastante discreto.

El comisario dio un par de caladas rápidas al cigarro, y a través de la ventana, miró fijamente cómo su rottweiler se desperezaba mientras una urraca, posada a unos metros, lo vigilaba.

—Vicente Vela es actualmente un peso pesado dentro de la Brigada de Información de Madrid, históricamente ha estado metido en los asuntos más turbios del Estado, corrupción política, tráfico de armas a países a los que oficialmente no podemos venderles armamento, espionaje, contactos con servicios de inteligencia extranjeros… En fin, un tipo al que los mandamases llaman cuando necesitan arreglar algo complicado.

—Y lo mandaron aquí.

—Al principio pensé que era para ayudarme, para cerrar el caso y ganar puntos en mi carrera a la Jefatura de la Policía de Aragón; pero no, lo enviaron por otras razones.

Silencio. Garanto se incorporó y se dirigió al mueble bar situado debajo de la televisión. No preguntó. Dos vasos, dos hielos y whisky hasta la mitad del vaso. Un sorbo y prosiguió con su explicación.

—Ahí va la bomba: Yousef no era un confidente de la policía, era un confidente de los servicios secretos españoles y franceses y un elemento clave en suministrarles información respecto a células yihadistas en Europa.

Juan dio una calada al cigarrillo para digerir esa nueva información.

—Yousef había ido ascendiendo en la organización criminal del tráfico de drogas de la mafia Marsellesa, en ese submundo se mezclan el tráfico de drogas, el de armas y el fundamentalismo religioso. Un cóctel perfecto para medrar si tienes talento. Yousef se estaba forrando pasando información a los servicios secretos, hasta que la contrainteligencia francesa se dio cuenta de que era un agente doble, pasaba la información que la mafia Marsellesa quería que pasara, delataba a organizaciones que perjudicaban sus intereses en la Costa Azul o a líderes que podían arrebatarles sus zonas de influencia tradicionales. Pero todo eso se lo permitieron. Le permitieron todo hasta que se pasó de listo. Les amenazó con hacer públicas operaciones de tráfico de armas a dictaduras mal vistas políticamente si no le entregaban una gran suma de dinero.

—Se meo fuera del tiesto.

—Exacto. Ese fue el punto de inflexión, empezó a ser alguien incómodo para el CESID español y la DGSE francesa. Cuando la científica comunicó la coincidencia de las huellas dactilares halladas en el escenario del crimen, con las huellas dactilares de Yousef, en la Brigada de Información de Madrid saltó la alarma. Madrid y París se enteraron ipso facto y pusieron en marcha la operación para eliminar a Yousef. Vicente Vela se personó en Zaragoza y se hizo cargo del caso pasando por encima de todo y de todos, órdenes de Madrid.

Detuvieron a Yousef y lo metieron en la cárcel, y ahí dentro, ordenaron su ejecución.

—Cuando hablé con Vicente Vela me contó que habían llegado aquí la mañana en que descubrieron el cuerpo sin vida de Itziar, y que gestionaron la investigación desde ese momento, huellas dactilares y pruebas de ADN incluidas.

—Te mintieron, obviamente se están protegiendo. Llegaron aquí una vez que las huellas dactilares obtenidas dieron la alarma en la Brigada de Información de Madrid: eran las huellas de Yousef. Tenían a la presa a tiro y mandaron a sus dos perros más duros e implacables.

—¿Cómo se llama el compañero de Vela?

—Ricardo Ricarte, otro tipo duro que ingresó en la policía en la época de Franco. Son gente peligrosa al servicio de los que mandan de verdad —Garanto miró su reloj—. En media hora nos veremos con ellos. ¿Vas armado?

—No.

El comisario sacó la pistola de su cartuchera y se la entregó.

—Toma, por si acaso.

Juan se la enfundó en el pantalón por debajo de la camisa.

—¿Qué espera de ellos?

—Espero llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Un pacto entre caballeros. Pondré las cartas sobre la mesa y les indicaré que lo sé absolutamente todo, y que por supuesto guardaré silencio. Tanto a ellos como a mí, por diferentes motivos, nos interesa que esto se olvide, a ellos porque hicieron una operación ilegal en la cárcel para liquidar a Yousef, y a mí porque si saliera a la luz que fue una operación de los servicios secretos el asunto me salpicaría, y aunque no fuera directamente responsable de nada mi imagen quedaría manchada ante el inmaculado expediente de mi rival para el puesto de jefe de policía.

—Pero a ambos os interesa que esto quede en secreto, no entiendo… —dijo Juan sin acabar de entender la estrategia de Garanto, que en ese momento lo miró con unos fríos ojos de lobo

sanguinario. De un plumazo Juan lo entendió—. Los va a chantajear…

Garanto guardó silencio. Bebió un par de tragos de whisky y se levantó a mirar de nuevo a su perro guardián en el jardín.

—Los va a chantajear para que le ayuden a alcanzar la jefatura.

El comisario sonrió.

—En Madrid les encanta jugar al juego del poder, mueven peones en el tablero sin importarles nada ni nadie. Los jefes de la Policía en Madrid y el ministro del Interior me iban a vender. Me habían incluido en un cambio de cromos. Les interesaba poner un par de cargos aquí en Zaragoza pero a cambio cedían otros dos cargos. Yo iba a ser sacrificado; pero no van a poder conmigo tan fácilmente.

Juan apoyó la espalda sobre el respaldo del sofá, entendiendo que Garanto iba a llevar el asunto con la máxima discreción y que por eso estaba él allí, para ser su guardaespaldas.

—¿De dónde ha sacado toda esa información?

—Tras una vida en la policía tengo amigos poderosos. Solo te diré que alguien en el CESID me debía un favor bastante importante.

Juan asintió. Ambos hombres fumaban pausadamente mientras en el exterior el sopor estival se había adueñado de los campos y de la propia urbe. Todo era hipnótico y somnoliento. El perro guardián, tumbado en el jardín, dio una vuelta sobre sí mismo de puro aburrimiento. Garanto volvió a mirar el reloj.

—Estate atento y no te fíes. Vamos —zanjó.

Ambos hombres salieron al exterior. Garanto y Juan cruzaron el jardín ante la mirada inquieta del rottweiler, que miraba servil con ojos de demonio como su dueño abandonaba la finca. Subieron a un Mercedes todo terreno y salieron rumbo al restaurante.

***

Manuel Boned llevaba veinte horas trabajando sin parar en su mesa de la Brigada Judicial. Un cenicero rebosante de colillas y media docena de latas vacías de bebidas energéticas sobre su mesa. Se había estudiado toda la documentación que le había proporcionado su amigo y había llegado a una conclusión: no tenía

tiempo de tramitar una comisión rogatoria. Dado lo peliagudo del asunto, posible organización criminal y gran riesgo de movimiento de los fondos incriminatorios, decidió preparar un escrito de solicitud de información alegando dichos motivos a través de la Fiscalía Provincial, la cual lo elevaría a la Fiscalía Anticorrupción y esta a su vez mandaría la solicitud de información a través de un canal rápido de cooperación a las autoridades andorranas, que acabarían requiriéndole con urgencia al Andorra Bank toda la información. Había llamado al fiscal provincial hacía dieciocho horas y le había explicado el asunto. Tenía una buena relación profesional con él, era un hombre serio y austero que había llegado a fiscal provincial por méritos propios y no se casaba con nadie, porque no le debía su puesto a nadie. Sonó el teléfono de la mesa de Boned.

—¿Diga?

—Soy yo, el fiscal anticorrupción me ha enviado la información del Andorra Bank; te la mando por fax, apriétate los machos porque esto es algo muy gordo.

Colgaron. El fax comenzó a sonar, entraron cinco páginas con la información requerida.

—Hostia puta… —dijo Manuel cuando leyó los documentos, y acto seguido buscó el número de busca de Juan Sánchez—. Dios mío.

Le mandó un mensaje: «Tengo información cuentas. Dónde estás». Juan no tardó en contestar: «Restaurante carretera aeropuerto. Inspectores Madrid».

Salió de la oficina de la Brigada Judicial y entró en una sala aneja. Allí había un suboficial que lo miró sorprendido.

—¡Quiero un grupo operativo en cinco minutos listo para salir!

—A sus órdenes inspector —dijo el suboficial.

***

Los amortiguadores del Mercedes absorbían los baches de la pista de tierra sin problemas, haciendo plácido el trayecto. Tras un rato al fin salieron a la carretera del aeropuerto.

—Yo también he averiguado cosas —dijo Juan bajando la ventanilla y tirando el cigarrillo a los campos yermos que conformaban el erial de los alrededores de Zaragoza.

El silencio de Garanto le invitó a continuar.

—Itziar era funcionaria de la Diputación General de Aragón, era ingeniero técnico industrial. Trabajaba en la empresa pública Zona Franca de Zaragoza S.A., llevando a cabo, entre otras cosas, las certificaciones de las obras de ampliación que se están realizando para que los chinos puedan traer más fábricas.

Las palabras captaron la atención del comisario, que lanzaba miradas a Juan de cuando en cuando.

—Comenzó a ver que las mediciones de obra que debía firmar diferían de la realidad, estaban hinchadas. Y se negó a firmarlas.

—Qué hijos de puta.

—Empezaron a presionarla, incluso llegaron a amenazarla con separarla del servicio. Y entonces una mañana encontraron su cadáver en la zona de la universidad.

—¿Quién está detrás de eso?

—Según lo que he investigado a la cabeza de la empresa estaba un abogado del Estado de nombre Daniel Hidalgo, pero este era un hombre de paja de Juan Antonio Artajona Humeral, el alcalde de la ciudad.

—Un caso de corrupción en toda regla y con gente importante metida.

—Así es, y también están involucrados el jefe de la Policía Local, amigo íntimo del alcalde, Marcelo Lucero, y su esposa Rocío Lasala, Interventora General del Ayuntamiento de Zaragoza y pieza clave en la trama, al ser la persona que autorizaba la salida de los fondos públicos hacia la empresa contratista.

—Dios mío…

—¿Los conoce? —preguntó Juan.

—Al alcalde y al jefe de la Policía Local los he visto en algún acto oficial claro; pero más allá de las conversaciones protocolarias no he tratado con ellos en mi vida.

—Trinqué a Daniel Hidalgo y le hice cantar, le tomé la medida, esos hombres no son capaces de matar a nadie.

—Todo esto que me cuentas complica más el asunto, si les amenazo con sacarlo a la luz estos hijos de puta se cagarán patas abajo. Ya estamos llegando al restaurante, ten la pistola a punto por si las moscas, no creo que las tengamos que usar; pero que vean que las tenemos.

El restaurante estaba en la carretera del aeropuerto. Lo hicieron en los años ochenta, promovido por los políticos de entonces, para poder llevar a comer a un sitio elegante y con clase a los ejecutivos estadounidenses que habían aterrizado en Zaragoza para montar una factoría de General Motors. Aparcaron el coche del comisario y entraron directos a un reservado. Unos diez minutos después llegaban los dos inspectores en un coche todoterreno. Cuando entraron por la puerta del reservado Juan los observó, hombres curtidos sirviendo al oscuro aparato del Estado. Daban escalofríos. Ricardo Ricarte rondaría los cincuenta y pocos años y era una mole de aspecto rudo que daba pocas opciones ante una pelea, seas boxeador o no. Caminaba detrás de Vicente Vela, como un perro guardián. Se veía claramente que había hecho su carrera a la vera de su compañero, obedeciendo y seguramente ocupándose del trabajo feo. Vicente Vela rondaba los sesenta años, estaba entrado en kilos y tenía barriga cervecera; pero su rostro carcomido y surcado por múltiples arrugas parecía un ajado mapa de los sitios que su alma había recorrido. Un par de lobos que acudían a la llamada de otro.

—¿Cómo estáis inspectores? —Garanto se levantó y los recibió con un cordial apretón de manos e incluso con un par de golpecitos en el hombro, que ambos encajaron sonriendo cínicamente y mirando a los ojos del comisario—. Os presento a Juan Sánchez, detective privado y ex policía a mis órdenes. Uno de los buenos, por cierto.

Juan les estrechó la mano haciendo un movimiento forzado para dejar entrever la pistola que llevaba enfundada, asegurándose de que ambos inspectores la vieran.

—¿Estaba a sus órdenes cuando era policía o está a sus órdenes ahora? —Preguntó Vicente Vela sonriendo.

—Bueno qué más da, lo importante es que estamos todos del mismo bando. ¿No es así? —Preguntó Garanto.

—Señor comisario, jamás se me ocurriría estar en un bando que no fuera el suyo. —Afirmó Vicente Vela.

Ambos estallaron en una carcajada mientras Ricardo Ricarte parecía estar totalmente concentrado estudiando la carta del restaurante. El camarero acudió raudo a la mesa y tomó nota de lo que quería cada uno para comer. De beber whisky con hielo mientras preparaban las viandas. Los cuatro se pusieron a fumar y los cubitos se oían chocar en los vasos continuamente.

—Aceptamos todo tipo de preguntas —dijo con sorna Vicente Vela.

—Vamos al grano —comenzó diciendo Garanto—, sabemos que vinisteis por Yousef, ese chico fue el resorte que hizo que movierais vuestros traseros de Madrid hasta aquí.

Vela sonrió, mientras Ricarte estaba totalmente concentrado abriendo y cerrando su magnífico encendedor de oro.

—No vinisteis para ayudarme con el caso y poder ponerme la medalla. Mis aspiraciones a la jefatura os importaban bien poco.

Vela dio un trago a su vaso de whisky.

—No es nada personal jefe, usted sabe las reglas, esta vez le tocó perder.

Ahora fue Garanto el que bebió un trago de whisky, después una calada al cigarrillo y por último miró detenidamente a Vicente Vela.

—Tienes cojones Velita, para decirme esto a la cara como si nada.

Por primera vez desde que habían llegado Ricardo Ricarte levantó la mirada y prestó atención a la escena, como un perro guardián que huele la pelea. En ese momento llegó el camarero con los primeros platos y los repartió rápidamente entre los comensales.

—Creo que es mejor que nos calmemos —dijo Vicente Vela, ante lo que su perro guardián se volvió a relajar y se centró en la suculenta comida que le habían puesto en la mesa—. Al fin y al cabo todos salimos ganando con aquello: el asesino fue capturado y el caso fue resuelto. Toda la ciudad le aplaudió por aquello jefe.

—No me sirve de nada el aplauso de la ciudad si no gano la Jefatura Superior de Policía de Aragón.

—Ya sabe lo que hay, los de Madrid han intercambiado piezas y usted ha sido una de ellas, pero quién sabe, quizá le estén reservando algún puestazo en la Dirección General de la Policía, mano derecha del Director Adjunto Operativo o algo así. A la familia de Madrid le interesa meter aquí al Delegado del Gobierno y al jefe de la Confederación Hidrográfica del Ebro, vaya usted a saber por qué, aunque me lo imagino, suculentos contratos en pantanos y ríos, ya sabe…

—Ya sé…

—A cambió le sacrifican a usted y a otro más, no le diré a quién por respeto, pero a la familia de la zona de Zaragoza y Huesca le interesa tener al Jefe de la Policía y al Jefe de la Delegación de Hacienda en Zaragoza.

—Hijos de puta… —Garanto dio una calada pausada al cigarrillo, las brasas se encendieron con un tono rojo vivo y las cenizas cayeron al suelo—. Escúchame bien Vela, quiero que les digas a esos hijos de puta, que sé que Yousef era un informador del servicio secreto, y que vosotros vinisteis aquí cuando os enterasteis de que las huellas encontradas en la escena del crimen eran suyas. Una vez que lo metisteis en la cárcel contratasteis una mafia que funciona en el interior de las prisiones para que lo asesinaran. Tengo datos, nombres, llamadas… —Dio otra calada al cigarrillo y soltó el humo lentamente—. Lo tengo todo.

—Eres un jodido imbécil —las palabras de Vela volvieron a sacar de su letargo al perro guardián, que palpó el hierro de su pistola para sentir su tacto. Al verlo, Juan desabrochó el botón de su cartuchera. Quería estar preparado si se desataba un tiroteo—. Eres jodidamente imbécil Garanto, ya sabes cómo es esta gente. Si les desafías, puede que ganes una batalla, pero nunca lo olvidarán, esperarán, esperarán a que cometas el más mínimo error y estarán ahí para joderte vivo y enterrarte.

—Te lo diré muy claro, o me nombran Jefe Superior de Policía de Aragón en cuanto se jubile el viejo, o voy a ir con todo para destapar

el tema de Yousef. ¿Sabes quién será el primero en desfilar por delante del juez de la Audiencia Nacional?

—Estás jugando a un juego peligroso.

—Díselo a tus amos, lo único que tienen que hacer es cambiar otro cromo en vez del mío, así de fácil.

Ambos hombres se serenaron, y ante la sorpresa de Juan, comenzaron a disfrutar de la comida y a conversar sobre temas del escalafón de la policía que ambos parecían conocer al dedillo. En unos minutos la tensión inicial se había disipado por completo y hasta parecían viejos compadres. Ricardo Ricarte daba buena cuenta de la comida mientras Garanto y Vela reían sobre viejas historias de cuando servían en la policía franquista. El tormentoso inicio de la velada había quedado ya muy atrás cuando sacaron las copas y el metre les invitó a salir a un precioso jardín reservado. Whisky, ron con Coca-Cola y más whisky. Juan pensó que Vela era encantador como una serpiente y peligroso como un lobo. Sin duda se notaba que ese tipo jugaba a los juegos de poder. Lo que no entendía Juan era como podía contentarse con el puesto de Inspector Jefe, aunque fuera en la Brigada General de Información. Al instante recapacitó y entendió que precisamente ese puesto le ponía en situación de controlar una gran cantidad de información, no solo de malhechores, si no de empresarios y políticos, y esa información valía mucho dinero. Así que quizá Vela fuera más inteligente de lo que a simple vista parecía, que ya era mucho. Terminó la velada, Garanto pagó la cuenta y los cuatro hombres se dirigieron al aparcamiento.

—Espero noticias tuyas muy pronto —le dijo Garanto a Vela, que asintió, y ambos hombres se estrecharon las manos.

Después Juan y Garanto subieron al todoterreno de este último; pero cuando giró la llave e hizo contacto solo se oyó un *click.* El motor no arrancaba.

—¡Joder! —gritó el comisario.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan.

—No arranca el motor.

—Déjeme a mí.

Juan volvió a girar la llave, pero el motor seguía sin funcionar.

—¿Llamamos a la grúa? —preguntó Juan.

—No, el dueño del restaurante es amigo mío, dejaré el coche aquí y mandaré a la grúa de la policía a buscarlo.

—¿Y cómo volvemos?

Garanto miró por el retrovisor, el coche de Vela y Ricarte todavía no había arrancado. Salió del vehículo y se dirigió hacia ellos. Al instante regresó.

—Nos llevan a mi casa —dijo Garanto—, después se irán a Madrid y todos contentos, aquí paz y después gloria. Creo que la cosa ha ido bien. Una cosa quiero decirte Juan, si me nombran Jefe, puedo hacer que te readmitan en la policía, estarías conmigo, te inflaría el suelo con dietas y comisiones de servicio y podrías vivir tranquilo el resto de tu vida dentro del cuerpo siendo mi secretario.

A Juan esa propuesta le pilló por sorpresa, volver a la policía, volver a tener una oportunidad de recuperar su vida, volver a ser alguien, dejar de ser una sombra casi sin nombre…

—Bien comisario, todo es hablarlo, pero el caso de corrupción…

—Eso lo investigaremos, se lo pasaremos a la Brigada Judicial y saldrá en prensa, por supuesto yo me apuntaré el tanto y entre eso y lo que me apoyen estos mierdas de Madrid mi ascenso estará hecho.

Juan asintió y pensó que por primera vez desde que aquel malnacido se llevó a su hija el destino le era favorable.

—Estoy con usted jefe —dijo asintiendo.

—Vámonos a casa.

Ambos hombres bajaron del todoterreno y se dirigieron al coche de los inspectores. Vela iba de copiloto y Ricarte conduciría. Juan y Garanto fueron a sentarse detrás; pero Vela le cedió el asiento del copiloto a Juan. «Aún tengo que hablar unas cosas con el comisario». Le dijo.

Comenzaron el viaje de regreso a la casa de campo de Garanto. La carretera del aeropuerto estaba desierta a las cuatro de la tarde. Juan miraba ensimismado el lateral de la carretera, mientras en la parte de atrás Garanto y Vela charlaban en tono quedo, inaudible desde la parte delantera del vehículo. Juan observó de cerca a Ricarte, era un auténtico monstruo, sus enormes manos manejaban el volante como si fuera el juguete de un niño.

Volvió a mirar al frente de la carretera, y su hija le vino a la mente, la pequeña Clarita llenó su pensamiento, pero no con un recuerdo triste, si no mandándole fuerza desde una inmensidad de espacio y tiempo de distancia. Y se le erizó la piel, porque lo sintió como algo real, y en ese preciso instante todas las piezas del rompecabezas se juntaron en su mente y fue plenamente consciente de lo que iba a ocurrir y de lo que debía hacer. Miró a Ricarte, concentrado en la conducción, después intentó abrir la puerta del copiloto y no pudo, estaba bloqueada. Se volvió hacia Garanto y Vela, iban hablando ajenos a todo. Los muy hijos de puta lo estaban haciendo muy bien. Era ahora o nunca. Juan apretó el botón del amarre del cinturón de Ricarte provocando que se le desabrochara el cinturón de seguridad y rápidamente, sin dar tiempo a reaccionar a nadie, agarró el volante del coche y pegó un volantazo a la derecha, provocando que el coche saliera de la carretera dando vueltas de campana por los campos de cultivo próximos a la carretera. Cuando paró de dar vueltas, el vehículo había quedado boca abajo sobre el campo, y Ricarte era un cadáver sanguinolento al que ni siquiera se le distinguía la cara. Juan rompió a patadas el cristal del coche y salió como pudo de allí, arrastrándose al exterior. Justo al salir recibió una patada en la cabeza propinada por Vela, que ya estaba fuera del vehículo, dejándolo medio adormilado y tumbado boca arriba sobre un campo de trigo. Después un par de puñetazos más que hicieron rebotar su cabeza contra el suelo acabaron de dejarlo fuera de combate. Juan miró hacia arriba, los rayos de sol le deslumbraban, pero pudo vislumbrar dos figuras frente a él. Tenía un zumbido en los oídos a consecuencia de los golpes recibidos, pero oyó aquella voz familiar para él.

—Me has sorprendido Juan, nunca hubiera imaginado que fueses tan listo como para descubrir la verdad detrás de todo esto.

Garanto sonreía, mirando a Juan con condescendencia. Llevaba varios cortes en la cara y la sangre le corría por una de sus mejillas. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la sangre dejando la tela teñida de rojo carmesí. El sol estaba camino del oeste, buscando otro atardecer abrasador en el que la tierra emanaba fuego y ya pedía el frescor de la noche. Garanto se encendió un cigarrillo, a su

lado Vela estaba en guardia y vigilaba a Juan que estaba en el suelo totalmente conmocionado por los golpes que le había propinado. Todo estaba quieto y solo se oía el cantar de las cigarras.

—¿Sabes por qué te di el trabajo a ti?

Juan se agarró la mandíbula, le dolía tanto que estaba al borde del desmayo.

—Usted me lo dirá comisario Garanto… —consiguió decir.

—Cuando aquella mujer vino a mi casa hablándome de que los verdaderos asesinos de su hija no habían pagado el crimen, pensé en que tenía razón, pero que las cosas debían de ser así. Una madre que busca justicia es muy peligrosa, platós de televisión, prensa, ya sabes, el circo mediático. Eso no nos interesaba, así que se me ocurrió una idea brillante: mandártela a ti. Un hombre destrozado por el alcohol y su pasado, incapaz de afrontar la vida. Eres un perdedor Juan, por eso te la envié, para que de tumbo en tumbo la llevases hasta la nada, algo que se te da jodidamente bien. Un don nadie como tú, encerrando en la nada la esperanza de un madre herida, es casi poético. Porque tú vives en la misma nada. Solo eres un pobre alcohólico al que le mandamos casos fáciles por compasión.

—Eres un hijo de perra Garanto —dijo Juan justo antes de que un reguero de sangre le corriera por la comisura de los labios.

—Lo que me sorprende es que alguien tan tirado como tú haya conseguido llegar a saber ciertas cosas del caso. ¿Cómo has sabido que los inspectores y yo estábamos detrás?

—A veces… —dijo Juan arrastrando las palabras—hasta el más tonto hace relojes…

—Déjate de hostias y habla, creo que no hace falta que te diga que vas a morir hoy aquí.

Juan asintió, quizá asumiendo su inevitable destino. Miró al sol de la tarde y respiró hondo, le dolía hasta el último hueso de su cuerpo.

—Investigué el asunto… Vela me contó que llegaron tras recibir el aviso del hallazgo del cuerpo. Usted me dijo que llegaron cuando fueron avisados de que las huellas en la escena del crimen coincidían con las de Yousef, un moro que chantajeaba a los

servicios secretos franceses y españoles. Pero ambos mentían, Vela y Ricarte llegaron aquí el día seis de diciembre e Itziar fue asesinada la madrugada del nueve de diciembre. Vinieron porque fueron avisados de que esa chica iba a desbaratar todos vuestros planes de enriquecimiento ilícito y eso no se podía permitir. Vela y Ricarte fueron a hablar con Yousef la madrugada del nueve de diciembre, el chico era un confidente de la policía, y le contaron algo que le hizo huir de allí como alma que lleva el diablo. Le contasteis que la Guardia Civil estaba a punto de pillarle en una operación antidroga, y que lo que mejor podía hacer era irse a los arrabales de Marsella y desaparecer una buena temporada. Le dijisteis que había un control en la carretera de Barcelona, eso le empujó hacia la ratonera de la carretera de Bielsa, donde la Guardia Civil, ante vuestra orden de búsqueda y captura, lo detuvo tras un tiroteo.

Juan se acomodó lentamente sobre el otro costado, a cada movimiento las costillas crujían y le provocaban un dolor agudo que casi no le dejaba respirar.

—Sí voy a morir hoy, al menos deme un último cigarrillo.

Garanto, con precaución, se acercó a él y le dio un cigarro rubio. Después se lo encendió.

—Continúa.

Juan dio un par de caladas, miró al horizonte y sonrió, su cara estaba llena de sangre seca.

—Ricarte y Vela asesinaron a Itziar, y después amañaron las pruebas: huellas dactilares, restos de ADN… todas fueron obtenidas tras la captura de Yousef, y con ellas contaminaron el cuerpo de la víctima. —Miró a Vicente Vela—. Fuisteis tan hijos de puta de obligar a Yousef a hacerse una paja para introducirle el semen en la vagina al cadáver.

Vela sonrió cínicamente.

—Ese desgraciado era un chivato, si eso se sabía dentro de la cárcel era hombre muerto. Estaba en nuestras manos e hizo exactamente lo que le pedimos que hiciera.

—Violasteis la cadena de custodia de las pruebas…

Esta vez Vela estalló en carcajadas.

—Hijo, esto no es como en las películas.

—Acabasteis matando a Yousef igualmente.

—No hay que dejar cabos sueltos hijo —sentenció Vela—. Por eso tú también estás a punto de morir.

Vela tenía una pistola en la mano.

—Una cosa más —terció Garanto—. ¿Cómo supiste que yo estaba metido en el asunto?

Juan sonrió.

—En el coche me dijo que no conocía de nada a los implicados en la trama de corrupción, al alcalde, a Daniel Hidalgo, al jefe de la Policía Local…

Dio la última calada al cigarrillo, cerró los ojos y pensó en su hija, en que pronto se reuniría con ella.

—El pasillo de los recuerdos del colegio de Nuestra Señora del Pilar… —susurró Juan.

Garanto recibió aquellas palabras asombrado, entendiendo que aquel alcohólico sin esperanza le había pillado.

—Su cara de estúpido niñato imberbe hijo de papá estaba en una orla al lado de la del alcalde y del resto de implicados en la trama. Erais amigos del colegio.

El comisario comenzó a aplaudir, aunque con cierta dificultad debido a las magulladuras producidas durante el vuelco del coche.

—Bravo Juan, bravo. Siempre supe que de no haber ocurrido lo de tu hija hubieras sido un gran inspector.

—Antes de matarme —dijo Juan levantando la mano—, cuénteme por qué acabaron con la vida de Itziar. Por qué llegaron a eso.

Vela quitó el seguro de su pistola. Garanto le hizo un gesto de paciencia.

—Iba a denunciarnos, y eso hubiera supuesto el final de la inversión china en la Zona Franca. El flujo de dinero se hubiera cortado y las obras se habrían terminado. Los chinos cuidan mucho que no se les relacione con casos de corrupción, en su país a los corruptos los ejecutan con un tiro en la cabeza y facturan la bala a sus familias. A la más mínima noticia de corrupción en la Zona Franca todo hubiera acabado. No fue nada personal. Aquella chica

tenía que haber aceptado nuestro juego, pero eligió el camino incorrecto.

De repente en la lejanía se oyeron sirenas, eso despistó a Vela y a Garanto, que vieron con molestia como cuatro coches de policía venían a toda velocidad por la carretera. Juan, tumbado aún en el suelo, no dudó, aprovechó el instante para sacar la pistola que llevaba escondida en el tobillo y disparó a Vela, alcanzándole en el cuello, el hombre se desplomó como un guiñapo sobre el campo de trigo. Garanto miró con horror a Juan, que desenfundó la otra pistola, la que el comisario le había dado en su casa, y le apuntó con ambas pistolas.

—¿Con cuál quiere que le dispare jefe? —dijo sonriendo, y acto seguido apretó el gatillo de la pistola prestada por el comisario. Se oyó una detonación. Garanto seguía en pie como si nada—. Era de fogueo, usted me dio una pistola de fogueo. Tenía planeado acabar conmigo. ¿Desde cuándo?

—Desde que me di cuenta de que no te tragabas la versión oficial. Ante mi perplejidad vi como ibas avanzando y llegando a conclusiones peligrosas en la investigación. Te pusiste la soga al cuello cuando averiguaste que al moro lo matamos en la cárcel. Pero escúchame Juan, esto no tiene por qué acabar así —los coches patrulla estaban cada vez más cerca, pronto los alcanzarían—, podemos decirles que fueron ellos —dijo señalando los cadáveres de los inspectores—. Ellos urdieron la trama, podemos declarar que los desenmascaramos y todo acabó en un tiroteo. Podemos ser héroes.

—No somos héroes. Creo que estamos en las antípodas de ser héroes.

Garanto se abalanzó sobre él. Juan disparó y le dio en un hombro. Forcejearon y rodaron por el suelo. Garanto también estaba bastante debilitado por el accidente; pero a Juan le dolía hasta respirar. El comisario agarró la pistola y se la intentó arrebatar con todas sus fuerzas justo en el instante en que se oyó una detonación. Los ojos de Garanto miraron el horizonte, asombrados, se palpó el pecho, había recibido un disparo a bocajarro en el corazón. Juan sintió su desconcierto, como si la muerte nunca hubiera sido una

posibilidad real para él, y ahora, a pesar de todo y ante su sorpresa, le estaba dando el dulce y tenebroso abrazo.

Los policías venían a la carrera campo a través con las armas en la mano. Cuando llegaron a la altura de Juan lo rodearon. «¡Tira la pistola!». Le ordenaron. Juan obedeció, y después tumbó la cabeza sobre el campo. El cielo era de un azul intenso lleno de luz, a una gran altura, justo por encima de un pequeño girón de nube, volaba majestuosamente un águila que recorría el valle del Ebro en busca de alguna presa. Aquel cuadro le pareció a Juan de una belleza sublime, acompañado del cantar de las cigarras, agarró la hierba del suelo para sentirla, para sentirse bien con todo lo que le rodeaba y consigo mismo, y no le pareció un mal lugar para morir. Oyó voces que hablaban de hemorragia interna y de ir inmediatamente al Miguel Servet. La adrenalina comenzó a abandonarlo y por primera vez desde que había provocado el accidente se sintió tremendamente débil. Hasta que no pudo más.

Al fin cerró los ojos.

Luces de ciudad

La noche caía sobre Zaragoza, era septiembre y comenzaba a hacer frío. El Paseo de Isabel la Católica era un trajín de coches y de gente apresurada saliendo del trabajo camino de sus asuntos. Juan abrió los ojos. No sabía dónde estaba. Se intentó incorporar sobre la cama donde se encontraba acostado, pero no pudo, no tenía fuerzas para ello. Al lado de la cama una gran ventana por donde caía el agua de lluvia. Las luces rojizas del tráfico nocturno se proyectaban sobre ella como culebrillas que serpentearan por el cristal. Reconoció la ropa de cama, estaba en el Hospital Miguel Servet.

—Ha despertado —dijo una voz cerca de la puerta.

Era su exmujer, Martina, estaba llorando. Se acercó a la cama.

—Martina… —susurró Juan.

Ella lo abrazó suavemente y en silencio, meciéndolo como a un niño.

—Estoy orgullosa de ti —le dijo al fin.

Otra figura se movió junto a la puerta, era Manuel Boned, que se acercó hasta el pie de la cama.

—No te han dejado ni un minuto solo, ni ella ni la otra chica.

—Una chica muy guapa que se llama Pilar —dijo Martina sonriendo—. Manu nos ha contado todo lo que has hecho. Es increíble.

Juan captó un halo de preocupación en el rostro de Manuel.

—Tengo que irme a trabajar —dijo Martina—, no soy una ingenua, sé que en cuanto puedas moverte mínimamente nada ni nadie te va a retener aquí, solo te pido dos cosas, llámame para saber cómo estás y por favor, cuídate mucho.

Martina volvió a abrazarlo y se despidió con un sonoro beso en la mejilla. Su aroma seguiría llenado la estancia hasta bastante tiempo después de que se marchara.

—Has estado dos meses en coma inducido. A poco te mueres Juan.

—Y me da que si no es por ti me matan.

—Te he puesto vigilancia, siempre ha habido un par de policías de paisano cuidando de ti.

—Pues menos mal que eran polis de los buenos —dijo sonriendo, y el solo hecho de hacerlo le dolió.

—¿Qué pasa Manuel? ¿Qué descubriste siguiendo la pista del dinero?

Manuel negó con la cabeza.

—Aquí no —dijo.

—Tráeme una silla de ruedas y ayúdame a levantarme.

Los dos viejos compañeros salieron del hospital. Manuel empujaba la silla en dirección al Parque Grande. Las gotas de lluvia caían sobre ellos, y Juan a ratos levantaba la cara hacia el cielo para sentirlas mejor y sentirse vivo. Pararon en un banco de madera en mitad de una gran pradera, bajo unos inmensos pinos negros que los protegían de la lluvia.

—Juan Antonio Artajona Humeral, el alcalde, cada vez que iba a Andorra metía dinero en su cuenta del Andorra Bank; pero luego transfería dinero a otra cuenta del mismo banco y a dos cuentas más de un banco en Suiza. Esto que te voy a contar lo he podido obtener gracias al empeño de la Fiscalía Anticorrupción y a pesar de la oposición de la Fiscalía General del Estado. Cuando me diste la documentación me puse a trabajar inmediatamente, esa noche ni siquiera dormí, después de veinte horas de contactos frenéticos entre la Fiscalía Anticorrupción y las autoridades de Andorra al fin me enviaron la información sobre las cuentas: la cuenta del Andorra Bank a la que hacía transferencias el alcalde pertenecía a Garanto. En cuanto lo supe te escribí al busca y tú me contestaste que estabas en el restaurante de la carretera del aeropuerto con los inspectores. Supuse que a esa reunión también habría acudido Garanto. Te iban a liquidar.

—Ese mensaje al busca me salvó la vida amigo. ¿Qué hay de las otras dos cuentas?

—Eso vino después. Las autoridades suizas se negaron a colaborar. La Fiscalía Anticorrupción debió de llegar a algún tipo de acuerdo con ellos, del tipo, ya sabes, tú me das eso y yo te doy aquello. Hace cosas de diez días me mandaron la información confidencial del asunto, y esto que te voy a contar Juan, todavía no ha trascendido a ningún ámbito fuera de la Fiscalía y de ciertos

cargos de la Policía. Una de las cuentas está a nombre del ministro del Interior.

—Joder. Sabía que en esto estaban metidos peces gordos. ¿Pero qué ha pasado con lo de Garanto y los inspectores?

—Se ha tapado, se contó que fue un atentado de la E.T.A. Un comisario y dos inspectores asesinados en acto de servicio. Unos héroes.

—La madre que los parió.

—Casi es mejor así, te cargaste a tres hombres Juan, entrarías en prisión con toda seguridad.

—¿De quién es la otra cuenta en Suiza?

—Esa, debe de ser de alguien muy importante, porque Suiza se negó en redondo a dar esa información.

—¿Más gordo que un ministro?

—Y que un presidente también. Lo siento Juan, hay sitios a los que no se puede llegar. Al final el Marqués de Sade tenía razón, la justicia no alcanza a los ricos y poderosos. La justicia es solo para los de abajo.

Ambos hombres guardaron silencio. Observaban en la quietud de la noche a los patos correr por la pradera en dirección a un pequeño lago.

—¿Qué vas a hacer con lo del ministro?

—Me están presionando. El Gobierno y la Fiscalía General quieren que esto no se investigue. Poco puedo hacer contra eso.

—Ya… dime qué te han prometido.

—Que no te matarán.

Los ojos de Juan se arrasaron en lágrimas. Una pequeña ardilla cruzó corriendo la pradera protegida por las sombras con que la noche cubría la ciudad.

—Llévame al hospital.

Ambos amigos regresaron al Miguel Servet. Antes de despedirse Juan apuntó un número de fax en un papel y se lo tendió Manuel.

—Manda los datos de las cuentas a este fax. Es el último favor que te pido.

—Lo haré.

Los dos hombres se dieron la mano.

—Cuídate amigo —fueron las últimas palabras de Manuel, tras lo que atravesó la puerta de la pequeña habitación y se marchó.

Juan se tumbó en la cama, el paseo hasta el parque le había dejado exhausto. Aunque quisiera, no podía irse aún del hospital, tenía que recuperar fuerzas, ir comiendo poco a poco y dando pequeños paseos para fortalecer las piernas. A las ocho de la noche un celador inmenso le trajo la cena, pero los policías de Manuel que vigilaban a Juan lo pararon en la puerta, y acabó siendo uno de ellos el que le entró la bandeja con la cena. Una sopa insípida y una pechuga a la plancha. De postre una jugosa pera. Sobre las nueve Pilar entró en la habitación. Cuando lo vio despierto se echó a llorar y corrió a abrazarle.

—Dios mío, pensaba que no te iba a volver a ver —dijo la joven entre sollozos.

Juan la abrazó, sintiéndola, oliendo su aroma, y un escalofrío le recorrió.

—Te prometí que me mantendría con vida.

Pilar le besó, y después pasó la noche junto a él, contándole todo lo que había ocurrido en su vida desde que él había estado en coma. Las tardes que había coincidido con Martina habían hablado de él con complicidad. Después hicieron turnos, coordinando los estudios de una con el trabajo de otra. Manuel también había ido con frecuencia. No lo habían dejado solo. Pilar lo miraba como si fuera un héroe, y quizá lo fuera.

Pasaron unos cuantos días en los que se fue fortaleciendo. Cuando vio que se bastaba para andar y que tenía cierto nivel de fuerza se marchó del hospital. Manuel ya le había retirado la protección. Fue a su casa, estaba tal cual la dejó, señal de que no la habían registrado. Y olía a lugar cerrado. Tenía hambre. Abrió la nevera, estaba llena de latas de cerveza y comida procesada, vestigios de una vida vivida en otra época. Estaba fatigado. Se sentó el sillón del salón. Matilda le vino a la mente, «*Hágales pagar por lo que le hicieron a mi hija*». El recuerdo de sus palabras era nítido como una mañana de verano. Esas palabras salieron de la boca de una madre ahogada por la pena. Nadie merece pasar por lo que pasó ella. También pensó en Itziar, en su valentía, en cómo les

plantó cara y en como esos miserables habían segado una prometedora y joven vida llena de valor y dignidad. Garanto y los dos inspectores de Madrid habían pagado con su vida; pero el alcalde, el jefe de la Policía Local, su mujer, el presidente de ZOFAZASA y hasta el maldito ministro del Interior se habían ido de rositas. Un número de teléfono en su agenda. Lo marcó. Al otro lado de la línea una voz temerosa.

—¿Diga?

—Itziar.

Un suspiro a medio camino entre la ansiedad y la resignación.

—Pensaba que no volvería a oír su voz jamás.

—Recibiste una documentación por fax hace unos días. Tienes todos los datos del caso, ya sabes lo que tienes que hacer.

Y colgó.

PRIMERA PÁGINA DEL PERIÓDICO DE LA CIUDAD

Diecinueve de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro.

EL ALCALDE DE LA CIUDAD HA LIDERADO UNA TRAMA DE CORRUPCIÓN JUNTO CON EL MINISTRO DEL INTERIOR Y MANDOS POLICIALES.

Meses de investigación periodística han llevado a destapar una corruptela de primera magnitud. El expolio es de varios cientos de millones de pesetas. La trama comenzaba en la empresa pública ZOFAZASA, donde su presidente, Daniel Hidalgo, era un miembro de la organización criminal que actuaba a las órdenes de Juan Antonio Artajona Humeral, alcalde de la ciudad y uno de los cabecillas de la trama.

ZOFAZASA dirigía las obras de ampliación de la Zona Franca de la ciudad. Falseaban las certificaciones de obra e inflaban las cantidades que debían pagar a la contratista de las obras, la cual, después de cobrar, pagaba enormes cantidades de dinero en metálico a los implicados en la trama. La interventora jefe municipal Rocío Lasala Amez aprobaba el gasto desproporcionado. Según ha investigado este periódico, tanto Daniel Hidalgo como Juan Antonio Artajona y el marido de Rocío Lasala, Marcelo Espino, eran amigos de la infancia y estudiaron juntos en el colegio de Nuestra Señora del Pilar.

Veinte de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro.

EXISTE CONEXIÓN ENTRE LA TRAMA CRIMINAL QUE OPERABA EN LAS OBRAS DE LA ZONA FRANCA Y LA MUERTE DE LOS DOS INSPECTORES Y EL COMISARIO TIROTEADOS EN LA CARRETERA DEL AEROPUERTO.

Según las averiguaciones de este medio, hay una conexión entre los implicados en la trama de corrupción y el comisario que iba en el coche con los dos inspectores, todos fallecidos en un tiroteo el pasado diecisiete de julio. El comisario, apellidado Garanto, era compañero de clase del alcalde y del resto de implicados.

Este periódico ha tenido acceso a la información facilitada por las autoridades de Andorra, acerca de las transferencias que realizaba el alcalde Artajona a un número de cuenta en Andorra y a otro más en Suiza. El titular de la cuenta de Andorra es el comisario Garanto, mientras que el titular de la cuenta Suiza es nada más y nada menos que el ministro del Interior.

Seguiremos ampliando información los próximos días.

Veintiuno de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro.

Según información confidencial de la Policía Nacional a la que ha tenido acceso este medio de comunicación, al parecer el comisario Garanto y los dos inspectores madrileños no fueron asesinados por la banda terrorista ETA, sino que fueron tiroteados por un detective privado contratado por la madre de Itziar Cestero Acón, la joven asesinada en diciembre de mil novecientos noventa y tres a manos de un traficante de drogas de nombre Yousef.

El detective privado habría ido acumulando pruebas que implicaban a los dos inspectores de Madrid en el asesinato de la joven, la cual, trabajaba de ingeniera en la empresa pública ZOFAZASA, donde se encargaba de hacer las certificaciones de las obras de la Zona Franca. La joven al parecer se negó a firmar certificaciones fraudulentas, y los cabecillas de la trama, muy posiblemente Garanto y el ministro, ordenaron a Vicente Vela y a Ricardo Ricarte el asesinato de la joven. Posteriormente se hicieron cargo de la investigación, falsearon las pruebas e incriminaron a Yousef, el joven que finalmente fue condenado por el asesinato de Itziar. Después la organización criminal preparó el asesinato de Yousef en la cárcel.

A últimas horas de la noche, justo antes de que las rotativas comiencen a girar, el ministro del Interior ha declarado que es totalmente inocente y que pondrá una denuncia contra este periódico por las calumnias que están siendo vertidas contra él.

Veintitrés de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro.

El ministro del Interior ha sido detenido por la Policía Nacional a primeras horas de esta mañana. Tras su detención, el presidente del Gobierno ha procedido a cesarlo con carácter inmediato. El juez ha decretado su ingreso en prisión provisional.

El resto de implicados en la trama criminal que este periódico destapó el pasado día diecinueve de septiembre han sido igualmente imputados, y el juez ha decretado el ingreso en prisión provisional de todos ellos dado el elevado riesgo de fuga y de destrucción de pruebas.

La gente se pregunta acerca del detective que investigó el caso. Según hemos podido saber por medios oficiales, dicho detective estaría siendo buscado por la Policía para que declare como testigo en el futuro juicio mediático que se realizará dentro de unos meses.

Por el momento se desconoce su paradero.

Matilda se recostó en el sillón, la luz amarillenta y tenue de la lámpara llenaba cálidamente la estancia. Eran las nueve de la noche y tenía sintonizado el telediario nacional. El informativo abrió con las imágenes del ministro del Interior siendo escoltado por la Guardia Civil a la prisión de Alcalá Meco. Después el informativo conectó con un periodista apostado a la entrada de la cárcel. Habló de que en el interior del presidio ya estaban esperándole sus compinches en la trama: Juan Antonio Artajona Humeral, Daniel Hidalgo, Marcelo Espino Lucero y Rocío Lasala Amez. Micrófono en mano el periodista contó a los telespectadores que se había decretado el secreto de sumario y no se descartaban nuevas imputaciones en el caso, muy posiblemente de funcionarios que podrían haber cometido cohecho o prevaricación.

Matilda veía la noticia con la foto de su hija agarrada en el regazo. La alzó para contemplarla y se echó a llorar.

—Al fin te hemos hecho justicia cariño… —acarició melancólicamente su rostro—. Descansa en paz hija mía.

***

En la otra punta de la metrópoli, resguardado en la oscuridad de los montes de Torrero, una figura clandestina fuma silenciosamente

contemplando en la noche la ciudad de Zaragoza. Una ciudad cubierta por un manto de corrupción, donde sus luces de ciudad, estrellas decadentes atrapadas por la gravedad de la urbe, alumbran los arrabales y los polígonos industriales con su luz amarillenta y anaranjada, y su contemplación parece atraparlo como si estuviera en una ensoñación hipnótica de la que no quisiera despertarse. Después de todo, tras remover el fango, había obtenido algo de justicia.

Sonó su busca: «Vete de la ciudad por un tiempo, orden de busca y captura contra ti». Se iría, claro que se iría, al menos hasta que las cosas se calmaran. Había matado a tres policías, aunque fuera en defensa propia y hubiera destapado una organización criminal, seguramente tres o cuatro años en la cárcel no se los iba a quitar nadie.

Se acercó al barranco, el mismo donde hacía algo más de medio año había estado a punto de pegarse un tiro en la boca. Esta vez fue diferente. Fue consciente de que alrededor de él estaba todo lo malo. La ciudad lo abrumaba desde la distancia llena de corruptelas, intereses, y hombres sin escrúpulos capaces de hacer lo que sea por alcanzar sus objetivos. Pero cerró los ojos y vio la luz azul, la misma que le había empujado a no suicidarse, y estaba rodeada de oscuridad y de maldad, asediada por ellos, pero su interior contenía todo lo bueno, y de nuevo, por un instante, solo por una fracción de segundo, alguna divinidad le permitió sentir a su hija, ella estaba allí, dentro de esa maravillosa luz, y sintió su amor y su consuelo. Ella le mandaba una calidez que lo envolvía. Y también estaba Itziar, y en ese momento fue plenamente consciente de que el bien existe y de que él, a pesar de que su corazón estaba lleno de tinieblas, había luchado por algo bueno. Se echó a llorar, totalmente quebrado, y se metió en el coche.

Echó un último vistazo a la ciudad. Se encendió un cigarrillo y arrancó. Puso algo de música, un poco de jazz de Billie Holiday, y se dirigió a alguna parte, quizá al este, o a lo mejor al norte, ya vería. Lo único que tenía claro es que tarde o temprano regresaría a su ciudad.

Por supuesto que regresaría.

FIN